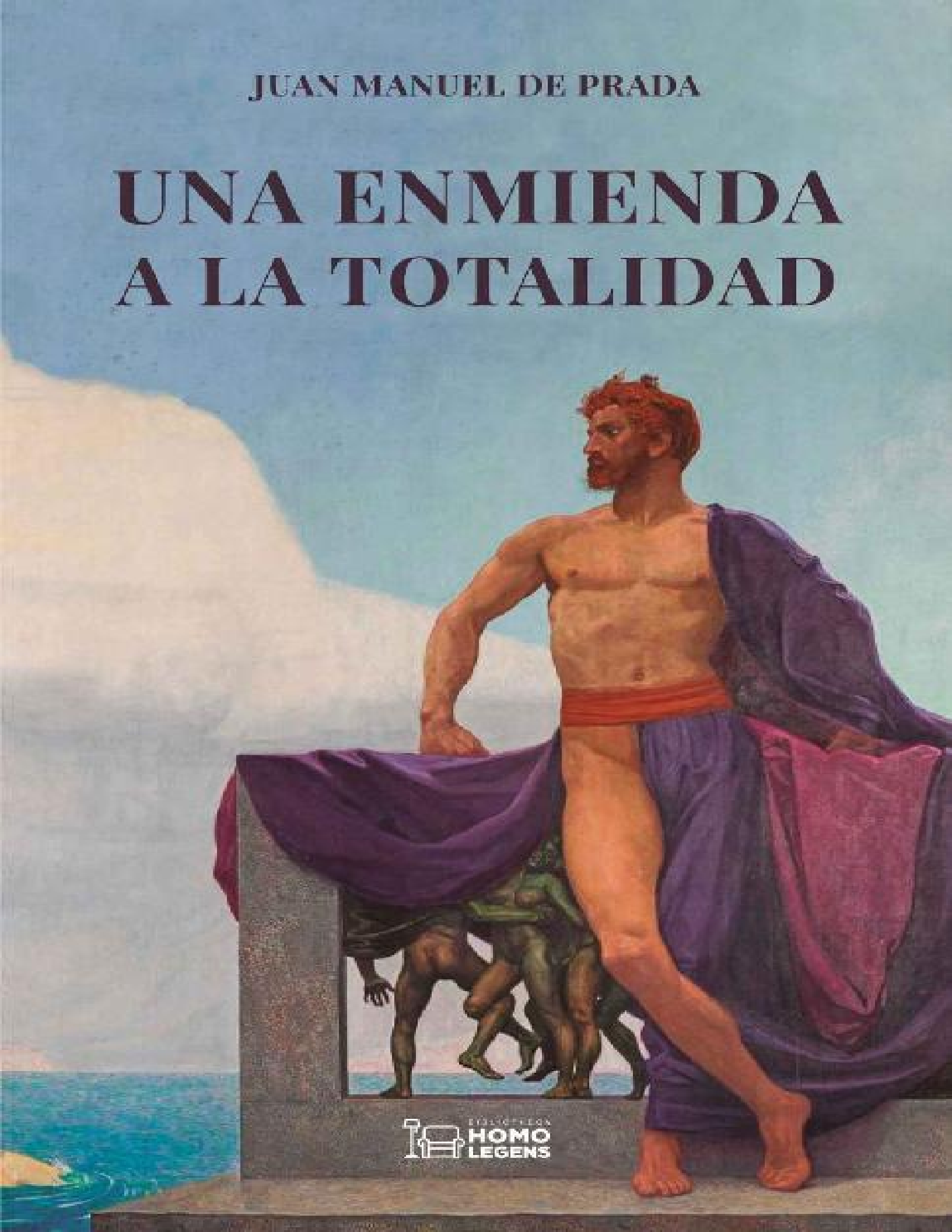
JUAN MANUEL DE PRADA

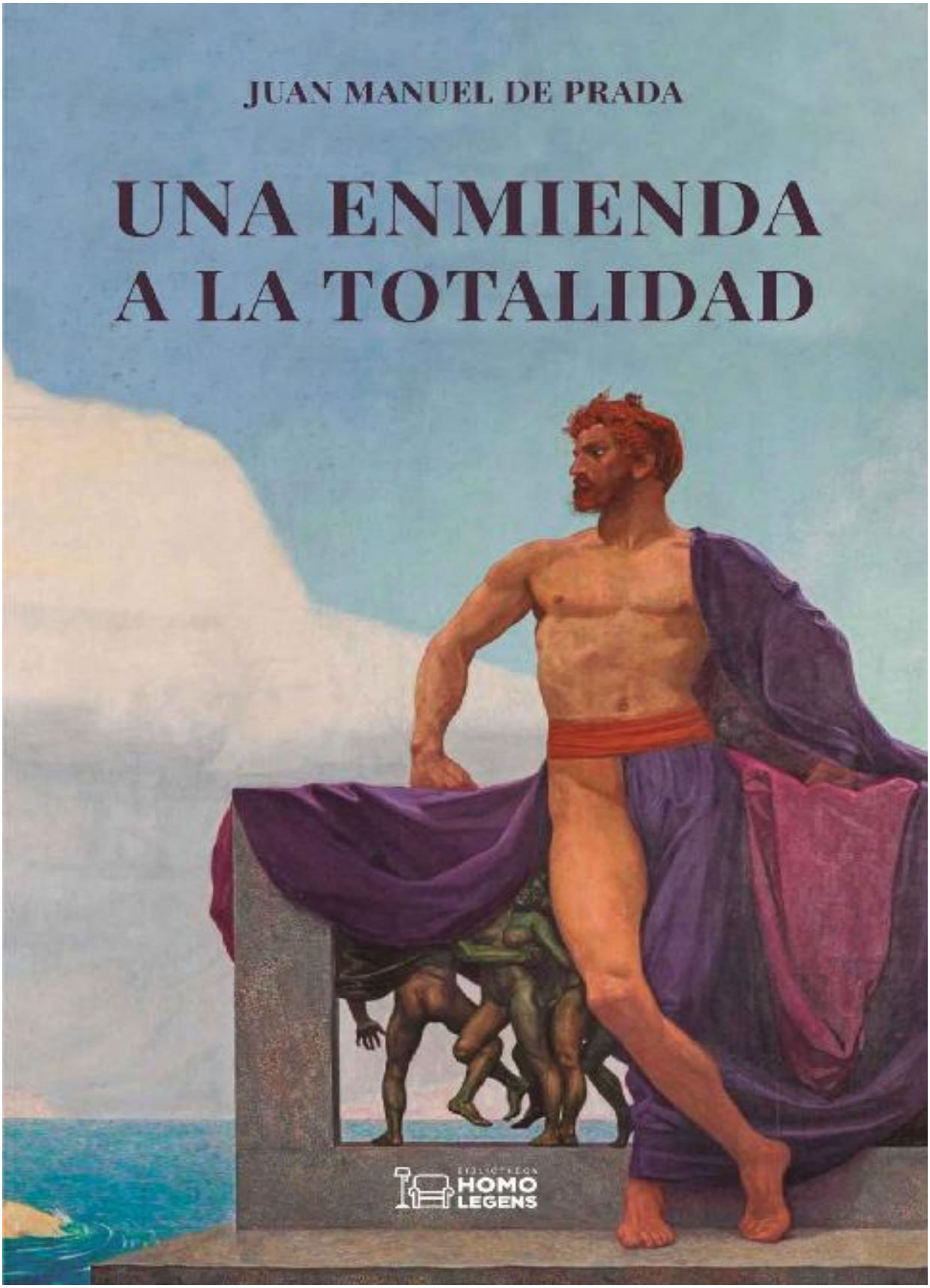
UNA ENMIENDA A LA TOTALIDAD



BIBLIOTECA HOMO LEGENS

JUAN MANUEL DE PRADA

UNA ENMIENDA A LA TOTALIDAD



BIBLIOTECA HOMO LEGENS

Juan Manuel de Prada

UNA ENMIENDA A LA TOTALIDAD

EL PENSAMIENTO TRADICIONAL CONTRA LAS IDEOLOGÍAS MODERNAS

BIBLIOTHECA HOMO LEGENS

Colección ROMA

BIBLIOTHECAHOMOLEGENS
© Juan Manuel de Prada, 2021
© Homo Legens, 2021
Calle Nicasio Gallego, 9
28010 Madrid
91 005 35 54
www.homolegens.com
ISBN: 978-84-18162-89-3
Maquetación: Ignacio Cascajero
Diseño de cubierta: Álex H. Poles
Ilustración de portada: *Hohes Sinnen* de Sascha Schneider (1903) - Klassik Stiftung Weimar
Todos los derechos reservados.
Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

Liminar

El veneno de la libertad

Delicias democráticas

Nación, autodeterminación, constitución y otras calamidades

Delenda est monarchia

La crisis educativa

Economía básica

Capitalismo y derechos de bragueta

En el taller de la ingeniería social

Un tirano gigantesco

La abolición del hombre (y de la mujer)

De tejas arriba

Mientras arrecia la plaga

Epílogo

A mi amigo José Ramón García Hernández, Joserra, para que se proteja de los fríos escandinavos con el fuego de la tradición

LIMINAR

Escribía Borges, en su cuento *Biografía de Tadeo Isidoro Cruz*, que «cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es». Sospecho que a todos se nos brinda ese momento en algún pasaje de nuestra vida; pero no siempre acertamos a distinguirlo, y con frecuencia nos morimos sin saber quiénes somos verdaderamente, sepultados entre una hojarasca de convenciones sociales y sobornos admitidos. Algunas personas tienen la desgracia de descubrir quiénes son de forma traumática: el día en que se quedan sin trabajo, el día en que entierran a una persona muy querida o sufren una traición, el día en que les diagnostican una enfermedad incurable. Otras, por el contrario, tienen la fortuna de saber quiénes son de forma jubilosa: el día en que alumbran una nueva vida, el día en que al fin se liberan de una carga opresora, el día en que cambia su suerte y pueden desprenderse de los simulacros y servidumbres que atenazaban sus días. Las más de las veces, ese «momento de la verdad» se produce en nuestras postrimerías: de repente, ante la muerte igualadora, todas las máscaras caen y asumimos al fin —a veces con serenidad, a veces con angustia— lo que somos.

Pero, para asumir lo que somos, necesitamos despojarnos y echar a barato todas las prevenciones que nos mantienen apegados a las comodidades de una vida falsa o impostada. Y, puesto que vivimos en una época de falsedades e imposturas, el espectáculo de un hombre «que sabe para siempre quién es» se torna cada vez más raro y escandaloso. Son demasiados los respetos humanos, demasiados los cálculos de conveniencia, demasiados los miedos a pisar callos o a desafiar el espíritu de nuestro tiempo; y ese amasijo de miedos, cálculos y respetos humanos ha cuajado en una argamasa tan espesa que resulta casi imposible salirnos de ella para mostrar lo que somos. Todo esto ocurre, misteriosamente, en una época en que se nos dice que somos más libres y se nos invita a ser más «auténticos» que en ninguna otra época de la historia; pero lo cierto es que sólo se acepta como «auténtico» lo que nuestra época ha canonizado o establecido como normativo. Y así, el desfile de «autenticidades» se ha convertido en una tediosa exhibición de conductas promovidas y auspiciadas por quienes mueven los hilos. Pero todas estas «autenticidades», tan aplaudidas y uniformes, nada tienen que ver con ese «momento de la verdad» al que me refiero.

Ese «momento de la verdad» exige cortar todos los hilos y quemar todas las naves, que es exactamente lo contrario de lo que hacen los «auténticos» de nuestro tiempo, tan sumisos a los códigos sistémicos. Ese «momento de la verdad» exige el despojo y la gallardía que uno ya sólo tiene cuando le ha perdido el miedo a la muerte y, sobre todo, el miedo a la vida; cuando nada tiene que perder ni ganar, cuando ha espantado todas las zozobras y ha renunciado a todas las recompensas mundanas. Yo tuve la suerte de saborear intelectualmente ese «momento de la verdad» leyendo al argentino Leonardo Castellani, un escritor maldito de los hombres (y bendito de Dios), concienzudamente ninguneado por la cultura oficial, de quien tuve noticia gracias a la recomendación de un amigo porteño. La lectura de Castellani fue un poderoso revulsivo en mi vida de «escritor de éxito», enganchado a los sobornos sistémicos, de los que sin embargo renegaba y deseaba alejarme, para que mi vocación no pereciese por asfixia; pero de los que lastimosamente no sabía cómo renegar, porque me faltaba la convicción suficiente (la gallardía) para hacerlo.

Cuando descubrí a Leonardo Castellani era yo eso que luego he dado en llamar jocosamente un «católico *pompier*», a veces modosito, a veces con aspavientos de *enfant terrible*, que todavía aspiraba a los agasajos del mundo. Pero en Leonardo Castellani descubrí a un escritor que entendía su vocación como una batalla quijotesca contra el mundo, fiel a esa misión de «bandera encontrada» o «signo de contradicción» que el viejo Simón atribuyó al propio Cristo. En Castellani descubrí con temblor y asombro al escritor capaz de sostener todas las posturas estéticas, políticas, filosóficas y religiosas demonizadas en nuestra época, al escritor capaz de enfrentarse por igual a las ideologías modernas y al fariseísmo religioso, capaz de abordar los más diversos asuntos humanos, contemplados siempre bajo una luz divina que le permitía ser a un tiempo polemista y apologeta, en una simbiosis rara y deslumbrante que lo convierte en eso que los franceses llaman un *maître à penser*: alguien que, a través de sus reflexiones, no sólo nos invita a reflexionar, sino que nutre nuestras propias reflexiones; alguien que, a la vez que estimula nuestra inteligencia, la impulsa valerosamente por caminos nunca transitados. Y todo ello, además, lo hacía Castellani en un estilo siempre vibrante, exponiendo sus ideas como si fuesen aventuras, acompañadas por un humor disolvente y socarrón que derriba los espesos muros de la mentira como si estuviesen hechos de alfeñique.

La lectura de Castellani provocó mi particular «momento de la verdad» como escritor, muy especialmente en mi faceta de publicista. Para entonces ya llevaba muchos años escribiendo en prensa, transigiendo con mayor o menor desgana con las concesiones que permiten encontrar acomodo en el comedero sistémico, con sus negociados de izquierdas y derechas. Pero la lectura de Castellani me descubrió los amenos paisajes del pensamiento tradicional, cuya captación y comprensión obró en mí una metamorfosis completa —una auténtica *metanoia*— que, además, no admitía transacciones con las ideologías en boga. Y, a sabiendas de que desde entonces mi carrera literaria iba a tomar derroteros mucho más inciertos y problemáticos (y tal vez acabar en los páramos del descrédito), asumí mi destino y me juré que nunca más volvería a escribir un artículo de componenda o compadreo con el «espíritu de mi época».

No resulta nada sencillo mantener una tribuna en la prensa defendiendo posiciones que han sido por completo expulsadas del debate público y hacerse oír entre el enjambre aturdidor que trata de mantenernos enzarzados en demogrescas estériles, siempre dentro del «marco mental» de las ideologías en liza. Aparte de que el enjambre torna nuestra voz cada vez más inaudible, aparte de que nos dirigimos a lectores cada vez más maleados y refractarios a los presupuestos de nuestro pensamiento, nos tropezamos con un rechazo ambiental acérrimo que adquiere estrategias cada vez más lesivas, desde la ridiculización al ninguneo, desde la estigmatización al hostigamiento. A cualquiera le gusta ser halagado y aplaudido; y para seguir escribiendo cuando eres despreciado por los corifeos del sistema, para poder soportar el desprecio del mundo, hace falta, antes que nada, vencerse a uno mismo.

Esta es la enseñanza más valiosa que nos brinda don Quijote, que no vacila en ponerse en ridículo ante el mundo para hacer realidad los ideales de la andante caballería en un mundo que los desdeña biliosamente. A don Quijote le habría resultado muy sencillo combatir las burlas de sus contemporáneos, pues todos reconocen que es hombre discreto; le habría bastado con renegar de su espíritu caballeresco para obtener la consideración y el aplauso del mundo. En diversos pasajes de la obra cervantina leemos que los personajes que se cruzan en el camino de don Quijote lo ponderan y ensalzan; y que sólo cuando don Quijote se refiere a su malhadada caballería lo toman por necio. A don Quijote le habría

bastado con hacer «reserva mental» de determinadas cuestiones para ser ensalzado por todos; pero eligió que lo ridiculizasen, eligió el desprecio del mundo, con tal de poder llevar a cabo su vocación. Es una lección muy dolorosa, pero incalculablemente bella. Y es el ejemplo que me propuse seguir desde que adopté la decisión de rechazar frontalmente el espíritu de mi época.

Mi razón constantemente me recomienda que aplauda lo que el mundo aplaude, mi razón me pide sin cesar que calle ante lo que la corrección política establece, mi razón me ruega encarecidamente que asuma como propios los postulados del progresismo hegemónico, para poder medrar; y que, una vez asumidos tales postulados, discrepe en asuntos menores con mucho postureo y jeribeque, como hacen los escritores sistémicos, para posar de rebeldes o valentones ante las masas cretinizadas. Pero mi fe quijotesca se niega a aceptar lo que mi razón me reclama, a sabiendas de que esta decisión conlleva una condena a la soledad; porque uno no tarda en descubrir que, al revolverse contra el espíritu de su tiempo, no consigue otra cosa sino resultar enfadoso e intempestivo ante una inmensa mayoría de gentes que desean llevar una vida pastoreada por las ideologías. Pero, aunque la soledad sea a veces muy dolorosa, uno se siente más vivo que nunca; pues, como nos enseñaba Chesterton, sólo el que nada a contracorriente sabe con certeza que está vivo (frente al que nada a favor de corriente, que avanza fácilmente aunque lleve mucho tiempo muerto).

Sabemos que, manteniendo nuestras posturas, estamos clamando en el desierto. Pero clamar en el desierto no es una tarea estéril, como nos enseñaba Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*: «¿Cuál es, pues, la nueva misión de don Quijote hoy en este mundo? Clamar, clamar en el desierto. Pero el desierto oye, aunque no oigan los hombres, y un día se convertirá en selva sonora, y esa voz solitaria que se va posando en el desierto como semilla, dará un cedro gigantesco que con sus cien mil leguas cantará un hosanna eterno al Señor de la vida y de la muerte». Con esta conciencia de una misión cuyos frutos tal vez nunca llegue a disfrutar sigo escribiendo, mientras me dejen; en la certeza de que no hay otra alternativa para nuestro mundo infestado de ideologías en apariencia contrapuestas que el pensamiento tradicional.

Como no me chupo el dedo, sé bien que mis postulados, radicalmente enfrentados con las ideologías en liza, provocan el desprecio de la mayoría

de mis contemporáneos. Provocan, desde luego, el desprecio de los progres de derechas y de izquierdas, que me ven como un reaccionario que defiende ideas inconciliables con el espíritu de nuestro tiempo; provocan también el desprecio de los fariseos que se aprovechan de la fe religiosa de los sencillos para sus negocios y sus cambalaches, porque tengo la nefasta manía de recordarles que son la sal sosa fustigada en el Evangelio. Pero, desde que supe para siempre quién soy, he decidido vencerme a mí mismo y no rendirme ante el espíritu de nuestra época, que —como señalaba Unamuno— «usa por armas el ridículo y el desprecio para los que no se rinden a su ortodoxia». Jamás me rendiré a la sórdida ortodoxia decretada por nuestra época; y, por lo tanto, no me aguarda otro destino sino ser cada vez más despreciado y ridiculizado, hasta el silenciamiento final. Pero hasta que llegue ese día tal vez no demasiado lejano prometo seguir dando la batalla con piezas como las que reúno en este volumen, que presento como una «enmienda a la totalidad» del espíritu triunfante en nuestra época. En su mayoría, han sido seleccionadas entre los artículos que he publicado durante los últimos siete años en el diario *ABC* y en la revista *XL Semanal*, donde he logrado mantener mi presencia, gracias en buena medida al apoyo de esas «tres o cuatro lectoras que todavía me soportan».

En las sociedades modernas ha cundido un hondo malestar que adquiere manifestaciones en apariencia contrarias: hay quienes se revuelven contra los ataques a la institución familiar, contra la corrosiva «cultura de la muerte» o contra la ingeniería social que reconfigura la propia naturaleza humana; hay quienes claman contra la depravación del capitalismo global, que condena a la miseria y el desarraigo a las nuevas generaciones y desmantela las economías nacionales, favoreciendo la concentración de la propiedad y la especulación financiera; hay quienes, en fin, se rebelan contra la desmembración de la patria o la inmigración descontrolada. Y, para combatir este malestar hondo que se manifiesta de diferentes formas, la gente se adhiere a tal o cual ideología, pensando que en los demagogos que las defienden encontrará la solución a sus cuitas. Pero tales soluciones serán parciales, fragmentarias, insatisfactorias… y, con frecuencia, sólo contribuirán a enconar más aún la calamidad que pretenden combatir. Pues para combatir las causas de este malestar hondo se requiere, frente a las visiones ideológicas sesgadas, una visión armónica que permita unificar en su significación profunda el conjunto de males de apariencia disímil que

nos perturba. Y esa visión armónica sólo puede brindarla el pensamiento tradicional.

Para desprestigiar la tradición, la modernidad tiende a identificarla con formas de vida periclitadas. Pero el pensamiento tradicional no quiere revivir el pasado (tampoco, desde luego, anticipar un futuro utópico), sino revitalizar el presente, infundiéndole una savia que ya ha probado sus cualidades reconstituyentes. Frente al conservador, ese progresista paralizado que deja pudrir el meollo de sus convicciones y se obstina en preservar artificialmente una cáscara podrida, el hombre tradicional mantiene vivo un meollo de convicciones que pueden regenerar la cáscara. Por eso la tradición es exactamente lo contrario del conservadurismo (como también es, en otro sentido, lo contrario del progresismo, que envenena la savia). En esta «enmienda a la totalidad» proponemos a nuestros lectores un puñado de reflexiones políticas (que siempre envuelven, como nos recordaba Donoso, cuestiones teológicas) a la luz del pensamiento tradicional, única alternativa verdadera al zurriburri ideológico imperante. Tal vez sean las últimas que podamos reunir en libro, pues la disidencia acaba siendo expulsada a los márgenes. Pero, hasta que llegue ese día, seguiremos batiéndonos quijotescamente.

Ojalá, querido lector, alguna de estas reflexiones te sirva —como en su día me sirvió a mí la lectura de Leonardo Castellani— para nutrir las tuyas; ojalá impulsen valerosamente tu inteligencia por caminos nunca antes transitados.

Madrid, septiembre de 2021

EL VENENO DE LA LIBERTAD

LA PARADOJA DE LA LIBERTAD

Resulta muy aleccionador someter a revisión crítica las enseñanzas que nos transmitieron en la escuela. Recuerdo, por ejemplo, cómo en clase de Historia nos presentaban siempre a Rousseau como uno de los más grandes prohombres que vieron los siglos; y su obra *El contrato social* como una de las piedras angulares de la democracia. Con el paso del tiempo, uno entiende que muchas de aquellas enseñanzas que recibíamos eran una amalgama fétida de lugares comunes y afirmaciones mostrencas, hijas de la pereza mental y sazonadas por el prestigio desmesurado que determinados movimientos históricos y corrientes filosóficas tienen entre las gentes gregarias. Muchos años después me decidí a leer a Rousseau; y me topé, para mi sorpresa y horror, con una obra llena de aberraciones y perfidias de la peor calaña, desde la insalvable escisión entre sociedad civil y sociedad política hasta la consideración del hombre como un ser bueno por naturaleza (que lo convierte, inevitablemente, en un ser irresponsable e incapaz de asumir las consecuencias de sus acciones, dislate que luego Freud reafirmaría mediante la creación del «inconsciente»).

Si tuviéramos que elegir un pasaje especialmente sórdido de *El contrato social* deberíamos asomarnos a su capítulo VII: «A fin de que el pacto social no sea una fórmula vana, encierra tácitamente el compromiso, que por sí solo puede dar fuerza a los otros, de que cualquiera que rehúse obedecer la voluntad general será obligado a ello por todo el cuerpo; lo cual no significa otra cosa sino que se le obligará a ser libre». Vemos aquí cómo Rousseau establece la tiránica infalibilidad de la voluntad general; y también la sobrecogedora necesidad de «obligar» a las personas a «ser libres», ajustando su pensamiento al de la voluntad general. Lo que Rousseau defiende, a la postre, es que el disidente de la voluntad general sea reeducado y forzado a comulgar con la voluntad general. En realidad, Rousseau postula lo mismo que los absolutistas a los que dice combatir, limitándose a desplazar la titularidad de esa soberanía absoluta del monarca a la mayoría, que puede lavar el cerebro al disidente hasta convertirlo en una oveja más del rebaño. Quien se desvía de esta voluntad general estaría, a juicio del cínico Rousseau, rechazando la libertad; y por ello la sociedad debe obligarlo a someterse a la mayoría (por supuesto, esta coacción no se consideraría reprobable, sino por el contrario saludabilísima). La libertad en

Rousseau ya no es un valor intrínseco de la propia naturaleza humana, ligado a la razón (de tal modo que el hombre, cuanto más racionalmente actúa, más libre es), sino que sería un mero acatamiento de la voluntad general, que es soberana para decidir lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, con un poder ilimitado. Este concepto de libertad es, exactamente, el que tienen los regímenes totalitarios, donde en efecto al disidente se le «obliga» a ser libre.

Tristemente, este concepto corrompido y monstruoso es también el que ha triunfado en nuestra época. Pero el totalitarismo ya no se ejerce al modo brutal de antaño, sino al modo que Tocqueville anticipó en *La democracia en América*: «Cadenas y verdugos eran los instrumentos groseros que antaño empleaba la tiranía, pero en nuestros días la civilización ha perfeccionado hasta el mismo despotismo. Los príncipes habían, por así decirlo, materializado la violencia; pero las repúblicas democráticas de nuestros días la han hecho tan intelectual como la voluntad humana que quieren reducir. Bajo el gobierno absoluto de uno solo, el despotismo, para llegar al alma, golpeaba vigorosamente el cuerpo; y el alma, escapando a sus golpes, se elevaba gloriosa por encima de él. Pero en las repúblicas democráticas la tiranía deja el cuerpo y va derecha al alma. El amo ya no dice: «Pensad como yo o moriréis», sino: «Sois libres de no pensar como yo. Vuestra vida, vuestros bienes, todo lo conservaréis, pero a partir de ese día seréis un extraño entre nosotros. Permaneceréis entre los hombres, pero perderéis vuestros derechos de humanidad. Cuando os acerquéis a vuestros semejantes, huirán de vosotros como de apestados e incluso aquellos que crean en vuestra inocencia os abandonarán. Os dejo la vida, pero la que os dejo es peor que la muerte»».

Bien mirado, aquellos profesores que nos presentaban a Rousseau como un gran prohombre de la democracia estaban formulando una verdad sarcástica y paradójica.

DIVISIÓN

Si buceamos en la etimología de la palabra diablo, descubriremos que procede del verbo griego *diaballein*, que a su vez deriva del verbo *ballein*, que significa tirar o arrojar. Así pues, el diablo sería el que arroja a unas personas contra otras; es decir, el que crea desunión e inquina, el cizañero, el que divide. Y es que, en efecto, en la división, que siempre nos hace más

débiles, se halla la raíz de todos nuestros males. Siempre que se ha querido minar la resistencia de las personas o de los pueblos se ha empezado por separarlos de aquellas realidades tangibles o espirituales que constituían su fortaleza: su familia, su patria, sus tradiciones, su Dios. Del mismo modo, todas las personas y pueblos que han deseado mantenerse fuertes, han procurado evitar a toda costa el desarraigo; y se han afianzado en la defensa de aquellas realidades tangibles y espirituales que los constituían comunitariamente.

Nuestros antepasados nunca perdieron la lucidez de identificar como enemigo a quien anhelaba separarlos. Pero esta conciencia natural se empezó a extraviar en un momento determinado de la Historia que tiene que ver con la «espiritualización» del Dinero; pues el Dinero, para multiplicarse sin trabas (y concentrarse luego más cómodamente), necesita sojuzgar a los pueblos, sembrando en ellos la división. De ahí que el Dinero apoyase, allá por el siglo XVI, las revueltas de clérigos levantiscos, y más tarde las llamadas revoluciones. Se trataba, en fin, de arrasar todos los vínculos fiduciarios que unían a los hombres, para convertir la confianza fatua del ser humano en sí mismo en el único sostén del mundo; se trataba de infundir la creencia mentecata de que un hombre solo puede contra todos los demás, de que el individualismo es el tesoro de los fuertes, de que la resistencia diamantina de un único hombre es capaz de vencer todos los obstáculos. Todas estas tesis grotescas cristalizaron en la entelequia del superhombre; y alcanzaron su expresión charlatanesca en las novelas de Ayn Rand, que siempre han gustado mucho a los mindundis con delirios de grandeza, pues mientras se comen los mocos les permiten fantasear con la quimera de comerse el mundo.

Por supuesto, estas paparruchas fueron inventadas para debilitar la resistencia de los pueblos, que enfermos de individualismo acabaron convertidos en masa cretinizada con la que los poderosos pudieron hacer desde entonces albóndigas de carne picada. Pero este monstruoso plan de división tenía que acompañarse de placebos o golosinas que mantuvieran entretenidos a los pueblos, mientras eran desarraigados; y tales placebos no fueron otros sino los llamados «derechos» y «libertades», que a la vez que se disfrutan y saborean propician una mayor división. Es muy interesante constatar, por ejemplo, cómo el liberalismo se esforzó desde un principio en destruir las corporaciones y los gremios, con la excusa de que en la

asociación se daba una «enajenación de la libertad» de los individuos. Y, a la vez, se afanó en potenciar los partidos políticos, que en cambio presentó como altavoces de la libertad individual. Por supuesto, los sepultureros de los gremios y los fundadores de los partidos políticos ansiaban lo mismo: romper los vínculos humanos y dividir la comunidad con la excusa de favorecer que el individuo se exprese libremente. Y es que una sociedad dividida, integrada por individuos infatuados de su autonomía personal, ahítos de libertad, borrachos de derechos, es más mollar y manejable; y sucumbe más fácilmente ante el Dinero, que no encuentra dique alguno contra sus sobornos y asechanzas.

La división la hallamos hoy en todos los órdenes de la existencia humana: en el orden político, a través de una demogresca constante que alimenta las tendencias disgregadoras y separatistas; en el ámbito doméstico, convirtiendo las familias en campos de Agramante donde las rupturas y violencias se han erigido en el pan nuestro de cada día; y hasta en el seno de la propia persona, enturbiando su conciencia de los modos más desquiciados, haciéndola sentir incluso extranjera en su propio cuerpo. Pero se trata de una tragedia con sus tintes delirantes: pues, mientras sufrimos en nuestras carnes y espíritus las consecuencias crudelísimas de esta obra del diablo —mientras nos toca emigrar, mientras nos toca aprender lenguas extrañas para que nos paguen un sueldo exiguo, mientras acudimos a un juez para que nos deje visitar a nuestros hijos, mientras recurrimos a un pitoniso o a un psiquiatra porque no tenemos a quien rezar—, seguimos creyéndonos absurdamente seres infinitamente más libres que nuestros antepasados, encadenados a sus realidades tangibles y espirituales.

LIBERTAD DE PENSAMIENTO

En *1984*, George Orwell relata que el Partido, para transformar el pensamiento de la gente, hace creer que «tanto el pasado como el mundo externo existen sólo en la mente». Ante lo que Winston Smith, el protagonista de la novela, se rebela, diciendo: «El mundo material existe, sus leyes no cambian. Las piedras son duras; el agua, líquida; los objetos sin sujeción caen hacia el centro de la Tierra. La Libertad significa libertad para decir que dos más dos son cuatro. Si eso se admite, todo lo demás se da por añadidura». La libertad, para Orwell, se funda en la verdad; y ya se sabe que nada ofende tanto (sobre todo en épocas de engaño universal) como la

verdad. Por eso todos los tiranos que en el mundo han sido han tratado de escamotear la verdad de las cosas; y el hombre libre ha aspirado a desentrañarla. En esto debería consistir la «libertad de pensamiento». Pero… ¿de veras esta es la «libertad de pensamiento» que hoy proclamamos?

No puede serlo por la sencilla razón de que nuestra época no reconoce la existencia de la verdad, que Orwell consideraba premisa de la libertad. El subjetivismo niega que la verdad de las cosas pueda ser conocida, pues considera que el entendimiento está limitado por la experiencia. El relativismo afirma que lo que las cosas son desde nuestra perspectiva y coyuntura no lo serían si la perspectiva y la coyuntura fuesen distintas. El escepticismo, en fin, nos impone dudar de todo, pues considera que somos incapaces de alcanzar la verdad. De este modo, la certeza sobre las cosas se ha evaporado del todo, lográndose aquel anhelo del Partido que exigía que tanto el pasado como el mundo externo sólo existiesen como figuraciones mentales. Curiosamente, esto no ocurre bajo un poder dictatorial como el que imaginó Orwell, sino bajo regímenes democráticos. Pero tal vez, como afirmaba Kelsen en *De la esencia y valor de la democracia*, «la causa democrática aparecería desesperada si se partiera de la idea de que puede accederse a verdades y captarse valores absolutos».

Al no reconocerse la existencia de la verdad (o ante la imposibilidad de acceder a ella), ya no puede existir adecuación del intelecto a las cosas (que era la definición aristotélica de verdad). Abolida la verdad, se invocó un principio la objetividad, que presupone imparcialidad; pero nadie puede creer seriamente que un sujeto que no reconoce la existencia de la verdad pueda ser otra cosa sino subjetivo. Luego, el concepto de objetividad fue sustituido por los de sinceridad o autenticidad, que ya sólo pueden presumir de «decir lo que uno piensa (o siente)». La verdad se convierte, entonces, en coherencia con las ideas propias, que naturalmente habrán de ser subjetivas; pero, una vez sustraída la adecuación del intelecto a las cosas, ¿cómo sabemos que esas ideas que creemos propias no son en realidad ideas inducidas por otros? ¿Cómo sabemos que estamos diciendo lo que pensamos y no lo que otros nos han «predispuesto» o «enseñado» a pensar? ¿Cómo sabemos que estamos pensando y no tan sólo «sintiendo»? A fin de cuentas, nada hay tan «sincero», tan «auténtico», como la expresión de sentimientos. Y nada tampoco tan fácil de excitar, de estimular y, en

definitiva, de inducir: no hace falta sino comprobar la facilidad con que unas imágenes lanzadas a través de la televisión logran indignarnos o conmovernos; o la celeridad con la que logran «movilizarnos» a través de las redes sociales. Cuando la verdad ha sido sustraída, nada más sencillo que «suministrar» pensamientos que nos hagan sentir auténticos. Así lo creía Adam Smith, cuando afirmaba que «en las sociedades opulentas, pensar es una operación muy especial, reservada a un reducido número de personas, que suministran todo el pensamiento que debe disponer la multitud de los que penan». Así también Rousseau, cuando explicaba cómo se «creaba» la llamada cínicamente «opinión pública»: «Corregid las opiniones de los hombres y sus costumbres se depurarán por sí mismas». En *Un mundo feliz*, la fábula futurista de Huxley, esta «libertad de pensamiento» se creaba durante el sueño, mediante un mecanismo repetitivo que hablaba sin interrupción al subconsciente; en nuestra época, se logra a través de los métodos de control social y condicionamiento de los espíritus de todos conocidos, que nos enseñan lo que podemos pensar y lo que debemos rechazar, lo que conviene decir y lo que conviene callar, para poder seguir siendo aceptados en la manada y acogidos en el redil, donde nos aguardan en el comedero los pensamientos permitidos que podemos rumiar y deglutir tranquilamente, para alivio de nuestras penas.

LIBERTAD SIN EXPRESIÓN

Me he acordado mucho de mi maestro Leonardo Castellani, leyendo las mamarrachadas campanudas que se han escrito sobre la libertad de expresión, a propósito de la condena a un rapero que en sus canciones no hace otra cosa sino desear la muerte a todo bicho viviente, a ser posible en atentado terrorista, con ripios que no hubiesen desentonado en las paredes del retrete de un frenopático.

Para que podamos hablar de libertad de expresión tiene que haber primero expresión; y, si estamos hablando de artistas, tiene que haber expresión artística. Pero ensartar rimas cretinas y obscenidades de estercolero, todo ello regado de un odio purulento de la peor calaña, nada tiene que ver con la expresión artística. Tal vez tenga que ver con la coprolalia, o con la rumia esquizofrénica, o con otras expresiones propias de la descomposición mental, pero no con el arte. Sin embargo, convertir a un tío huérfano de gracia y talento que escupe bilis por la boca y desea la

muerte a todo quisque en «mártir» de la libertad de expresión es un rasgo muy propio de esta época envilecida, que cuando quiere encumbrar a alguien necesita antes buscarlo en el lodazal de la degradación. Resulta, en verdad, llamativo que casi todos los «mártires» de la libertad de expresión encumbrados en los últimos tiempos sean tuiteros que han vomitado las bajezas más sórdidas, o raperos que hacen exaltación de los delitos más bestiales, o valentones que se regodean ultrajando las creencias religiosas del prójimo (siempre el mismo prójimo y siempre las mismas creencias, por supuesto). Seguramente, todos estos personajillos no merezcan penas de cárcel; pero, desde luego, sus purrelas no merecen ser llamadas «expresión», y mucho menos ser amparadas por libertad de ningún tipo.

Afirmaba Castellani que «si a libertad no se añade *para qué,* es una palabra sin sentido; y hoy en día, por obra del liberalismo, la más asquerosamente ambigua que existe». Porque, en efecto, no puede haber libertad para dañar, injuriar, calumniar y ofender gratuitamente; no puede haber libertad para sembrar el odio y extender la mentira; no puede haber libertad para envilecer los espíritus e inclinarlos al mal. O puede haberla en un mundo corrompido, pero no será libertad propiamente dicha; será, en todo caso, esa libertad asquerosamente ambigua de la que hablaba Castellani, que es la más terrible y sórdida de las esclavitudes, porque es adhesión a la vileza y sometimiento a las pasiones más torpes. Resulta, por cierto, hilarante que casi todos estos personajes últimamente encumbrados como «mártires» de la libertad de expresión por hazañas tales como desear la muerte al prójimo o aplaudir los crímenes y aberraciones más abyectos se crean grandes detractores del liberalismo, cuando son sus hijos predilectos; o, dicho con más exactitud, sus epígonos inevitables, los hijos tontos que acaban dando la nota en toda estirpe degenerada.

Como nos enseñaba Castellani, cuando la libertad no explica su «para qué» se convierte en una libertad puramente nihilista, guiada por el apetito de destrucción. El artista necesita, desde luego, libertad para buscar la belleza y alumbrar el drama humano; necesita libertad para descender al reino de las sombras y alzarse al reino de la luz; necesita libertad para hacer temblar nuestras certezas y remover nuestras comodidades; necesita, en fin, libertad para expresar su arte. Pero, aprovechando la asquerosa ambigüedad reinante, nos quieren colar bazofias que ya no se conforman con suplantar el verdadero arte y envilecer sensibilidades, sino que además exigen

libertad para vomitar su odio, con completa y risueña impunidad, mientras los vomitados les reímos las gracias. Porque en casi todos estos «mártires» de la libertad de expresión no hay más que odio, un odio supurante y cetrino (el odio de Caín, cuando comprueba que el humo de sus ofrendas no sube al cielo) que necesita ensuciar cuanto toca. Y para esa vomitona de odio exigen libertad de expresión; y cuentan con una legión de papanatas (a veces tan sólo tontos útiles, a veces tarados, pero sobre todo pescadores en río revuelto que aprovechan estas causas para su provecho) que los encumbran como «mártires» de la libertad de expresión.

Y mientras la coprolalia y la diarrea mental son protegidas por esta falsa libertad, cualquier expresión verdadera es perseguida y reprimida por turbias ideologías que han extendido su censura por doquier. Porque allá donde se ampara la pacotilla la verdad acaba siendo prohibida.

LOS PEORES INSTINTOS

No creo que exista mejor síntesis del derrumbe de una época que la imagen de las hordas de vándalos que arrasaron las calles, tras el ingreso en prisión del rapero Pablo Hasel, mientras la casta de los tertulianeses e intelectualillos sistémicos balbuceaba paparruchas, reclamando «libertad de expresión» para los «artistas». Como ya hemos señalado en otras ocasiones, para que puede hablarse de «libertad de expresión» debe haber primero expresión propiamente dicha; y la coprolalia, el vómito del resentimiento, la rumia esquizofrénica no son «expresión» digna de protección jurídica. Además, toda libertad —para ser digna de tal nombre—tiene que orientarse hacia un fin legítimo; y una libertad que tiene como fin desear la muerte al prójimo o aplaudir los crímenes más aberrantes, como propone el rapero de marras —con insistencia en verdad psicopática—, debe de ser justamente reprimida.

Pero este episodio terminal de indigencia intelectual es consecuencia inevitable de la subversión de categorías filosóficas que introduce el liberalismo. Para todos los pensadores políticos clásicos —con Aristóteles y Platón a la cabeza—la justicia es el fin y la regla de la política; y la libertad es la capacidad de discernimiento que asiste al hombre para elegir entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, en las diferentes circunstancias en que se encuentra. Sólo así, con una libertad orientada hacia la justicia, es posible una autentica comunidad política. Pero el liberalismo trastornó por

completo el concepto de libertad, convirtiéndolo en una «fuerza vital» con «derecho» a remover todos los obstáculos que la coartan, hasta hacer de la espontaneidad la única regla de su conducta. E inevitablemente, todo intento de orientar esta «fuerza vital» hacia la justicia es percibida como una intromisión inaceptable, por represora de la espontaneidad individual. Que, por supuesto, incluirá el «derecho» a vomitar las vilezas más sórdidas, a exaltar los delitos más bestiales, a ultrajar las creencias religiosas del prójimo, etcétera. A nadie se le escapa que, una vez que se consagra esta libertad demente, la comunidad política es simplemente inviable, porque no puede haber auténtica convivencia allá donde hay libertad para envilecer y envilecerse. Y, en su lugar, se instaura una horrenda disociedad, para devolvernos a la selva.

Esta libertad entendida como «flujo vital» la definió Hegel —su promotor filosófico, acaso inconsciente de sus consecuencias—como «libertad del querer»; libertad «determinada en sí y por sí»; libertad que «sostiene que ella misma es su regla y su fin»; libertad que no admite cortapisas en su expresión, que realiza su propia voluntad, exigiendo al gobernante la supresión de todos aquellos impedimentos que la estorban. Así, el gobernante deja de ser garante de la justicia, para convertirse en una especie de lacayuelo de la «libertad del querer», que debe auspiciar y proteger, poniendo a disposición de cada quisque los medios para que pueda desarrollarse sin trabas. Inevitablemente, esta libertad tiene efectos devastadores sobre la convivencia, porque crea un clima de agresividad irrespirable, en el que cada quisque se cree «libre» para vomitar su resentimiento, para dirigir su odio contra el prójimo, para exaltar el crimen; y, aunque el gobernante trate de impedir tímidamente la realización de estos anhelos aberrantes, tarde o temprano terminan realizándose. Entretanto, antes de producirse la definitiva destrucción de la comunidad política, se va destruyendo la conciencia moral de las personas, que imperceptiblemente se convierten en chacales rezumantes de ensoñaciones psicopáticas. Una libertad que exige realizar su propia voluntad acaba siempre, más tarde o más temprano, anulando la conciencia, puesto que no acepta la imposición de obligaciones morales.

Cuando la casta de los tertulianeses e intelectualillos sistémicos reclama «libertad de expresión» está, en realidad, reclamando esta «libertad del querer» que hemos descrito; que es la misma, por cierto, que ejercen las

hordas de vándalos que destruyen nuestras ciudades. Una libertad sin discernimiento, pura expresión espontánea de «flujos vitales», que afirma su voluntad al margen de la justicia y exige al Estado que se convierta en su garante. Así, el gobernante dimite de su obligación primera, que es encaminar a sus gobernados hacia el bien común, para convertirse en una especie de dontancredo que, en el mejor de los casos, se interpone para evitar que se destruyan entre sí. Pronto ni siquiera podrá desempeñar esta vil tarea, porque las alimañas, una vez liberadas, acaban expresándose libremente hasta las últimas consecuencias.

OPINIONES

Seguramente el rasgo más característico de la civilización moderna sea el «movilismo», que podríamos definir como una actualización del «todo fluye» de Heráclito convertido en lema vital. Para el hombre moderno, todo lo que existe *deviene*, se halla en constante fase de mutación y es infinitamente voluble en el tiempo; de ahí, por ejemplo, que nuestros líderes políticos se nieguen a entrar en debates que juzgan «superados» o «propios de otra época».

Según el movilismo moderno, la ley del pensamiento no es la verdad, sino la opinión fluctuante, que es lo que más conviene para crear confusión y entronizar al sofista. Leonardo Castellani llamaba a la libertad de opinión «patente del sofista»; lo cual, dicho abruptamente, puede parecer tremebundo. Pero, si nos detenemos a meditarlo, habremos de concluir que el gran escritor argentino tenía —como casi siempre— razón. Esta conversión de la libertad de opinión en «patente del sofista» tiene su origen en el movilismo propio de nuestra época; y también en la malversación del principio de igualdad, que tal como fue formulado originariamente establecía que los hombres eran iguales por naturaleza (iguales, por lo tanto, a los ojos de Dios, y también a los ojos de una ley justa), pero en modo alguno iguales en méritos. La malversación contemporánea del principio de igualdad consiste en decir que las opiniones de todas las personas valen lo mismo, cualesquiera sean sus méritos; lo que, inevitablemente, nos conduce a un barrizal donde la verdad perece ahogada. Una persona puede dedicar, por ejemplo, su vida entera al estudio de Homero; puede quemarse las pestañas en la medición de sus versos, en la ponderación de sus epítetos, en el difícil escrutinio de sus figuras retóricas, y llegar a la conclusión de que

Homero es la octava o novena maravilla del orbe. Del mismo modo, una persona que en su puñetera vida haya posado los ojos sobre una línea de Homero puede decir sin empacho, haciendo uso de su libertad, que Homero es una mierda pinchada en un palo, y su opinión valdrá lo mismo que la del estudioso devoto; incluso podría ocurrir, si tiene cuerdas vocales más robustas o mejores medios de difusión, que su opinión prevalezca sobre la del estudioso. Sobre todo, porque los destinatarios de sus sinrazones, que en su mayoría serán lerdos y refractarios a las delicias homéricas, se identificarán antes con el botarate que rebaja la categoría del rapsoda ciego que con los argumentos arrobados del experto, que inevitablemente hablará en un lenguaje que a la mayoría se le antojará jeroglífico. Y es que nada odia más el que no sabe que aquello que no puede entender, en razón de su ignorancia.

Así la libertad de opinión se convierte en patente del sofista. A ello se suman otros factores que entenebrecen aún más ese gran pandemónium en el que se han convertido las opiniones en porfía, constatable a poco que veamos remolonamente la televisión, a poco que nos asomemos a la letrina hedionda de las redes sociales. La mayor parte de los «opinantes» son personas que, más allá de su dudosa formación, más allá de su menesteroso dominio de las reglas de la sintaxis y la sindéresis, se muestran incapaces de conducir los hechos hasta sus primeras causas; es decir, no tienen munición intelectual ni sabiduría suficientes para hallar, entre el embrollo de enrevesadas minucias con que nos golpea la realidad, el camino que conduce hacia los principios originarios (tal vez porque ellos mismos carecen de principios). Y así, sus opiniones, en lugar de desenredar el barullo de estrépitos con que nos aturde la realidad, hasta rescatar la nota originaria, no hacen sino incorporar nuevos ruidos discordantes al barullo, hasta convertirlo en una repetida representación de aquel episodio bíblico de la torre de Babel. Como, además, los sofistas suelen caracterizarse por un lenguaje doctrinario, abarrotado de lugares comunes, en el que los pensamientos luminosos brillan por su ausencia, en el que la retórica se ha declarado en huelga, en el que los apriorismos más rudimentarios, los eslóganes más marrulleros y la bazofia de las consignas partidarias todo lo anega... su papilla de palabras muertas logra, en efecto, acallar cualquier intento de razonamiento contrario, por muy verdadero y elaborado que sea (o cuanto más lo sea, más fácilmente resultará acallarlo).

Y, por supuesto, el sofista siempre podrá cambiar de opinión cuando le convenga; y así se ganará reputación de hombre nada dogmático y «de su tiempo». Y es que el moderno, como ironizaba Valéry, «se conforma con poco».

LIBERTAD TUITERA

A raíz de la supresión de la cuenta tuitera de Donald Trump se ha suscitado un delirante debate sobre la «libertad de expresión». Pero, para que podamos hablar propiamente de «libertad de expresión», necesariamente tiene que haber primero «expresión». Y las redes sociales se concibieron, precisamente, para reprimir la expresión; es decir, para reprimir la capacidad humana para sacar algo fuera de sí (fuera de la trampa de la subjetividad) y encarnarlo en la realidad, a través de la comunicación verdadera, que exige vínculos ciertos, corazones concordes en la consecución de una acción compartida, almas empleadas en un esfuerzo común.

Las redes sociales fueron creadas, precisamente, para convertir la expresión humana en un sucedáneo o parodia siniestra. Para ello, en primer lugar, se preocuparon de halagar la subjetividad, hasta inducirla al solipsismo más desaforado, convirtiendo a sus usuarios en narcisos enfermizos que alimentan su vanidad excretando mensajes (cuanto más estridentes mejor, como prueba el caso del propio Trump). Y, en segundo lugar, las redes sociales se preocuparon de dotar a sus usuarios de un desaguadero de sus pasiones, para que se les vaya toda la fuerza por la boca (o por la tecla, o por la pantalla táctil), para que sus berrinches no se conviertan nunca en acción verdadera y se disipen como la gaseosa. Así, el sistema se aseguró de dotar a sus sometidos de un «derecho a la pataleta» inane. Las redes sociales fueron creadas para acabar con la expresión fértil, como la pornografía ha sido creada para acabar con el deseo fecundo, generando un desvío o desaguadero que mantenga engolosinados a sus adeptos. Pornografía y redes sociales comparten la misión de combatir los vínculos ciertos, las uniones comprometidas, los frutos de la expresión humana.

Porque las redes sociales, como la pornografía, son ante todo un método de control social. Resulta, en verdad, chistoso que clamen a favor de la «libertad de expresión» tuiteros emboscados detrás de seudónimos

grotescos, meros «avatares» que han renunciado a su identidad (al signo distintivo de su ser) a cambio de poder soltar machadas para que las retuitee su parroquia, en un bucle de regurgitaciones endogámicas. Al alistarnos en Twitter con nombres falsos o apodos estrambóticos, nos convertimos automáticamente en todo aquello que el sistema ansía convertirnos: alborotadores profesionales, charlatanes frustrados, ofendiditos desgañitados, espontáneos ávidos de protagonismo, exhibicionistas de nuestra vida privada, activistas de la *performance*, ingeniosos de baratillo, *poseurs* que se creen especiales, muy especiales, aunque no hagan sino retuitear a otros *poseurs* que a su vez se creen también especiales, muy especiales. ¡Exactamente la papilla humanoide que el sistema anhela!

La mayor prueba del cuadro del deterioro de la expresión humana que provocan las redes sociales nos la brinda, precisamente, Donald Trump, que en lugar de dedicarse a ejercer la «expresión» que corresponde al político, se puso a soltar paridas y bravuconerías en noventa caracteres (pisoteando la principal de las virtudes políticas, que es la prudencia), hasta convertirse en un empleado más de Twitter (tan explotado como todos los demás usuarios, pues como todos no cobraba por hacer su trabajo; o el más pringado de todos, pues generaba más beneficios que ninguno). Si Donald Trump hubiese tenido valor de expresarse auténticamente como político, se habría dedicado a transformar un régimen político corrupto y corruptor después de conquistar el poder, como hizo Julio César; pero prefirió desgañitarse en aspavientos vanos, hasta convertirse en una caricatura grotesca. El hombre que podría haberse expresado libremente como un nuevo Julio César se convirtió así en una versión aspaventera y cobardona del fracasado Catilina (que carecía de poder, pero al menos era hombre grave y valiente). Y como tal pasará a la Historia, aunque no tendrá ni siquiera un Cicerón que lo denigre ante la posteridad.

Pero quienes cambian su «libertad de expresión» por el postureo de las redes sociales creadas para destruirla no merecen un Cicerón que los denigre. Y sus adeptos merecen ser abrazados por aquella forma de tiranía avizorada por Tocqueville, que degrada el alma sin torturar el cuerpo, ese «nuevo tipo de poder inmenso que les mantendrá en permanente adolescencia, buscándoles constantemente placeres vulgares», mientras reblandece sus voluntades y los reduce a la condición de rebaño. Rebaño, desde luego, de borregos muy especiales y con derecho a libertad tuitera.

LOS TAURINOS Y LOS MICROBIOS

Produce tristeza leer en las crónicas que los aficionados taurinos, reunidos para protestar por la persecución de la fiesta nacional, coreen siempre como monomaníacos la misma palabra grotesca: «¡Libertad, libertad, libertad!». Es una actitud completamente delirante, como si mañana los enfermos se juntasen para corear: «¡Microbios, microbios, microbios!». Pues ha sido, precisamente, la libertad que invocan (la libertad tal como la entiende nuestra época) la que ha producido la prohibición de los toros. Seguramente haya otras concepciones de libertad posibles; pero pretender invocarlas en una época que tiene perfectamente fijada la suya es como echar gasolina al fuego y quejarse luego de las quemaduras.

Esta invocación monomaníaca de la libertad se sostiene sobre complejos muy arraigados entre los aficionados taurinos, que —como le ocurre, por ejemplo, al oficialismo católico— se ven en la patética y constante necesidad de proclamarse más demócratas que nadie, creyendo grotescamente que así les perdonarán la vida. El aficionado a los toros ha interiorizado que, para sus detractores, es un carca de la peor calaña; y, en su afán desnortado por sacudirse el sambenito, se llena la boca con las palabras que convienen a su enemigo. Ocurre así con la libertad, que en su acepción moderna es enemiga acérrima de la afición a los toros, que nunca necesitó de tan presumida compañía para consolidarse y prosperar. Libertad entendida según el espíritu de nuestra época no hubo demasiada —pongamos por caso— en la época de Fernando VII o de Franco; pero los espectáculos taurinos se celebraban entonces tan ricamente. Y, en cambio, los impulsores de las prohibiciones y restricciones de las corridas fueron siempre, desde el masonazo del Conde de Aranda hasta nuestros días, unos tíos que se ponían palotes en cuanto escuchaban la palabra libertad; unos tíos que entendieron a la perfección el cogollito de la libertad moderna, que no es otra cosa sino una puesta al día, con retórica euforizante, del viejo *Non serviam*, embadurnado con una capa de caramelo, para que los cretinos se entretengan chuperreteándolo.

Esta libertad es un sucedáneo religioso que, para lograr sus fines, rompe los vínculos comunitarios entre los hombres. Si los aficionados taurinos no estuviesen completamente colonizados por propagandas cretinas, en lugar de «¡Libertad, libertad, libertad!», gritarían «¡Tradición, tradición,

tradición!». Lo único que garantiza la supervivencia de una fiesta comunitaria es la recomposición de los vínculos, el restablecimiento de formas de vida tradicionales que garanticen la transmisión entre generaciones; pero la libertad que invocan estos taurinos desnortados actúa sobre todo ello como aguarrás disolvente. Y, bajo su rebozo de dulzona tolerancia, esa libertad esconde un cogollito muy venenosamente dogmático; pues se trata de una libertad que, en efecto, permite a los hombres —para endiosarlos y dividirlos— profesar las ideas más disparatadas y cultivar las costumbres más aberrantes (y, cuanto más disparatadas y aberrantes, más contribuirán a consolidar el reinado de la libertad), con tal de que no afecten a su cogollito dogmático, que se resume en la subversión del orden natural. Y en el cogollito dogmático de esta religión de la libertad se halla el empeño de rebajar al hombre al nivel de la bestia y elevar la bestia al nivel del hombre, como se encuentra (formando parte del mismo *pack*) el empeño de abolir la diferenciación sexual o la procreación; todo, en fin, lo que define al ser humano como criatura divina. A ver si os enteráis de lo que va la fiesta, taurinos, y dejáis de invocar los microbios que os están matando.

LIBERALISMO Y SOCIALISMO

Una de las afirmaciones que más enerva a la gente enzarzada en los debates inanes de la demogresca (por eso nos gusta recordarla a cada poco) es que el liberalismo y el socialismo, con las infinitas escuelas o chiringuitos epigonales nacidos a su rebufo, comparten un mismo «núcleo místico». Y que lo mismo ocurre con las respectivas doctrinas económicas que prohijaron, capitalismo y comunismo.

En una entrevista reciente, Íñigo Errejón lanzaba un ditirambo exultante del liberalismo, al que calificaba como «la primera doctrina nacional y popular de España», con «un principio emancipador brutal». Y proseguía: «Luego el socialismo trata de llevar esos principios liberales un poco más allá. No los refuta: los adopta y los amplía. No choca con el liberalismo: lo desarrolla». Por supuesto, la caracterización del liberalismo como «primera doctrina nacional y popular de España» es completamente peregrina. Pues si ha habido una doctrina política verdaderamente popular en España ha sido, precisamente, el antiliberalismo, como prueban el rechazo heroico del pueblo español primero a la dominación napoleónica y luego a las

sucesivas usurpaciones liberales. Pero aquí no nos interesa tanto refutar falsificaciones históricas como resaltar que, en efecto, la izquierda abraza y considera propios los principios del liberalismo, que a la postre —como nos enseña Castellani— son fundamentalmente idolatrías: idolatría del progreso, encargado de instaurar un nuevo paraíso terrenal; idolatría de la ciencia, con la cual el hombre quiere hacer otra torre de Babel que llegue hasta el cielo; idolatría de la carne, para convertir a los hombres (¡y mujeres, oiga!) en chiquilines sin prole, engolosinados con una sexualidad plurimorfa…. Idolatrías todas, en fin, que se resumen en una obsesión monomaníaca por la libertad, que —remata Castellani— «vino a servir maravillosamente a las fuerzas económicas y al poder del Dinero, que también andaban con la obsesión de que los dejasen en paz. Y los dejaron en paz: triunfaron sobre el alma y la sangre la técnica y la mercadería; y se inauguró en todo el mundo una época en que nunca se ha hablado tanto de libertad y nunca el hombre ha sido en realidad menos libre».

Errejón, que en la entrevista proclama con entusiasmo su adhesión al liberalismo político, pone sin embargo distancia con su plasmación económica, que denomina «neoliberalismo» y no «capitalismo» (supongo que por no espantar a los lectores sistémicos o moderaditos). Pero Marx dejó escrito que el comunismo procede del capitalismo y se desarrolla históricamente con él; y es que, en efecto, el comunismo —que es un epifenómeno reactivo a la libertad enloquecida del Dinero— es, como el propio liberalismo, hijo del racionalismo del siglo XVIII, que produjo el contrato social y el *laissez faire*. Capitalismo y comunismo, como nos enseña Chesterton, poseen una misma alma, que es el despojo de la propiedad; y sólo se distinguen en la identidad del ladrón, que en un caso es la plutocracia acaparadora y en otro el Estado Leviatán.

El liberalismo, con su «principio emancipador brutal», genera un espejismo euforizante de libertad política que termina siendo inestable, porque choca con la falta de libertad económica del capitalismo (que concentra la propiedad de los medios de producción en unas pocas manos, convirtiendo a la mayoría de la población en asalariados sin libertad económica). ¿Cómo salvar esta contradicción que, a la larga, haría inviable el capitalismo? Para salvarla —para salvar su propia inestabilidad—, el capitalismo podría recurrir a una solución drástica, la tradicional o distributista, consistente en poner la propiedad de los medios de producción

en manos de una mayoría social; o bien a una solución «mitigada» (que es la que le conviene para sus mangoneos), consistente en que el Estado sea vigilante de los estragos del capitalismo. Así se alcanza esa simbiosis entre capitalismo y comunismo que Belloc denominaba «Estado servil» y que los modernos llaman «socialdemocracia» (si tiran hacia el negociado de izquierdas) o «social-liberalismo» (si tiran hacia el negociado de derechas). Y es que, a la postre, como señala Belloc, «el experimento colectivista se adapta completamente a la sociedad capitalista a la que se propone destituir. Trabaja con la maquinaria que le proporciona el capitalismo, habla y piensa con los mismos términos del capitalismo, invoca exactamente los apetitos despertados por el capitalismo y ridiculiza, calificándolas de fantásticas e inauditas, aquellas cosas de la sociedad cuya memoria mató el capitalismo en el alma de los hombres, allá donde llegó su flagelo».

El capitalismo, para corregir su equilibrio inestable, necesita que el comunismo asegure a las masas despojadas de los medios de producción «la satisfacción de unas necesidades vitales y un nivel mínimo de bienestar». Pero esta amalgama, para ser plenamente efectiva, necesita fomentar la «anarquía moral». Pues —prosigue Belloc— «siempre resulta ventajoso para el rico negar los conceptos del bien y del mal, objetar las conclusiones de la filosofía popular y debilitar el fuerte poder de la comunidad. Siempre está en la naturaleza de la gran riqueza […] obtener una dominación cada vez mayor sobre el cuerpo de los hombres. Y una de las mejores tácticas para ello es atacar las restricciones sociales establecidas». De ahí que en los Estados serviles (amalgama de capitalismo y comunismo) sean tan importantes los derechos de bragueta, igualmente exaltados por liberales y socialistas.

Y todo ello tiene su origen en ese «principio emancipador brutal» del liberalismo, que con sus consignas de soberanía y autodeterminación convirtió a las naciones históricas tradicionales en un avispero de nacionalismos a la greña, y a los hombres que las formaban en chiquilines agitados y caprichosos. Así se sustituyó la solicitud amorosa del bien común, fin primordial de la política tradicional, por la devorante apetencia de derechos individuales que rompieron los vínculos comunitarios entre los hombres, que desde entonces se guiaron por la obtención del placer y de sus pretensiones egoístas. Esta disolución de los vínculos comunitarios dio lugar a una sociedad de individuos engreídos de su autonomía personal,

ahítos de libertad, borrachos de derechos, que resultan muy mollares y manejables para las fuerzas del Dinero. Y esos individuos mollares y manejables terminan encumbrando a los políticos socialistas, que son los que más eficazmente reparten los placebos que aseguran la dominación del Dinero: subvenciones y subsidios por un lado; derechos de bragueta por otro. Así los pueblos se convierten en masas cretinizadas que hociquean en la pocilguita.

A la postre, como explicaba Castellani, el liberalismo consigue que «un grupo de socialistas, bajo la coartada de la adoración del Hombre, gobiernen el mundo con poderes tan extraordinarios como no los soñó Licurgo». De ahí que los izquierdistas listos como Errejón, que saben perfectamente que el liberalismo crea las condiciones sociales, económicas y morales óptimas para el triunfo de la izquierda, lo ensalce sin dobleces y afirme sinceramente que el socialismo no refuta los principios liberales, sino que los hace propios y los desarrolla.

DELICIAS DEMOCRÁTICAS

HOMBRES NUEVOS

Si analizásemos los procesos históricos modernos desde la Revolución francesa hasta nuestros días, descubriríamos una idea motriz común, presentada bajo diversos ropajes. Tal idea (por supuesto demencial, pero expuesta siempre con ardor desmelenado y fatua convicción) postula que se puede romper drástica y radicalmente con el pasado, fundando una nueva época que cristaliza en hombres nuevos, proyectados hacia un futuro esplendente a lomos del progreso. Esta idea, tan optimista como mentecata, de refundación de la Historia y regeneración humana está en la médula del espíritu revolucionario y se resume en la frase del genocida Jean-Baptiste Carrier, que después de encerrar a miles de antirrevolucionarios en barcos que hizo hundir exclamó exultante: «Convertiremos Francia en un cementerio si no podemos regenerarla a nuestro modo». Todos los movimientos políticos de los dos últimos siglos han hecho propio este desiderátum psicopático, cuyos orígenes debemos buscar en Descartes.

En su celebérrimo *Discurso del método*, Descartes propone una visión mecanicista de la naturaleza que, aplicada a la sociedad, inspiraría esta funesta idea de «resetear» el mundo, empezando naturalmente por el hombre. Una vez que el mundo es concebido como una suerte de teorema matemático, resulta inevitable que tarde o temprano surja el deseo de fabricar un mundo más perfecto, habitado por hombres que se hayan despojado de las cargas y gravámenes antiguos (¡el odioso pecado original!), para convertirse en una raza de dioses que imponen su sacrosanta voluntad sobre la realidad, remodelándola, negándola, refutándola y, en caso de que tales técnicas se revelen estériles (como suele ocurrir, porque la realidad es muy tozuda), haciendo como si no existiese. Este voluntarismo vesánico (y a la vez irrisorio) daría lugar a una serie de deformaciones racionalistas que ahora no tenemos tiempo de analizar: revisionismos históricos, idealismos filosóficos y constructivismos antropológicos de toda índole, con frecuencia aberrantes y casi siempre desquiciados.

Naturalmente, al mecanicismo cartesiano se sumarían luego otras corrientes de pensamiento que contribuyeron a esta tarea de regeneración humana. El naturalismo de Rousseau propiciaría el advenimiento del primer «hombre nuevo» con nombre propio, el «ciudadano», que puede guiarse por su voluntad benéfica e infalible, autónoma y soberana. Las hipótesis de

Darwin, por su parte, servirían para soñar con una raza de hombres mejor dotados, tanto en el carácter como en la constitución biológica, capaces de desarrollar un sentido ético (y étnico) superior. Al modernismo religioso, por su parte, no le bastó con que la Redención hubiese beneficiado espiritualmente al hombre caído, sino que imaginó al ser humano en un perenne estado de perfectibilidad que lo llevaría (según la alucinada escatología de Teilhard de Chardin) a fundirse con Dios, en un afrodisíaco punto G (perdón, quería decir punto Omega).

Este mito de la perfectibilidad humana es el motor (con carburante adulterado) de todas las utopías, que resucitaron el sueño de una Edad de Oro, despojada de la grandeza con que se revestía en las viejas mitologías paganas y acondicionada a la vulgaridad con olor a berza cocida y estufa mal purgada de las ideologías, que han ido evolucionando desde las engreídas proclamas del racionalismo al vómito balbuceante y sentimental de la razón hecha trizas (según aquel infalible principio mecánico y biológico que nos enseña que todo lo que sube baja). Sobre los quiméricos «hombres nuevos» soñados por el comunismo, el fascismo o el nazismo nada diremos, pues ya han sido sobradamente diseccionados y hasta vulgarizados por el cine de Hollywood y los tertulianos más analfabetos. Mucho más interesante se nos antoja la figura del «hombre nuevo» democrático, que en parte es el hombre-masa de Ortega (un hombre orgulloso de su vulgaridad, engolosinado en su bienestar, que sólo se guía por sus apetitos, mientras cree aseguradas la estabilidad política y la seguridad económica), en parte el hombre unidimensional de Marcuse (dedicado únicamente a producir y consumir e idiotizado por los *mass media*) y en parte el hombre programado de Skinner (un producto de la ingeniería social cuya conducta y pensamiento están inducidos, incluso determinados por el medio ambiente, lo cual lo hace felicísimo).

* * *

La democracia plantea un problema acaso irresoluble, que es el de la representación política. A la gente se le dice que, a través del voto, elige a sus gobernantes, que estarán obligados por un mandato representativo a atender las peticiones de sus votantes. Pero lo cierto es que tal representación política nunca ha sido plena; y, en las democracias de nuestra época, puede decirse sin temor a la hipérbole que tal representación

es casi nula, pues los gobernantes están al servicio del Dinero, que es el que les da las órdenes. Si la gente cayese en la cuenta de que no existe representación política, se podría desencadenar una revolución que aniquilase este contubernio del poder político y el Dinero; y para que esto no ocurra, se arbitra entonces una —empleamos la misma expresión que Platón utiliza en su *República*— «sublime mentira» que haga creer a la gente que su voluntad es soberana y los gobernantes de desviven por atenderla. Así se crea el mito del hombre nuevo democrático, que a diferencia del hombre nuevo de los totalitarismos, no surge tras un período de violencia revolucionaria, sino de manera pacífica, hasta alcanzar lo que Augusto Comte llamaba el «estado positivo de la Humanidad», que a su juicio (¡y tenía razón, el muy bellaco!) se lograría a través de la propaganda y la educación. En esta misma idea abunda Marcuse, quien señala que «la democracia consolida la dominación de manera más eficiente que el absolutismo», sin necesidad de recurrir al «terror explícito».

Señalábamos más arriba que el hombre nuevo democrático es una mezcla del hombre-masa de Ortega, el hombre unidimensional del mencionado Marcuse y el hombre programado de Skinner. Detallaremos ahora un poco más el proceso que se sigue para lograr esta metamorfosis, cuyo fin último no es otro sino crear por sugestión el espejismo de que somos titulares del poder político, cuando en realidad sólo somos sus felpudos. Para que tamaña sandez cale en la llamada «conciencia colectiva», es preciso actuar primeramente sobre las mentes humanas, logrando la desconexión plena entre sus estructuras intelectivas superiores (allí donde residen las funciones específicas del pensamiento, la capacidad de juicio y la responsabilidad) y los impulsos vitales, de tal manera que estos dejen de estar controlados por la inteligencia y se conviertan en meras expresiones de la voluntad. De este modo, mediante la desconexión de inteligencia y voluntad, se logra salvar el reparo fundamental que los partidarios de la aristocracia han hecho a la democracia, pues como atinadamente observaba Donoso Cortés, «si las inteligencias no son iguales todas, todas las voluntades lo son. Sólo así es posible la democracia».

Una vez lograda esta desconexión, al hombre nuevo democrático se le infunde la ilusión de que sus deseos e impulsos vitales, puesto que son la expresión más «auténtica» de su voluntad, deben ser atendidos por el Estado. Pero no hay organización política que pueda atender

simultáneamente millones de deseos salidos de millones de voluntades. Por eso el gobernante recto no atiende deseos personales, sino que procura atender el bien común; y por eso el gobernante degenerado, para infundir la ilusión de que atiende deseos personales, necesita que todas las personas deseen lo mismo, para lo que es preciso convertirlas en masa gregaria. Este proceso de masificación social, tan crudamente animalesco, era realizado en los regímenes totalitarios con métodos expeditivos y carentes de delicadeza, pero en las democracias se realiza con métodos mucho más recatados, mediante la exaltación de la igualdad, una golosina que a todos gusta, pues es el homenaje que la democracia rinde a la envidia. Esta utilización espuria de la igualdad como «camino hacia la esclavitud» o coartada para la masificación y uniformización de los pueblos ya fue vislumbrada por Tocqueville en *La democracia en América*: «Todo poder central que sigue sus instintos naturales ama la igualdad y la favorece; pues la igualdad facilita singularmente la acción de semejante poder, lo extiende y lo asegura […]. Se puede decir, igualmente, que todo poder central adora la uniformidad, pues la uniformidad le ahorra el examen de una infinidad de detalles de los que debería ocuparse si hiciera las reglas para los hombres, en lugar de hacer pasar indistintamente a todos los hombres bajo la misma regla».

Pero, ¿cómo se consigue «hacer pasar indistintamente a todos los hombres bajo una misma regla»? ¿Cómo se alcanza la masificación social, requisito previo para crear el hombre nuevo democrático? En su obra *Echar raíces*, Simone Weil escribe: «El arraigo quizá sea la necesidad más importante e ignorada del alma humana. Un ser humano tiene raíces en virtud de su participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos del futuro. […] El ser humano tiene necesidad de echar múltiples raíces, tiene la necesidad de recibir la totalidad de su vida moral, intelectual y espiritual de los medios de los que forma parte naturalmente». Para alcanzar la masificación de la que emerge el hombre nuevo democrático, es preciso desarraigar al ser humano, arrancar las raíces que lo nutren de una vida moral, intelectual y espiritual.

Debe comenzarse, por supuesto, con el desarraigo espiritual, pues es en su enraizamiento con Dios donde el hombre encuentra explicaciones a su razón de ser en el mundo, a su procedencia y destino final. Y, una vez

logrado este desarraigo espiritual, nada más sencillo que lograr su desarraigo existencial, pues una vida privada de causa y destino es inevitable que acabe pudriéndose, enmarañándose de angustia, entregándose al vacío existencial, flotando en el marasmo del tedio o de la búsqueda desnortada de analgésicos que mitiguen su pudrición, su angustia, su vacío y su tedio. Este desarraigo existencial, que es ruptura de los lazos cordiales que nos vinculan a una realidad iluminada desde lo alto, acaba inevitablemente engendrando también desarraigo intelectual, porque la insatisfacción con un mundo que hemos dejado de entender nos obliga a concebir idealismos y utopías que nunca se realizan, agigantando nuestra conciencia de fracaso. Y, a la vez, se produce también el desarraigo moral: una vez rotas las raíces con los mandatos religiosos, el hombre desarraigado se ve obligado a suplirlos con su flaca voluntad; pero, como a los hombres nuevos democráticos se les ha dicho que su voluntad soberana se expresa mediante el ejercicio de sus impulsos vitales, resulta lógico que se guíen (salvo unos pocos espíritus privilegiados) por el interés propio y la satisfacción de sus deseos, apetitos y conveniencias.

Este desarraigo conlleva la progresiva destrucción de los vínculos humanos, empezando por la familia, y hace imposible una comunidad política concordante en los fundamentos que garantizan su supervivencia. Pues lo que caracteriza a los hombres desarraigados es su discordancia en lo fundamental (cada uno profesa un idealismo o utopía distintos), su individualismo orgulloso y egoísta, que los conduciría a la aniquilación (bien porque acabarían a la greña, bien porque se resignarían al aislamiento y la incomunicación) si no fuera porque el poder, muy taimadamente, les ofrece, como garantía última de supervivencia, esa «misma regla» a la que se refería Tocqueville. Una vez destruida aquella «colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos del futuro» a la que se refería Weil, a estos hombres desarraigados no les queda otra salida sino resignarse a convertirse en masa, en una sociedad de hombres unidimensionales en la que —según explicase muy atinadamente Herbert Marcuse— todo está estandarizado, uniformizado, pasado por el tamiz del conformismo social; y donde las necesidades de los individuos desarraigados están inducidas por los intereses del poder, que puede obligarlos (¡sin necesidad de ejercer la violencia!) a comprarse un automóvil, o a embrutecerse viendo la televisión, o a aprender el manejo de

tal o cual maquinita o programa informático porque, una vez despojado de aquellos vínculos naturales que permitían aflorar las personalidades fuertes, el hombre desarraigado ya no tiene otro medio de afirmar su autonomía (¡su soberana voluntad!) sino realizar vulgares acciones que, sin embargo, el muy memo cree expresión de su irrepetible individualidad, aunque sean las mismas acciones que hacen —con levísimas variantes— millones de hombres masificados.

Para lograr que esa masa de hombres nuevos, a la vez que chapotean en su vulgaridad inducida, crean orgullosamente que sus acciones y pensamientos son distintivos, hay que infundirles la creencia irrisoria de que piensan y actúan «por libre». Hay que hacerles creer que todo lo que sale de su caletre es auténtico y originalísimo, cuando en realidad no es sino una morralla de prejuicios, lugares comunes y opiniones preconcebidas que otros les han implantado, a modo de *chips*.

* * *

Afirmaba Ortega que lo más característico de la sociedad de masas es que las almas vulgares se sienten orgullosas de su vulgaridad. Para lograr este birlibirloque genial es preciso infundirles la creencia ilusoria de que piensan por sí solas, cuando en realidad están siendo dirigidas por otros. Tal ilusión se genera consiguiendo que los individuos que conforman la masa desarraigada «internalicen» una serie de paradigmas culturales que el sistema les impone, para convertirlos en seres pasivos, conformistas y gregarios, sometidos a consignas que confunden con expresiones emanadas de su sacrosanta voluntad. No es, desde luego, un birlibirloque sencillo: para conseguir, por ejemplo, que un paria al que pagan un sueldo misérrimo no repare en que el sistema necesita que tenga pocos hijos o ninguno, para que no nazca en él un impulso natural de dar la vida por ellos (lo que lo llevaría a exigir un sueldo digno, por las buenas o por las malas), hay que borrarle de su cerebro hecho papilla la noción de los derechos derivados del trabajo (derecho a un salario digno, derecho a un trabajo estable, derecho a permanecer en su tierra, derecho a alimentar y educar a sus hijos) e imbuirle la creencia psicopática de que lo importante son los derechos de bragueta, de la anticoncepción al aborto; y no sólo esto, sino hacer creer al paria que tal cretinez no es un *chip* que han implantado en su cerebro destrozado, sino que es una conquista de su libertad.

Este birlibirloque genial se logra, como hacía notar Comte, a través de la educación y la propaganda. Y es que, como afirmaba Sartori en *Homo videns*, «la voluntad informada del pueblo puede ser también su voluntad menos auténtica». En efecto, las masas no piensan de forma autónoma, sino que asimilan —cual rumiantes—la alfalfa que se les suministra a través de los *mass media*, presentada siempre como si fuera su propio pensamiento. Para ello, la propaganda actúa con eslóganes y consignas sobre sentimientos, deseos y emociones, de tal modo que el pensamiento quede eludido (y, a la vez, paulatinamente atrofiado) y la voluntad sea más fácilmente doblegada (y, a la vez, exaltada). A medida que tales eslóganes y consignas logran entablar simbiosis con los sentimientos, deseos y emociones de las masas, su conocimiento de la realidad se empobrece y agosta; y llega un momento en que su libertad queda sometida a esa argamasa entre sentimental y doctrinaria, haciéndose dócil a los lugares comunes más apestosos, que los cerebros hechos papilla toman por ideas originalísimas. Tal proceso se percibe muy claramente en los teleadictos que creen pensar exactamente igual que tal o cual tertuliano (un lorito que repite las consignas que le suministra el negociado de derechas o izquierdas); o en esas masas cretinizadas que enarbolan pancartas con los mismos eslóganes diseñados por la fundación Rockefeller, que sin embargo creen salidos de sus caletres, para entonces convertidos en cementerios de neuronas.

Claro que, para conseguir tal sumisión de las masas a los lugares comunes impuestos por el sistema, es preciso alcanzar un nivel de control social que logre que «toda contradicción parezca irracional y toda oposición imposible», tal como establecía Marcuse. Es preciso que la propaganda actúe con tal eficacia que los individuos no puedan reconocer su naturaleza represiva, para lo cual crea «una dimensión única del pensamiento». Naturalmente, pretender escapar de esa dimensión única se percibe por el hombre nuevo democrático como una «desviación» aberrante que debe ser condenada al ostracismo, como hacían los protagonistas del cuento de Wells *El país de los ciegos* con el protagonista vidente, al que sólo terminaban aceptando en sociedad después de que se resignara a que le arrancaran los ojos. El hombre nuevo democrático no necesita al poder que ha destrozado su cerebro y su alma para señalar y condenar a los disidentes; puede hacerlo muy orgullosamente él solito, y considerar además que lo hace por

altruismo (y, ¡por supuesto!, de forma espontánea y no inducida).

De este modo, dejando que sea la propia masa la que vaya aniquilando o absorbiendo toda forma de oposición, se logra el hombre unidimensional que retrataba Marcuse, caracterizado «por su paranoia interiorizada por medio de los sistemas de comunicación masivos». Este hombre unidimensional, incapaz de exigir y de gozar cualquier progreso de su espíritu, satisfecho en su mundo prefabricado de prejuicios y de opiniones preconcebidas, aún deberá ser programado, sin embargo, para alcanzar el estadio de perfecto hombre nuevo democrático; pues así no sólo será un pelele, sino un pelele feliz.

En la construcción del hombre nuevo democrático no basta con la deificación de los impulsos vitales (deseos y sentimientos). No basta tampoco con alcanzar ese estado de desarraigo que convierte a las personas y a los pueblos en masa amorfa y estandarizada, a la vez que exalta los individualismos más egoístas. Es preciso que el hombre nuevo democrático «internalice» los paradigmas culturales que el sistema impone, hasta convertirse en un ser pasivo y gregario, sometido a consignas que confunde ilusoriamente con expresiones originales suyas. Para conseguir que la masa acepte como axiomas los sofismas más burdos, se requiere la imposición de métodos de «control social» que hagan imposible toda oposición, muy semejantes a los anticipados por Aldous Huxley en *Un mundo feliz*. En esta novela, tal control se lograba mediante un mecanismo repetitivo que hablaba sin interrupción al subconsciente, durante las horas del sueño; en nuestra época se logra a través de la saturación mental lograda a través de los *mass media*, que llegan a convertir al hombre nuevo democrático en un auténtico jenízaro de las ideologías (negociados de izquierdas y derechas) que sostienen el sistema, de tal modo que abrace las calamidades y desgracias que poco a poco lo convierten en un felpudo como logros que lo elevan a una nueva dignidad.

Este proceso de alienación (que incluye la creación de un neolenguaje que codifica la realidad en unos parámetros «políticamente correctos») ha sido sagazmente diseccionado por el pensador marxista Herbert Marcuse, quien sin embargo cree grotescamente —así lo afirma en *Eros y Civilización*— que «un desarrollo no represivo de la libido» conduciría a una civilización auténticamente libre; cuando lo cierto es que esta liberación de la libido ha sido —junto con la entronización del consumismo

— el método esclavista que el sistema ha elegido para sumergir al hombre nuevo democrático en un marasmo de placentera irresponsabilidad que confunde con la felicidad. Y, en épocas de crisis, cuando los efectos afrodisíacos del consumismo sólo están al alcance de unos pocos, la liberación de la libido (lo que Chesterton llamaba la «religión que, a la vez que exalta la lujuria, prohíbe la fecundidad» y nosotros, menos finamente, derechos de bragueta) se convierte en el «soma» con el que las masas curan sus penas y olvidan su vida desarraigada y sus sueldos misérrimos, hasta alcanzar ese estado de animalización colectiva que hogaño se denomina socarronamente «felicidad».

Para alcanzar este grado de animalización feliz que completa la fabricación del hombre nuevo democrático es fundamental erradicar el libre albedrío. B. F. Skinner, uno de los máximos exponentes del conductismo, llegó a desarrollar técnicas de «condicionamiento operante» (en realidad ingeniería social) que permiten «programar» al hombre, logrando que su conducta se adecue a lo que el «educador» determina *a priori*. Y hasta llegó a escribir una curiosa y escalofriante novela, *Walden Dos*, en la que se describe una sociedad utópica científicamente construida que funciona siguiendo al dedillo tales técnicas. El propósito de Skinner es mostrar las ventajas de esta sociedad idílica; pero, involuntariamente, nos ofrece un catálogo de horrores en donde el buenismo (pues *Walden Dos* es una sociedad de la que han desaparecido los comportamientos agresivos) y la disolución de la familia fundada en lazos de sangre dan paso a una sociedad tecnocrática donde la resolución de todos los problemas es confiada a la ciencia, mientras la educación se encarga de hacer felices a todos y cada uno de los miembros de tal sociedad, convirtiéndolos en individuos con «capacidad de autorregulación» de su conducta que reaccionan siempre de forma previsible, mediante la repetición idiotizante de conductas «positivas» que exorcice el fantasma de la depresión. En realidad, tales métodos educativos son los mismos que preconizan los manuales de autoayuda, las terapias de superación personal y demás morrallas euforizantes con las que el sistema trata de tapar las grietas del proceso de fabricación del hombre nuevo democrático, ese pobre y felicísimo pelele que ha sido despojado de su libre albedrío y su autonomía moral. Y todo ello sin violencia, tal como había anticipado Tocqueville: «Es así como cada día el poder convierte en menos útil y en más raro el empleo del libre

arbitrio; es así como encierra la acción de la voluntad en un espacio menor. La igualdad prepara a todos los hombres para todas las cosas; los dispone a sufrirlas y a menudo, incluso, a mirarlas como un bien».

Disfrutemos como enanos de las conquistas del hombre nuevo democrático.

SOSTIENE MONTESQUIEU

A la gente religiosa, en una época tan racionalista como la nuestra, se la mira con condescendencia, cuando no con desprecio; pues la credulidad suele considerarse un signo de debilidad mental. Pero mucha más credulidad, infinita más, requiere el demócrata que el creyente. Pues la fe religiosa consiste en creer en lo que no vemos y, por lo tanto, no sabemos a ciencia cierta si existe; mientras que la fe democrática consiste en creer en aquello que sabemos a ciencia cierta que no existe. Es cierto que nadie ha visto a la Santísima Trinidad; pero todavía no he conocido a nadie capaz de probar su inexistencia. En cambio, tenemos multitud de pruebas (algunas apabullantes) de que no existe la separación de poderes; y, sin embargo, la gente sigue creyendo de forma absurda e irrisoria en esta notoria falsedad. El demócrata constata, por ejemplo, que la elección de los miembros del Consejo General del Poder Judicial es un chanchullo sórdido, un burdo apaño entre oligarquías políticas; y, sin embargo, sigue creyendo sin inmutarse en la separación de poderes.

La soberbia propia de nuestra época también desdeña al creyente porque entiende misteriosamente que es una persona poco leída. Pero lo cierto es que algunos creyentes hemos leído miles de libros; y el que menos ha leído al menos está familiarizado con los pasajes bíblicos de los que se nutre su fe. En cambio, la fe democrática, en muchos de sus más acérrimos propagandistas, suele ser orgullosamente analfabeta. Es dificilísimo encontrar a un creyente en la Santísima Trinidad que no haya leído siquiera los Evangelios (o al que, al menos, no le hayan leído los Evangelios desde el púlpito); en cambio, la mayoría de los creyentes en la separación de poderes no han leído jamás *El espíritu de las leyes* de Montesquieu, que es el libro que supuestamente consagra este principio político. Pues si lo hubiesen leído, habrían descubierto que a Montesquieu no le interesa tanto separar como limitar el poder, conseguir que el poder contenga (o detenga) el poder, que es exactamente lo que cada vez ocurre menos en las

democracias actuales. Donde, por ejemplo, el ejecutivo puede sacudirse la contención del legislativo, legislando por decreto; o donde el legislativo puede escaquearse del control judicial mediante el aforamiento y la inmunidad parlamentaria.

La gran preocupación de Montesquieu no es, en realidad, la separación de poderes, sino el abuso del poder, el despotismo, que no identificaba —como hace el analfabeto contemporáneo— con la dictadura, sino con la corrupción de cualquier clase de gobierno: «La monarquía —escribe Montesquieu— degenera en el despotismo de uno sólo; la aristocracia, en el despotismo de varios; la democracia, en el despotismo del pueblo». Lo cierto es que Montesquieu se muestra, en general, más partidario de la monarquía que de la democracia, por la sencilla razón de que la considera la forma de gobierno que, pese a las apariencias, admite más contrapesos (tal vez porque está imbuida de piedad religiosa): «Como el mar, que parece cubrir toda la tierra, es detenido por los matorrales y por los menores arenales que se hallan en la ribera —escribe en otro pasaje de *El espíritu de las leyes*—, así las monarquías, en las que el poder parece sin límites, se detienen ante los más pequeños obstáculos y someten su fiereza natural a la petición y la plegaria». Y, desde luego, Montesquieu no encuentra forma de despotismo más feroz que la democrática, a la que se llega «no solamente cuando se pierde el espíritu de igualdad, sino también cuando se adquiere el de igualdad absoluta, y todos apetecen ser iguales». Y señala que esta apetencia de igualdad absoluta es favorecida por las oligarquías corruptas, que «buscan cómo corromper al pueblo para ocultar su propia corrupción», convierten el libertinaje en «ídolo de todos» y «lisonjean incesantemente la avaricia para que no se aperciba la de ellos».

Esta democracia donde rige el espíritu de igualdad absoluta —donde la opinión del ignaro vale lo mismo que la del sabio—era, a juicio de Montesquieu, la forma más peligrosa de despotismo. En ella los controles al poder se hacen imposibles, ya que nadie reconoce autoridad a nadie; y allá donde no se reconoce ninguna autoridad es donde los déspotas pueden actuar más discrecional y arbitrariamente, más impunemente también. Por ejemplo, quitando y poniendo jueces chanchulleramente, mediante cambalaches entre las oligarquías. Y el pueblo corrompido, en lugar de rebelarse contra el despotismo, lo aceptará como si tal cosa, afirmando además que hay separación de poderes, como en la fábula del rey desnudo.

LA GANGRENA

La dura realidad es que la democracia vigente ya no es una forma de gobierno, sino —como enseñaba Gómez Dávila— una religión antropoteísta: «Su principio es una opción de carácter religioso, un acto por el cual el hombre asume al hombre como Dios. Su doctrina es una teología del hombre-dios; su práctica es la realización de este principio en comportamiento, en instituciones y en obras». Esta teología del hombre-dios pretende que el derecho al voto se alce contra las leyes, de tal modo que el pueblo pueda convertirse en «tirano de las leyes», obedeciéndolas o desobedeciéndolas según su conveniencia. Contra este gravísimo peligro ya nos alertaba Platón en el libro IX de su diálogo *Las leyes*: «De cualquiera que esclavizare las leyes poniéndolas bajo el imperio de los hombres, sometiere la ciudad a una facción y, despertando la discordia civil, infringiere las leyes, hay que pensar que es el peor enemigo de la *polis*».

No un enemigo cualquiera, sino el peor de los que acechan a la comunidad política. No hay peor delito, en efecto, que entregar las leyes al poder de los hombres. Platón considera que el despotismo democrático es el peor de los despotismos, por la sencilla razón de que no hay forma de comunidad política que sobreviva si los hombres que la constituyen no se someten al imperio de la ley. Naturalmente, esto no significa que las leyes injustas no puedan ser cambiadas; significa que las leyes no pueden estar a merced de gobernantes demagogos que las pisoteen a placer, ni tampoco de pueblos caprichosos que las obedezcan o desobedezcan según su conveniencia. Sin sometimiento a la ley, bajo la máscara acaramelada de religión antropoteísta, la democracia se convierte en una pura pulsión: halagando al hombre-dios, los demagogos pueden modelar a placer al hombre-bestia. Porque fuera de la polis está la selva. Y en esa selva de hombres divinizados —que en realidad ya sólo son bestias que han dimitido del raciocinio—, el demagogo puede hacer lo que le venga en gana. No tiene más que sobornar a esos hombres-bestias que se creen dioses para llevar a cabo sus designios.

Pero cuando Platón afirmaba que quienes ponían las leyes bajo el imperio de los hombres eran los peores enemigos de la *polis* se estaba refiriendo a leyes justas. El error aberrante y constitutivo de la democracia antropoteísta consiste en hacer creer al hombre (para divinizarlo) que basta

con que una mayoría las apruebe para que las leyes sean legítimas. De este modo, la democracia antropoteísta concede la misma legitimidad a la virtud que al crimen, con tal de que disfruten aritméticamente del mismo apoyo. De este modo, la democracia antropoteísta se adentra en el largo túnel que la lleva inevitablemente a su desintegración: pues una vez que el hombre-dios ha convertido sus apetencias en derechos y sus vicios en virtudes cívicas mediante leyes aprobadas mayoritariamente, ¿cómo se le puede convencer de que un referéndum que le *apetece* es ilegal? Ese hombre-dios considera íntimamente que todas las leyes son una farsa, aunque finja obedecerlas mientras le conviene; pero en el momento en que tales leyes coarten su divinización se revolverá contra ellas, tachándolas de antidemocráticas.

En estos días en que los demagogos infringen las leyes, despertando la discordia civil, y la diarrea mental del hombre-dios afirma que su voto está por encima de las leyes resuena como una maldición aquella frase sabia y profética, clarividente y terrible, de Donoso Cortés: «El principio electivo es de suyo cosa tan corruptora que todas las sociedades civiles, así antiguas como modernas, en que ha prevalecido han muerto gangrenadas».

DESINFORMADOS

Ahora resulta que a los gobiernos europeos les preocupa sobremanera que la sociedad esté «desinformada». Es una preocupación ente chistosa y cínica, como de madama de burdel a la que le preocupase que sus pupilas sean todas putas. ¡Pero si la «desinformación» es, precisamente, lo que les da de comer!

Por «desinformación» debemos entender, al parecer, la negación u ocultamiento premeditado de la verdad objetiva de las cosas, o su suplantación por un enjambre de bulos, tergiversaciones e ideaciones paranoides. Pero lo cierto es que cualquier régimen democrático se funda en la negación de la verdad de las cosas, que es sustituida por la opinión que una mayoría tenga sobre ellas; o, todavía peor, por la opinión de los «representantes» de esa mayoría. Pues, en las modernas democracias, al conculcarse el mandato imperativo, los «representantes» no lo son de quienes les votaron, sino del partido en que militan. El fundamento mismo de la democracia es la negación de la verdad, como sin ambages reconoce Hans Kelsen, cuando propone como modelo de demócrata fetén a Poncio

Pilatos, que pregunta escéptico a Jesús en el pretorio: «¿Qué es la verdad?». Para Kelsen, el demócrata debe guiarse siempre por el escepticismo y declarar inútil la búsqueda de la verdad; de ahí que Pilatos, en lugar de preocuparse por investigar si las acusaciones contra Jesús son ciertas, decida someter a votación popular su destino. El auténtico demócrata debe renunciar a establecer la verdad de las cosas, debe ser un modélico «desinformado» que guíe su pensamiento y su conducta por criterios puramente relativistas, o utilitarios, o convenientes a sus intereses; y aspirar a que esos criterios coincidan con los de una mayoría de «desinformados» que, sumando sus votos, puedan encumbrar al partido de sus entretelas. Luego, por supuesto, los «representantes» de ese partido harán de su capa un sayo, y podrán contentar o chinchar a los «desinformados» que les votan, según a su vez les convenga, sabiendo que, una vez elegidos, ya no pueden hacer nada contra ellos.

La «desinformación», además, es el criterio práctico que facilita en nuestros días el juego político. ¿Qué son los adeptos a tal o cual partido, sino «desinformados» que prescinden con entusiasmo de la verdad, para abrazar las consignas que les lanzan sus líderes? Y en estos partidos se defiende tranquilamente una cosa o la contraria, según acampen en el gobierno o en la oposición; y siempre, por supuesto, según las órdenes que reciben del reinado plutocrático universal al que sirven. Y así, los adeptos de los diversos partidos, defienden también una cosa y la contraria sin rubor, orgullosos de ser unos «desinformados» que cambian de opinión al vaivén de las consignas que reciben, frente a los odiosos «inmovilistas», que piensan siempre lo mismo. A fin de cuentas, una vez que uno renuncia a conocer la verdad de las cosas, como Kelsen exigía al verdadero demócrata, cambiar de opinión al compás de la «versión» cambiante de la realidad que tu partido postula en cada momento como «versión oficial» es lo más fácil (y descansado) del mundo.

Inevitablemente, las personas a las que primero se les ha exigido que renuncien a establecer la verdad de las cosas (para adherirse al fundamento de la democracia) y que profesen opiniones cambiantes (para adaptarse a las «versiones» cambiantes de la realidad que interesan a su partido) necesitan sustentarse con un incesante acopio de bulos e intoxicaciones que mantengan vivas sus expectativas y encendida su moral. De ahí que cada vez sea más frecuente el modelo de demócrata fetén que mira la realidad a

través del *timeline* de tal o cual red social, donde lo «desinforman» del modo que él quiere ser «desinformado»; pues en su *timeline* encuentra la calidez y el abrigo de una placenta, donde puede dedicarse a bogar sin sobresaltos, protegido de las «desinformaciones» adversas, que percibirá de inmediato como agresiones inadmisibles, como proclamas subversivas, como viles ataques a los fundamentos de la convivencia o a la seguridad nacional. Cuando no son otra cosa sino bulos e intoxicaciones, exactamente iguales que las mamarrachadas y simplezas que él consume en su *timeline*, fabricadas para demócratas como él, pero de tendencia ideológica diversa.

Los gobernantes europeos no pueden combatir la «desinformación», porque sería tanto como si cerrasen el negocio que les da de comer. Sólo pueden censurar. Y, puestos a ello, se centrarán sobre todo en censurar la verdad de las cosas, que es la enemiga que deben aniquilar para asegurar su sosiego, como bien sabía Poncio Pilatos.

ENCUESTAS ELECTORALES

En cierta ocasión, Borges definió la democracia como un «curioso abuso de la estadística». No creo, sin embargo, que pudiera imaginar el bombardeo implacable de encuestas demoscópicas con que la democracia iba a someter pronto a sus fieles. Esta campaña electoral está resultando especialmente estragadora en su proliferación de encuestas a troche y moche, encargadas cada semana por todos los medios de cierto (o incluso de ningún) renombre. Curiosamente, casi todas las encuestas nos anticipan unos resultados semejantes; casi todas muestran las mismas tendencias, alertan sobre los mismos peligros, incitan al voto en un mismo sentido. ¿Qué buscan con este martilleo aturdidor? ¿Alguien puede creer que tenga una finalidad meramente «informativa»?

Como a nadie se le escapa, este «curioso abuso» de las encuestas electorales está hecho con fines manipuladores; o, dicho más finamente, para moldear y encauzar la «intención de voto». En su obra *Opinión pública* (1922), Walter Lippmann, uno de los padres del pensamiento neoliberal, compara a las masas de las sociedades democráticas con un «rebaño desconcertado» que necesita ser «guiado» (¿hasta el redil?) por unas «élites» de expertos que les extirpen el ideal quimérico del «ciudadano omnicompetente» y les enseñen hábilmente a aceptar su función en democracia, que no es otra sino convertirse en «espectadores interesados de

la acción». Para ello, a juicio de Lippmann, hay que «formar la opinión pública», mediante la «fabricación de un consenso» que haga más digeribles los designios de las élites. De este modo, las élites decidirán más fácilmente sobre cuestiones que la masa no comprende, «velando por su propio bien».

Para conseguir formar esta «opinión pública» hay que lograr penetrar en lo que Carl Jung llamaba el «inconsciente colectivo», un mecanismo psíquico que se desliza como un río subterráneo por debajo de nuestra conciencia personal. Si se logra manipular este «inconsciente colectivo», instilándole ideas que convengan a las élites, se logrará que las masas actúen como conviene. Se trata, en definitiva, de implantarnos pensamientos que induzcan nuestra conducta, nuestra actitud o nuestra opinión, tal como hace Leonardo DiCaprio, infiltrándose en los sueños de sus víctimas, en la película *Inception*. Sólo que, para moldear la «opinión pública» no hay que infiltrarse en los sueños de las masas, sino en sus percepciones sobre la realidad, de tal modo que su «marco interpretativo» sea el que interese a las élites. En esta labor de modelaje y condicionamiento del «marco interpretativo» desempeñan un papel fundamental los medios de comunicación, encargados de llevar a cabo lo que Lippmann denomina un «reajuste necesario en el género de vida» de las masas, presentando como cambios necesarios lo que no son sino designios de las élites. De esta manera, cuando tales cambios se llevan a cabo, las masas los perciben como «naturales» y no ejercen oposición contra ellos (o sólo la ejercen minorías rebeldes que de inmediato son percibidas como radicales y extremistas por las masas manipuladas). De este modo se logra la «incepción» de las ideas culturales dominantes; de este modo se encauza también el voto hacia los caladeros que interesan a las élites.

En su libro *Propaganda* (1928), el publicista Edward Bernays —que no en vano era sobrino de Freud— afirma que «la manipulación consciente e inteligente de los hábitos y opiniones de las masas es un elemento importante en la sociedad democrática». Y se refiere sin rubor a un «gobierno invisible» (del cual los gobernantes elegidos en las urnas no serían sino agradecidos y obedientes títeres) encargado de que «nuestras mentes sean moldeadas, nuestros gustos formados, nuestras ideas sugeridas». En este proceso de colonización de nuestro mundo psíquico, el martilleo demoscópico ocupa un lugar preponderante; pues el hombre-masa

utiliza la información que recibe machaconamente para formar su endeble juicio y adoptar decisiones. Las encuestas actúan en nuestro cerebro a modo de implantes que condicionan nuestro voto: nos permiten «saber» cuáles son los partidos favoritos en la carrera electoral, nos permiten «saber» cuáles son los escollos en su triunfo, nos permiten «saber» cuál es el voto útil y cuál el inútil, nos permiten «saber» qué calamidades y efectos indeseados podría provocar el voto «irresponsable» que en un principio habíamos considerado.

Cualquier persona que no se chupe el dedo debe esforzarse por hacer caso omiso de este bombardeo de encuestas con el que tratan de manipularnos. Y procurar que su voto (o su abstención) sea un jarro de agua fría para las previsiones demoscópicas.

PARTITOCRACIA

Las resacas electorales siempre nos traen, como una marea de detritos, los «pactos» y «alianzas» de los partidos para formar gobiernos «estables» (o sea, gobiernos que garanticen la estabilidad a quienes pactan). Y, con la atomización del mapa político, estos «pactos» y «alianzas» poselectorales alcanzan cotas de chalaneo difícilmente superables, tan descaradas y sórdidas que hasta la gente con más tragaderas siente que su idolatría partitocrática se tambalea. «¡Yo no voté a Fulanito para que ahora forme gobierno con Menganito!», se quejan amargamente algunos. ¡Qué espectáculo de conmovedora ingenuidad!

En sus *Notas para la supresión de los partidos políticos*, la filósofa francesa Simone Weil nos enseña que «nunca hemos conocido nada que se asemeje, ni de lejos, a una democracia. En lo que nombramos con ese nombre, el pueblo no ha tenido nunca la ocasión ni los medios de expresar un parecer sobre un problema cualquiera de la vida pública; y todo lo que escapa a los intereses particulares se deja para las pasiones colectivas, a las que se alimenta sistemática y oficialmente». De hecho, ¿qué son los partidos políticos, sino máquinas confeccionadas para atender intereses particulares (los de quienes los integran y los de sus patrocinadores), a la vez que exaltan pasiones sectarias y divergentes entre sus adeptos? Estas pasiones divergentes no se neutralizan entre sí —prosigue Simone Weil—, sino que «chocan entre sí con un ruido verdaderamente infernal que hace imposible que se oiga, ni por un segundo, la voz de la justicia y de la

verdad». Los partidos políticos no tienen otro fin sino su propio crecimiento; y, para lograrlo, fanatizan a sus adeptos, haciéndoles creer cínicamente que dan voz a sus quejas y anhelos, enarbolando causas de apariencia noble. Todo ello con el objetivo de «matar en las almas el sentido de la verdad y la justicia».

Para lograr este fin, los partidos dejan huérfana de representación política a la sociedad, prohibiendo el mandato imperativo de los electores; y, a cambio, consagran una parodia de representación fundada en el mandato imperativo de los líderes de cada partido, que hacen con los votos de sus adeptos lo que se les antoja. Se afirma grotescamente que la soberanía «reside en el pueblo»; pero luego resulta que ese presunto soberano… ¡tiene prohibido dar instrucciones a sus representantes, tiene prohibido exigir el cumplimiento de sus promesas electorales, tiene prohibido revocar el poder que le otorgaron! ¿Qué misteriosa «soberanía» es esa? La dura realidad es que los partidos políticos disponen de sus votantes como si fueran siervos, mientras la sociedad política es suplantada por una «opinión pública» artificiosamente creada por los medios de comunicación (con sus hijas tontas, las encuestas demoscópicas), que moldean a su antojo la agenda política, siempre según el dictado plutocrático. Se trata de la más monstruosa usurpación de poderes que uno imaginarse pueda: nuestros diputados pueden pavonearse de que no son mandatarios ni delegados; pueden presumir de no recibir instrucciones de sus votantes; pueden pasarse las promesas electorales por salva sea la parte; pueden utilizar el poder que les otorgaron sus votantes para hacer exactamente lo contrario de lo que sus votantes les demandaban o exigían. ¡Y a este contubernio los ilusos lo llaman democracia!

La representación política, en los regímenes partitocráticos, ha dejado de fundarse en un mandato para convertirse, simple y llanamente, en una usurpación. Y toda posibilidad de influencia sobre el gobierno se reduce a una elección periódica, atendiendo a un programa que los candidatos no tienen obligación alguna de cumplir. Los partidos políticos que mediatizan la representación del pueblo lo hacen como el tutor de un niño o de un disminuido mental al que no tiene sentido alguno consultar. En las elecciones nos ofrecen listas cerradas que no cabe alterar; y la victoria les otorga libertad absoluta para dirigir nuestras vidas en la dirección que les pete, sin más límite que el que ellos mismos, magnánimamente, quieran

imponerse. No habrá democracia mientras no se recupere la representación como mandato; es decir, mientras el candidato elegido no tenga que responder ante los votantes de su circunscripción, sin disciplina partidaria. Hasta entonces seguiremos disfrutando de los primores de la partitocracia, un régimen de alternancia de oligarquías que —como no podía ser de otra manera— pactan entre sí lo que les conviene, seguras de que sus adeptos terminarán aceptándolo, pues para entonces ya han matado en sus almas el sentido de la verdad y la justicia.

INEPTO, PREPOTENTE, PERVERSO

Afirmaba Santo Tomás que el gobierno debe confiarse a quienes exceden en virtud e inteligencia al común de los mortales. No hay gobierno digno de tal nombre sin un sentido natural de la jerarquía o una anuencia de los espíritus que reconoce y encumbra a quien descuella sobre los demás. Encumbrar lo que es de naturaleza inferior es siempre una monstruosidad; pero aun en la monstruosidad hay grados.

Los clásicos distinguían tres tipos de gobernantes dañinos; el inepto, el prepotente y el perverso. El gobernante inepto es achaque propio de las monarquías, sobre todo si son hereditarias (pero también de las electivas, si quienes eligen son memos o malintencionados). De vez en cuando, hasta en las estirpes más egregias, surge un hombre débil con pocas dotes de mando, con pocas luces, con poca energía, con poca capacidad de sacrificio. Y a estos hombres, precisamente porque tienen poca autoridad, les gusta exagerarla, del mismo modo que el hombre alfeñique suele ser también el más rijoso. Como tienen la íntima convicción de no merecer el mando, se vuelven mandones y aspaventeros. Pero sus aspavientos dan más risa que miedo.

Mucho más temible que el gobernante inepto es el gobernante prepotente, que es achaque propio de dictaduras. Al gobernante prepotente lo caracteriza el apetito de poder, el placer de imponer su voluntad sobre los gobernados, que es una concupiscencia aún más peligrosa que la carnal. Al concupiscente de pasiones carnales, una vez satisfechos sus apetitos, lo invade el hastío; mientras que el concupiscente de poder, una vez satisfecho el capricho de alcanzarlo, quiere perpetuarse en él, incluso endiosarse, como hacían los emperadores romanos. Inevitablemente, el gobernante prepotente perpetra todo tipo de manejos para satisfacer su ansia de mando:

oculta o simula sus fracasos, recurre a la intriga, la mentira y la venganza, se rodea de una camarilla corrupta; y, en fin, envenena la convivencia, hasta hacerla irrespirable.

Pero todos sus desmanes no son, sin embargo, tan dañinos como los del gobernante perverso, tan característico de las democracias. El gobernante perverso es una «voluntad pura» que sólo se nutre de sí misma; y en su ebriedad puede llegar hasta la voluptuosidad de destruir, pues la destrucción es el acto supremo de dominio. Al gobernante perverso le gusta destruir todo en derredor, convirtiendo al prójimo en instrumento de su ansia de dominio: es un felón que hace concesiones y pacta oscuros contubernios con los enemigos de su pueblo; es un sacamuertos que disfruta resucitando odios ancestrales; es un corruptor que obtiene un placer supremo envenenando las almas de sus gobernados. Para que su perversión pase inadvertida y se convierta en hábitat natural, envenena las fuentes educativas (para que los niños sean el día de mañana jenízaros dispuestos a defender la perversión con uñas y dientes) y envisca a sus gobernados entre sí, alentando todas las formas de demogresca posibles, incluso las que afectan a las formas de solidaridad más necesarias para la supervivencia de la sociedad, como es la solidaridad entre hombres y mujeres. Detrás del gobernante perverso anida siempre la úlcera del resentimiento, la más turbia de las pasiones humanas, que —como la adicción a las drogas— necesita de constantes satisfacciones que no hacen sino exacerbarla más. Y nada satisface más al gobernante perverso que anegar con la pasión turbia del resentimiento al pueblo que gobierna, enviscando a ricos contra pobres, a mujeres contra hombres, a andaluces contra catalanes.

Pobre España, en manos de gobernantes perversos (que, para más inri, son también prepotentes e ineptos).

CORRUPTOS Y PURITANOS

En estos días en que la corrupción salpica a capitostes de diversos partidos políticos que ocuparon puestos de gobierno, recupera toda su vigencia aquella pregunta que San Agustín se hacía en *La ciudad de Dios*: «Si de los gobiernos quitamos la justicia, ¿en qué se convierten, sino en bandas de ladrones?». El puritanismo propio de nuestra época se rasga las vestiduras y pone el grito en el cielo, para excitar la demogresca y avivar el resentimiento social contra esos políticos que saquean nuestros bienes

materiales. Pero la corrupción de nuestros gobernantes es la consecuencia natural de una política que ha abjurado de su misión primordial, que no es otra sino la protección de los bienes morales, la defensa de la verdad y el bien, la exaltación de las virtudes; pues esto es lo justo, según nos enseñaba San Agustín. Cuando los gobernantes se dedican a exaltar el mal, a propagar el error, a saquear los bienes morales que constituyen la principal riqueza de un pueblo, es natural que acaben organizándose como bandas de ladrones, mientras el pueblo chapotea en la sentina de los vicios. En un mundo donde la muerte del inocente, la opresión del pobre, la perversión del orden natural y la defraudación del jornal del trabajador (lo que antaño se llamaban «pecados que claman al cielo») campean por sus fueros, protegidas y fomentadas por leyes inicuas, resulta natural que nuestros gobernantes se dediquen a la rapiña. Pues es inevitable que, allá donde los bienes morales son sistemáticamente pisoteados y escarnecidos, afloren las ambiciones impacientes y la avidez de riquezas. Y seguirán aflorando de formas cada vez más aberrantes y sistémicas, mientras no tengamos gobernantes que restablezcan los bienes morales. Cuando alguien se rasga las vestiduras por tal o cual corruptela de nuestros gobernantes sin clamar por el restablecimiento de los bienes morales, podemos estar seguros de que nos hallamos ante un puritano hipócrita.

El puritanismo es el vicio disfrazado con las plumas de pavo real de la virtud. El puritanismo es la hipocresía repugnante del pelagiano, que piensa que por sus propios medios puede ser perfecto e irreprochable, negando la debilidad de la naturaleza humana. Mucho más asco que el político que sucumbe a la corrupción nos despierta el puritano que lo señala y condena, mientras aplaude y fomenta las condiciones ambientales que propician la corrupción, mientras pisotea y escarnece los bienes morales que actúan de freno contra la corrupción, mientras aprueba leyes y favorece costumbres que claman al cielo. Por eso, peores aún que los corruptos pillados con las manos en la masa son esos politiquillos de nuevo cuño que, a la vez que potencian y exaltan eufóricos la destrucción de nuestros bienes morales, posan ante la galería como látigos de la corrupción, como si su naturaleza no estuviese herida por el pecado original, como si su puritanismo los protegiera contra las debilidades de los demás hombres. Estos son aún más repugnantes que aquel fariseo de la parábola evangélica, que rezaba: «Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres: ladrones, injustos,

adúlteros». Pues estos, que son injustos y adúlteros hasta las cachas (y se enorgullecen de ello, y pretenden que el pueblo reducido a piara también lo sea), pretenden grotescamente convencernos de que no son ladrones, ni lo serán nunca.

Cuando se encaramen a la cucaña del poder, dejarán a estos corruptos convertidos en aficionados de la sisa. Porque sólo puede combatir la corrupción el gobernante que, conociendo la débil naturaleza humana, se impone como misión primordial de su acción política el restablecimiento de los bienes morales.

CORRUPCIÓN BENÉFICA

¿Y qué ocurriría si, como señalaba Huntington, la corrupción fuese «un factor de modernización y de progreso económico»? ¿Qué ocurriría si, como afirmaba sin recato alguno Churchill, la corrupción sirviese «como un lubricante benéfico para el funcionamiento de la máquina de la democracia»? Y aquí, por supuesto, no nos referimos a la democracia como procedimiento electoral, ni como régimen político, sino a la democracia tristemente vigente, la democracia entendida como religión antropoteísta, cuyo principio —permítasenos citar a Gómez Dávila— «es una opción de carácter religioso, un acto por el cual el hombre asume al hombre como Dios».

Esta religión antropoteísta, en lugar de prometer al hombre bienes espirituales y eternos (como hacen las religiones que siguen creyendo en Dios), le promete bienes materiales y perecederos. En *La cultura es lo que importa*, una obra recopilada por el citado Huntington, se afirma que la supervivencia de ciertas «creencias premodernas» enraizadas en la fe religiosa impide la «eficiencia económica»; y que no hay otro modo de consolidar la democracia que reemplazarlas o adaptarlas «de forma no violenta». Este reemplazo o adaptación no violenta es, exactamente, lo que realiza la democracia entendida como religión antropoteísta: sus adeptos renuncian a sus bienes eternos (resumibles en la salvación de su alma) y a cambio obtienen las recompensas materiales y perecederas que les procura la eficiencia económica: Estado de bienestar, derechos de bragueta, subvenciones y otras mamandurrias, elecciones a tutiplén, etcétera.

Y una vez alcanzada la «eficiencia económica» que consolida la democracia, la corrupción se convierte —como señalaba Churchill— en su

«lubricante benéfico». Pues, como el propio Huntington explica en *El orden político en las sociedades en cambio*, la corrupción sirve para superar las barreras administrativas que reducen la inversión y distorsionan los precios de la economía. La corrupción —prosigue el célebre politólogo yanqui— «agiliza los procesos burocráticos y selecciona a los actores del mercado, a fin de que prevalezcan aquellos que invierten de forma decidida, incluso sobornando, en sus proyectos empresariales». Pues, en efecto, en un marco competitivo, las personas que están dispuestas a pagar mayores sobornos son los agentes económicos más eficientes. Y, además, la corrupción genera ingresos alternativos para políticos y funcionarios, que sirven para complementar sus sueldos. Gracias a la corrupción, pues, los sueldos de nuestros políticos y funcionarios pueden mantenerse en un bajo nivel de remuneración, reduciendo la carga impositiva sobre el común de la población.

La corrupción, en fin, es benéfica para la democracia, como señalaba Churchill. Es verdad que, como nos enseñaba Salustio, «desde que la gloria, la autoridad y el mando van detrás de las riquezas, decayó el lustre de la virtud y se tuvo la inocencia de costumbres por odio y mala voluntad». Pero esto, ¿a quién le importa? El demócrata antropoteísta abomina de las antiguas virtudes que lo acercaban a Dios y lo apartaban de sus apetitos; y desea ante todo que sus políticos le sobornen con derechos de bragueta y mamandurrias. A veces, al demócrata antropoteísta le fastidia que, a cambio de estos sobornos, los políticos se lo lleven crudo y vomita su rabia (y su envidia) en las redes sociales, o cambia de políticos en las elecciones, aunque intuye (sin necesidad de haber leído a Lampedusa) que quienes los sustituyan harán exactamente lo mismo. Pero, en el fondo de su podrido corazoncito, el demócrata antropoteísta sabe que el destino de los hombres que han renunciado a sus bienes eternos no es otro sino dejarse arrebatar sus bienes materiales.

CONSENSO CONSTITUCIONAL

Digan lo que quieran los abuelos cebolletas que se entregan al ternurismo de las efemérides, España es hoy un vivero de odios, una triste «disociedad» que sólo puede aspirar a una hórrida «coexistencia». Y de ello es responsable principalísima la Constitución de 1978, que destruyó el consenso social, a cambio de instaurar un malhadado «consenso político».

El consenso social —nos explica el maestro Dalmacio Negro— es el acuerdo, conformidad o coincidencia espontánea, no artificial sino natural, consolidado por los siglos, entre los miembros de una comunidad. Se articula en torno a unos principios compartidos que hacen posible la convivencia; y, allá donde hay este consenso social, lo propio del orden político es la discusión sobre la metodología más adecuada para fortalecerlo. El «consenso político», por el contrario, no tiene otra razón de ser sino desintegrar el consenso social; pues de esa desintegración obtiene su pujanza, como el moho obtiene su pujanza del alimento putrefacto. Y para favorecer esta desintegración del consenso social, el «consenso político» fomenta la demogresca, ampara los intereses más sectarios y acoge en su seno las ideas más disolventes de la comunidad. Luego, recolectando todas esas ideas disolventes que han reducido a añicos el consenso social, el consenso político fabrica una amalgama hórrida, como el doctor Frankenstein recolectaba miembros de los más diversos cadáveres para fabricar su monstruo. Por supuesto, el consenso político acepta en esta amalgama todo tipo de formaciones que no sólo buscan intereses sectarios, sino que además anhelan sin rebozo la destrucción de la comunidad política. Y tales formaciones tendrán derecho a influir y participar en la dirección y administración del Estado.

Y todo esto ocurre porque la Constitución de 1978, que instauró un «consenso político» disolvente del consenso social, se sustenta, en letra y en espíritu, sobre el relativismo y el nihilismo más despepitados, resumidos en aquella frase descarnada y cínica que Gregorio Peces-Barba soltó desde la tribuna parlamentaria, cuando se discutía si en la redacción del artículo 15 debía decirse «todos» o «todas las personas»: «Desengáñense sus señorías. El problema del Derecho es el problema de la fuerza que está detrás del poder político y de la interpretación. Si hay un Tribunal Constitucional y una mayoría proabortista, "todos" permitirá una ley del aborto; y si hay un Tribunal Constitucional y una mayoría antiabortista, "personas" impedirá una ley del aborto». Lo que hace cuarenta y dos años se promulgó era una carga de dinamita con temporizador, un texto calculadamente ambiguo que abría todas las puertas al voluntarismo político, a la vez que instauraba una disociedad de gentes que se juntan sin conocerse, viven sin amarse y mueren sin llorarse.

En su *Viaje por España*, Théophile Gautier nos cuenta que, a su llegada

a Irún, descubre un hermoso palacio convertido en ayuntamiento en cuya fachada alguien ha pegado un horrendo letrero de yeso blanco que reza «Plaza de la Constitución». «No podía elegirse mejor símbolo —escribe Gautier— para representar el estado actual del país. Una Constitución en España es como un pegote de yeso sobre piedra granítica». Y el yeso ha terminado por ahogar la piedra granítica.

EL MITO SISTÉMICO DEL 15-M

Nos ha enternecido la mirada retrospectiva rezumante de complacencia babosa que la propaganda sistémica ha dirigido sobre el llamado 15-M. Y es natural todo ese derramamiento de babas; pues pocas veces una operación de falsa bandera rinde unos resultados tan pingües con unos costes tan exiguos.

Ante el espectáculo de los indignados de la Puerta del Sol, el sistema enseguida se puso manos a la obra, para absorber ese caudal de energía desnortada en beneficio propio. Los jóvenes que participaron en aquellas algaradas y manifestaciones eran víctimas de una educación perversa que había dado la espalda a todas las realidades espirituales. Sus deseos, exaltados por la abundancia de bienes materiales y las consignas utópicas a la vez párvulas y miserables, se topaban con una realidad poco halagüeña: el bienestar que durante un tiempo actuó sobre sus conciencias como una morfina, impidiéndoles cultivar las virtudes que fomentan el bien-ser, se desleía como un azucarillo en el agua; la munición de «derechos» y «libertades» con que los habían dotado, se revelaba un trampantojo, ante la falta de horizonte laboral. Y hubo que encauzar su vómito de indignación —que, siendo una generación formada en el materialismo, sólo podía ser un vómito nihilista—hacia los desaguaderos que convenían al sistema.

El sistema no estaba dispuesto a cambiar las condiciones ambientales que los habían moldeado, que tanto favorecían la hegemonía de su reinado plutocrático. Puesto que necesitaba incapacitarlos contra el esfuerzo común y fecundo, el sistema les suministró ideologías identitarias que imposibilitasen los compromisos solidarios y los enzarzasen entre sí, infundiéndoles una patética ilusión de «empoderamiento». Puesto que no estaba dispuesto a otorgarles la propiedad que arraiga, que es la propiedad de la tierra que se habita y del trabajo que ennoblece, el sistema les brindó la propiedad que desarraiga, que es la propiedad solipsista sobre el cuerpo,

convertido en un campo de exterminio de la vida gestante, en un supermercado penevulvar (así su propia identidad se convirtió en un objeto más de consumo) y, finalmente, en un objeto eutanásicamente desechable. Puesto que no estaba dispuesto a que sus espíritus asumieran una vocación de ascenso, el sistema les suministró vías expeditas para su descenso, mediante la itinerancia sexual y el suministro de los entretenimientos más plebeyos y narcisistas, al socaire de la revolución tecnológica.

Y, rematando la operación, el sistema santificó la rabia nihilista, el resentimiento purulento, la envidia biliosa, la sed de venganza de aquella generación que había moldeado a su gusto, convirtiéndolas en virtudes cívicas. Para ello, abrió una agencia de colocación para los cabecillas más venales de aquellas algaradas y los erigió en beneficiarios opíparos de sus migajas, permitiéndoles la apertura de chiringuitos partitocráticos. Nunca una operación de falsa bandera salió tan barata. Con razón la mitifican babosamente, en la celebración de su décimo aniversario.

DEMOCRACIA NETFLIX

Cuando quiero pulsar el grado de deterioro cognitivo que padece nuestra generación, le pido a un amigo que me pase tal o cual serie televisiva de moda, a ser posible de las que el cretinismo cultureta califica de «obras maestras» (que vienen a ser, aproximadamente, una cada semana). Fuera de la lectura del Apocalipsis, no creo que exista mejor diagnóstico de la decrepitud de la civilización occidental que la contemplación de uno de estos engendros, infestados siempre de los clichés ideológicos que conviene implantar en el cerebro de las masas cretinizadas. También resulta muy aleccionador estudiar los desafueros narrativos de los engendros, las paparruchas e inverosimilitudes que ensartan sus guionistas, las digresiones y morcillas que vetean la trama, las postizas complejidades que no son sino indecorosos barulletes argumentales (siempre irresueltos), las incongruencias ubicuas y sonrojantes. Pero acaso el rasgo más característico (e irrisorio) de tales engendros sea la inconsistencia de sus personajes, que en un capítulo se muestran bondadosos y en el siguiente malvados, en uno intrépidos y en el siguiente cobardones, en uno ingenuos y en el siguiente taimados (o viceversa), según convenga a la deriva oligofrénica de la trama. Personajes desquiciados y saltimbanquis que resultan irreconocibles de un capítulo a otro, personajes inaprensibles,

caleidoscópicos, contradictorios, a veces abstrusos en su incoherencia (¡personajes posmodernos, al fin y al cabo!), como formados de añicos que no casan entre sí; pero que a nuestra generación se le antojan el no va más de la sofisticación, precisamente porque en su inconsistencia psicológica, en su falta de densidad moral, en su imprevisibilidad esquizoide encuentra aliviada un refrendo de su propio cretinismo.

La democracia funciona hoy como una de estas series. Es lo que podríamos llamar «democracia netflix», donde diversas hordas de zombis contemplan complacidas los cambios acelerados de opinión de sus líderes, que se desenvuelven como los personajes de las series televisivas, diciendo hoy una cosa y mañana la contraria, prometiendo hoy lo que mañana escatiman, proclamándose hoy liberales y mañana socialdemócratas (o viceversa), repudiando hoy el populismo y mañana abrazándolo amorosamente, enchironando hoy a los independentistas y mañana encamándose con ellos, etcétera. Y, con tal de que las cultiven los líderes de sus entretelas, ninguna de estas veleidades verbeneras provoca el hastío o enfado de los zombis, que asisten con fruición a esta ensalada de inconsecuencias, aunque, por supuesto —como le ocurre al adicto a las series—, al día siguiente ya no se acuerden de lo que su líder ha dicho el día anterior, porque en la democracia netflix la sucesión de los capítulos instala a las audiencias en una perenne suspensión de la incredulidad y en una suerte de placentera amnesia, en donde la incoherencia, la inconsecuencia, la contradicción llegan a convertirse en el hábitat natural donde los zombis demócratas chapotean felices. Si mañana sus líderes mantuviesen su palabra, cumpliesen sus promesas, fuesen fieles a sus alianzas o sostuviesen sus vetos, los zombis aullarían indignados. Sería como si a un zoquete nutrido con series televisivas sistémicas lo obligaran a tragarse de repente un ciclo de Tarkovski.

Me enternecieron las acusaciones escandalizadas que han lanzado sus adversarios contra el doctor Sánchez, que ayer no podía dormir pensando en la posibilidad de que Podemos formase parte del gobierno y hoy le hace hueco, lamerón y genuflexo, en la cama. Hay gentes ingenuas y desfasadas que aún no entienden las fórmulas narrativas y las técnicas de composición de personajes que triunfan en la democracia netflix.

EXPERTOS

En los últimos años, a la tropa de lacayos de los negociados de izquierdas y derechas que amueblan las tertulietas televisivas se ha sumado un nuevo espécimen, que finge sustraerse olímpicamente al barrizal en el que los otros chapotean. Mientras los tertulianeses regurgitan como loritos las consignas consabidas del negociado al que están adscritos, estos otros enhebran datos, escupen datos, ametrallan con datos; y en torno a esos datos elaboran unas conclusiones de apariencia apodíctica ante las cuales los tertulianeses de izquierdas y derechas no osan rechistar.

Son los llamados «expertos». A veces los rotulan como politólogos, a veces posan de divulgadores científicos; y siempre exhiben algún titulillo de la señorita Pepis y alguna estancia (seguramente como becarios o mulas de carga) en universidades de mucho ringorrango. Su aspecto es muy diverso al de los tertulianeses al uso, entre los que todavía predomina el elemento carpetovetónico. El «experto», por el contrario, se distingue por su aspecto asténico, entre el congrio hervido y el *nerd* de escaparate, con un estilo indumentario *casual chic*; cuando habla nunca se enardece, nunca se rebaja a las chabacanerías e improperios propios de los tertulianeses testiculares u ováricos, nunca incurre en la soflama o el exabrupto. Su tonillo es de sabihondo, aunque sólo sabe datos; y cultiva ciertas coqueterías pedantuelas, para hacer creer a los ingenuos que sus «fuentes» tienen tanto valor o más (¡muchísimo más!) que una cita de Platón o Aristóteles. Propiamente, el «experto» no es más que un charlatán; pero su facundia inane está siempre teñida de tics profesorales que lo envuelven en una aureola como de penene de Harvard.

El oficio de estos «expertos» no es otro sino mentir; pero no mentir al modo visceral con que mienten los tertulianeses a sueldo de los negociados ideológicos, sino mentir de forma científica, mentir con impronta académica, mentir con envoltura de *paper* y acompañamiento de gráficos cuquis. Decía Chesterton que los argumentos falaces se distinguen de inmediato porque infaliblemente se apoyan en cifras y datos que niegan las evidencias, a diferencia de los argumentos veraces, que se fundan en principios cuya validez refrendan las evidencias. Pero estos «expertos» han hecho de la recopilación de datos una suerte de religión que reconfigura la realidad al gusto de las premisas ideológicas a las que sirven (de manera subrepticia, pues los «expertos» siempre ofrecen una imagen de neutralidad *data driven*). Normalmente, el «experto» es introducido en las tertulietas

televisivas a modo de *deus ex machina* que resuelve limpiamente la rebatiña en la que están trabados los tertulianeses, lanzando un vómito de datos que deja mohínos a los tertulianeses del negociado que en cada programa conviene que salga derrotado. Pero a veces, por error o desidia, a un mismo programa llevan a dos «expertos» al servicio de premisas ideológicas opuestas, creando un efecto irrisorio de diálogo de besugos: pues los «expertos», a diferencia de los tertulianeses testiculares u ováricos, nunca se enzarzan, sino que se limitan a vomitar sus datos, que conducen a conclusiones completamente diversas. Y, lanzándose charlatanescamente sus respectivos datos, acaban convirtiendo su liza en una logomaquia aturdidora e ininteligible.

Ocurre esto porque los datos, en sí mismos, carecen de sentido y de verdad. Los datos son tan sólo añicos que, desgajados de la realidad que les da sustento, contribuyen a oscurecerla. Pues tienden a exagerar aquel aspecto de la realidad que al «experto» conviene señalar, ocultando aquellos que en cambio le conviene ignorar. De este modo, el pedrisco de datos se convierte en un impedimento para la comprensión cabal de la realidad, ofreciendo planos de detalle allá donde se requiere visión panorámica. Y convirtiendo esos detalles hipertrofiados en falsos panoramas que nos impiden distinguir lo importante de lo accesorio, lo esencial de lo circunstancial. El pedrisco de datos de los «expertos» es una manipulación de la realidad servida bajo la apariencia de un conocimiento aséptico y neutral, al estilo de esos sensores que registran automáticamente los latidos del corazón, la temperatura corporal, los ciclos de sueño o los quilómetros que caminamos… pero no saben decirnos nada sobre los males de nuestra alma.

El pedrisco de datos de los «expertos», en fin, además de una nueva argucia de la demogresca con disfraz científico, promueve una nueva forma de nihilismo. Se trata de imbuir en las masas cretinizadas la creencia absurda de que el mundo carece de alma, de que es imposible alumbrar la verdad de las cosas, ascendiendo hasta sus primeras causas; y de que sólo los datos pueden llenar ese vacío sin sentido.

LA DEMOCRACIA DE LOS MUERTOS

Uno de los rasgos más característicos (y deplorables) de nuestra época es el adanismo, la convicción ridículamente fatua de que el mundo acaba de

fundarse o, todavía peor, de que a nosotros nos corresponde fundarlo *ex novo*. Este adanismo, inscrito en los genes de las ideologías en boga, nos depara políticos mesiánicos que hacen tabla rasa con todo lo que heredan; y también nos brinda artistas botarates que abominan de toda tradición y desdeñan toda influencia (y así disimulan su falta de formación y de talento). Y lo mismo que ocurre en el arte o en la política ocurre en otras muchas facetas de la vida. Inevitablemente, el prestigio de estos charlatanes ha acabado por contaminar a las masas cretinizadas, que no son sino el paisaje retórico del adanismo contemporáneo (o sea, tontos útiles); pero que, insensatamente, se creen Dueñas del Futuro y capaces de borrar de un plumazo siglos de Historia.

Frente a este adanismo contemporáneo se alza lo que Chesterton llamaba la «democracia de los muertos», que postula que nuestros anhelos y pretensiones han de realizarse en conformidad con quienes nos precedieron, o siquiera en coloquio con ellos, para impedir que el mundo sea entregado (utilizamos la expresión de Chesterton) a esa «reducida y arrogante oligarquía que, por casualidad, pisa hoy la tierra»; es decir, a nuestra propia generación. Frente a la democracia adanista que, para halagar a las masas cretinizadas, postula que cada generación puede desbaratar el esfuerzo colectivo de cien generaciones pasadas, la «democracia de los muertos», al tomar en consideración el parecer de nuestros antepasados, se convierte en la única forma de cordura. Desde el adanismo contemporáneo, por ejemplo, se puede defender que Cataluña o el País Vasco se separen del resto de España (y quienes pretenden evitarlo recurriendo a tal o cual precepto legal son también adanistas, sin saberlo). Sólo el auténtico demócrata, que es quien escucha el parecer de sus antepasados, llega fácilmente a la conclusión de que la generación presente no tiene derecho a derribar de un capirotazo lo que las generaciones que nos precedieron erigieron con infinito esfuerzo: porque en el esfuerzo de las generaciones que nos precedieron hay mucho amor, mucho sacrificio, muchas lágrimas vertidas, mucha sangre derramada, mucha esperanza maltrecha y finalmente superviviente. Yo, por ejemplo, que soy vasco de nacimiento, considero que la independencia del País Vaco es una burla a la abnegación de mi abuelo, que tuvo que emigrar a esta bella tierra y trabajar en condiciones muy ásperas, casi infrahumanas; y al sacrificio de mi padre, que siendo un hombre muy dotado intelectualmente tuvo sin embargo que abandonar los

estudios a muy temprana edad y ponerse a trabajar en una fábrica, para completar el jornal familiar. Y, como mis padres y mis abuelos, hubo otros muchos españoles de otras regiones que fundieron su sangre con los vascos, que compartieron sus dolores y anhelos, que labraron sus tierras y fundieron sus metales. Y todos esos padecimientos y alborozos, todos esos desvelos y sueños compartidos, valen algo, desde luego mucho más que el capricho de una generación adanista que se cree legitimada a utilizar como felpudo a todas las generaciones precedentes.

Quien no respeta ni considera la voluntad de los muertos, quien no atiende sus razones ni contempla con amor sus obras (porque no pueden alzar su voz, porque no pueden defenderse) tarde o temprano acaba ignorando también a sus contemporáneos, a poco que goce de los medios que le permitan imponerse. Toda democracia que ignora a los muertos está consagrando el derecho del más fuerte, está ignorando cínicamente el sufrimiento sin palabras de quienes lucharon durante siglos por construir lo que ahora nosotros pretendemos derruir petulantemente de un plumazo. No puede haber solidaridad verdadera entre los hombres sin esta aceptación de la democracia de los muertos, como no puede haber redención universal del género humano sin *descensus ad inferos*. Si Cristo no hubiese bajado al reino de la muerte para redimir también a quienes allí moraban, su salvación habría sido de pacotilla, porque las injusticias sufridas por esos muertos habrían quedado sin reparación. Que es lo que pretende el adanismo contemporáneo cuando acalla la voz de los muertos, cuando anula la voluntad de los muertos, cuando niega el consuelo a los muertos que con sus lágrimas y su sangre construyeron lo que nuestra generación quiere arrasar por pura soberbia, por un demente totalitarismo del instante actual. La única democracia digna es la que respeta el voto de los muertos.

NACIÓN, AUTODETERMINACIÓN, CONSTITUCIÓN Y OTRAS CALAMIDADES

BANDERITIS

Siempre me ha provocado gran desasosiego la aversión que en ciertos sectores de la llamada «izquierda» provoca la bandera española. Cuando he tratado de entender las razones de esta aversión me he tropezado con izquierdistas ingenuos que afirman que la bandera rojigualda representa una concepción de España con la que no pueden identificarse, o incluso detestan (por centralista o abusona de las minorías o sumisa hacia formas políticas con las que ellos no se identifican). Pero lo cierto es que la concepción de España que estos izquierdistas ingenuos detestan también puede resultarme detestable a mí por alguna de esas razones o por otras que ellos ni siquiera atisban; mas no por ello siento aversión alguna hacia la bandera, que como símbolo se sobrepone a la concepción concreta de España que en cada coyuntura se impone. «¡Es que nosotros ya tenemos la bandera que simboliza la concepción que tenemos de España, que es la bandera de la Segunda República!», me alegan entonces estos izquierdistas ingenuos. Pero yo también tengo una bandera —la Cruz de Borgoña— que simboliza la concepción que tengo de España y además no es una bandera inventada o refritada de la rojigualda (a diferencia de la republicana), sino una bandera verdaderamente histórica y distintiva; y, sin embargo, no tengo aversión alguna a la bandera rojigualda, a pesar de que, en el siglo XIX como en el XXI, la hayan podido enarbolar quienes predican orgullosos la destrucción de la España que me gusta, o envenenan su memoria, para tornarla grotescamente irreconocible.

No puede olvidarse que el hombre es un «animal simbólico» que llama a las cosas por otro nombre y condensa las realidades más vertiginosas e inabarcables en objetos muy sencillos que las aluden; y así, puede simbolizar el amor en un anillo o la patria en una bandera. El hombre necesita símbolos que lo sostengan y lo protejan contra el *horror vacui*; y los pueblos, cuando destruyen los símbolos que los unen, no tardan en acudir rugientes, como jaurías enviscadas, a la llamada de la selva, para despedazarse entre sí. Sospecho que esta es la razón última por la que cierta izquierda —ya no ingenua, sino revirada y de colmillo retorcido— profesa tan furibunda aversión a la bandera rojigualda, en la que percibe un símbolo que, una vez sepultado u oscurecido, puede facilitar la sepultura u oscurecimiento de la realidad que simboliza, subsistente a través de las

épocas y las vicisitudes políticas. Una realidad que, además, no es puramente material, sino también (y sobre todo) espiritual. Decía el Marqués de Sade que, cuando se quiere apartar a los hombres de las realidades espirituales, la destrucción de los símbolos resulta mucho más eficaz (y también más modosita y atildadamente democrática, añadimos nosotros) que las matanzas. Pues, despojados de los símbolos, los hombres se vuelven ciegos a las realidades que esos símbolos invocan.

Pero a la ceguera, que se llega a través de las tinieblas, se puede llegar también a través de una borrachera de luz. También la saturación simbólica conduce al oscurecimiento de la realidad que el símbolo invoca. A veces, a esta saturación simbólica se llega exhibiendo la bandera de España en todas nuestras prendas, desde la gorra visera hasta las bragas; o haciéndola ondear frenéticamente en las más variopintas demandas públicas, aunque se reclamen cuestiones que nada tienen que ver con la subsistencia de la patria. Esta banderitis es al patriotismo como la exhibición constante de estampas, escapularios, medallitas milagrosas y reliquias a la religiosidad. Y es que el patriotismo, como la religiosidad, sin soslayar nunca la expresión sincera y gallarda, debe rehuir el exhibicionismo descarado y presuntuoso, en el que siempre hay un componente de fetichismo e idolatría, aderezado además con las pasiones del orgullo, la vanagloria y la jactancia. En ciertas expresiones de supuesto patriotismo, caracterizadas por una banderitis atosigante, más que amor a la patria, se descubre una idolatría fetichista que, por momentos, puede adquirir expresiones grotescas. Y ya se sabe que las idolatrías siempre acaban cegando —por exceso de luz— todas las vías hacia las realidades espirituales y extendiendo una fe ciega en entelequias sustitutorias. Así actúa, por ejemplo, la idolatría llamada «constitucionalista».

Huelga añadir que a nadie gustan más estos alardes de banderitis que a quienes sienten una aversión revirada y de colmillo retorcido hacia la bandera española y hacia la realidad espiritual que esa bandera invoca. Pues saben que la saturación simbólica genera un empalago y un rechazo instintivos que luego podrán utilizar *pro domo sua*.

EL CADÁVER DE ESPAÑA

El vaticinio de Menéndez Pelayo se cumple implacablemente: la unidad histórica de España se fraguó sobre la fe compartida; y el día en que esa fe

«acabe de perderse, España volverá a los reinos de taifas». Es un vaticinio que repiten otros hombres clarividentes: Unamuno nos advertía que la comunidad del pueblo sólo podía lograrla la religión; y que sin religión sólo hay «la liga aparente de la aglomeración»; y Chesterton diagnosticaba que «hemos perdido nuestros instintos nacionales porque hemos perdido la idea de aquel cristianismo que dio origen a las naciones».

La Hispania romana, habitada por hombres de razas diversas y costumbres muy diferentes, estaba llamada fatalmente a enfangarse en un hormiguero de batallas tribales. Pero el fundente de la fe la salvó de este destino natural de disgregación, convirtiendo lo que sólo era un mogollón de gentes en una auténtica comunidad, ordenada hacia el bien común. Postergar el bien sectario o egoísta sólo puede lograrse mediante una vida virtuosa alimentada por un motor espiritual. De lo contrario, sobreviene lo que San Agustín llamaba «el tedio de la virtud», que es la causa última del agostamiento y extinción de todas las civilizaciones a lo largo de la Historia. Las «invasiones bárbaras» son cuentos con los que engañan a los niños en la escuela para escamotearles esta verdad terrible: es el tedio de la virtud lo que aniquila las sociedades y descompone las naciones. Y ese tedio de la virtud empieza cuando muere la fe religiosa.

Todas las filosofías falsas y sus fulanas predilectas, las ideologías, han pretendido fundar la sociedad sobre el tedio de la virtud, suplantando la unidad de las naciones por la liga aparente de la aglomeración. Tal quimera voluntarista es la que pretendieron primero las monarquías absolutas, mediante la construcción de un leviatán hobbesiano, y después las democracias, mediante la creación artificiosa de una «voluntad general», o los llamados totalitarismos, con los engendros de las supremacías raciales o las dictaduras del proletariado. Sólo hay una voluntad que puede mantener a los pueblos unidos, que es la voluntad de Dios; y todo lo demás son tediosos avatares de la torre de Babel, patéticos esfuerzos por mantener una liga aparente que acaban degenerando en discordia y rebatiña, porque —como nos recordaba Foxá— nadie entrega su vida por la democracia (ni por el absolutismo, ni por la dictadura del proletariado), pues sería tanto como entregarla por el sistema métrico decimal. Al tedio de la virtud se le puede pedir que haga postureo patriotero; pero no se le puede pedir que sea heroico como el marido que lucha por su esposa, como el padre que lucha por sus hijos, como el creyente que lucha por su Dios. Cataluña pudo

abrazarse en amor y dolor con los demás pueblos de España mientras la fe compartida alumbró a Raimundo de Peñafort y Antonio María Claret, a Jaime Balmes y Antonio Gaudí, a Jacinto Verdaguer y Joan Maragall. Y los demás pueblos de España pudieron abrazarse a Cataluña mientras la fe compartida alumbró el genio de Cervantes (que no se entiende sin Barcelona) o de San Ignacio (que no se entiende sin Manresa o Montserrat). Y cuando esa fe compartida se extinguió nuestra unión se volvió resudada y maloliente como un gurruño de calcetines usados, que sólo sirven para condecorar un cuadro horrendo de Tàpies.

Las uniones en las que falta el fundente de la fe están muertas como un cuadro de Tàpies; y no pueden detener su descomposición. A ese cadáver, como al de Lázaro, sólo podrá resucitarlo un Dios que sabe cómo salir de la tumba. Hasta que llegue ese día, nuestro destino será el de los reinos de taifas. Todo lo demás son milongas.

NACIÓN Y ROMANTICISMO

El pecado demoníaco por excelencia es el orgullo. Por orgullo se rebeló Lucifer y fue expulsado del cielo; y por orgullo de querer ser como dioses probaron el fruto del árbol prohibido nuestros primeros padres. El romanticismo exaltó el pecado del orgullo y lo quiso convertir en virtud del hombre endiosado que sólo puede amarse a sí mismo, rezarse a sí mismo, adorarse a sí mismo. Inevitablemente, fue el endiosado hombre romántico el que se burló de los conceptos de patria y patriotismo, que son hijos del amor, y exaltó los conceptos de nación y nacionalismo, que son hijos del orgullo.

Santo Tomás consideraba que el patriotismo era una expresión de la piedad, que es la virtud de reverencia que se profesa a las cosas que consideramos especialmente valiosas, aunque sean pequeñas, feas y frágiles; pues, amándolas (y corrigiéndolas) en su pequeñez, fealdad y fragilidad, las mejoramos cada día. El patriotismo se nutre de vínculos afectivos ciertos, de amores palpables a nuestros ancestros, a los paisajes que nos vieron crecer, a las tradiciones que heredamos y reverdecemos, a los principios que compartimos. El nacionalismo, por el contrario, se nutre orgullosamente de lo que los románticos llamaban el «espíritu del pueblo» (*Volkgeist*), un principio subjetivo que se impone colectivamente a los hombres para unificarlos, a la vez que segrega a quienes se perciben como

extraños. El *Volkgeist* fomenta la igualdad de hormiguero y segrega al extraño, excluye lo diferente y anhela una pureza que expulsa de su seno a quienes piensan distinto. Por supuesto, el nacionalismo romántico proclama la autonomía absoluta de la nación: frente al patriota que, sabiéndose necesitado de otros hombres, busca el auxilio de sus vecinos (y la ayuda de Dios), el nacionalista se cree autosuficiente, omnisapiente, infalible. Su amor a la nación no nace, como el amor del patriota, de una piedad abnegada, sino de una devoción ensoberbecida, ciega e idolátrica. Porque la nación es el espejo en el que se contempla orgullosamente, la creación que alimenta su conciencia de superioridad, la prueba de que su razón endiosada puede ignorar las enseñanzas de la Historia y la urdimbre de afectos e instituciones con que se amasan las realidades de la vida.

En el concepto romántico de nación se consagra el derecho de la razón de configurar la realidad a su antojo, en contradicción con los hechos ciertos, en contradicción con la carne y la sangre, en contradicción con lo que Chesterton llamó «la democracia de los muertos». El nacionalismo se erige así en el hijo predilecto de una política prometeica, pura *poiesis* o arte de construir abstracciones, en rebelión contra una política aristotélica, que es praxis que parte de la realidad para introducirle correcciones y mejoras al servicio de la comunidad. El nacionalismo romántico desprecia orgullosamente la verdadera realidad existente y se afana por imponer hegemónicamente una salvífica realidad ilusoria que la desplaza y sustituye. Y, sirviéndose de todos los medios (desde la escuela a los medios de comunicación), el nacionalismo romántico impone hegemónicamente esta realidad ilusoria (¡y salvífica!) a todos los individuos que aspiran a participar del *Volkgeist*; es decir, a todos los que quieran redimirse y elevarse orgullosamente sobre la chusma de incrédulos, tibios, traidores y enemigos del pueblo. A los que, por supuesto, se marcará y condenará al ostracismo; y a los que se controlará con métodos de vigilancia variopintos, a veces rebozaditos con el almíbar de la «fiesta democrática». ¿Acaso hay algo más acorde con el orgullo romántico del nacionalismo que una convocatoria de referéndum ilusorio?

AUTODETERMINACIÓN

Nuestra época vincula el término «autodeterminación» con un anhelo de independencia política como el que ahora enardece a los separatistas

catalanes. Y la gente incauta se piensa entonces que quienes invocan la «autodeterminación» son seres pérfidos que pretenden aberraciones insostenibles. Cuando lo cierto es que el separatista que reclama «autodeterminación» nada en el mismo error filosófico en el que nadan sus contemporáneos; sólo que, a diferencia de sus contemporáneos más timoratos, tiene arrestos para aplicar hasta sus últimas consecuencias la lógica del error. Y es que los errores tienen una lógica implacable; circunstancia que no siempre consideran quienes alegremente los propagan.

«Autodeterminación» es un término filosófico acuñado —¡cómo no!— por Hegel. La libertad había sido definida por Aristóteles como la capacidad humana para obrar con discernimiento moral, para decidir entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto. Pero Hegel, el antiaristóteles por excelencia, proclama en su *Fenomenología del Espíritu* una «libertad absoluta» para la cual «el mundo es simplemente su voluntad». Esta libertad hegeliana ya no actúa conforme a una capacidad para discernir categorías morales externas, sino que se convierte en un poder para realizar su voluntad. Tal poder exige un itinerario que Hegel describe en sus *Fundamentos de la filosofía del Derecho*; y su última estación es la «autodeterminación». La voluntad humana se convierte así en praxis en estado puro: ella es su propio objeto y no reconoce límite exterior alguno. La voluntad que ha alcanzado la autodeterminación sólo obedece una ley, que es la suya propia, la ley que funda su propio vivir, la ley que es ella misma. Y esa ley no es otra que la «libertad del querer», que es «verdaderamente infinita» (*wahrhaft unendlich*), porque su objeto no es para ella un *otro* ni un *límite*, sino que es ella misma.

Esta autodeterminación de la voluntad es un error asimilado por todas (¡toditas!) las ideologías modernas sin excepción. Para todas las ideologías, el hombre tiene libertad absoluta para autoafirmarse, para autodefinirse, para construir su biografía sin otras reglas o límites que su propia voluntad, que no acepta los límites que le impone la naturaleza (por eso puede, por ejemplo, cambiarse de sexo) y mucho menos la Historia (que configura según su «libertad del querer»). El hombre concebido como voluntad autodeterminada es un dogma incuestionable de todas las ideologías modernas. Y los separatistas no hacen sino llevar ese dogma hasta sus últimas consecuencias.

El problema es que una voluntad autodeterminada no puede aceptar

categorías ajenas a sí misma (como el bien y el mal, por ejemplo), no puede aceptar límites externos (como el de una soberanía nacional indivisible, que es el dique que pretenden alzar los que alegremente consagraron el error), no puede aceptar que la libertad sea un obrar como se debe, y no un hacer lo que se quiere. Así se llega a la paradójica situación actual, en la que el mismo poder político que jalea las voluntades autodeterminadas tiene que intervenir para evitar el caos. Y, al intervenir, las voluntades autodeterminadas perciben la ley como expresión de un poder brutal y represor que pretende que el individuo piense y quiera lo que quiere y piensa el Estado.

Las dificultades crecientes con las que se topa el «constitucionalismo» derivan de esta errónea concepción de la libertad humana. Y pretender atajar la implacable lógica de un error que previamente ha sido proclamado como dogma indiscutible es poner tronos a las causas y cadalsos a las consecuencias.

UNA ADVERTENCIA DE CICERÓN

Nos lo advirtió Cicerón hace dos mil años, en su tratado *De legibus*: «Si por los sufragios u ordenanzas de la multitud fueran constituidos los derechos, habría un derecho al latrocinio o un derecho al adulterio. Pues, si tan grande potestad tiene la voluntad o la opinión de los necios, como para que por sus sufragios sea subvertida la naturaleza de las cosas, ¿por qué no habrían de decidir que lo malo y pernicioso es bueno y saludable? Sólo por la naturaleza de las cosas podemos distinguir la ley buena de la mala. Y pensar que todo se funda en la voluntad o la opinión y no en la naturaleza es propio de un demente». Dos mil años después, la ley demente que se funda en la voluntad o la opinión ha sustituido por completo la ley fundada en la naturaleza de las cosas. De este modo, no sólo existe un derecho al latrocinio o un derecho al adulterio, sino en general un «derecho a decidir», aunque lo que se decida sea aberrante y pernicioso.

Esta hegemonía de la ley fundada en la opinión y no en la naturaleza de las cosas (voluntarismo puro y duro) ampara los derechos más desligados de la naturaleza, como el derecho a cambiar de sexo o (todavía más delirantemente) de «género». Por eso resulta grotesco que, en una época en que no hay formación política que no defienda con entusiasmo el «derecho a decidir» cambiarse de sexo se pretenda en cambio negar el «derecho a

decidir» cambiarse de nacionalidad. Y resulta todavía más grotesco que haya gente tan ingenua como para creer que quienes defienden el derecho a cambiar de sexo vayan a ser los paladines de la unidad de España. El cambio de sexo y la independencia de Cataluña son expresiones de un mismo concepto voluntarista de derecho, según el cual la opinión puede subvertir la naturaleza de las cosas; con la única diferencia de que, mientras quien se cambia de sexo niega una realidad biológica, los independentistas catalanes sólo niegan una realidad histórica en la que, sin embargo, no faltan lazos biológicos.

Mientras siga rigiendo la ley fundada en la voluntad, la independencia de Cataluña será inevitable. Y pretender alzar contra ella otros obstáculos voluntaristas (como que la soberanía nacional es indivisible, por ejemplo) acabará siendo insostenible (como lo sería que se alzaran obstáculos para que quien desea cambiarse de sexo necesitara el consentimiento de una tía residente en Cuenca). Sólo cuando la ley vuelva a fundarse en la naturaleza de las cosas Cataluña volverá a ser parte gustosa y no forzada de España. Entonces ya no habrá una democracia adanista que endiose a la generación presente (esa «reducida y arrogante oligarquía que, por casualidad, pisa hoy la tierra», en palabras de Chesterton), haciéndola creer que su opinión puede desbaratar el esfuerzo de cien generaciones precedentes. Entonces habrá lo que Chesterton llamaba una «democracia de los muertos», en la que todos los españoles llegarán fácilmente a la conclusión de que la generación presente no tiene derecho a derribar de una patada lo que las generaciones precedentes erigieron con infinito esfuerzo. Entonces todos los españoles descubrirán en ese esfuerzo conjunto mucho amor, mucho sacrificio, muchas lágrimas vertidas, mucha sangre derramada, mucha esperanza magullada y finalmente victoriosa. Entonces todos los españoles podrán mirar con perspectiva la naturaleza de las cosas y descubrir que sus antepasados labraron juntos tierras, fundieron juntos metales, compartieron juntos dolores y alegrías. Y descubrirán también que todos esos desvelos y anhelos compartidos valen mucho más que el capricho de una generación adanista.

Si esto no ocurre, Cataluña se independizará, más pronto que tarde. Y si lo hace más tarde que pronto será a costa de envenenarse de odio.

DISTORSIÓN COGNITIVA

Nos advertía Gómez Dávila que «el sufragio universal no pretende que los intereses de la mayoría triunfen, sino que la mayoría lo crea». Pero esta ilusión puede terminar produciendo distorsiones cognitivas trágicas, como comprobamos con el problema catalán. En alguna ocasión hemos señalado la descomunal aporía subyacente en nuestro ordenamiento jurídico, que ampara la difusión de ideas separatistas y patrocina la formación de partidos políticos que representen tales ideas; pero que, a la vez, arbitra aritméticas legales que impiden (o dificultan hasta extremos insuperables) que tales ideas puedan hacerse realidad. Se trata de una doble perversión filosófica y moral: por un lado, se amparan ideas separatistas que corroen y destruyen la comunidad política (que es tanto como abrir a la zorra la puerta del gallinero); por otro lado, se pretende que tales ideas separatistas no puedan consumarse (que es tanto como pedirle a la zorra, después de meterla en el gallinero, que se vuelva vegetariana), contrariando el más natural de los anhelos humanos, que es encarnar sus ideas en instituciones.

He aquí el meollo (radiactivo) del problema catalán, que es también un tabú del que nadie habla. Esta descomunal aporía provoca una feroz distorsión cognitiva en los catalanes partidarios del independentismo, que pueden expresar libremente sus ideas, captar prosélitos y alcanzar mayorías parlamentarias, pero descubren consternados que nada de esto les sirve para alcanzar su anhelo. Tal distorsión cognitiva ocasiona todo tipo de trastornos en la percepción de la realidad (inferencias arbitrarias, abstracciones selectivas, etcétera); pero es inevitable que así sea, pues primeramente se hace creer que la idea separatista es plenamente defendible y goza de los mismos cauces de expresión democrática que cualquier otra. Al negarse a calificar como delictiva una idea que atenta contra la comunidad política, nuestro ordenamiento jurídico empuja a esta distorsión cognitiva a sus adeptos; y cuando tales adeptos advierten que se les impide realizarla, que no pueden plasmarla en instituciones, a riesgo de ser conducidos ante un juez e incluso enchironados, sucumben al estupor… o la cólera.

El sufragio universal nos ha acostumbrado a dar por cierta la ilusión de que nuestros intereses pueden triunfar, con tan sólo disponer de mayorías. Y, en efecto, comprobamos que las mayorías parlamentarias han consagrado las ocurrencias más irrazonables. Si una mayoría parlamentaria puede permitir abortar a mansalva, o reducir a fosfatina la dignidad del trabajo, ¿por qué no va a permitir que España se divida, si tal idea «plenamente

democrática» la defiende una mayoría? Pero hete aquí que esta idea plenamente democrática se tropieza inopinadamente con una antigualla como la unidad de España (menos antigua, sin embargo, que la sacralidad de la vida o la remuneración justa del trabajo); e, inevitablemente, tal antigualla se convierte en un odioso armatoste, pues impide el libre desenvolvimiento de una idea «plenamente democrática».

El problema catalán sólo podrá afrontarse cuando nos atrevamos a afrontar este tabú: o se cierra la puerta del gallinero o se permite a la zorra comer las gallinas. Pretender que las zorras se vuelvan vegetarianas es una distorsión cognitiva sin esperanza de escapatoria; una distorsión cognitiva que nos adentrará en un lóbrego bucle de reivindicaciones separatistas nunca satisfechas, con su aderezo de elecciones inútiles. Con razón afirmaba Léon Bloy que el sufragio universal podía conducir «a la chochez social, a una parálisis general después de la cual sólo cabe esperar la más innoble de las muertes».

SEPARATISTAS Y SEPARADORES

Un amable lector se sorprende de que en mis diatribas contra el separatismo no abrace «las tesis constitucionalistas». No las abrazo, querido amigo, por una sencilla razón: aunque me estoy haciendo viejo, no me he vuelto tan cínico como para proclamar como remedio de los males que combato lo que en realidad es su causa, siquiera parcial. Cuando se promulgó la Constitución, allá por 1978, sólo cinco de cada cien catalanes se proclamaban separatistas; tras cuarenta años de vigencia de la Constitución, ya son casi cincuenta de cada cien, en lo que se prueba que el citado texto es una fábrica de separatistas en verdad portentosa y difícilmente igualable. Es una fábrica de separatistas, en primer lugar, por consagrar un régimen autonómico que, lejos de combatir los males del centralismo, los ha multiplicado por diecisiete, convirtiendo cada autonomía en un Estado diminuto que, allá donde había un sentimiento nacionalista arraigado, aniquiló el sentido de pertenencia a una patria común. Y es también una fábrica de separatistas por pretender que las tensiones disgregadoras se aplacarían mediante sobornos que, aparte de abandonar servicios públicos esenciales para la protección del sentido de pertenencia a una patria común, han provocado una espiral sin fin de rivalidades victimistas entre autonomías. La Constitución, en fin, ha fracasado estrepitosamente en su

propósito de crear un «patriotismo constitucional». Y es natural que así sea, pues nadie puede amar las entelequias que se incluyen en un texto legal. El auténtico patriotismo no se nutre de entelequias, sino de vínculos ciertos y amores palpables.

Pero este malhadado «patriotismo constitucional», además de ofrecer entelequias que no pueden ser amadas, ha tenido un efecto corrosivo sobre cualquier noble anhelo patriótico, desde los más sencillos (que ha ridiculizado) hasta los más sublimes (que ha perseguido y estigmatizado). ¿Qué puede hacer la buena gente que desea expresar su patriotismo, aparte de hacer profesión de fe constitucionalista? No puede hermanarse en una fe común, pues previamente ha sido descristianizada; no puede reconocerse en una Historia compartida, pues en la escuela sólo le enseñaron bazofias localistas y recuelos de la Leyenda Negra; no puede deleitarse en aquellos pasajes de la literatura y el pensamiento que aciertan a expresar de forma inteligente y conmovedora el amor a España, porque la inducen a leer la alfalfa sistémica promocionada. Así que, para expresar su patriotismo, a la buena gente no le queda otro remedio sino «españolear»: envolverse en la bandera rojigualda, tararear una canción de Manolo Escobar y jalear los goles de «la roja» (ahora apenas «rojilla», pues no se come un rosco). Sinceramente, no creo que haga falta ser separatista para considerar este «españoleo» grimoso; no tan sólo por esquemático y paupérrimo, sino sobre todo por reactivo. Pues el verdadero patriotismo es constructivo: erige los cimientos de la convivencia, fortalece las raíces compartidas, funda un espacio común.

Como le escribía Joan Maragall a Miguel de Unamuno, «un pueblo vive sólo en cuanto se siente con espíritu propio y una misión consiguiente»; pero la Constitución, al dejar a los pueblos de España sin espíritu y sin misión, los condenó a la desintegración. Y el verdadero patriotismo debe esforzarse por volver a integrarlos, lo que no podrá lograrse si antes no abraza sus diferencias —«La integración viene después de la diferenciación», afirmaba Unamuno—, si no reconoce y aprende a amar su hermosa diversidad. Y, reconociendo y aprendiendo a amar esa diversidad, podremos llegar a la médula del alma española, allá donde han sido enterrados su espíritu y su misión. Un auténtico patriota debe esforzarse por «catalanizarse» un poco, debe asomarse con amor curioso a la tradición catalana, a su lengua como un vaso de agua clara, a su riquísimo legado

literario, a sus honduras espirituales; y, aprendiendo a amar esa tradición catalana, descubrirá que el ser de Cataluña está encastado en el ser de España —según reconocía el propio Prat de la Riba—como «los pólipos en el coral».

El separatismo desea evitar a toda costa este descubrimiento; para lo que ha hallado su mejor aliado en ese «constitucionalismo» que nos ha dejado sin espíritu y sin misión, revelándose como el más eficaz separador. Sólo recuperando el espíritu propio y la misión consiguiente de los pueblos de España, tal como señalaba Maragall, podremos recuperar la unidad perdida, la integración en la diferenciación. De lo contrario, sólo habrá separación; o algo todavía peor: la unidad odiosa del hormiguero.

EL LUGAR DE LA POLÍTICA

Me pareció hilarante y a la vez sobrecogedora una afirmación que Pedro Sánchez escribió en Twitter, muy divulgada por los medios de comunicación, coincidiendo con la detención del errabundo Puigdemont: «Dentro de la Constitución está la política, fuera nada». La frase resulta especialmente delirante si consideramos que su autor es el mismo hombre que durante bastante tiempo estuvo dando la tabarra con una reforma urgente de la Constitución. Y si quería reformarla a toda costa sería —¡digo yo!— porque hay cosas «dentro de la Constitución» que no le gustan, así como cosas que están fuera que quiere meter dentro; y unas y otras serán de naturaleza política, pues de lo contrario no pintarían nada en una Constitución. Aunque, desde luego, no habría que descartar que tanto las cosas que Pedro Sánchez quiere sacar de la Constitución como las que quiera meter dentro sean naderías sonrojantes salidas de un «cráneo privilegiado».

Pero pensar que toda la política está «dentro de la Constitución» y que fuera está la nada es algo muy propio de esta fase de la Historia, a la vez idólatra y nihilista. Fuera de la Constitución hay desde luego, mucha política, desde las cosicas que Pedro Sánchez quiere meter dentro de ella (por mencionar una nonada ínfima y risible) hasta *La República* de Platón (por mencionar una cima del pensamiento). Y, desde luego, la política (que existió tranquilamente y sin grandes quebrantos antes de que la Constitución se promulgara) seguirá existiendo tan campante cuando la Constitución haya sido abolida, como antes lo fueron tantas otras, a veces

por sus adoradores más frenéticos. Podríamos, incluso, afirmar que la política existe a pesar de las Constituciones; y que hay pueblos como Inglaterra que, para salvar la política, decidieron prescindir de las constituciones. Tampoco debemos olvidar, por cierto, aquella espléndida frase de William Blackstone en sus *Comentarios a las leyes de Inglaterra*: «Bajo una constitución despótica, un pueblo puede ser feliz y libre; y bajo otra libre, puede ser esclavo y desdichado».

Pero escribíamos antes que la frase de Pedro Sánchez denota una mentalidad idólatra y nihilista. La política, en el sentido más propio y verdadero de la palabra, está en las personas que se organizan políticamente; y no en ningún texto legal donde se especifique la forma de su organización. Además, esa forma de organización podrá cambiar mil veces, con tal de que quede asegurado el bien común. Desde luego, la unidad de la comunidad política es piedra angular del bien común; pero no porque un texto legal así lo establezca, sino porque las mutilaciones de miembros sanos hechas en un organismo vivo disminuyen su vitalidad (y pueden ocasionar su muerte). Además, muchas veces la unidad que sólo se funda en un texto legal puede convertirse en una unidad odiosa: unidad de hormiguero, unidad sin argamasa espiritual de ningún tipo, mera coexistencia regida por el interés más descarnado. Así, una unidad puramente formal consagrada en un texto legal podría llegar a ser incluso un armazón que impidiese descubrir que la unidad interna se ha gangrenado. Un texto legal puede mantener en la materia muerta una apariencia artificial de vida, como hizo el doctor Frankenstein. Unamuno nos hablaba de la «liga aparente de los intereses» para referirse a las uniones falsas, a la larga mucho peores que las divisiones.

Vázquez de Mella nos enseñaba que los pueblos decaen cuando «su unidad interna, moral, se rompe y aparece una generación entera, descreída, que se considera anillo roto en la cadena de los siglos», ignorando la existencia de un patrimonio espiritual legado por las generaciones anteriores «que tenemos el derecho de perfeccionar, de dilatar, de engrandecer; pero no de malbaratar, no de destruir, no de hacer que llegue mermado o que no llegue a las generaciones venideras». Es ahí, en ese patrimonio espiritual, donde reside el corazón de la política. Sospecho que si hoy una generación descreída —anillo roto en la cadena de los siglos— está dispuesta a arrojar ese patrimonio a la basura es, en buena medida,

porque antes se le permitió sustituirlo por pomposas entelequias legales. Y, al final, donde había una unidad interna y moral que anhelaba el bien común acabó habiendo tan sólo una unidad epidérmica y de pura conveniencia, sostenida por la liga aparente y artificial de los intereses.

Pero, por supuesto, podemos seguir aferrados al Frankenstein putrefacto, con apariencia de unidad, mientras nos desmenuzamos. Las idolatrías siempre acaban destruyendo el ídolo que veneran; pues detrás de toda idolatría se agazapa el nihilismo.

CATALUÑA CARLISTA

No hay en España plumífero sistémico o historiador a la violeta, gacetillero con ínfulas y, en fin, analfabeto con balcones a la calle que, al referirse a la crisis catalana, no repita como un lorito que el independentismo es hijo del carlismo. Se trata de una mamarrachada colosal que, misteriosamente, ha calado entre las masas cretinizadas.

Pero el independentismo no es hijo del carlismo, sino precisamente de la doctrina adversa. En su famoso opúsculo *Qué es una nación*, el liberal Ernest Renan establece que es la voluntad de los individuos la que afirma la existencia de una nación. En lo que no hace sino reelaborar los conceptos que Rousseau proclamaba en *El contrato social*, en donde se consagra la existencia de una «voluntad general» que es una forma de soberanía total, incondicionada e inalienable. Esta exaltación de la voluntad se completaría después con un retórica romántica que invoca el «espíritu del pueblo» (*Volkgeist*), un principio subjetivo que se impone colectivamente a los hombres para unificarlos, a la vez que segrega a quienes se perciben como extraños. Todos los nacionalismos se nutren de estos conceptos liberales; y tanto el centralismo españolista como el independentismo catalán son sus hijos legítimos. Pues, en efecto, por más que anden a la greña (como tantas veces ocurre con los hijos de mala madre), el movimiento independentista y el centralista son hermanos de sangre: igualmente liberales, laicistas y enemigos de la tradición catalana e hispánica.

El carlismo, por el contrario, se reconoce en esa tradición. Frente a la orgullosa exaltación de la soberanía propia de todas las formas de nacionalismo (lo mismo centralistas que independentistas), la tradición no reconoce otra soberanía que la divina; frente a la exaltación de la política prometeica propia de todas las formas de nacionalismo (la política

entendida como pura *poiesis* o arte de construir abstracciones), la tradición se funda en una política aristotélica, en la praxis que parte de la realidad histórica para introducirle correcciones y mejoras al servicio de la comunidad. Y la realidad histórica española es el reconocimiento de una diversidad cordial, integrada solidariamente a través de una fe común. Tal unidad en la diversidad se logró a través de lo que Montesquieu denominó «gobierno gótico» (que calificó como la «forma mejor temperada de gobierno» que haya habido jamás sobre la faz de la tierra), fundado en el pactismo: el monarca reconocía las libertades concretas de los pueblos y las instituciones que las protegían; y a cambio los pueblos juraban lealtad al monarca. Y, mientras rigió este «gobierno gótico» sobre el que se funda la tradición catalana e hispánica, Cataluña demostró, como nos enseña Tirso de Molina, que «si en conservar sus privilegios era tenacísima, en servir a sus reyes era sin ejemplo extremada». Así se explica que, en 1714, nadie defendiera tan ardorosamente la tradición como los patriotas catalanes, con Rafael de Casanova a la cabeza, quien en su célebre pregón del 11 de septiembre escribiría: «Todos los verdaderos hijos de la patria, amantes de la libertad, acudirán a los lugares señalados, a fin de derramar gloriosamente su sangre y vida por su Rey, por su honor, por la patria y por la libertad de toda España». Así se explica también que no haya habido pueblo tan perseverante y heroico como el catalán en su lucha contra las infiltraciones liberales, que combatió en siete guerras contrarrevolucionarias, desde 1794 a 1875: la Guerra Gran o Guerra del Rosellón; la Guerra de la Independencia; la Guerra Realista durante el trienio liberal de 1820-1823; la Guerra dels Malcontents contra la deriva afrancesada de la Década Ominosa; la Primera Guerra Carlista, entre 1833 y 1840; la Guerra dels Matiners o Segunda Guerra Carlista; y, en fin, la Tercera Guerra Carlista, entre 1872 y 1875.

Y en todas estas guerras, Cataluña no combatía por la independencia, sino por el restablecimiento de sus libertades e instituciones. Cataluña se mantuvo fiel a los reyes de España y los sirvió extremadamente, mientras esos reyes cumplieron lo pactado; y, cuando los reyes dejaron de cumplir lo pactado y trataron de suplantar la tradición política hispánica con importaciones liberales (tales como el centralismo), Cataluña se revolvió contra ellos. Pero la Cataluña carlista, siendo muy amante de sus tradiciones e instituciones, amaba también (hasta el derramamiento de la sangre) a

España, en la que veía una unión de pueblos querida por la Providencia. ¿Cómo se convirtió ese amor en odio separatista? Precisamente porque Cataluña dejó de ser carlista; porque renegó de su tradición, haciéndose liberal.

El nacionalismo prendió en Cataluña en ámbitos urbanos, antes que en los rurales. Nada más natural, puesto que el liberalismo es ideología que beneficia a los ricos, que mientras fomentan entre los pobres la anarquía moral pueden dedicarse a la única libertad que de verdad les interesa, que es la libertad para concentrar y amontonar dinero. Fue la burguesía catalana la que, «al abrirse» a la «modernidad» europea, introdujo en Cataluña los postulados nacionalistas liberales que habían leído en gentes como el mencionado Renan. Vicens i Vives lo expresa sin ambages en *Industriales y políticos del siglo XIX*: «El catalanismo incorporaba Cataluña a Europa de una manera total e irrenunciable... El reencuentro con Europa después de cuatro siglos de ausencia, he aquí el significado profundo del movimiento catalanista». ¿Se puede decir de forma más rotunda y sintética? Mientras Cataluña se mantuvo apegada a la tradición, permaneció impermeable a las tesis nacionalistas que triunfaban en Europa. Y para lograr que la Cataluña popular comprase la mercancía averiada, la burguesía liberal hubo de hacer una operación de ocultamiento de la tradición catalana.

Antoni Rovira i Virgili así lo reconoce en su *Historia dels moviments nacionalistes*, donde se esfuerza por desvincular la causa nacionalista de los acontecimientos de 1714 (de los que abomina, porque sabe que fueron protagonizados por catalanes dispuestos a «derramar gloriosamente su sangre y vida por su Rey, por su honor, por la patria y por la libertad de toda España»), que inscribe en la línea histórica que verdaderamente les corresponde: «Esta es una línea —afirma— que pasa por el movimiento catalán de la guerra contra Francia, después por la guerra de la Independencia y va a parar a las guerras carlistas. En realidad, los herederos de 1640 y de 1714 son los carlistas de la montaña catalana». Precisamente por ello (porque veía una continuidad histórica entre los patriotas dispuestos a derramar su sangre por España de 1714 y los carlistas de la montaña catalana), Rovira i Virgili sostenía —nos lo cuenta Josep Pla en *Prosperitat i rauxa de Catalunya*—que «las guerras carlistas tenían que ser borradas de la memoria de la gente catalana, cual si nunca hubieran existido». Y es que los ideales carlistas y los ideales nacionalistas son por completo

incompatibles. Por eso el nacionalismo, ansioso de subirse al carro de la modernidad europea, enterró la tradición catalana, de la que renegaba y se avergonzaba. Y se nutrió de una munición de conceptos —voluntad, soberanía, autodeterminación, etcétera— típicamente liberales, que a cualquier carlista repugnan.

Para enterrar la tradición catalana, el nacionalismo liberal adoptó al principio un lenguaje regionalista que a simple vista se podía confundir con el lenguaje tradicional de los carlistas; y así se consiguió que muchas familias carlistas se fuesen contaminando de ideas liberales, envueltas en el celofán del conservadurismo clericaloide. Y cuando esa contaminación fue completa, el catalán se volvió furibundamente independentista, como no podía ser de otro modo; porque los pueblos tradicionales, cuando son infectados por ideologías modernas sustitutorias de su fe, se revuelven furiosos. Dostoievski nos enseña —refiriéndose al pueblo ruso, pero vale lo mismo para el pueblo catalán— que cuando los pueblos tradicionales son contaminados de ideas ajenas a su tradición no reaccionan como vacas pastueñas, al estilo de los pueblos sumisos e inanes que se uncieron al yugo luterano, sino que se metamorfosean en algo muy distinto que, sin embargo, conserva pervertido su ardor originario: la religiosa Rusia, infectada de liberalismo, reaccionó volviéndose bolchevique; la Cataluña hija de los almogávares y los carlistas de la montaña reaccionó volviéndose independentista. Y el catalizador de esta metamorfosis fue, en ambos casos, el mismo. El independentismo no es hijo (ni siquiera bastardo) del carlismo, sino hijo legítimo y predilectísimo del liberalismo.

Convendría que dejásemos de repetir como loritos las mamarrachadas que interesan a los causantes de nuestros males. Que, para mayor escarnio, ahora españolean y sacan pecho, erigiéndose en remedio de los males que causaron.

DELENDA EST MONARCHIA

OCULTAR LA MAJESTAD

En el célebre episodio evangélico no se menciona en ningún momento que los «magos» venidos de Oriente fuesen reyes. Ha sido la imaginación popular la que se los ha figurado así; y lo ha hecho, sencillamente, porque cuando el pueblo —siquiera el pueblo todavía no degenerado en masa cretinizada o ciudadanía—necesita concebir y dar vida a personajes tan llenos de ímpetu y perspicacia, de clarividencia y majestad como aquellos magos venidos de Oriente, piensa en testas coronadas, no en zascandiles trajeados. Unos Presidentes Magos serían, en verdad, una horrenda estampa ful que mataría las ilusiones de los niños. Pues para montar con donosura un camello, para atusarse con gracia unas barbas frondosas, para arrodillarse con garbo ante un Niño, para hacer cosas grandiosas y excepcionales, hace falta —que diría Horacio—un *quid divinum*. Y ese *quid divinum* sólo lo tienen los reyes, no los presidentes de republiqueta, ni los primeros ministrillos, ni ningún otro moscón o polilla de urna.

Por eso la imaginación popular, para figurarse cabalmente a los magos de Oriente necesitó convertirlos en reyes. Y por eso también en los cuentos de hadas nos encontramos con reyes venerables y bondadosos (o, por el contrario, furiosos y crueles) y pálidas princesas que padecen encantamientos; pues unos cuentos de hadas protagonizados por presidentes o ministrillos y por su prole de hijas ordinarias y gritonas terminarían degenerando en sainete o astracanada. Los cuentos de hadas requieren un clima sublime, como perfumado por la brisa del misterio; requieren personajes augustos, incontaminados por las pasiones plebeyas y ruines, que causen pasmo, sobrecogimiento y admiración en las almas infantiles (y adultas). Nadie se pasma ante un presidente de republiqueta o ministrillo de gabinete (salvo el cosmopaleto), nadie se sobrecoge en su presencia (salvo el lameculos), nadie lo admira sinceramente (salvo el secuaz fanático). Pues en el alma humana existe una especie de sexto sentido que nos obliga a reverenciar la majestad verdadera y a desdeñar la pretenciosidad. Quienes no lo hacen, o lo hacen al revés, es porque están gangrenados de resentimiento.

La majestad verdadera, desde luego, nada tiene que ver con la pompa y el boato. Ese Niño que nace en una cueva, por ejemplo, es adorado por los magos venidos de Oriente (y también por los pastores de los contornos)

porque descubren en él una majestad auténtica, aunque se presente pobremente vestida y en un pesebre. La majestad de los reyes tampoco demanda el fasto de la «majestuosidad»; pero exige mostrarse sin tapujos, resplandecer sin cortapisas, para que pueda ser reverenciada gozosamente. De ahí que los enemigos de los reyes traten siempre de esconder su majestad: cuando pueden hacerlo sin disimulo, ofreciéndoles sepultura, o siquiera vacaciones en la sombra; y cuando tienen que disimular un poquito, obligándolos a imitar el comportamiento plebeyo de cualquier presidente de republiqueta o ministrillo, convirtiendo su vida en un erial de áridas burocracias y de simplezas farragosas que acaban devaluando su majestad y convirtiéndola en facundia de vendedor de crecepelos, en apostura de gigoló o en cualquier otro sucedáneo que la envilezca o avillane.

El avillanamiento de la majestad es una estrategia infalible que acaba despojando a los reyes de esa aureola de distinción que obligó a nuestros antepasados a coronar las testas a los magos de Oriente. En esta estrategia de avillanamiento de la majestad debe transmitirse la impresión, por ejemplo, de que los reyes son mandados que leen los discursos que en cada momento agradan a los politiquillos mindundis; también conviene que de vez en cuando los reyes viajen de tapadillo a regiones de su reino donde (precisamente por ser menos queridos) su presencia pública debería ser más constante y gallarda, más abnegada y sin rebozo; conviene, en fin, que todos los actos en los que participen sean deslucidos o desangelados, organizados chapuceramente y casi en la clandestinidad.

La ocultación de la majestad, al convertir a los reyes en «personas normales», los hace prescindibles y enojosos, los relega a la categoría de rémoras o armatostes inservibles. Extrañamente, hay reyes que aceptan este juego, por temor tal vez a que los destronen, sin advertir que la pérdida de la majestad es infinitamente peor que la pérdida del palacio, y aun que la pérdida de la propia vida. Pues perder la majestad es como cambiar de género literario: del relato evangélico al sainete, del cuento de hadas a la astracanada.

MONÁRQUICOS CAMPECHANOS

Gustave Thibon formuló una afortunada reflexión sobre las instituciones y las personas que las encarnan. En las sociedades fuertes y sanas, las

instituciones están por encima de los individuos que las representan; quienes, por el contrario, en las sociedades enfermas y decadentes, son encumbrados de forma idolátrica, provocando con su caída el descrédito de la institución que representan. En aquellas sociedades donde las instituciones eran fuertes —reflexiona Thibon—, «se podía uno permitir el lujo de criticar a tal rey o tal papa sin que el principio mismo de la monarquía o de la autoridad pontificia se inmutasen». Así, por ejemplo, se podía ser el poeta más fiel al papado, como sin duda lo fue Dante, y al mismo tiempo mandar a un papa a freír gárgaras al infierno con el tranquilo desparpajo que Dante emplea en *La divina comedia*. Pues las instituciones eran amadas por encima de las personas concretas que circunstancialmente las encarnaban.

Exactamente lo contrario ocurre en las sociedades podridas, donde las instituciones dejan de ser amadas por unas masas cretinizadas que han olvidado que la tradición es la piedra angular de cualquier civilización digna de tal nombre; y que, a cambio, encumbran a los personajes que coyunturalmente las encarnan. Así ha ocurrido en España con el rey Juan Carlos, al que mientras reinó nunca faltó un séquito de pelotas «juancarlistas» (en realidad una panda de aprovechateguis prestos al medro) que se deshacían en ditirambos tan grotescos como repulsivos hacia su persona, incluso (¡o sobre todo!) cuando menos loable era su conducta. Ninguno de estos aprovechateguis era capaz de defender la institución monárquica con argumentos convincentes (básicamente, porque son gentes cínicas que no creen en nada). Pero, a cambio, solían esgrimir que, bajo el reinado del monarca al que peloteaban, disfrutábamos (sobre todo ellos) del «período más próspero de nuestra historia». Siempre a los miserables se les distingue porque defienden bienes de naturaleza espiritual con argumentos economicistas (lo mismo hacen, por ejemplo, cuando defienden la «unidad de España»). Y también «defendían» la monarquía con delicuescencias sentimentaloides, resaltando las prendas personales del monarca (de repente, la campechanía se convirtió en la principal de las virtudes cardinales y aun teologales), o sus cualidades como «conseguidor» de contratos ventajosos para las empresas españolas. Ahora España afronta el «período más mísero de nuestra historia» reciente. Y la campechanía de aquel monarca hoy se percibe más bien como desfachatez y frivolidad. ¿Dónde se encuentran ahora aquellos monárquicos campechanos que jamás

se preocuparon de defender convincentemente la institución monárquica, más allá de las puntuales prendas o harapos de la persona que la representaba coyunturalmente? ¿Dónde se esconderán, ahora que el prestigio del monarca al que antes aplaudían yace sepultado entre arenas y dólares saudíes?

La cruda verdad que nadie cuenta es que la monarquía, en los pueblos que han perdido la fe religiosa, sólo puede sobrevivir como pantomima. Porque el rey es imagen visible de un orden sobrenatural que los pueblos aceptan, eligiendo a una familia encargada de defenderlo, por amor a su pueblo, hasta la entrega de su vida. Sólo desde esta certeza la institución puede sobreponerse a los reyes chanchulleros o indignos o botarates que coyunturalmente la representen, contra los que por supuesto se puede despotricar (y batallar), como Dante hizo contra los papas cobardones. Pero los pueblos que se quedan sin fe acaban inevitablemente renegando de la monarquía; y no les resta otro destino —como explicara Donoso Cortés— sino deslizarse hacia la anarquía, en un vía crucis que discurre por las estaciones intermedias de la monarquía parlamentaria y la república. En España se empiezan a avizorar signos que auguran que el vía crucis se ha iniciado.

Pero no creo que, cuando se confirmen estos signos, se puedan colgar la medalla los republicanos fervorosos. Antes habrá que atribuir el mérito a esos monárquicos campechanos que nunca han defendido la institución, a cambio de adular a las personas que coyunturalmente la representan. Y estos cínicos, que con sus adulaciones hiperbólicas y babosas del monarca de turno sólo consiguieron tornar odiosa la institución monárquica a los ojos de muchos, serán los primeros —¡por supuesto!— en proclamarse ardorosos republicanos, para seguir chupando del bote.

EL FUTURO DE LA MONARQUÍA

Diversos amigos nos preguntan por el «futuro» que le aguarda a la monarquía; y les respondemos invariablemente que su «futuro» será el que sus detractores deseen. No se nos ocurre futuro más triste que depender, para nuestra subsistencia, de quienes desean nuestro mal, o al menos no anhelan nuestro bien. Todos, en alguna circunstancia, hemos experimentado la desazonante sensación de abordar una empresa o negocio que depende, en último extremo, de la voluntad de otras personas de las que no nos

podemos fiar (personas aviesas que anhelan nuestro fracaso, personas esquinadas que ponen trabas a nuestro esfuerzo, personas negligentes u holgazanas que matan nuestro ímpetu); pues esta misma es la posición en la que se halla la monarquía, que aceptando su desvirtuación tuvo que encomendarse a defensas endebles cada vez más insostenibles. Siempre en el pecado se lleva la penitencia.

Nuestra monarquía ha padecido durante décadas unos defensores inconsistentes, por no decir bellacos y calamitosos. Todavía recuerdo a los fantoches que la defendían porque había traído el «periodo más próspero de nuestra historia»; expresión que, aparte de hiperbólica, era perfectamente mentecata, pues sometía la institución a una contingencia que, una vez disipada, la arrastraría consigo. Pero no todos los defensores de la monarquía esgrimían argumentos tan penosos. Estaban también los que sostenían pomposamente que la monarquía había consolidado nuestra democracia, favoreciendo el «régimen de libertades» vigente. Pero a nadie se le escapa que, para favorecer tal cosa, no hace falta que en la cúspide de la organización política se halle un rey que recibe hereditariamente el poder. Por el contrario, si nuestro «régimen de libertades» se fundamenta en el principio democrático, lo más lógico sería que el jefe del Estado fuese elegido mediante votación popular, como el resto de representantes políticos. Por supuesto, podría oponerse aquí que la elección popular del jefe del Estado no garantiza (sino más bien lo contrario) que sea un hombre dotado de las prendas adecuadas, como prueban tantos representantes elegidos en las urnas corruptos y cantamañanas, malvados y fulleros, ignorantes y presuntuosos. Pero el principio hereditario tampoco asegura que el jefe del Estado sea un hombre de mérito, ni virtuoso, como se comprueba echando la vista atrás (y ni siquiera demasiado atrás).

Y están, en fin, quienes defienden la monarquía porque la figura del rey simboliza o encarna la «permanencia de la nación española». Pero esta defensa de la institución tendría sentido allá donde verdaderamente existe una continuidad histórica que, con sus virtudes y defectos, se asume como propia, con una vocación de perfeccionamiento; es decir, allá donde impera la tradición. Pero en España ocurre exactamente lo contrario: predominan quienes abominan de esa continuidad histórica, por considerar que nos retrotrae al «oscurantismo»; y, en general, se considera que la «nación española» es producto de una mera convención legal plasmada en un papel

(que acaba siempre mojándose). Entretanto, además, las nuevas generaciones son educadas en el desprecio olímpico a nuestro pasado (que, por lo común, ignoran, cuando no lo reciben de forma muy taimadamente tergiversada) y en la adoración meningítica de una democracia en la que la institución monárquica funciona a modo de floripondio o engorrosa concesión a un pasado aborrecible o ignoto en el que el poder se fundaba en conceptos que inevitablemente se juzgan contrarios a la democracia misma (el principio dinástico, y no digamos el origen divino del poder).

Así, a la institución monárquica no le resta otra «defensa» que la que puedan brindarle quienes no creen en ella, incluso quienes la detestan de modo más o menos discreto o insolente, que la convierten en rehén de sus conveniencias coyunturales. Podrán darle palmaditas condescendientes en la espalda o, por el contrario, asestarle una puñalada (incluso podrán hacer ambas cosas simultáneamente, según la táctica del poli bueno y el poli malo). Y podrán, incluso, utilizarla como coartada o escudo de sus desmanes, sabiendo que, pese al vaciamiento de la institución monárquica, todavía hay gentes que siguen contemplando con unción y venerable amor al rey; que, de este modo, será utilizado para mantenerlos engañados. Así, la subsistencia de la monarquía dependerá de la voluntad de sus enemigos, que la mantendrán mientras convenga a sus fines y le darán una patada cuando lo consideren pertinente.

BARBARIE Y FORMAS DE GOBIERNO

En *Cartas a un escéptico en materia de formas de gobierno*, José María Pemán recuerda una novela de Anatole France, cuyo protagonista asiste a una tertulia de café en la que uno de los tertulianos se atreve a apoyar familiarmente dos dedos de su mano en el respaldo de una silla donde se halla sentada una bella damisela. Y entonces el protagonista comenta: «Desde aquel instante comprendí que la República había triunfado». A partir de esta sagaz observación de France, Pemán sostiene que monarquía y república presuponen fisonomías de vida contrapuestas; y evoca las jornadas de abril de 1931, cuando el pueblo adoptó de repente un repertorio de gestos provocadores de los que hasta entonces había abominado: besarse en público, pisotear los jardines, vestir desaliñadamente, etcétera. Gestos que prefiguraban lo que vendría después, desde la ley del divorcio a la quema de conventos.

Para Pemán, la república es una vuelta al estado de naturaleza, frente a la monarquía, que es un freno civilizatorio. En la naturaleza humana hay un elemento perturbador que orienta sus instintos hacia su propia destrucción: el hombre es el único animal en el que el deseo va más allá de la necesidad, el único que crea necesidades ficticias, el único cuya pasión se hace patológica y morbosa. Los pájaros emigran en bandadas unánimes; los hombres se dispersan en apetitos divergentes y contradictorios hacia todos los caprichos y todas las extravagancias. En el ser humano, lo «natural» es una ebullición turbia que busca las grietas de la civilización para desbordarse. Y el advenimiento de la república tiene, para Pemán, «ese tono de salto de tapón, de rotura de presa, de apertura de toril» para esos turbios instintos.

El estado de barbarie hacia el que hoy caminamos fue también prefigurado por los gestos del pueblo. Cuando el pueblo se pasea con orgullo en pantalón corto o en *top* melonero, enseñando unas piernas peludas o unas tetazas como albardas, es inevitable que se sucedan el aborto, el sopicaldo penevulvar y el matarile eutanásico. Pero, ¡ay!, todos estos turbios instintos que nos devuelven al estado de naturaleza no han sido sancionados legalmente bajo una república, sino bajo una monarquía. ¿Será que el diagnóstico de Pemán peca de tendenciosidad? El propio autor deshace el equívoco algunas páginas más adelante: «La mera existencia física de una persona única y hereditaria en la cima del Estado no basta para constituirlo en Monarquía, si a esa persona no se le atribuye el gobierno y el poder, sino meras funciones suntuarias, representativas y ceremoniales. Defendemos la Monarquía —unidad y continuidad— en cuanto forma de gobierno, no en cuanto forma de estética, ceremonia o representación».

Resulta, pues, plenamente congruente que nuestra democracia retire de sus calles el nombre de Pemán. ¡Qué sería de nuestra democracia si la gente lo leyera! Para empezar, dejaría de pasearse en pantalón corto y *top* melonero. Se comienza vistiendo con decoro y se termina añorando la monarquía.

MONARQUÍA, REPÚBLICA, ANARQUÍA

Resultan un poco peregrinas esas acaloradas discusiones en las que se enzarzan muchos compatriotas, reclamando el advenimiento de una república. Pues, en puridad, la monarquía vigente es república coronada que

acata todos los principios republicanos y repudia el fundamento sobre el que se asienta toda monarquía *comme il faut*, que es el origen divino del poder. Por lo demás, si olvidamos los principios (como gusta hacer nuestra época amnésica), concluiremos que lo importante no es tanto quién ejerce el gobierno como el propósito con que lo ejerce. Aristóteles distinguía, a la postre, dos tipos de gobiernos: los que atienden al bien común y los que atienden intereses particulares. Parafraseando a Aristóteles, podríamos afirmar que sólo existen dos tipos de gobernantes: los que defienden al pueblo del Dinero y los que defienden al Dinero del pueblo.

La monarquía se creó, precisamente, para defender al pueblo del Dinero, encumbrando a un hombre tan alto que pudiera mirar a los dueños del Dinero por encima del hombro, como si fuesen alfeñiques. Hoy, ciertamente, las monarquías han dejado de proteger a los pueblos del Dinero, precisamente porque se han convertido en repúblicas coronadas; y los reyes se amancebban con el Dinero, en perjuicio de los pueblos, con el mismo ímpetu y desparpajo con que lo hace cualquier presidente republicano. Causa, en verdad, alipori que la gente se rasgue las vestiduras después de escuchar las grabaciones de una señora casquivana que acusa a un rey dimitido de actuar como comisionista. ¿Y qué han sido, sino comisionistas, todos los presidentes de la República francesa? ¿Acaso se les conoce otro oficio a Mitterrand, a Chirac, a Sarkozy? ¿Es que alguien piensa ingenuamente que el chisgarabís Macron, perro caniche de la plutocracia desde que se destetó, se dedica a otra cosa? Y, si desviamos la mirada a otra república famosa, ¿es que el protervo matrimonio Clinton, o la sórdida saga de los Bush, o el inane y mefítico Obama, se dedican a otra cosa que no sea forrarse? ¿Y a qué se dedica el histriónico Trump? Son, todos ellos, gobernantes al servicio del Dinero, paladines del Dinero y enemigos de los pueblos que gobiernan, de los pueblos que ingenuamente los votaron.

Es un chiste, pues, pretender que la república vaya a acabar con los males que nos han traído estas monarquías desvaídas —auténticas repúblicas coronadas— que hoy se sostienen a trancas y barrancas, en medio de una creciente desafección. En esta fase democrática de la Historia, la gente cultiva la ilusión (*risum teneatis*) de que pone y quita gobernantes con su voto; en cambio, nunca se pregunta por qué todos los gobernantes que pone y quita son igualmente lacayos del Dinero. Pues el voto se ha

convertido en la baratísima y obnubilante gallofa que el Dinero tiende a las masas para hacerles creer que rigen sus destinos, mientras él se dedica tan pichi a despojar la riqueza de las naciones y concentrarla en unas pocas manos. Sólo gobernantes tan encumbrados como para mirar a los señores del Dinero por encima del hombro podrían librarnos de esta plaga.

Pero en la aversión a la monarquía (incluso a las formas desvaídas de monarquía que hoy subsisten) hay otra razón misteriosa, que tiene una raíz religiosa. Donoso Cortés, en su célebre *Discurso sobre la situación general de Europa*, lo explica maravillosamente. A medida que su fe religiosa palidece, los pueblos se deslizan por el resbaladizo tobogán que conduce desde la monarquía hasta la anarquía, con estación en la monarquía constitucional y en la república. Primero se pasa desde la fe religiosa al deísmo: se acepta que Dios existe, pero se niega que ese Dios sea providente y se preocupe de las cuestiones humanas; y a este deslizamiento religioso se corresponde un deslizamiento político, que es la monarquía constitucional: el rey reina, pero no gobierna. En un segundo deslizamiento, el deísmo se convierte en panteísmo: Dios carece de existencia personal, Dios es todo lo que vemos, todo lo que vive, todo lo que se mueve… Y ese deslizamiento del deísmo al panteísmo se corresponde con el deslizamiento de la monarquía constitucional a la república: el poder no puede encarnarse en una persona concreta, sino que debe repartirse entre la muchedumbre. Por último, el panteísmo se convierte en ateísmo y proclama: «Dejémonos de chorradas. Dios ni reina, ni gobierna, ni es persona, ni es muchedumbre. ¡Dios no existe!». Y a esta afirmación religiosa se corresponde una afirmación política, que es la exaltación de la anarquía.

Que es la estación última de este tobogán deslizante, el abismo final que se oculta al fondo. En este sentido, la monarquía (aun una monarquía tan lacaya del Dinero como cualquier república) es el último obstáculo o *katejon* que impide el advenimiento del caos.

LA CRISIS EDUCATIVA

EL LATÍN Y LOS MUERTOS

Puesto que el saber ocupa lugar, la moderna pedagogía ha querido circunscribir su transmisión a aquellos aspectos o facetas que resulten más «accesibles» y garanticen el «éxito profesional». Inevitablemente, todas las disciplinas que explican nuestra genealogía cultural han sido relegadas a los desvanes de la incuria, en favor de disciplinas enfocadas a la consecución de «fines prácticos». Pero desgajar la transmisión del saber del conocimiento de nuestra genealogía cultural nos condena a la intemperie más cruel, que es la de quienes no saben explicarse a sí mismos.

Las lenguas clásicas (que algunos, en el colmo del idiotismo, llaman «lenguas muertas») fueron las primeras damnificadas, por constituir un petulante desafío al utilitarismo y a la pedagogía de la facilidad, tal vez las dos mayores lacras de la educación moderna. No faltaron quienes trataron de defenderlas con argumentos débiles y, a la postre, contraproducentes, alegando que el griego y el latín subsisten en el vocabulario internacional de las ciencias o de los adagios jurídicos. Pero dedicar media docena de años al estudio del latín para luego poder hacer alardes eruditos y soltar en nuestra conversación cuatro latinajos (por lo demás incomprensibles para quien nos escucha) no parecía razón suficiente para defender las lenguas clásicas. Tampoco contribuyeron a la defensa de las lenguas clásicas, por cierto, quienes exaltaron las ventajas intelectuales de los «saberes desinteresados»; pues a una repugnante educación utilitarista no se debe oponer una educación elitista fundada en el mero lujo del saber.

Los pedagogos que erradicaron el latín de la educación sabían, en cambio, perfectamente por qué lo hacían. Y los guiaba el mismo propósito que, unos pocos años antes, guiaba a los innovadores religiosos que lo expulsaron de la liturgia. Unos y otros sabían que el latín modeló nuestro mundo (y, cuando escribo mundo, no me refiero tan sólo al mundo externo, sino también a nuestro mundo interior); y sabían que el mejor modo de aniquilar la pervivencia de ese mundo era desterrar el latín de la iglesia y de la escuela. Suele decirse, con frase un tanto mostrenca, que la cultura europea (y, por lo tanto, toda la mentalidad occidental) es una amalgama de elementos griegos, romanos y cristianos; pero lo cierto es que toda esa amalgama ha sido transmitida y conservada a lo largo de los siglos en latín. Todo lo que nos conforma por dentro, todo nuestro acervo moral e

intelectual —nuestra herencia más verdadera e irrenunciable—ha sido formulado en latín. Los signos que componen nuestro alfabeto son latinos, la sintaxis y las relaciones gramaticales que empleamos al hablar son latinas, también las figuras retóricas a las que recurrimos para que nuestras palabras sean más expresivas. Y, en fin, todo nuestro universo espiritual fue formulado en latín, o al menos trasfundido al latín, para que no se perdiera en la noche de los siglos: los géneros literarios y las modalidades artísticas fueron formulados en latín; los conceptos de persona y de familia, de tradición y bien común fueron formulados en latín; las nociones de poder y autoridad, de amor y sabiduría fueron formuladas en latín; los planetas y los metales, los vicios y las virtudes, los dogmas y los preceptos, los contratos y los testamentos fueron formulados en latín. Hasta nuestra alegría y nuestro llanto, nuestros piropos y nuestras invectivas fueron formulados en latín; y hoy lloramos y reímos, nos abrazamos y enfadamos porque el latín moldeó nuestras pasiones y sentimientos. El latín es el principio originario y la leche nutricia de todas las realidades divinas y humanas que integran nuestra vida; y, para desintegrar tales realidades, no hubo sino que expulsar el latín de nuestra vida. Es ley biológica infalible que el árbol al que se le cortan las raíces, como el niño lactante al que se aparta del seno materno, empieza por languidecer hasta morir por inanición. Sólo quien sabe de dónde viene puede saber hacia dónde va. Sólo quien está nutrido por el alimento que lo constituye es dueño del tiempo que habita; cuando ese alimento nos es arrebatado, nos convertimos en huérfanos a la intemperie, carne de cañón para las más diversas manipulaciones e ingenierías sociales, seres sin identidad y sin arraigo que navegan sin brújula a la deriva.

Por las venas y arterias de nuestra palabra y nuestro pensamiento discurría la sangre de la lengua latina. Alentaba toda nuestra vida, era propiamente nuestra alma; por lo que nada hay más grotesco que llamarla «lengua muerta». Quienes estamos completamente muertos somos nosotros, por dejar que nos las arrebatasen.

UNA NUEVA DEMENCIA ESCOLAR

Tras la plaga de los «colegios bilingües», que está creando analfabetos en dos idiomas, llega una nueva demencia a las escuelas, que aboga por una enseñanza sin libros, confiada a los avances tecnológicos. Por supuesto, como también ocurrió con la nefasta educación bilingüe, esta nueva

engañifa contará con la entusiástica adhesión de una generación de papás desnortados, enfermos de modernitis (pero en realidad envenenados de traumas y empachados de propaganda), que se dejarán engolosinar, convencidos de que así sus hijitos recibirán «una educación mejor que la que nosotros recibimos». Desde luego, será mucho más eficaz en el propósito de convertir a sus hijos en analfabetos funcionales, tarea que con sus padres sólo logró a medias.

A mi pobre sobrino ya le han anunciado la implantación en su escuela de este nuevo método pedagógico, que jubilará los libros de texto y lo mantendrá prendido a la pantalla de un ordenador, a través de la que recibirá «contenidos» que pondrán a prueba sus «destrezas»… ¡incluso para el dibujo! Pues estos psicópatas que pretenden arruinar a la nueva generación no se conforman con erradicar de su horizonte los libros, no se conforman con privarlos de la tentación de la escritura, también quieren evitar que empuñen un carboncillo o un pincel. Quieren tenerlos absortos ante una pantalla, convertida en una suerte de espejito que, a imitación del que halagaba a la madrastra de Blancanieves, les diga que son los mejor preparados. Y si todavía queda algún padre renuente a esta nueva forma de barbarie se le demoniza, señalándolo como un rigorista rancio, incapaz de dar el gran salto (hacia el vacío). Por supuesto, para la introducción de esta nueva demencia escolar, también se utilizarán diversas pamplinas emotivistas (¡gracias a la tecnología nuestros hijitos ya no tendrán que cargar con esas mochilas que les destrozan la columna!) y economicistas, con las que se tratará de enmascarar la única verdad que importa. Una verdad demasiado dolorosa que los papás olvidan y los pedagogos al servicio de turbios intereses comerciales se esfuerzan por silenciar.

Esa verdad dolorosa la explica a la perfección el psiquiatra y neurólogo alemán Manfred Spitzer en su libro *Demencia digital*, donde nos muestra sin ambages el efecto destructivo que las nuevas tecnologías ejercen sobre nuestras conexiones neuronales y, en general, sobre el funcionamiento de nuestro cerebro. Spitzer nos recuerda que las neuronas, al igual que los músculos, se fortalecen con el ejercicio; y que unas neuronas que han dejado de afrontar retos, fiándolo todo a la información que se les suministra a través de una pantalla, acaban volviéndose perezosas y prematuramente viejas. Desde el GPS que ha embotado nuestro sentido de la orientación hasta el buscador que nos brinda respuestas inmediatas (que

olvidamos con la misma rapidez con que las obtenemos), Spitzer nos ofrece un panorama demoledor de las atrofias que las nuevas tecnologías están perpetrando en nuestro cerebro, por falta de uso. Pues nuestra capacidad para descifrar el mundo es directamente proporcional al esfuerzo inquisitivo que empleamos en hacerlo.

Especialmente vulnerables son, a juicio de Spitzer, las nuevas generaciones, sometidas desde la infancia a una invasión tecnológica que encuentra uno de sus principales cómplices en esta nueva demencia educativa. Spitzer señala que los artilugios tecnológicos son incompatibles con un auténtico aprendizaje, que sólo puede alcanzarse mediante sinapsis neuronales que procesen el conocimiento. Los artilugios electrónicos reducen exponencialmente la profundidad de este procesamiento, aminorando nuestras posibilidades retentivas y nemotécnicas (pues siempre tendemos a olvidar más fácilmente aquello que sabemos que podremos volver a consultar fácilmente), así como nuestra capacidad de concentración y nuestra tendencia a la dispersión. Por no hablar de las dependencias y adicciones desintegradoras de la personalidad, así como otros trastornos neurológicos (ansiedad, hiperactividad, déficit de atención, insomnio, etcétera) que fomenta la tecnología.

Y el caso es que todos somos conscientes de los perniciosos efectos que la tecnología ejerce sobre nuestras facultades intelectivas, sobre nuestra atención, sobre nuestra memoria, sobre nuestros recursos asociativos; sobre la transmisión de conocimiento, en fin, que con la introducción de esta nueva demencia escolar será todavía más superficial e inconsistente. Pero la fascinación tecnológica (alentada de complejos y propagandas aturdidoras) es el sino de nuestra época; y en su altar se sacrifica lo que haga falta, empezando por el sentido común y terminando por nuestros hijos.

PIN PARENTAL

Poco a poco, las escuelas se van convirtiendo en corruptorios oficiales donde los niños (amén de ser adoctrinados concienzudamente, para asegurar su conversión en jenízaros de la ideología sistémica) son desgraciados antropológicamente, mediante la infiltración de paradigmas que desestructuran su incipiente vida afectiva y su sexualidad. A esto antaño lo llamaban corrupción de menores, pero hogaño lo llaman más finamente formación en igualdad, tolerancia y respeto a la diversidad;

palabras muy eufónicas tras las que se oculta un proceso de ingeniería social que deja chiquitos los procesos totalitarios de otras épocas. Y, bajo las coartadas seráficas de la igualdad, la tolerancia y el respeto a la diversidad, se han impartido y se imparten clases en las que se invita a niños apenas púberes a iniciarse —como pide en sus redes sociales un depredador que se dedica a impartirlas—en un sexo «plural, abierto, sin límites» que les permita descubrir que «el sexo entre personas del mismo género se disfruta más porque conocen mejor sus cuerpos»; a la vez que se facilita «salir del armario» a los alumnos, de los cuales —según afirma el mismo tipo—la mitad «son homo, bi o transexuales» que no se reconocen como tales por culpa de «la represión heteropatriarcal». Y esta vandalización espiritual ocurre ante la pasividad de una sociedad hecha añicos, donde el naufragio de la institución familiar está generando un vacío de autoridad que los depredadores se apresuran a llenar. Cualquier política digna de tal nombre debe preocuparse de detener este rampante destrozo antropológico. Pero el llamado «*pin* parental» es un instrumento por completo ineficaz, egoísta y desesperado; pues, aparte de ser una estrategia llamada al fracaso, perpetúa el mal que dice combatir.

El llamado *pin* parental no es otra cosa, en realidad, sino una forma encubierta de objeción de conciencia. Tal instrumento se planteó en el pasado como un último recurso frente a las leyes inicuas; y como un modo de salvar la conciencia personal (ahondando su aislamiento, en un mundo donde la mayoría de las conciencias eran condicionadas en la dirección contraria) que, sin embargo, se abstenía de emitir juicios éticos objetivos sobre la verdad. Pero la objeción de conciencia (como este sucedáneo del *pin* parental) sólo era eficaz en coyunturas ya superadas, cuando las leyes inicuas todavía titubeaban, avergonzadas, y querían guardar hipócritamente cierta apariencia de justicia. Esa etapa, sin embargo, está superada: la ideología sistémica ya no se avergüenza de su iniquidad; y cuando corrompe a los niños piensa sinceramente que los está educando en igualdad, tolerancia y respeto a la diversidad. Así que no tendrá rebozo en declarar ilegal ese *pin* parental, para poder proteger más fácilmente las conductas inicuas que previamente ha encumbrado como virtuosas.

Pero, además, el *pin* parental es un instrumento que postula la «privatización de la verdad» y que se preocupa tan sólo de salvar de la devastación antropológica a «nuestros» hijos, a los que protegemos de sus

corruptores, dejando que los hijos del prójimo (lacayo de la ideología sistémica o perverso redomado) sigan siendo vandalizados espiritualmente. Y esto, amén de una falta de caridad, constituye una egoísta defensa del bien particular. O sea, no es política verdadera, que se funda en la defensa del bien común y en juicios éticos objetivos; sino política liberal, que se funda en el puro relativismo y en el interés personal.

Cuando Sócrates desobedeció las leyes de Atenas lo hizo, desde luego, por decisión propia, pero en nombre de una ley moral que su conciencia no podía transgredir. En cambio, quien esgrime el *pin* parental lo hace por decisión propia, pero también en nombre propio, apelando a la soberanía de la propia conciencia individual, tan respetable y digna de ser protegida por las leyes como la de quien decide lo contrario (ocasionando, se supone, un daño grave a sus hijos). Se trata de una distinción sumamente importante: Sócrates no pretendía que se reconociese legalmente su propia opinión como derecho subjetivo, en igualdad de condiciones con cualquier otra opinión (que es lo que pretende el *pin* parental); Sócrates rechazaba las pretensiones ilegítimas del poder que exigía a las conciencias acciones inmorales en sí. Que es precisamente lo contrario de lo que hace el *pin* parental, al pretender que las opiniones más diversas (lo mismo las rectas que las inicuas) se conviertan en derechos subjetivos que la ley protege. Lo cual sólo consagra la incapacidad para hacer juicios objetivos sobre las cosas y la imposibilidad de dictar leyes razonables y justas, convirtiendo el subjetivismo en ley.

Y tal conversión presupone una concepción irracional de la ley, que de este modo debería limitarse a garantizar el cumplimiento de la voluntad de cada quisque. Cientos, miles, millones de *pins* reclamando cada uno lo suyo, en enjambre aturdidor… hasta que el Estado Leviatán tiene que intervenir para atajar la anarquía y «poner orden»; un orden que, por supuesto, será aberrantemente desordenado e inicuo. La introducción del *pin* parental sólo servirá para que la libertad de los padres se convierta en un bazar de opiniones encontradas y delirantes que, a la postre, valdrán de justificación cínica para que el Estado Leviatán imponga pérfidamente un cínico derecho de los hijos para librarse de las preferencias de sus padres; que, por supuesto, sólo se empleará contra esos padres católicos (comparables a los talibanes, para el desquiciado progresismo) que no quieren que a sus hijos les enseñen a explorar todos sus orificios en la

escuela.

El *pin* parental —como artilugio liberal que es, aunque disfrazado de resistencia socrática— sólo contribuirá a arraigar (¡todavía más!) en las conciencias que no hay un orden moral objetivo que garantiza el bien común, sino que cada uno puede montarse su propia moral subjetiva y buscar su interés particular, propiciando a la postre una más encarnizada intervención del Estado Leviatán. El Derecho —nos enseña Aristóteles— es determinación de lo que es justo; no protección casuística de todas las opiniones. El *pin* parental consolida una visión liberal del Derecho, que convierte las sociedades en hormigueros disociales, mientras alivia a los políticos de su verdadera obligación, que no es convertir el subjetivismo en ley, sino promulgar leyes que sean ordenaciones racionales dirigidas al bien común, que protejan a «mis» hijos y a los hijos del vecino por igual. Cuando no se libra esta batalla por el bien común se incurre en un relativismo más peligroso incluso que las imposiciones del Estado Leviatán; pues la neta iniquidad acaba generando resistencia en quienes la sufren, frente al relativismo que sólo engendra individuos solipsistas.

BECAS PARA EL NENE Y LA NENA

La demagogia contemporánea ha encontrado en la adjudicación de las becas de estudios uno de sus festines predilectos. Suele decirse que el Estado debe garantizar que quien «desee» estudiar, pueda hacerlo; afirmación demente donde las haya, porque el gobernante no está para subvenir las voliciones y deseos de la gente, sino para atender el bien común. Por la misma regla de tres podría decirse que el Estado debe garantizar que quien quiera viajar (¡siempre que sean viajes formativos, oiga!), pueda. Detrás de esta consigna demagógica hallamos una tergiversación sentimentaloide del principio de igualdad, así como una aceptación desquiciada del deseo personal como título legítimo para la vindicación de supuestos derechos.

El gobernante debe garantizar un fácil acceso a la educación, procurando que sea gratuita y universal; pues un pueblo con acceso al conocimiento tiene más posibilidades de mejorar (y su mejoramiento redundará en bien de todos). Pero, una vez garantizado este acceso, el Estado ha cumplido con su obligación elemental; y a partir de ese momento, su obligación no consistirá en garantizar una beca a quien «desee» estudiar (aunque no sirva para los estudios), sino en garantizar que quien tenga

vocación para los estudios pueda disfrutar de una beca, en caso de que no pueda pagárselos, y en lograr que quien no tenga vocación para los estudios sea apartado de los mismos, aunque pueda pagárselos. Pues favorecer que quienes no tienen vocación para el estudio puedan hacerlo porque así es su «deseo» sólo sirve para degradar la vocación del estudio.

Así que un gobernante que orientase su acción por la búsqueda sin sentimentalismos del bien común adjudicaría becas a quienes han demostrado dotes para el estudio, recompensando su valía; y, al mismo tiempo, endurecería las condiciones generales para seguir estudiando, de tal modo que los hijos de las familias más ricas no tuviesen ventaja alguna sobre los hijos de familias más menesterosas. El deseo personal no puede ser razón para disfrutar de una beca; pero tampoco la mera disposición de recursos económicos debe ser disculpa para poder estudiar. Todo lo demás es demagogia burda con la que se pretende halagar a los vagos y subvertir el principio de igualdad. Observaba Tocqueville que «la igualdad produce dos tendencias: la una conduce directamente a los hombres a la independencia; la otra les conduce por un camino más largo y más secreto, pero más seguro, hacia la servidumbre». No cabe duda alguna de que nuestra época ha decidido tomar el camino de la servidumbre.

En un pasaje de su diálogo sobre la República, Platón nos cuenta que, cuando los dioses moldearon a los hombres, introdujeron diversos metales en sus almas: oro en las almas de quienes estaban más dotados para el estudio, plata en las almas de los medianamente dotados, bronce o hierro en las almas de los escasamente dotados (que, sin embargo, pueden tener habilidades excelentes para oficios que no requieran estudio). Y añade Platón: «Puede darse el caso de que nazca un hijo de plata de un padre de oro o un hijo de oro de un padre de plata o que se produzca cualquier otra combinación semejante. Pues bien, el primero y principal mandato que tiene impuesto la divinidad sobre los magistrados ordena que, de todas las cosas en que deben comportarse como buenos guardianes, no haya ninguna a que dediquen mayor atención que a las combinaciones de los metales de que están compuestas las almas de los niños. Y si uno de estos, aunque sea su propio hijo, tiene en la suya parte de bronce o de hierro, el gobernante debe estimar su naturaleza en lo que realmente vale y relegarle, sin la más mínima conmiseración».

En este breve párrafo se condensan los dos objetivos primordiales (y

plenamente congruentes) de todo proyecto educativo cabal. Por un lado, la necesidad de una educación universal que haga caso omiso de la procedencia social de los alumnos. Por otro, la obligación de atender a las aptitudes de esos alumnos, para que quienes están mejor dotados para el estudio puedan estudiar aunque carezcan de medios y para que quienes están peor dotados sean apartados, por mucho que «deseen» seguir estudiando y aunque sean hijos del hombre más rico y poderoso. Resulta muy significativo que la demagogia contemporánea pretenda presentar como irreconciliables estos dos objetivos, que para Platón estaban íntimamente unidos.

En el fondo, los demagogos que reparten becas entre los pobres que «desean» estudiar, aunque no sirvan para ello, son los sostenedores de un sistema educativo corrupto que permite estudiar a los ricos, aunque sean los mayores ceporros del mundo.

EDUCACIÓN A LA BOLOÑESA

Entre los instrumentos de colonización que el mundialismo ha dispuesto, para convertir a los pueblos en una papilla informe y genuflexa, desempeña un papel medular y eficacísimo el control de la educación; pues, como afirmaba Leibniz, «el dueño de la educación es el dueño del mundo». Y para mejor llevar a cabo los planes del mundialismo se inventó el llamado Plan Bolonia, cuya implantación ha arrasado con los últimos vestigios del saber académico, convirtiendo la universidad en una suerte de negociado mercantil. Todo ello (¡faltaría más!) rebozadito de tópicos melosos que nos hablan de poner la universidad «al servicio de la sociedad» y parecidas zarandajas; cuando de lo que se trata es de ponerla al servicio del Dinero.

Pero el Plan Bolonia no habría podido ejecutarse tan ricamente si no hubiese llovido sobre un terreno propicio. Carlos Fernández Liria lo señala en su excelente obra *¿Para qué servimos los filósofos?* (Libros de la Catarata), que a la vez que nos expone de una forma atractiva algunos de los problemas más abstrusos de la filosofía lanza una noble y convincente diatriba contra la depauperación del saber académico. Fernández Liria acusa sin ambages a esos pedagogos que, durante décadas, se han dedicado a dinamitar la enseñanza primaria y secundaria, introduciendo en ella «motivaciones lúdicas, psicológicas y heterónomas para el conocimiento»; o sea, «métodos de aprendizaje» que han terminado matando el anhelo de

saber, que es la más noble aspiración humana, según nos enseñase Aristóteles. Así, el atractivo del conocimiento en sí mismo ha sido poco a poco aplastado por un batiburrillo de saberes instrumentales que aparentemente se ofrecen para brindar mejores «salidas» a los estudiantes; pero que, por supuesto, están diseñados por los «dueños del mundo» para la consecución de sus fines de dominio social. Así, las disciplinas que fueron concebidas para saciar (o siquiera nutrir) aquel aristotélico anhelo de saber se han convertido en —citamos a Fernández Liria—»técnicas especializadas para reparar desperfectos».

Tras el estropicio de la enseñanza primaria y secundaria había que destruir también la enseñanza superior. Fernández Liria afirma sin ambages que se trataba de convertirla «en una suerte de formación profesional». El Plan Bolonia ha significado el desmantelamiento completo de los estudios universitarios, una suerte de «reconversión» impuesta con criterios exclusivamente mercantiles que, con el caramelito de poner el conocimiento «al servicio de la sociedad», ha arruinado por completo las disciplinas clásicas e impuesto en las facultades criterios propios del *marketing* empresarial. Todo ello, naturalmente, engalanado de «flexibilidad», «optatividad», «multidisciplinaridad» y demás engañabobos que han favorecido la conversión de la universidad en una suerte de oficina expendedora de cursillos paparruchescos y carísimos (los celebérrimos «másteres»). Así hasta sustituir los títulos académicos, una reliquia del pasado, por una suerte de «tarjeta de puntos» que el estudiante completa libremente, como quien entra en una tienda de chuches y va llenando la bolsa con cursillos misceláneos y chorradas varias que lo hacen creerse el rey del mambo; y que, en realidad, lo convierten en el paria que el mundialismo anhela: un tipo que sale de la universidad tan ignaro como entró en ella y acude en pelotas al mercado laboral, donde tendrá que arreglárselas en solitario, ofreciendo sus destrezas al peor postor y sabiendo que nunca habrá un convenio colectivo que lo proteja. Porque, a la vez que favorece la desintegración de las disciplinas, Bolonia favorece también la desaparición de las profesiones; a la vez que priva al estudiante del abrigo de la sabiduría, lo empuja a la intemperie de la falta de garantías laborales.

Y no sólo al estudiante. Pues, como señala Fernández Liria, al sustituir los títulos académicos por una desquiciada e invertebrada «formación continua», se precariza el trabajo del profesor, al que se remunera más

miserablemente y se transforma en un «especialista» en áreas cada vez más restringidas o, por el contrario, en un flexible zascandil que, teniendo algún conocimiento somero de distintas disciplinas, sirva lo mismo para un roto que para un descosido, según las preferencias el mercado.

A la postre, Bolonia ha sido el modo de entregar la universidad al vandalismo del Dinero, que así dispondrá de renovadas remesas de aplicados ejecutores de sus designios, a los que ni siquiera inquietará aquel anhelo de saber del que nos hablaba Aristóteles, otra reliquia del pasado.

ECONOMÍA BÁSICA

FORMAS DE EGOÍSMO

En una de sus numerosas diatribas contra el capitalismo, Chesterton se rebelaba contra quienes afirmaban exultantes que, gracias a los trenes veloces que recorrían de un extremo a otro Inglaterra, los hombres de su época podían disponer de manzanas de forma rápida y barata. «Pero lo que de verdad es más rápido y barato para los hombres es arrancar una manzana del manzano de su huerto y llevársela a la boca —escribía—. El economista supremo es aquel que no gasta dinero en viajes por ferrocarril». Pero desde que Chesterton escribiera estas palabras muchas cosas han cambiado en el mundo: las mercancías ya no sólo se transportan desde un extremo a otro del país, a veces pueden recorrer continentes enteros y cruzar océanos; y un repartidor mal remunerado puede entregárnoslas envasadas o empaquetadas a la puerta de nuestra casa. Incluso puede ocurrir que esa mercancía que ha recorrido continentes y cruzado océanos resulte más barata que la mercancía que se cultiva en un huerto vecino o se confecciona en la sastrería de la esquina… gracias, entre otras cosas, a que el repartidor que nos la entrega a la puerta de casa está ínfimamente remunerado.

Pero ese repartidor no es el único damnificado: también quienes recolectaron esa mercancía en Marruecos o la fabricaron en China, también quienes la transportaron a través de continentes y océanos están mal remunerados. Y, entretanto, el huerto vecino se ha cubierto de maleza, porque ya nadie lo cultiva; y la sastrería de la esquina ha cerrado, porque se quedó sin clientes. Así, remunerando ínfimamente a unos y arruinando a otros, el capitalismo ha sofisticado todavía más su enredo, disipando además aquella sospecha de ineficiencia que Chesterton le atribuía. Sin embargo, para ello ha contado con nuestro egoísmo, que cierra los ojos ante el reguero de calamidades que siembra a su paso. Sin nuestro egoísmo, de hecho, todo lo que ha ocurrido desde que Chesterton escribiese su diatriba habría sido irrealizable. Pero ya los economistas clásicos afirmaban sin rebozo que la suma de egoísmos hace imbatible al capitalismo.

Hay, en primer lugar, un egoísmo ingenuo que nos hace creer cosas insensatas, como por ejemplo que una mercancía venida de China o de Marruecos nos sale más barata que una mercancía cultivada en el huerto vecino o confeccionada en la sastrería de la esquina. En realidad, esa mercancía llegada de China o Marruecos es mucho más insípida que la que

se cultivaba en el huerto vecino; y, desde luego, está más torpemente confeccionada que la que comprábamos en la sastrería de la esquina. Al final, descubrimos que esas mercancías venidas del otro extremo del mundo son bazofias insatisfactorias; pero para entonces ya hemos puesto en funcionamiento la tormenta que el egoísmo desata: como aquellas mercancías nos decepcionaron, probamos a comprar otras igual de baratas, o incluso más todavía, pues entretanto la compañía que nos las vende por interné ha lanzado un ofertón planetario y nos ofrece tres mercancías al precio de dos. Por supuesto, el ofertón también nos decepciona, pero ya no nos queda más remedio que seguir comprando sin cesar mercancías que no saben a nada o que se rompen enseguida, entre otras razones porque el huerto donde se cultivaban manzanas sabrosas y la tienda que vendía ropas resistentes han dejado de existir.

Entonces interviene una segunda forma de egoísmo, más cínico que el primero. Sospechamos que comprando compulsivamente esas mercancías estamos favoreciendo injusticias en los arrabales del atlas, o a la puerta de nuestra casa; sospechamos que estamos esquilmando los recursos naturales del planeta y convirtiéndolo en un inmenso vertedero de envases plásticos y gases contaminantes; sospechamos que… Pero para entonces ya no podemos parar la máquina; ya no podemos ni siquiera pensar en el modo de pararla. O, si lo hacemos, nuestros pensamientos nos llevan a soluciones mucho más egoístas todavía, soluciones que ya no son tan sólo cínicas sino también malvadas; tan refinadamente malvadas que pueden, incluso, disfrazarse de una falsa bondad. Y así, por ejemplo, podemos llegar a concluir que la especie humana está causando un daño irreparable al planeta, por lo que conviene reducir la población. Pues el egoísmo nos ha cegado tanto, ha pervertido tanto nuestra razón, que preferimos despojarnos de nuestros hijos venideros antes que despojarnos de nuestras actuales pulsiones consumistas. Decía Orwell que el poder desgarra el entendimiento humano para después volverlo a reconstruir conforme a sus propósitos. Desde luego, el sistema económico vigente se ha probado capaz de hacerlo… contando —por supuesto— con nuestro egoísmo.

ECONOMÍA BASURA

Nueve de cada diez productos que compramos tardan menos de seis meses en incorporarse a la bolsa de la basura. Es una proporción que explica a la

perfección el modelo económico en el que nos hemos instalado. Nuestra economía basura arroja, desde luego, datos mucho más mareantes y vertiginosos; pero basta ese dato para el propósito de este artículo, pues aunque no incorpora cifras tremebundas ni intimidantes nos muestra al desnudo el funcionamiento del consumismo, una sórdida cadena de montaje en donde el ritmo de producción frenético depende directamente de nuestras pulsiones, de nuestros caprichos, de nuestra ansiedad y avaricia insaciables, de nuestro hastío y cansancio, de nuestro delirio de posesión y nuestro desencanto.

La primera prueba de la existencia de una economía enferma es su desconexión con la verdadera naturaleza humana. Y el ser humano, al menos mientras no está maleado, es un sempiterno buscador de vínculos: con sus semejantes, en primer lugar; pero a continuación con su propio hábitat y con las cosas que le rodean. Y, como nos enseña el principito de Saint-Exupéry, nos vinculamos a través del amor y el cuidado: tal vez haya rosas mucho más hermosas, pero la rosa que preferimos entre todas es aquella que hemos cultivado con nuestras propias manos. Ciertamente, no siempre podemos cultivar nuestra rosa; pero, al menos, hemos de aprender a amar la rosa que elegimos, hemos de desearla muy denodadamente (y sólo de esta atención concreta a la rosa que elegimos puede nacer el desapego hacia el resto de rosas). Si, por el contrario, compramos rosas rutinariamente, acabaremos inevitablemente dejando que se amustien, o incluso deseando que se amustien, para poder sustituirlas pronto. Esta economía de la reposición inmediata, tan sórdida y destructiva, es la rueda en la que hemos entrado. Y mientras no nos atrevamos a salir de ella, o a quebrar su eje, o siquiera a poner chinas en su avance, seguiremos rodando con ella hasta el abismo.

Porque una economía que pretende convertir el mundo en un inmenso cementerio de basura inevitablemente querrá también hacer de nosotros un desperdicio. No solamente convirtiéndonos en ansiosos acaparadores de chismes perecederos, sino también potenciando relaciones laborables más inconsistentes y adventicias, menos vinculadas y comprometidas. No creemos necesario explicar a nuestros lectores cómo, a medida que se ha extendido esta economía depredadora, han ido empeorando las condiciones del trabajador, hasta convertir por comparación el «trabajo precario» de pasadas décadas en una añorada reliquia. Después de todo, si los productos

que se ofrecen al consumo están llamados a convertirse en desechos en apenas seis meses, ¿por qué un puesto de trabajo habría de durar más? Si una empresa fabrica un objeto dirigido a consumidores que, tras un disfrute fugaz del mismo, lo arrojarán al cubo de la basura, ¿por qué no hacer lo mismo con los trabajadores que lo fabricaron? Si en seis meses un producto ha provocado el hastío de sus consumidores, que lo reponen por otro más rutilante, ¿por qué una empresa no va a deshacerse de sus empleados resabiados y exhaustos, supliéndolos por otra remesa más vigorosa e ingenua?

Una economía basurienta acaba, inevitablemente, generando trabajos pútridos y malolientes (y la atrofia del olfato moral permitirá que se consideren legales). Así, por ejemplo, no debe extrañarnos que la modalidad laboral popularizada por una empresa llamada Uber se haya convertido en la expresión más característica de la economía basura. Hasta la imposición de este modelo degenerado, se permitía que la empresa despojase al trabajador de todo tipo de garantías; ahora se le permite también que ni siquiera se preocupe de organizar la producción. Será el trabajador quien aporte los instrumentos que le permiten desarrollar su trabajo (el coche si es un chófer, el teléfono si tiene que atender consultas, la moto si reparte pizzas); y, por supuesto, cobrará por servicio realizado, no por el número de horas que permanece al frente del volante, ni enzarzado en discusiones con sus consultantes. Ya no se trataría propiamente de explotación laboral, sino de un cínico parasitismo que, a la vez que obliga al trabajador a desenvolverse como un autónomo, lo trata como a un pordiosero.

Como el jinete que cabalga noche y día acaba amoldando su horcajadura al lomo de su caballo, el trabajador de una economía basura acaba convirtiéndose en desperdicio. Y ni siquiera tiene el consuelo del reciclaje.

JUVENTUD EN EL LIMBO

Se hace mucho énfasis en la formación de nuestros jóvenes, pero siempre de un modo erróneo. Una de las anomalías más grotescas de nuestro sistema educativo es el empeño desquiciado por encauzar gregariamente a la juventud española hacia la universidad, haciendo caso omiso de su escasa (o incluso nula) vocación para el estudio. Tamaño dislate sólo ha logrado aumentar el fracaso escolar y deteriorar el nivel de nuestra enseñanza, que

alberga en su seno a alumnos hastiados, desganados o, todavía peor, convencidos de que la obligación del Estado no es otra sino facilitarles el acceso a la universidad. Y, a la vez, se ha favorecido la degradación de los saberes que se imparten en la universidad, así como la floración, a modo de hongos (con frecuencia venenosos) de multitud de centros universitarios de dudoso fuste.

A la postre, este empeño grotesco por encauzar a nuestros alumnos hacia el redil universitario ha sido una de las principales causas del hipertrófico nivel de paro juvenil que padecemos. Y ha convertido a muchos de esos jóvenes universitarios en un sector de la población altamente inflamable que, después de haber sido criado en la exaltación del deseo personal (pues se les hizo creer que su título universitario era un salvoconducto hacía el éxito), ha comprobado cómo todas sus expectativas se convertían en agua de borrajas, hasta hacer del resentimiento el motor aciago de sus vidas. En este fenómeno han concurrido causas de muy diversa naturaleza, algunas obscenamente mercantiles, otras de irresponsabilidad política, pero también comprensibles traumas psicológicos de una porción muy abundante de españoles que no pudieron cursar estudios universitarios por razones muy diversas y que, en su madurez, han querido que sus hijos tuvieran acceso a lo que a ellos les fue vedado.

Pero lo que España necesita no son universitarios sin vocación para el estudio con títulos que hoy valen menos que el papel mojado, sino jóvenes formados en oficios y técnicas que saquen nuestra economía de la postración. Es una evidencia gigantesca que, sin embargo, ningún gobierno afronta seriamente; por lo que deberíamos empezar a preguntarnos si los sucesivos gobiernos españoles (en esto importa poco el negociado ideológico al que se adscriben) no son meros lacayos al servicio de una plutocracia apátrida que, para consolidarse, necesita devastar las economías nacionales, creando un falso «mercado laboral» que satisfaga sus intereses y condene a la inviabilidad multitud de pequeños negocios y empresas familiares. Un «mercado laboral» que se abastece de trabajadores manuales ínfimamente remunerados en los arrabales del atlas (o que los trae hasta aquí desde los arrabales del atlas, azuzando los flujos migratorios), a la vez que fomenta la conversión de nuestra juventud en una masa de parias universitarios, adaptables a un «mercado laboral» con movilidad

geográfica. Y dispuestos también a cobrar salarios miserables, pues la plétora de demandantes de trabajo favorece inevitablemente la depauperación laboral.

Y, entretanto, cada día se cierran decenas de pequeños negocios, mientras nuestros jóvenes son enviados al limbo del desempleo o convertidos en parias con rudimentos de inglés o diseño informático, flexibles y adaptables al «mercado laboral» y con «movilidad geográfica», como conviene a la plutocracia apátrida. La salvación de nuestra economía nacional empieza por la revalorización de los oficios manuales; y también el rescate de una juventud condenada al limbo del desempleo y del resentimiento.Pero esos «jóvenes en el limbo», formados en el desprecio de los oficios manuales y con frecuencia sin dotes auténticas para el estudio, acaban generando una gangrena social devoradora, como siempre ocurre con las generaciones empachadas de ideologías prometeicas. Con la ayuda de un sistema educativo degradado, se les ha brindado un «ascensor social» ficticio, que les hace creer petulantemente que han subido de categoría social, en el corto plazo de una generación, por completar unos «estudios». Pero este «ascensor social», a la vez que los aburguesa fatalmente, los priva de los conocimientos técnicos que a sus padres les sirvieron para desempeñar un oficio manual (y, en muchos casos, prosperar económicamente) y les proporciona unos títulos universitarios que en la mayoría de los casos sólo les sirven para convertirse en nuevos parias, adiestrados en las «habilidades» (inglés, informática, etcétera) que convienen a la «movilidad» y «flexibilidad» de los mercados.

Luego, esa generación aburguesada, cuando se tropieza con la cruda realidad que se esconde en ese «ascensor social» de pacotilla que les han vendido las ideologías prometeicas, reacciona de las formas más variadas: hay quienes se resignan al destino inexorable que los «mercados» les han adjudicado; otros, en cambio, se entregan al resentimiento o a la holgazanería (o a ambas cosas a la vez, y entonces se meten en política). Pero casi ninguno de ellos recupera los oficios manuales a los que se dedicaron sus padres, que para entonces consideran denigrantes e indignos de personas de su «categoría». Y, en parte tienen razón, aunque no en el sentido que les inspira su vanidad fatua. Pues, entretanto, mientras las ideologías prometeicas los engañaban con su «ascensor social» de pacotilla, mientras los entretenían con una educación birriosa y enferma de

igualitarismo, los oficios que a sus padres les permitieron vivir dignamente y en muchos casos prosperar se han depauperado de forma dramática, de tal modo que ya sólo los aceptan trabajadores extranjeros, con frecuencia sin formación técnica, pero necesitados urgentemente de una calderilla para sobrevivir.

El problema, además, se agrava con el paso del tiempo, pues a su vez estos trabajadores extranjeros que asumen los oficios manuales cada vez más depauperados no quieren que sus hijos los hereden, sino que se esfuerzan por conseguirles un hueco en el «ascensor social» de pacotilla que brinda una educación degradada. Así que, inevitablemente, se tiene que recurrir a nuevos trabajadores extranjeros que cubran las plazas vacantes, en una avalancha inmigratoria creciente que poco a poco va provocando una especie de reemplazo civilizatorio (pero, como nos enseña Will Durant, ninguna civilización es conquistada desde afuera hasta que no se ha destruido a sí misma desde dentro). Y todo ello hasta que la aglomeración incontenible de ese «ascensor social» de pacotilla acabe provocando que se desplome, arrastrando consigo a esas generaciones aburguesadas. Aunque, desde luego, las ideologías prometeicas traten de retrasar ese desenlace fatal cuanto puedan, mediante el reparto de subsidios entre los jóvenes defraudados y el expolio fiscal de la menguante población que todavía tiene una renta digna. Y, mientras expolian a esa población menguante, hacen creer a los jóvenes atrapados en el «ascensor social» de pacotilla —cada vez más resentidos y rabiosos, cada vez más holgazanes y degenerados— que el expolio fiscal es justicia social.

Y, como reacción a estas ideologías prometeicas que han devastado nuestras sociedades y corrompido a sucesivas generaciones de jóvenes, surgen reacciones paulovianas que tratan de engatusarlas señalando a los inmigrantes como raíz de sus males, cuando no son sino su consecuencia natural e inevitable. Es decir, desviando el resentimiento que previamente les han instilado las ideologías prometeicas hacia gentes que, en la mayoría de los casos, no hacen sino aceptar oficios que, previamente, fueron depauperados por los «mercados» y desdeñados por las generaciones jóvenes que se subieron al «ascensor social» de pacotilla con que las halagaban las ideologías prometeicas. Urge, desde luego, restablecer una economía nacional que revalorice los oficios manuales y combata sin remilgos el aburguesamiento de una juventud envilecida por las ideologías

prometeicas, que son la mejor fábrica de holgazanes y resentidos. Pero para acometer esta dolorosa labor de regeneración social hace falta algo más que la demagogia de las reacciones paulovianas, que sólo cambian al destinatario del resentimiento, conformándose con mantener la gangrena social que lo alimenta.

ROBOTS

No hay telediario sistémico que se precie en el que no se incluya un reportaje, siempre bien rebozadito de azúcar, donde se glosan las simpáticas bondades de tal o cual robot que nos hará la vida más fácil. Toda esta cochambre propagandística pretende presentar la galopante robotización de los trabajos como una nueva conquista de la ciencia y la tecnología, en su esfuerzo por ayudar al hombre (o, dicho más prometeicamente, por declarar abolido aquel castigo divino que nos obliga a ganarnos el pan con el sudor de la frente), cuando lo cierto es que pretende condenar al hombre con la peor de las condenas, que es hacerlo fácilmente sustituible y, por lo tanto, prescindible y superfluo.

Naturalmente, en todos estos abyectos reportajes se nos presentan robots que hacen las tareas más aniquiladoras e ingratas, esos trabajos que nadie quiere o sólo quieren los que no tienen otras opciones mejores. Y se engolosina a las masas cretinizadas, haciéndolas creer que sus hijos podrán dedicarse a trabajos fastuosamente remunerados que, además, les permitirán cultivar el espíritu. O se las engaña maliciosamente con la promesa de un paraíso para emprendedores cualificados. O, mejor todavía, se les asegura que ni siquiera tendrán que preocuparse de trabajar, porque habrá robots que les harán el trabajo, mientras sus hijos se consagran al ocio; porque los robots se encargarán de cotizar a la Seguridad Social por ellos; porque los robots, en fin, generarán tanta riqueza que podrá repartirse de bóbilis bóbilis un sueldo vitalicio entre todos los ociosos del planeta. Pero lo cierto es que la robotización del trabajo destruirá empleos en todos los oficios y profesiones, no sólo en lo que antaño se llamaban artes vulgares, sino también en las liberales; pues la robotización, antes que fuerza mecánica, es inteligencia artificial (aunque la propaganda sistémica prefiera que los robots aparezcan en nuestro imaginario como serviciales mascotas o risueños esclavos). Por no mencionar que los hombres entregados al ocio terminan casi siempre siendo bestias entregadas a los vicios más

embrutecedores.

Por lo demás, ya son muchos los trabajos que antaño requerían un concurso humano y hoy están siendo realizados por máquinas. ¿Cuánto están cotizando esas máquinas? ¿Dónde ha ido a parar el sueldo que nadie les paga? ¿Por qué no se cubre, por ejemplo, la subida de las pensiones que reclaman los jubilados con el dinero que estas máquinas ahorran en los costes de producción? Pero el cretinismo ambiental no se detiene a considerar estas evidencias desoladoras. El cretinismo ambiental prefiere soñar con una utopía grotesca en la que, cuando los robots hagan nuestro trabajo, la ambición humana declinará como por arte de ensalmo; y donde el capital apátrida que hoy defrauda el jornal al trabajador se pondrá a remunerar generosamente al ocioso. Y, mientras aguarda el advenimiento de esa utopía grotesca, el cretinismo ambiental ejecuta sin rechistar (¡qué digo sin rechistar, con ferviente entusiasmo!) las consignas sistémicas que interesan a los promotores de la robotización, apuntándose a todos los ofertones del supermercado de los derechos de bragueta. Cuya finalidad última no es otra sino enviscar a hombres contra mujeres y disuadirlos de la procreación; pues cuando la robotización finalmente se imponga sobrarán muchos cientos de millones de seres humanos. Y esos cientos de millones de seres humanos no van a recibir ninguna pensión para ociosos (o, si la reciben, será una limosna miserable obtenida a costa de ordeñar atrozmente a los que todavía trabajen). Mucho más probable será que se trate de eliminar muy digna y humanitariamente a los «ineficientes», con formas entrañables de suicidio asistido y modalidades de eutanasia tan divertidas como un parque de atracciones… todas ellas, por supuesto, atendidas por robots. Y, mientras nos apiolen, sonreiremos bobaliconamente; tan bobaliconamente como ahora nos tragamos todas las consignas sistémicas.

Entretanto, ¿qué medidas de resistencia plantean nuestras oligarquías políticas y nuestros sindicatos? Ninguna, salvo contribuir al engaño, con promesas de rentas básicas universales y otros engañabobos limítrofes. O poner toda la carne propagandística en el asador de iniciativas sistémicas tan exitosas como la llamada «huelga feminista», experiencia piloto en la que quedó demostrado que se puede prescindir de muchos puestos de trabajo sin que la actividad económica se resienta lo más mínimo. Somos corderos llevados al matadero por lobos disfrazados de pastores.

RENTA BÁSICA

Hace no demasiado tiempo, diversos líderes de formaciones políticas «alternativas» empezaron a engatusar a sus votantes con la promesa de una «renta básica universal» de la que podría disfrutar toda persona carente de ingresos, por mero derecho de «ciudadanía» (y ya se sabe que, cuando alguien invoca esta palabra, hay que echarse a temblar). De inmediato, desde los partidos hegemónicos se calificó a estos líderes alternativos de demagogos y populistas. Han pasado desde entonces muy pocos años; y cada vez son más los líderes políticos hegemónicos que, misteriosamente, han hecho suya sin rebozo esta promesa. ¿Hemos de pensar que se han sumado a la misma estrategia demagógica? A simple vista así lo parece; pero se trata de una vista, en efecto, simplicísima. Unos y otros comparten, en efecto, estrategias; o, mejor dicho, unos y otros son serviles lacayos de la misma estrategia, diseñada por el Dinero, que ha tomado la irrevocable decisión de destruir, en los próximos quince o veinte años, decenas de millones de puestos de trabajo.

La renta básica no es, como algunos ingenuos piensan, una medida concebida por comprometidos benefactores de la Humanidad. Por el contrario, se trata de una «falsa bandera» que tiene a su servicio a politiquillos de diversa adscripción ideológica, encargados de presentar este nuevo desmán como una ilusionante «conquista social». Como a nadie se le escapa, la automatización favorecida por el desarrollo de la inteligencia artificial y los avances de la robótica han hecho superfluos muchos puestos de trabajo. Y en las próximas décadas este fenómeno alcanzará una magnitud pavorosa que ahora no podemos ni siquiera imaginar. Se calcula (según las previsiones más optimistas) que un cincuenta por ciento de los puestos de trabajo hoy existentes serán desempeñados por máquinas. Emergerá entonces un ejército de desempleados que rebasará las capacidades de control de los Estados; un ejército capaz de desencadenar revoluciones y disturbios… salvo que sea amansado.

Para lograrlo, ya no bastará —como basta hoy— con formatear los cerebros en la aceptación pasiva de los paradigmas culturales triunfantes, mediante la manipulación educativa y la «formación» de la opinión pública. Ya no bastará con suministrar a las masas un flujo incesante de entretenimientos baratos y embrutecedores que anestesien sus anhelos

espirituales. Ya no bastará con dividirlos y engolosinarlos con picazones de entrepierna de género difuso y cambiante. Habrá que garantizarles unos ingresos mínimos, mantenerlos en un estado de «pobreza sostenible» que les permita sobrellevar una vida sin horizonte laboral, a la vez que disfrutar de algún caprichito modesto y *prêt-à-porter* (tanto más accesible cuanto menos procreen). El Dinero ya ha hecho sus cálculos: sabe cuántos trabajadores y consumidores necesita y cuántos le sobran; y sabe, sobre todo, cómo convencernos de los efectos benéficos de la robotización del trabajo, presentándonos un futuro halagüeño de vagancia y ociosidad, mientras las máquinas nos hacen el «trabajo duro», de cuyos frutos nos podremos beneficiar opíparamente.

Naturalmente, se trata de un grosero embeleco. La robotización generará, en efecto, ingentes beneficios económicos, que sólo en una ínfima porción —a modo de filantrópica limosna— se destinarán a cubrir las «rentas básicas» de una ingente población desempleada. El resto se sufragará ordeñando todavía más a la menguante población activa. Y esta robotización que dejará a millones sin trabajo no afectará solamente, como propone cierto engreimiento clasista, a los «oficios manuales». Vertiginosas bases con billones de datos ya están generando recursos de inteligencia artificial que pronto harán obsoletas multitud de «profesiones liberales», convirtiendo a ingenieros, programadores, periodistas o traductores en antiguallas de otra época.

Muchos verán, llegado el día, esta «renta básica» como un mal menor; y hasta habrá ilusos que la consideren una gozosa liberación de la condena bíblica. Pero será una limosna indigna, no tanto en su cuantía (la indispensable para garantizar una «pobreza sostenible») como en su concepto: pues el hombre necesita amar y sentirse vinculado a lo que hace; necesita comprometerse con el producto de su esfuerzo y crear tejidos asociativos a través del trabajo. Y, suprimido ese vínculo, sólo nos restará una vida de ociosas alimañas. Que es, a la postre, lo que postulan los defensores de la «renta básica». No son demagogos ni populistas, sino serviles lacayos del Dinero.

UN KEYNESIANISMO DEMENTE

Siempre me han producido gran desasosiego las declaraciones de políticos que, acogiéndose a un sedicente «keynesianismo», abogan por repartir

subsidios entre la población. Que, por supuesto, se logran mediante la exacción pura y dura, que acaba generando el estrangulamiento y posterior colapso de la economía. Es la senda que ha iniciado la patulea que nos gobierna, con delirios como la «renta mínima universal», pieza fundamental en el plan que las élites globalistas han diseñado para destruir las economías nacionales e instaurar un reinado plutocrático hegemónico, en el que esa renta mínima (amenizada por un supermercado de derechos de bragueta) servirá para mantener en un estado de «pobreza controlada» a las ingentes masas de trabajadores condenadas a un paro estructural, tras la destrucción del tejido productivo nacional.

Pero el keynesianismo no consiste en repartir «rentas mínimas» ni subsidios semejantes que, aparte de condenar a una parte de la población a una existencia sórdida con la golosina de la ociosidad (que acaba convirtiendo a los hombres en alimañas), infla la deuda pública hasta extremos paroxísticos. Las doctrinas económicas keynesianas se caracterizan por conceder al Estado el papel rector de la economía, para así aumentar la demanda. A quienes afirmamos que la economía debe fundarse sobre el principio de subsidiariedad (en el que el Estado sólo asume aquellas funciones *orientadas al bien común* que la comunidad organizada en cuerpos intermedios no puede asumir), las doctrinas keynesianas nos despiertan graves reticencias; pero es indudable que en circunstancias como la presente, azotados por una plaga que ha destruido muchas iniciativas sociales, corresponde al Estado asumir temporalmente ese papel rector. Que no consiste meramente en repartir subsidios y aumentar impuestos.

Habría que empezar señalando, antes de denunciar este keynesianismo hemipléjico y demente, que las doctrinas de Keynes presuponen un Estado con soberanía monetaria y financiera; pues, de lo contrario, sus medidas de reactivación económica siempre estarán al albur de especuladores foráneos. Un plan económico keynesiano sin soberanía monetaria y financiera es tanto como una casa sin cimientos. Pero, prescindiendo de este «pequeño detalle», hay que añadir que la vía principal para que el Estado pueda estimular la demanda en situaciones de crisis no es el aumento de la presión fiscal o el reparto de subsidios, sino la reactivación de la economía productiva. Para lo cual el Estado debe promover una industria pujante que reniegue de «reconversiones» y «deslocalizaciones» impuestas por burócratas al servicio de la plutocracia; e impulsar una nueva agricultura

que sea fuente de riqueza colectiva. Así, el gasto estatal se convierte en autentica inversión que genera empleo; y, al generar empleo, reactiva la demanda, que puede abastecerse gracias a una economía regulada y solidaria que proteja a las personas frente a las irracionalidades del mercado.

Un plan autenticamente keynesiano empezaría, por ejemplo, por fundar empresas públicas que restauren el arrasado tejido industrial nacional, de tal manera que —por ejemplo—en España se puedan producir respiradores artificiales para nuestros enfermos de coronavirus y trajes profilácticos para nuestros médicos y asistentes sanitarios, sin someternos al chantaje de un mercado especulativo y caníbal que vende respiradores averiados o mascarillas de pega. Ante una crisis de demanda, más allá de que lo primero (en el orden temporal) sea socorrer a quien se ha quedado sin trabajo, lo prioritario es generar demanda, mediante empresas públicas rentables que devuelvan a una sociedad desmoralizada por la plaga (pero previamente sobornada por morfinas indignas) el amor al trabajo bien hecho y la fuerza moral para embarcarse en inversiones privadas orientadas al bien común. ¡Qué gran oportunidad se le presenta al Estado para generar una auténtica economía social!

Pero la perderán. Porque profesan el keynesianismo demente que subsidia y ordeña tributariamente y que sólo sirve para acelerar el estrangulamiento de la economía nacional, que es lo que la plutocracia espera de sus obedientes caniches. ¿Y saben por qué nuestros gobernantes practican este keynesianismo hemipléjico y demente? Porque son gentes que, en su inmensa mayoría, no han trabajado nunca, sino que han vivido siempre del subsidio y la subvención. ¿Qué son, a fin de cuentas, los partidos políticos, sino oligarquías subsidiadas? Nadie puede dar lo que no tiene. Y quien siempre ha llevado la vida de un parásito sólo puede concebir una sociedad parasitaria.

EN LA CAVERNA PLATÓNICA

Podría darse el caso de que algún lector despistado pensase que mis diatribas anticapitalistas delatan alguna velada simpatía hacia la otra forma de organización económica aparentemente adversa (y en realidad complementaria, como enseguida veremos). Nuestra generación ha sido formateada en estas dicotomías burdas y maniqueas, que son la levadura de

las pasiones sectarias y el mejor modo de mantener a los pueblos prisioneros en la caverna platónica.

En una obra que fervientemente les recomiendo,*El Estado servil* (1912), Hilaire Belloc retrata con clarividencia pasmosa la íntima comunión de capitalismo y comunismo, que a la postre ha instaurado una tercera realidad —el 'Estado servil'— en la que una mayoría de individuos sin libertad ni propiedad trabajan en beneficio de una plutocracia que acapara toda la propiedad. Así, bajo disfraz democrático, se generan dos clases de hombres: una primera clase, reducidísima, en posesión de los medios de producción; y una segunda, sin libertad económica ni política y, cada vez más alimañizada, a la que se asegura la satisfacción de ciertas necesidades vitales, con la añadidura de unos derechos de bragueta que la hagan infecunda y unas dulces morfinas —desde las series de Netflix a la eutanasia— que hagan más llevadero su tedio de vivir.

Para combatir el capitalismo sólo existen dos métodos: la negación de la propiedad privada, mediante la instauración del comunismo; o bien la distribución equitativa y lo más amplia posible de la propiedad. Curiosamente, el capitalismo rechaza el segundo modelo, haciendo creer a las masas cretinizadas que es inaplicable, y acaba siempre aliándose con el primero. ¿Por qué? Porque sabe que toda reforma de inspiración comunista acaba, a la postre, produciendo una sociedad en la que los propietarios continúan siendo pocos y en la que la masa prefiere una mínima seguridad económica a costa de la servidumbre. La distribución de la propiedad, en cambio, resulta inaceptable para el capitalismo; y sus defensores —los tradicionalistas— son sistemáticamente demonizados (quien lo probó lo sabe), tanto por los partidarios del capitalismo como por la izquierda caniche que supuestamente postula el comunismo y en realidad es la encargada de pastorear a los pueblos hacia los rediles del Estado servil.

Los tradicionalistas son, a juicio de Belloc, los reformadores más prácticos, pues —a diferencia de los comunistas— «trabajan con realidades conocidas que tienen por objetivo un régimen social cuyas características de estabilidad y bondad fueron puestas a prueba y comprobadas por la experiencia». Pero, paradójicamente, son también los menos prácticos en otro sentido, porque proponen la solución más difícil y contraria a las inercias que convienen al capitalismo. El tradicionalista le dice al enfermo que, para recuperar sus miembros atrofiados, ha de sacrificarse y ejecutar

disciplinadamente tales o cuales ejercicios; mientras que el comunista pone a disposición del enfermo una silla de ruedas. Además, el comunista se adapta completamente a la degenerada sociedad capitalista a la que se propone sustituir: trabaja con la misma maquinaria que el capitalismo; habla y piensa con los mismos términos que el capitalismo; cultiva y exacerba los mismos apetitos, ambiciones y resentimientos despertados por el capitalismo; y ridiculiza, calificándolas de 'quiméricas' o 'anticuadas', aquellas virtudes cristianas «cuya memoria mató el capitalismo en el alma de los hombres dondequiera llegó su flagelo».

Así, la aleación de capitalismo y comunismo logra el Estado servil, en el que una muchedumbre de desposeídos se congratula de su servidumbre (recompensada, sin embargo, con una paguita extra de derechos de bragueta y dulces morfinas que le alivien el tedio de vivir), y aplaude agradecida al demagogo que la subsidia. Así, las sociedades modernas acaban asimilando —citamos a Belloc— «aquel principio servil que fue su fundamento antes de la llegada de la fe cristiana, principio del cual esta fe la emancipó lentamente, y al cual vuelve naturalmente con la decadencia de ésta». Frente a la aleación de capitalistas y comunistas que se amalgama en el Estado servil avizorado por Belloc y hoy vigente, no existe otra alternativa que la solución que defiende el pensamiento tradicional, que es el que desde este rincón de papel y tinta sostenemos humildemente. Pero, como el personaje del romancero, «yo no digo mi canción / sino a quien conmigo va»; lo cual, inevitablemente, solivianta a los energúmenos que alimentan a sus secuaces con dicotomías burdas y maniqueas, para mantenerlos prisioneros en la caverna platónica.

ECONOMÍA BÁSICA

Un amable lector me reprocha mis diatribas contra el capitalismo y me pregunta si lo que preconizo es el «comunismo chavista». Para explicar la noción básica de mi visión económica podría citar a Chesterton; pero, puesto que mi amable lector no me ha entendido hasta ahora, deduzco que no tiene paciencia para captar las paradojas y primores del estilo chestertoniano. Así que he resuelto explicarlo citando a otro autor de escritura mucho más expeditiva, implacablemente lúcido en su análisis de los problemas económicos, aunque trágicamente equivocado en sus soluciones.

En el último capítulo del primer libro de *El Capital*, Karl Marx se refiere a un tal señor Peel, un industrial beneficiado por la adjudicación de terrenos que la Corona británica realizó, allá por 1830, para la colonización de Nueva Zelanda. El señor Peel organizó una flota, para trasladar desde Inglaterra hasta aquella lejana isla «medios de subsistencia y producción por un importe de cincuenta mil libras» (que imaginamos que en la época sería una cantidad astronómica), así como «tres mil personas pertenecientes a la clase obrera: hombres, mujeres y niños». Pero, ¿qué le ocurrió al señor Peel en cuanto desembarcó en Nueva Zelanda? Pues que aquellos tres mil obreros que se había llevado consigo desparecieron como por arte de ensalmo, hasta el extremo de quedarse «sin un sirviente que le hiciera la cama o le trajera agua del río». Imaginamos que esas familias obreras habrían firmado con el señor Peel un contrato laboral que no sería del todo rácano, pues nadie se embarca con destino a las antípodas a cambio de una limosna. Ocurrió, sin embargo, que aquellos asalariados, al desembarcar en Nueva Zelanda, descubrieron que allí había tierras vírgenes; y, al instante, decidieron que preferían mil veces las incertidumbres del propietario a las certezas del asalariado. Se hicieron campesinos, ganaderos, artesanos; o sea, emprendedores auténticos (pues nada se puede emprender sin propiedad), no como los que nuestra época jalea cínicamente.

De repente, el señor Peel descubrió que las leyes sobre las que se sustentaba el capitalismo, que en Inglaterra funcionaban como un mecanismo de relojería, resultaban por completo inservibles en Nueva Zelanda. Y es que el señor Peel, que previsoramente había transportado medios de subsistencia y de producción, así como trabajadores suficientes para explotar los terrenos que la Corona le había concedido, se había olvidado de «transportar» hasta Nueva Zelanda las relaciones de producción que hacen posible el capitalismo. Se había olvidado de acaparar todos los terrenos de Nueva Zelanda, o de tasarlos a un precio prohibitivo que impidiese o dificultase sobremanera el acceso a la propiedad. Se había olvidado de organizar una economía en las que todos los oficios resultasen inservibles, si no se resignaban a ser asalariados. Se había olvidado de llevar una real cédula que estableciese un marco económico idéntico al que regía en la metrópoli. ¡Se había olvidado, en fin, de llevar consigo a los policías encargados de garantizar el cumplimiento de esa real cédula! Y entonces Marx concluye de forma inapelable: «El modo de producción

capitalista presupone el aniquilamiento de la propiedad privada que se funda en el trabajo propio; esto es, en la expropiación del trabajador». Lo que es una verdad como un templo, la diga Marx o su porquero.

Cuando se repite que el capitalismo garantiza la «libertad económica» se miente bellacamente. La única libertad económica es la que se funda sobre el reparto de propiedad; y el capitalismo (sobre todo, en esta fase bulímica y revolucionaria de su globalización) se funda en la expropiación o —dicho más finamente— en la concentración de la propiedad en unas pocas manos. Y la única manera de recuperar libertad económica frente a este expolio consiste en volver a repartir paulatinamente la propiedad que ha sido concentrada (y en garantizar este reparto con leyes y policías): limitando la libertad de acción de los mercados financieros, recuperando un modelo que proteja y estimule la producción nacional, fomentando una economía de cercanías, favoreciendo los negocios nativos frente a la invasión transnacional (con su plaga de franquicias y sucursales), limitando el comercio electrónico, etcétera.

Cuanto más se reparta la propiedad, más libertad económica habrá; y esta libertad económica traerá inevitablemente más libertad política, pues a los hombres no los hace libres —como piensa el bobo contemporáneo— el voto, sino el sentido de pertenencia y arraigo, el compromiso y los vínculos fuertes. Y para eso, como nos enseñaba Saint-Exupéry, el hombre necesita que la rosa que cultiva sea suya.

CAPITALISMO Y DERECHOS DE BRAGUETA

DINERO Y LIBERTAD

En un pasaje particularmente luminoso de su obra, Leonardo Castellani vincula directamente la obsesión de la libertad propia de nuestra época con la hegemonía alcanzada por las fuerzas económicas descontroladas. Señala el gran escritor argentino que esta obsesión por la libertad habría logrado mantener a las masas enzarzadas como monos que se disputan en una jaula una damajuana de aguardiente, mientras el Dinero se dedicaba tan pichi a hacer de las suyas, actuando discrecionalmente, sin vigilancias ni cortapisas. Castellani, en definitiva, nos propone que toda esa olimpiada de derechos y libertades que saboreamos como si fuesen una golosina no serían sino cebos (¡y placebos!) que el Dinero nos arroja para mantenernos entretenidos, como se arrojan algarrobas a los puercos, mientras el Dinero se concentra y multiplica en unas pocas manos, mientras circula libremente con destino a paraísos fiscales, mientras asegura su intangibilidad (e impunidad) mediante entelequias jurídicas.

Se trata de una tesis extraordinariamente sugestiva. Si volvemos la vista atrás, descubriremos que la «espiritualización» del Dinero (esto es, el momento en que deja de ser un símbolo que representa el valor de los bienes, para convertirse en una niebla de las finanzas, desligada de los bienes que en principio representaba) coincide en el tiempo con el ocaso de la libertad como medio concreto para alcanzar un fin concreto y su sustitución por una libertad abstracta que es un fin en sí misma y enardece a las masas con ideales utópicos, enzarzándolas en una demogresca aturdidora y esterilizante. Las libertades antiguas estaban ligadas a los oficios de las gentes, a la tierra que les brindaba sustento, a la defensa de sus familias y sus formas de vida. La libertad abstracta llenó a las gentes la cabeza de ideas mentecatas y exaltantes que, a la vez que les impedían mantener los pies en el suelo (obligándolas a abandonar su oficio, su tierra y su familia), las ensoberbecían de tal modo que ya nunca volvieron a elevar la vista al cielo, pues su única religión a partir de entonces fueron los sucesivos reclamos que la libertad abstracta les suministraba. Y, mientras estas gentes que se habían quedado sin tierra, sin oficio y sin familia se entretenían, absortas en sus desdichados ideales utópicos, el Dinero se dedicó a completar el despojo, sabiendo que sus latrocinios pasarían inadvertidos; y, si en alguna ocasión tales latrocinios resultaban demasiado

ostentosos, el Dinero auspició nuevas declaraciones de derechos y libertades, o «amplió» las ya existentes, de tal manera que la golosina que garantizaba su hegemonía adquiriese una mayor variedad, hasta convertirse en una fastuosa tienda de chuches.

Y así el Dinero inventó una forma fantasmática de reproducción que le permitía multiplicarse exponencialmente, mediante birlibirloques bursátiles y sistemas bancarios de reserva fraccionaria. Con la particularidad de que, cada vez que ese Dinero fantasmático quería hacerse corpóreo, tenía que esquilmar los bienes reales, sangrando a las pobres gentes que ni siquiera se percataban del latrocinio, porque seguían en su jaula, disputando como monos. El Dinero inventó también el abuso de la persona jurídica y el principio de responsabilidad limitada, que quebraba los conceptos tradicionales de propiedad y sociedad, ligados indisolublemente a la responsabilidad personal de sus titulares, para propiciar la conversión de la propiedad en un ente con vida propia que, mientras crece, reparte beneficios, pero que cuando se declara en quiebra deja a salvo el patrimonio de sus titulares. El Dinero, en fin, inventó la libertad de circulación de capitales, que le permitía —a la vez que daba cínicamente lecciones de patriotismo a los monos de la jaula— abandonar como una rata el barco que se hundía, escapar a la vigilancia del fisco, emboscarse detrás de testaferros, crear sociedades *off shore* en paraísos fiscales, fundirse en una niebla de las finanzas indiscernible.

Y todo ello mientras los monos en la jaula pedían chillones que les diesen más libertad de expresión, o más derechos de bragueta. Y el Dinero, del mismo modo que en otro tiempo les dio periódicos (que él mismo financiaba) y aborto a granel (que le permitía pagar sueldos miserables, pues a menor descendencia menos ímpetu en la lucha por un sueldo digno), hoy les da Twitter y cambio de sexo (¡o de género!), para que se desfoguen en la cochiquera virtual (que el Dinero ha aderezado muy lindamente, como quien adereza un jardín de infancia) y se refocilen sin peligro de multiplicación. Porque la única multiplicación que el Dinero ve con buenos ojos es la propia; a los monos siempre les quedará el consuelo de emborracharse de libertad.

TRABAJO Y BRAGUETA

La exaltación creciente de los derechos de bragueta discurre paralela al

agostamiento de los derechos derivados del trabajo. Es un hecho palmario que cualquier persona que no esté obturada por la contaminación ideológica puede comprobar fácilmente. Hasta me atrevería a decir que podrían elaborarse cuadros sinópticos en los que se comprobara cómo cada agresión a los derechos laborales se ha compensado con una alegría de bragueta. Desde luego, podría elaborarse en el caso español: el divorcio se legalizó en la misma época en la que se amparaba el despido libre; el aborto se permitió a la vez que se acometía el desmantelamiento de nuestra industria; el matrimonio homosexual se reconoció a la vez que se introducían «reformas laborales» que convertían al trabajador en un trapo de usar y tirar; y, en fin, los postulados transgénero se están imponiendo a la vez que se instaura la sarcásticamente llamada «economía colaborativa» y el cínicamente denominado «emprendimiento», que convierten al trabajador en un zascandil que tiene que buscarse la vida de las formas más indecorosas y mendicantes.

Pero nadie se atreve a señalar este hecho palmario. Ocurre así, por ejemplo, con cierto catolicismo *pompier*, que a la vez que defiende hasta desgañitarse la familia y la vida calla ante los desafueros del capitalismo. Y tampoco los marxistas a la violeta tienen el valor de afrontar esta realidad, pues son rehenes de las políticas de identidad (feminismos, homosexualismos, etcétera) que la plutocracia impulsó en los años setenta para desbaratar la solidaridad obrera; y ahora, después de haber traicionado a los trabajadores, claman contra los abusos del capitalismo de forma aspaventera y farisaica, a la vez que maman de la teta de Soros y sus mariachis. Hubo, desde luego, espíritus perspicaces que desde la izquierda avizoraron esta taimada estrategia; ahí está, por ejemplo, Pasolini, que en una fecha tan temprana como 1972 denunciaba que la revolución neocapitalista estaba disfrazándose de «opositora», para que los ilusos izquierdistas se apuntasen a su causa y promovieran la revolución antropológica que le interesaba. Pero nadie hizo entonces caso a Pasolini y otros profetas; pues la izquierda había descubierto que la «oposición» que reclama derechos de bragueta mama de la teta y puede hacer postureo cosmético, mientras que la izquierda que reclama mejoras laborales resulta rancia y no se come un colín.

Y, sin embargo, es una evidencia incontestable que la erosión de los derechos del trabajo ha discurrido paralela a la exaltación de los derechos

de bragueta. Y es que toda revolución económica necesita destruir el orden social que obstaculiza su crecimiento. Lo expuso de forma descarnada Walter Lippmann (promotor en 1938 de un célebre coloquio que muchos consideran el origen intelectual de la revolución neocapitalista) en su obra *The Good Society*: «Se ha producido una revolución en el modo de producción. Pero esta revolución tiene lugar en hombres que han heredado un género de vida enteramente distinto. Así que el reajuste necesario debe extenderse a todo el orden social por entero. […] Debido a la naturaleza de las cosas, una economía dinámica debe alojarse necesariamente en un orden social progresista. […] Los verdaderos problemas de las sociedades modernas se plantean sobre todo allí donde el orden social no es compatible con las necesidades de la división del trabajo. Una revisión de los problemas actuales no sería más que un catálogo de tales incompatibilidades. El catálogo empezaría por lo heredado, enumeraría todas las costumbres, las leyes, las instituciones y las políticas y sólo se completaría después de haber tratado la noción que tiene el hombre de su destino en la Tierra y sus ideas acerca de su alma. Porque todo conflicto entre la herencia social y la forma en que los hombres deben ganarse la vida acarrea necesariamente un desorden».

Lippmann advirtió en fecha muy temprana que la revolución neocapitalista no podría triunfar mientras no se instaurasen géneros de vida acordes con su modelo económico, hasta que no hubiese un «reajuste» en el orden social. Esa revolución antropológica, necesaria para la expansión del capitalismo, exige destruir vínculos familiares, establecer la competencia entre los sexos y fomentar el antinatalismo; exactamente lo que los derechos de bragueta han conseguido. Quienes se desgañitan a favor de la familia y exaltan el capitalismo, como quienes claman contra el capitalismo mientras exaltan los derechos de bragueta, son impostores al servicio del mismo amo.

DESUBLIMACIÓN REPRESIVA

Con este término un poco abstruso, Herbert Marcuse designaba un proceso específico a través del cual las nuevas formas de tiranía, disfrazadas de democracia, consolidan su dominación sobre las masas, de manera mucho más eficiente que cualquier forma pretérita de absolutismo, y sin necesidad de recurrir al terror, contando incluso con el beneplácito gustoso de los

sometidos. Mediante esta «desublimación represiva» se logra, en definitiva, aquel nuevo totalitarismo anticipado por Aldous Huxley, en el que los «amos del mundo» ya pueden colmar plenamente sus anhelos de poder sin cachiporras ni cárceles, logrando que «la gente ame su servidumbre».

Marcuse se refiere a esta «desublimación represiva» en varias de sus obras. Su objetivo es crear una sociedad de hombres que abandonan los ideales y aspiraciones que los hacen fuertes para conformarse con la satisfacción de unas necesidades condicionadas o inducidas por los intereses de la élite dominante. Así, el hombre queda despojado de toda personalidad, hasta convertirse en un ser «unidimensional», que abreva los entretenimientos y recompensas que esa élite le brinda, entre los que el consumo bulímico y una dependencia tecnológica cada vez más absorbente ocupan un lugar privilegiado. Marcuse consideraba que la sociedad tecnológica reforzaba la dominación de las masas; y que lograba debilitar la «energía erótica» del hombre (que para Marcuse es la fuente de la actividad artística y cultural), a la vez que volvía su sexualidad más intensa y tiránica. A esta «liberación de la sexualidad en modos y formas que reducen la energía erótica» es a lo que Marcuse llamaba «desublimación represiva»: cuanto mayor es la liberación de la sexualidad que logran los hombres, más pálida y desfalleciente se torna su capacidad de protesta, más abyecta su sumisión al poder. Por supuesto, el planteamiento de Marcuse bebe de turbias aguas freudianas, y sus conclusiones son en parte discutibles; pero su concepto de «desublimación represiva» es de una vigencia que asusta. Pues aquella «liberación de la sexualidad» que denunciaba Marcuse no había alcanzado todavía cuando escribió sus libros el grado de sofisticación anestesiante de nuestra época.

Nunca, en efecto, como en nuestra época se había logrado imponer de forma más eficaz esta «desublimación represiva». A ello han contribuido la infestación pornográfica favorecida por las nuevas tecnologías, la proliferación de los derechos de bragueta y el florecimiento de un batiburrillo de ideologías «identitarias» (feminismos, homosexualismos, ideologías de género, etcétera) que han desactivado por completo la vieja «lucha de clases», atomizándola en un enjambre de egoístas luchas sectoriales, a la vez que han destruido por completo los «cuerpos intermedios» (empezando, por supuesto, por la familia), dejando a las personas más solas y desvinculadas que nunca, absortas en la exaltación de

su sexualidad polimorfa. Así, en esta nueva fase de la «desublimación represiva», ya no queda energía para cambiar las estructuras opresoras (que, además, ni siquiera son percibidas como tales), ya no quedan fuerzas ni cohesión social para reclamar mejores condiciones laborales, formas de vida más enaltecedoras o instituciones políticas menos corruptas. Porque toda esa energía ha sido encauzada muy inteligentemente hacia una liberación de la sexualidad que nos tiene gratamente satisfechos, mientras nos masturbamos ante la pantalla del ordenador, mientras cambiamos de pareja o de sexo, mientras combinamos sexos y parejas, mientras abortamos como quien se quita una verruga, mientras indagamos nuestras copiosas y cambiantes identidades de género. Y como, además, todas estas nuevas formas de «desublimación represiva» evitan o dificultan la procreación, la tornan enojosa o indeseable (o, por el contrario, codiciosa y exclusiva, como una modalidad más de consumo), ni siquiera tenemos que preocuparnos por dejar a nuestros hijos un mundo mejor, ni siquiera tenemos que preocuparnos por reclamar mejores condiciones laborales, formas de vida más enaltecedoras o instituciones políticas menos corruptas. Nunca la gente había amado tanto su servidumbre.

Así podemos dedicar todas nuestras (exhaustas) energías a reclamar más derechos de bragueta, penes y vulvas de repuesto, penevulvas y vulvapenes reversibles, hasta quedarnos sin luchas, sin clases, sin padres, sin hijos, sin raíces, sin historia, prisioneros de nuestra bragueta, alfeñiques inocuos en manos de marionetistas que nos miran benévolos, y se carcajean.

LA IZQUIERDA CANICHE

Los negociados de derechas e izquierdas se reparten los papeles, en su apoyo conjunto a la revolución del capitalismo global que destruye a los pueblos. Mientras la derecha apoya orgullosa esta destrucción (metiendo miedo a sus adeptos con el regreso de un comunismo antañón), la izquierda apacienta a los trabajadores hacia el redil de la rendición, convertida en el perro caniche de la plutocracia. Y es que, como nos enseña Pier Paolo Pasolini, «el neocapitalismo se presenta taimadamente en compañía de las fuerzas del mundo que van hacia la izquierda».

Para desactivar la protesta de los trabajadores, la izquierda caniche se sirve de los mismos métodos que el Estado empleaba en *Un mundo feliz*, la distopía de Aldous Huxley: la libertad sexual y el reparto de «soma». «En la

medida en que la libertad política y económica disminuyen —escribe Huxley—, la libertad sexual tiende a aumentar». Así se explica que la izquierda caniche ponga tanto empeño en las «políticas de identidad» financiadas por la plutocracia, que desactivan por completo la vieja «lucha de clases», atomizándola en un enjambre de egoístas luchas sectoriales que dejan al trabajador más solo y desvinculado que nunca, absorto en el desciframiento de su sexualidad polimorfa. Pero la izquierda caniche no se conforma con desactivar la protesta de los trabajadores; necesita también asegurarse de que no se reactive. Y así se declara también partidaria del reparto de «soma»; o sea, de la legalización de las drogas.

Resulta, en verdad, lastimoso que la izquierda, que empezó denunciando la «alienación» del trabajador en la sociedad capitalista, haya acabado reivindicando «el consumo de marihuana con fines recreativos». Resulta, en verdad, patético que una ideología que execró la religión, tildándola de «opio del pueblo», postule ahora que el pueblo se drogue, para habitar pasajeramente realidades menos crudas. Pero, ¿no era la religión una salida mágica que impedía al trabajador tomar conciencia de su situación oprobiosa? ¿Es que fumar porros, en cambio, lo ayuda a recuperar esa conciencia? Que la izquierda, después de haber combatido la religión, promueva la legalización de la marihuana tiene muchísima miga. En primer lugar, nos vuelve a confirmar que, cuando alguien deja de creer en Dios, puede empezar a creer en cualquier paparrucha. Pero también nos muestra que la droga ejerce de modo indubitable los efectos adormecedores que la izquierda atribuía falsamente a la religión. En la novela de Huxley, de hecho, se presenta el «soma» con el que el Estado embrutece a los trabajadores como una sustancia que «tiene todas las ventajas de la religión, sin ninguno de sus efectos secundarios»; de ahí que, para controlar las emociones de los trabajadores alienados y mantenerlos contentos, el Estado se encargue directamente de su reparto.

Esto mismo pretende hacer la izquierda traidora con la marihuana. Para defender su legalización, utiliza las consignas más burdamente mercantilistas, asegurando que así se proporcionarán «ingentes beneficios» al Estado. Naturalmente, todas estas pamplinas delicuescentes no hacen sino ocultar la connivencia de la izquierda con la plutocracia, que necesita trabajadores dóciles y manipulables que, a la vez que se empobrecen y aceptan condiciones de trabajo cada vez más oprobiosas, encuentren

consuelos vicarios y paraísos artificiales. Así se explica, por ejemplo, que el plutócrata y especulador globalista George Soros esté impulsando la legalización de la marihuana, con la disculpa propagandista de acabar con las mafias del narcotráfico (que tal vez encubra su propósito de sustituirlas en posición monopolística). Pero este plutócrata protervo, como otros de su cuerda, anhela crear sociedades pasivas y devastadas por el hedonismo que acepten lo mismo la destrucción de su identidad que los más clamorosos abusos laborales; pues su fin último no es otro sino asegurar el acopio de mano de obra barata y mansurrona. Y para lograr culminar sus desmanes, necesita tanto las avalanchas migratorias como la legalización de la marihuana. En lo que demuestra actuar con irreprochable (aunque maligna) lógica.

La estrategia de la plutocracia, en su desactivación de la resistencia de los pueblos, es cristalina: primero les ofrece un supermercado de identidades de bragueta, para que abandonen la lucha por la dignidad de su trabajo; luego los adormece y convierte en guiñapos con el reparto de «soma». Mucho más turbia y abyecta es la posición de cierta izquierda, convertida en un perro caniche de la plutocracia.

ORGULLO NEOCAPITALISTA

Frente a los ilusos izquierdistas de su época, Pier Paolo Pasolini tuvo la perspicacia de advertir que la única fuerza auténticamente revolucionaria —devastadoramente revolucionaria— era el capitalismo; y profetizó que esa fuerza utilizaría las reivindicaciones de los ilusos izquierdistas como motor de su triunfo. «El capitalismo —escribió el genial cineasta y escritor italiano— es hoy el protagonista de una gran revolución interna: se está convirtiendo, revolucionariamente, en neocapitalismo. La revolución neocapitalista se presenta taimadamente como opositora, en compañía de las fuerzas del mundo que van hacia la izquierda. En cierto modo, él mismo va hacia la izquierda. Y yendo (a su modo) hacia la izquierda tiende a englobar todo lo que marcha hacia la izquierda». Esta gran intuición de Pasolini lo llevaría a afirmar, allá por 1972, que la llamada «libertad sexual» no era, en realidad, sino una vil argucia capitalista que, concediendo «una tan amplia como falsa tolerancia», somete aún más y de una manera más vil a los seres humanos, lucrándose con lo que disfraza de transgresión sexual.

Tras advertir que el neocapitalismo estaba asimilando e instrumentalizando las ideas que los ilusos izquierdistas seguían jaleando, Pasolini realizó la brutal y estremecedora *Salò*, que no es solamente —como sus comentaristas más lerdos pretenden— una condena del fascismo, sino sobre todo una crítica del capitalismo que se lucra con el discurso de la libertad sexual. El marxista Pasolini fue entonces tildado de «reaccionario» por los ilusos marxistas que seguían predicando la libertad sexual, sin percatarse de que era el nuevo instrumento alienante utilizado por el neocapitalismo revolucionario. Y hoy el homosexual Pasolini habría sido tildado con idéntica virulencia de «homófobo» por los orgullosos promotores del homosexualismo.

Que el homosexualismo se ha convertido en el instrumento más eficaz de la gran revolución neocapitalista es una evidencia clamorosa. Si hay una batalla que el neocapitalismo libre con denuedo es la batalla antinatalista. La automatización de los procesos de producción favorecida por el desarrollo tecnológico necesita disminuir de forma drástica la mano de obra. Y la revolución neocapitalista sabe bien que sólo podrá llevar a cabo sus designios suministrando derechos de bragueta a granel; pues una sociedad infecunda, aparte de favorecer la disminución de mano de obra, es una sociedad ensimismada en el consumo. O sea, la sociedad soñada por la revolución neocapitalista.

Pretender presentar la fiesta del Orgullo Gay como una fiesta «reivindicativa» es graciosísimo. ¿Alguien ha oído hablar de algún acto auténticamente subversivo que sea celebrado lo mismo por las izquierdas que por las derechas, lo mismo por las grandes corporaciones que por la prensa sistémica? ¿Alguien concibe un acto de auténtica rebeldía social que sea sufragado igualmente por empresas privadas y poderes públicos? ¿Alguien puede imaginar una fiesta auténticamente contestataria en la que desfilen carrozas patrocinadas por marcas comerciales? ¿Se imaginan una manifestación de trabajadores en paro con carrozas patrocinadas? El Orgullo Gay es la orgía exultante y avasalladora de un neocapitalismo que celebra su éxito arrollador; pues, a la vez que ha conseguido instaurar su modelo social anhelado, ha logrado hacerlo presentándose taimadamente como fuerza opositora. El Orgullo Gay nos confirma que aquella revolución neocapitalista avizorada por Pasolini se ha consumado.

Confundir el Orgullo Gay con un acto reivindicativo es tan surrealista,

en fin, como confundir *Wonder Woman* con una película de Pasolini.

FEMINISMO LIBERAL

Me ha regocijado mucho la polvareda de discusiones memas que se ha suscitado en torno al concepto de «feminismo liberal». En medio de mil argumentaciones ineptas he escuchado, incluso, a un ministro afirmar que tal expresión constituye «un oxímoron». ¡Aquí se perciben los efectos estragadores de una formación deficiente, ayuna por igual de doctrina política y de preceptiva literaria! Pues la expresión «feminismo liberal» no es un oxímoron, sino un pleonasmo como un castillo.

El liberalismo, despojado de farfollas retóricas, no es otra cosa sino exaltación del individualismo y la autodeterminación; promesa de emancipación de todas las cadenas que a la postre se plasma en la ruptura de los vínculos comunitarios que nutren y arraigan a los seres humanos (incluido el vínculo original que los une con su Creador). Esta autodeterminación que nos propone ser dueños de nuestra biografía, construyéndola a nuestro gusto, sin sometimiento a otra ley que no sea la de nuestra voluntad es, en realidad, el alma del liberalismo; y encuentra su plasmación fetén en todas las ideologías de la identidad que engatusan a sus adeptos con una promesa de endiosamiento (o, como se dice ahora, «empoderamiento»), para uncirlos más fácilmente al yugo. Y es que el mal, cuando es sofisticado y protervo (o sea, el mal propiamente dicho) necesita ofrecer a quienes anhela destruir una golosina que los contente, como a Fausto le ofreció la eterna juventud.

Nos enseñaba Castellani que la libertad preconizada por el liberalismo no tenía otro fin sino «servir maravillosamente a las fuerzas económicas que en aquel tiempo se desataron». Y es que, en efecto, el capitalismo necesitaba para prosperar que la institución familiar se sometiese a la organización económica; necesitaba que los trabajadores tuviesen cada vez menos hijos, para que los salarios descendiesen hasta un nivel mínimo de subsistencia (según preconiza la «ley de bronce de los salarios» de David Ricardo) y su imposición no se tropezase con resistencias (pues lo que hacía fuertes a los trabajadores era la cohesión familiar y el sostenimiento de su prole). Así Jean-Baptiste Say, en su *Tratado de economía política,* afirmará que el trabajador idóneo es el soltero, puesto que no necesita mantener una familia; y que el sistema capitalista no logrará triunfar hasta que no se

consiga que una mayoría de trabajadores reduzcan al máximo su prole. En este combate contra la institución familiar, que siempre el liberalismo disfrazó de batalla a favor de la «libertad individual», el feminismo iba a convertirse pronto en instrumento eficacísimo. Quien primero lo expondrá descarnadamente es John Stuart Mill, que como otros liberales maltusianos (¡otro pleonasmo!) quería que la población trabajadora aceptase una «restricción voluntaria del incremento de su número» (y, por lo tanto, una restricción de sus salarios). Así lo expone en su *Autobiografía*, donde —después de proclamar su vergüenza por proceder de una familia numerosa—, añade que los principios maltusianos «eran entre nosotros [los adalides del liberalismo] una bandera y un punto de unión». Y para lograr imponer los «principios maltusianos», para alcanzar esa «restricción voluntaria» de la población, Stuart Mill entendió astutamente que convenía enviscar a la mujer contra el hombre, avivando en ella la conciencia de agravio y exaltando su vocación profesional en detrimento de su vocación de maternidad. Con este propósito escribió su célebre ensayo *La esclavitud de la mujer*, que postula el «desarrollo individual» femenino como mejor vía para fomentar el «enriquecimiento de la sociedad» y el «progreso». O sea, el capitalismo.

De ahí que, entre la polvareda de discusiones memas suscitada en torno al pleonasmo «feminismo liberal», la hilaridad mayor nos la hayan provocado quienes afirman que mediante el feminismo se combate el capitalismo.

HETEROPATRIARCADO

No hay reivindicación, proclama o arenga feminista que no incluya una condena del «heteropatriarcado», concepto con el que se designa un supuesto sistema sociopolítico en el que el hombre heterosexual ejerce un dominio tiránico sobre la mujer. Por supuesto, heteropatriarcado y capitalismo mantendrían una relación de simbiosis que los consolida mutuamente.

Todo esto es un completo dislate. Hace ya casi un siglo, Chesterton nos advertía que el capitalismo había «destruido hogares y alentado divorcios», había «provocado la lucha y competencia de los sexos» y «anulado la influencia de los padres», había acabado con las «viejas virtudes domésticas» y entronizado «una religión erótica que, a la vez que exalta la

lujuria, prohíbe la fecundidad». Y todos estos destrozos antropológicos que Chesterton detectaba hace casi un siglo no han hecho desde entonces sino agigantarse; pues —como señala Walter Lippmann—, la revolución capitalista necesita para imponerse un «reajuste necesario en el género de vida» que cambie «las costumbres, las leyes, las instituciones y las políticas», hasta llegar incluso a transformar «la noción que tiene el hombre de su destino en la Tierra y sus ideas acerca de su alma».

A nadie interesa más la demolición de lo que el feminismo denomina «heteropatriarcado» que al capitalismo. A su promoción del antinatalismo, el aborto y la anticoncepción, el capitalismo suma una exaltada defensa de la libertad individual, la emancipación y la «realización» personal, que no son sino subterfugios para dinamitar la institución familiar y sembrar la discordia entre hombres y mujeres. Y, además, fomenta una liberación sexual bulímica, mediante la infestación pornográfica y la proliferación de un batiburrillo de derechos de bragueta y «políticas de la diferencia» que han dejado a las personas más solas que nunca, absortas en la exaltación de su sexualidad polimorfa. Así hasta alcanzar una «flexibilidad» que nos incita a cambiar cada semana de pareja, de sexo, de orientación sexual, de identidad de género y de canal de porno, en una constante experimentación que somete nuestra sexualidad —maleable, moldeable, difusa y lábil— a la lógica de la ruleta, a la vez que nos incapacita para las relaciones duraderas y para la entrega generosa que exige la formación de una familia.

A este estropicio antropológico se suma una precariedad económica creciente (la «flexibilidad sexual» es siempre la vaselina que facilita la «flexibilidad laboral») que acaba haciendo imposible todo vínculo estable, todo proyecto de vida en común, todo compromiso duradero. El hombre patriarcal del imaginario feminista ha sido sustituido por divorciados que se alimentan con *pizzas* recalentadas en el microondas, por pajilleros compulsivos que se disfrazan de planchabragas para que sus amigas les perdonen la vida y les pasen la mano por el lomo, por mozos viejos adictos a Tinder (y a Grindr) que se pulen la jubilación de sus padres jugando en casinos virtuales, por botarates tatuados que reparten las horas entre las drogas de diseño, el gimnasio y las series de Netflix y abominan de las responsabilidades familiares. Este es el patético panorama de la masculinidad en esta fase de capitalismo bulímico; y este es el caldo de cultivo donde se incuba el huevo de la serpiente: porque todos estos

hombres/piltrafa que se fingen tolerantes, comprensivos y feministas son en realidad sacos de pus a punto de reventar, un tsunami de resentimiento y violencia que no tardará en desbordarse.

Entretanto, el feminismo combate el fantasma del «heteropatriarcado». Así le hace el juego al capitalismo que dice combatir.

REVOLUCIONES DE FALSA BANDERA

Tenía yo entendido (así me lo enseñaron en la escuela) que las revoluciones las impulsaban desde abajo los humillados y ofendidos, alzados contra gobernantes y plutócratas voraces que los explotaban y oprimían. Lo que en la escuela no me enseñaron es que luego, misteriosamente, todas las revoluciones acababan degenerando en regímenes dictatoriales o incluso totalitarios (por supuesto, tampoco me explicaron en la escuela la diferencia entre una dictadura y un régimen totalitario, tal vez porque no hay régimen más totalitario que la democracia, cuando deja de ser forma de gobierno para convertirse en religión antropoteísta, como ocurre hoy ante nuestros ojos). Y que tales regímenes, controlados por las élites revolucionarias, acababan usando de mayor despotismo que los gobernantes y plutócratas voraces derrocados.

Pero ya se sabe que las escuelas son instrumentos de control social a través de los cuales se moldea la conciencia de las nuevas generaciones, para convertirlas en jenízaros al servicio del pensamiento hegemónico. Conformémonos, sin embargo, con el concepto de revolución que nos transmitieron en la escuela. Aceptemos que una revolución es un conflicto que se desata cuando las masas, descontentas ante calamidades sociales notorias e intolerables, se alzan contra las élites que ocupan el poder, forzando su desalojo. Sé que es una definición *naïve* que ninguna persona con juicio crítico puede tragarse sin sonrojo; pero nuestra época ha alimentado a las gentes con una alfalfa que aniquila el juicio crítico. Asumamos esta definición y tratemos de aplicarla a las revoluciones de nuestra época. Comprobaremos enseguida que no funciona.

Tomemos cualquiera de las revoluciones globales en boga, por ejemplo la llamada ‘revolución feminista’. Si nos ceñimos a su versión autóctona, descubriremos, por ejemplo, que la huelga feminista del pasado mes de marzo fue apoyada, entre otras personalidades, por… (¡oh, sorpresa!) la reina Letizia y Ana Patricia Botín. También, por cierto, por todos los líderes

y lideresas de opinión con púlpito mediático y sueldo fastuoso. ¡Qué revolución tan rarita, córcholis! Vuelvo la vista atrás y no encuentro ninguna revolución popular que fuese apoyada por reyes, banqueros y millonetis. Por el contrario, descubro que tales personajes emplearon todos los medios a su alcance (y eran medios crudelísimos) para reprimirlas; descubro que no tuvieron empacho en solicitar la intervención del ejército, en divulgar las intoxicaciones más atroces sobre sus cabecillas y en enviarlos al cadalso. Exactamente lo contrario ocurre en estas revoluciones hodiernas, que más bien parecen una operación sistémica concertada por los poderosos de la tierra, en connivencia con toda la prensa sistémica del mundo mundial. Porque, si uno prueba a estudiar los apoyos que estas revoluciones poseen «a nivel global»… Resulta que uno se tropieza con los siguientes apellidos: Soros, Obama, Gates, Hilton, Rockefeller… ¡Pero si son apellidos de gobernantes y plutócratas! ¿No eran estos, exactamente estos, los opresores y explotadores contra los que se levantaban los humillados y ofendidos? ¿Mediante qué lindo birlibirloque han amanecido convertidos en revolucionarios? ¿Desde cuándo las revoluciones son auspiciadas, patrocinadas y aplaudidas por las élites del poder mundial y los gerifaltes del turbocapitalismo?

Y, volviendo la vista atrás, descubro que todas las revoluciones últimas obedecen al mismo esquema. Me acuerdo entonces de una reflexión sobrecogedora que Aldous Huxley desliza en el prólogo de *Un mundo feliz*: «En la medida en que la libertad política y económica disminuyen, la libertad sexual tiende a aumentar. Y el tirano hará bien en alentar esa libertad. En colaboración con la libertad de soñar despiertos bajo la influencia de los narcóticos, del cine y de la radio, la libertad sexual ayudará a reconciliar a sus súbditos con la servidumbre, que es su destino».

Y entonces, por fin, entiendo por qué las élites del poder mundial y los gerifaltes del turbocapitalismo promueven estas revoluciones de falsa bandera.

IZQUIERDA Y GÉNERO

Toda esta demencia de género que ha estallado, al socaire de los abusos sexuales de Weinstein, con sus cazas de brujas, sus furores censorios y sus «portavozas» chillonas (tantas y tan chillonas que ya son «portavocerío»), habría hecho las delicias de Ernesto Laclau. Consideraba Laclau que la

izquierda, si deseaba alcanzar la hegemonía política, debía arrumbar en el desván de las reliquias todo intento de democracia consensual; y, en su lugar, debía suscitar «antagonismos» en la población, sirviéndose de los movimientos y minorías emergentes. Entre tales movimientos, Laclau se refería al feminismo, en el que descubría un inmenso potencial revolucionario, si se sabía azuzar su resentimiento contra las «estructuras de opresión patriarcal». Laclau quería enervar los problemas sociales para luego sacarles rédito político; pues consideraba que sólo desde una sociedad conflictiva, erizada de «antagonismos», se podría construir una hegemonía de izquierdas. Toda la demencia de género que en estas fechas respiramos reproduce fidelísimamente el modelo de acción política diseñado por Laclau.

Otro marxista más ortodoxo, el historiador Eric Hobsbawn, se declaró en cambio abiertamente contrario a este modelo. Primeramente, Hobsbawn señalaba sin ambages que, detrás de estos movimientos, hallábamos siempre la búsqueda de ventajas egoístas, «por ejemplo, discriminación positiva, cuotas en puestos de trabajo, etcétera». Y para cuantificar mejor las ventajas egoístas que busca la ideología de género sería interesante conocer, por ejemplo, las cantidades pecuniarias, procedentes tanto de los presupuestos generales del Estado como de los fondos europeos, que se destinan a combatir las «estructuras de opresión patriarcal». A juicio de Hobsbawn, estos movimientos ávidos de ventajas egoístas terminarían debilitando a los partidos de izquierda y dando alas a sus contrincantes. Y advertía que la izquierda sólo ha logrado conquistar el poder cuando se ha movido por causas universales; y que, cada vez que se ha movido para representar los intereses de grupos de presión o movimientos sectoriales, «perdió la capacidad de ser el centro potencial de una movilización general y popular». Así ocurrió, por ejemplo, cuando Margaret Thatcher supo aprovecharse de las reivindicaciones identitarias de diversos movimientos apacentados por la izquierda «para convertir al tradicional Partido Conservador de «toda una nación» en una fuerza capaz de librar una lucha de clases militante». A juicio de Hobsbawn, las políticas de identidad que había asumido la izquierda «no sólo aislaron a la clase trabajadora, sino que la dividieron», logrando que muchos trabajadores terminasen votando a Thatcher, que por supuesto desde el poder subvencionó opíparamente estos movimientos; pues, lejos de favorecer el ascenso de la izquierda, la

debilitaban y atomizaban.

¿Tendrá razón Laclau o Hobsbawn? Sospecho que toda esta demencia de género, con sus cazas de brujas, sus furores censorios y su portavocerío aturdidor, repercutirá contra la izquierda. El odio al macho le granjeará la animadversión de una mayoría de hombres; y también la desafección de muchas feministas ecuánimes, que no soportarán verse mezcladas con burdas aprovechateguis. Como advertía Hobsbawn, «los grupos de identidad sólo tratan de sí mismos y para sí mismos, y nadie más entra en el juego. Sin coacción exterior, en condiciones normales, esta política nunca moviliza más que a una minoría, incluso dentro del grupo al que se dirige». Aunque la coacción exterior de lo políticamente correcto propicie por el momento el silencio de los corderos, la izquierda está firmando su acta de defunción.

CONSERVADORES Y GÉNERO

Nos enseñaba Chesterton que todo el mundo moderno se ha dividido en progresistas y conservadores: mientras los progresistas se dedican a cometer errores, los conservadores se dedican a impedir que los errores sean corregidos. El otro día tuve ocasión de comprobar esta verdad aplastante y perturbadora viendo en la televisión una entrevista a una política pepera de cuyo nombre no puedo acordarme, encargada al parecer por su partido de negociar las condiciones de su acceso al poder en Andalucía. La política pepera no hacía otra cosa sino repetir como un lorito que su partido abogaba por «despolitizar la violencia de género», sin advertir que su expresión sonaba tan ridícula (tan demente) como abogar por «desteologizar la unión hipostática». Pues la expresión «violencia de género» es en sí misma un concepto ideológico, según el cual la violencia masculina es producto de un rol «construido» por la sociedad «judeocristiana» y «heteropatriarcal»; y que los hombres sólo dejarán de ser violentos cuando sean «reeducados» desde la escuela.

Los conservadores, en efecto, se dedican a impedir que los errores sean corregidos. Pretenden grotescamente moderarlos, restringirlos, encauzarlos, pero han perdido el coraje para combatirlos; o, dicho con mayor exactitud, ya ni siquiera pueden percibirlos, pues el conservador, como señalaba Ambrose Bierce, está en el fondo «enamorado de los males existentes» y desea mantenerlos incólumes e incorruptos, para que luego el progresista

los encuentre igual que estaban y pueda seguir alegremente su labor destructiva en el punto exacto en el que la dejó. A los conservadores les ocurre como a ese guía atolondrado que, al toparse de noche con un precipicio, propone a los viajeros quedarse todos quietos al borde del precipicio, a la espera de que alguien construya un puente, a la vez que los disuade de retroceder y elegir otro camino que sortee el precipicio, pues no quiere que lo llamen «retrógrado» o «reaccionario». Este inmovilismo típicamente conservador, a la vez dimisionario y fatalista, es lo que se compendia en la grotesca expresión «despolitizar la violencia de género». A la postre, esta aceptación desfondada de las premisas del enemigo transmite una repugnante impresión de acabamiento, desnorte y falta de fibra moral. Y es que la aceptación del error siempre degenera en lo que Chesterton llamaba «la herejía del precedente»: puesto que nos hemos metido en un lío, tenemos que meternos en otro mayor para adaptarnos; puesto que hemos perdido el camino, debemos también perder el mapa.

Todo este fatalismo inane y entreguista es el peaje que los conservadores pagan por disfrutar de los frutos opíparos del «consenso» y alcanzar pasajeramente el poder. Pero los conservadores nunca calculan que su actitud fatalista acaba generando un rechazo visceral entre sus propios seguidores, que tal vez estén dispuestos a perdonarles sus errores, pero no la desesperación que los empuja a «conservar» los errores progresistas (despolitizando el género, por ejemplo), por considerarlos irremediables o irrevocables. Llega un momento en que los errores progresistas que los conservadores no remedian ni revocan conducen a la gente hasta el precipicio; y, cuando la gente se cansa de esperar que les construyan un puente, se revuelve contra quienes los mantienen al pie del precipicio. La gente está dispuesta a aguantar muchas ofensas; pero no aguanta la ofensa final de que se le diga que nada se puede hacer, que ni siquiera tiene sentido intentar hacer algo, que es lo que los conservadores nos dicen cuando asumen con fatalismo que hay que «despolitizar la violencia de género».

TODOS, TODAS Y TODES

Nuestra derechita fofa se lo ha pasado pipa mandándose por guasá el vídeo en el que Irene Montero dice «todos, todas y todes». Nuestra derechita fofa piensa que Irene Montero es una choni analfabeta a la que el macho alfa puso un casoplón y un ministerio; y, viéndola pegar patadas al diccionario,

se regocija paulovianamente. Pero lo cierto es que Irene Montero es más lista que el hambre y una mujer con una hoja de ruta que desea imponer a la sociedad, sin importarle las risitas coyunturales de la derechita fofa (que pronto se helarán en sus labios).

Irene Montero sabe que, para instaurar la revolución antropológica a la que sirve, necesita cambiar las almas. ¿Por qué utiliza Irene Montero ese desquiciado lenguaje inclusivo, metiendo además en el guiso un género neutro inventado? Por la misma razón que el Gran Hermano introduce la «neolengua» en la novela de Orwell. Porque la vigilancia que se requiere para llevar a cabo esa gran labor de ingeniería social que cambie las almas no se basta con métodos de control tecnológico o de inducción de conductas a través de la propaganda. Porque, para que cambien las almas, hay primeramente que penetrar en ellas, donde tienen su nido las «palabras de la tribu». Interviniendo el lenguaje, se interviene el pensamiento.

Foucauld llamaba «microfísica del poder» a estas formas de dominación de los nuevos ingenieros sociales, que logran crear una sociedad disciplinar convirtiendo el cerebro de los sometidos en una cárcel. En efecto, a través de la imposición de una neolengua se puede someter a una sociedad entera; pues el lenguaje es el único instrumento que puede desgarrar el sentido común. El lenguaje es el acontecimiento mismo del ejercicio del poder, el manual de instrucciones con el que se reformatean las almas. Cuando se logra que una persona, mientras habla, reprima el sentido común, para decir «todos y todas», su propio cerebro se ha convertido ya en el carcelero de su pensamiento. La forma más eficaz de dominación de las conciencias —mucho más eficaz que cualquier artilugio tecnológico— es la creación de una neolengua que niegue la realidad y cree una realidad nueva; pues, una vez creada, surge el miedo gregario a salirse de ella. Y ese miedo de rebaño (miedo de todos, todas y todes) es el instrumento más formidable de la biopolítica, pues logra homogenizar las subjetividades, que pensando todas lo mismo se creen en cambio muy distintas porque pueden elegir rebanarse la polla o entromparse el coño (o simplemente «sentir» que lo han hecho). Se trata, en fin, de «destruir el sentido común como asignación de identidades fijas», tal como explica Deleuze.

Así se cambian las almas. Los hijos de esa derechita fofa que hoy se descojona de Irene Montero no sólo dirán «todos, todas y todes» religiosamente (como ya dicen «todos y todas», sin que sus papás se

enteren), sino que desearán con toda su alma (reformateada) ser un «tode» y no pararán hasta que sus papás lo acepten.

TRANSCAPITALISMO

En alguna ocasión anterior hemos recordado aquel diagnóstico visionario que Pasolini formulaba a comienzos de los años setenta: «La revolución neocapitalista se presenta taimadamente como opositora, en compañía de las fuerzas del mundo que van hacia la izquierda». Esta izquierda lacaya de la plutocracia —a la que nosotros hemos bautizado «izquierda caniche»— encontró en el batiburrillo de ideologías identitarias un instrumento maravilloso para servir a la revolución neocapitalista, desactivando por completo la vieja «lucha de clases», atomizándola en un enjambre de luchas egoístas y sectoriales que dejaban a las víctimas del capitalismo más desvinculadas y solas que nunca, más desvalidas y solipsistas que nunca, más absortas que nunca en su ombligo y en su entrepierna.

La revolución neocapitalista necesita convertir a los seres humanos en consumistas bulímicos de las más variadas mercancías, estériles para cualquier proyecto común, para cualquier misión compartida, para cualquier compromiso duradero. Pero, ¿qué puede hacer con esos consumidores «frustrados» que no pueden comprarse casas fastuosas, cochazos rutilantes, turismo de lujo? Hay que asegurarles un flujo de mercancías birriosas que los mantengan engañados, mientras pierden derechos laborales, mientras no pueden formar una familia, mientras malviven en un cuchitril inmundo. Así, la revolución neocapitalista brinda a estos consumidores «frustrados» televisión basura, pornografía gratuita, turismo sexual casposo (tinderizado) y un infinito bazar de derechos de bragueta que se corona con la posibilidad de convertir el propio cuerpo en un objeto consumible. Así, la revolución neocapitalista deglute dentro de su voraz proceso consumidor todas las realidades humanas.

El transcapitalismo, última estación de la revolución neocapitalista, somete la naturaleza humana a un proceso de re-biologización (real o figurado, según rebane pollas o reasigne géneros); pues, para imponer su designio consumista, necesita destruir sin medida, renovar sin reposo, hasta llegar a convertir nuestros propios cuerpos en bazares incesantes. La revolución neocapitalista no puede permitir que nada permanezca, que nada se asiente, que nada arraigue ni se vincule; necesita sumirnos en una

tormenta biológico-mercantil cada vez más acelerada, en donde nuestro propio cuerpo se someta a un proceso constante de renovación, de tal modo que la propia naturaleza humana se sume al carrusel de consumismo bulímico al que antes ha sumado todas las mercancías, incorporándonos a esa atmósfera de transitoriedad efímera que impide los vínculos y no deja huella ni memoria.

Nuestra vida inmersa en un remolino de entropía antropológica, devorada por el catoblepas gigantesco del mercado, en un bucle de voracidad ininterrumpida que va deglutiendo toda la solidez de las cosas humanas. Porque, allá donde los seres humanos llegan a consumirse, nunca llegan a consumarse, nunca llegan a hacerse fecundos a través de los vínculos comunitarios. El transcapitalismo quiere individuos convertidos en egos consumidores de su propia identidad, náufragos en un sopicaldo penevulvar o menestra de géneros, que «turisticen» su propio cuerpo, hasta convertirse en mercancías atomizadas que renuncien a todos los vínculos, mercancías des-ligadas, solas, solos y soles en las casillas infinitas diseñadas por el transcapitalismno (*cis*, *queer*, *trans*, *terf*, etcétera), mercancías des-encajadas que deambulan des-quiciadas por el selvático parque temático del consumismo antropológico.

Así, el transcapitalismo alcanza el punto omega de su revolución. Así los seres humanos pasan a consumirse a sí mismos, en el más puro, bárbaro e ininterrumpido festín de canibalismo narcisista. Así, el transcapitalismo logra una disociedad auténticamente primitiva: una bulímica, gigantesca orgía de consumismo que devora material y espiritualmente, junto a mares y selvas, junto a coches y casas, la naturaleza humana misma, negando la realidad corporal y convirtiéndola en un mogollón de «identidades» consumidas. No hace falta decir que, en este proceso de consumo voraz de la propia naturaleza humana, la primera víctima es la mujer, por ser la gran tejedora de vínculos fecundos. Por eso el transcapitalismo borra la realidad biológica de la mujer y la convierte en identidad «sentida» por varones; por eso pone eterna enemistad entre la descendencia de la mujer y la suya. Todo ello, naturalmente, con la servicial ayuda de su mamporrero favorito, la izquierda caniche.

EN EL TALLER DE LA INGENIERÍA SOCIAL

MENTES MENTIROSAS

La etimología de las palabras esconde sabidurías muy hondas y provechosas. A nadie se le ocurriría pensar que «mente» y «mentira» comparten la misma etimología, pues nuestra orgullosa condición nos induce a creer que nuestra mente es más bien una incesante fábrica de verdades. Pero el genio del lenguaje nos enseña exactamente lo contrario: nos advierte que lo natural de una mente es urdir mentiras, que lo propiamente mental es la mentira, que quienes se fían de lo que su mente les dicta estarán siempre engañados; o, todavía peor, que son embusteros redomados.

Esta enseñanza etimológica nos escandaliza porque somos fatuos hijos de Descartes. «¡Pienso, luego existo!», afirmamos llenos de soberbia ególatra; pero en realidad queremos decir: «¡Pienso, luego las cosas existen!». Los fatuos hijos de Descartes están convencidos de que su mente crea las cosas. Pero lo cierto es que las cosas existen independientemente de que nosotros las pensemos e independientemente de lo que nosotros pensemos sobre ellas; y todas las mentiras salidas de nuestra mente no cambian la realidad. Es achaque propio del hombre contemporáneo pegarse topetazos con una realidad que su mente había configurado de modo muy distinto: nos tropezamos con leyes que nos impiden hacer lo que considerábamos permitido, nos tropezamos con un pasado inamovible que nuestra mentirosa mente había tratado de moldear (o incluso fabular), nos tropezamos con las debilidades propias de nuestra naturaleza que nuestra mentirosa mente había disfrazado de fortalezas. «¡Pienso que Cataluña es independiente, luego nadie puede impedir que esa independencia sea efectiva!», afirma el hombre contemporáneo. Y también: «¡Pienso que en la Guerra Civil hubo un bando de buenos y otro de malos, luego la Historia no pude pretender lo contrario!». O incluso: «¡Pienso que soy un señor con toda la barba aunque mi cuerpo muestre todos los signos de la feminidad, luego todo hijo de vecino tiene que darme la razón!». Y así sucesivamente.

Los fatuos hijos de Descartes urden con su mentirosa mente cualquier desvarío y piensan orgullosamente que se han hecho una idea clara y cierta de las cosas. Cuando lo cierto es que tener una «idea clara y cierta» de las cosas suele ser el primer y más delator indicio del error; pues sólo los imbéciles tienen ideas claras y ciertas de las cosas complejas. Nuestra

imbécil época, a falta de báculo en el que apoyarse (¡de nuevo las etimologías!), a falta de cosas firmes sobre las que fijarse para poder avanzar, se apoya en espectros, en mentirosas ideaciones, en fatuos idealismos que no tienen otra existencia sino la que les suministra nuestro deseo (o nuestro «pensamiento deseante», como dicen los anglosajones). Este prejuicio idealista que consiste en hacer depender la existencia de las cosas de lo que nosotros pensemos sobre ellas (o sea, en convertir nuestra mentirosa mente en una fábrica de verdades infalibles) es una arrogancia delirante que, sin embargo, ha nutrido la filosofía desde Descartes, hasta alcanzar su culminación siniestra, su hinchazón petulante, en Hegel; y luego se ha vulgarizado a través de las ideologías, que son el vómito terminal de aquel idealismo filosófico incorporado a la política, ciencia práctica por excelencia. Y desde que este idealismo imbécil de mentirosas mentes se incautó de la política la «polis» se convirtió en una ínsula quimérica. Con el agravante de que trató de hacer realidad todas sus ideas delirantes mediante leyes de obligado acatamiento. Y, ¡ay de quien ose rechistar!

Pero la mente humana sólo tiene un modo de no ser descaradamente mentirosa. Consiste en dejar de formular ideas fantasiosas para empezar a apoyarse, a través de sus sentidos externos, en la realidad de las cosas. Los sentidos externos, que son los que nos brindan un testimonio de la realidad (no del todo fidedigno, pero desde luego menos engañoso que nuestras ideas), hacen acopio de datos; y con la información «en bruto» que nos brindan hacemos clasificación y síntesis, mediante nuestras capacidades cognitivas, para que a continuación la razón trate de establecer (hasta donde pueda) teorías. Sólo conformándose a la realidad de las cosas nuestra mente puede reprimir la tentación de la mentira; porque la realidad de las cosas es un lastre que le dificulta el vuelo ingrávido y fantasioso. El día en que volvamos a adoptar este método de conocimiento (que era el que preconizaba Aristóteles) nos daremos cuenta de que todo nuestro mundo es un inmenso castillo en el aire, un monstruoso castillo de mentiras que sólo se sostiene porque posee mazmorras en las que se encierra y reprime a quienes se niegan a actuar como fatuos hijos de Descartes.

CONCIENCIA Y CONVENIENCIA

Para alguien que vive siempre entre palabras resulta fascinante estudiar su etimología; pero todavía más fascinante (y a menudo sobrecogedor) resulta

comprobar cómo las palabras, una vez formadas, pueden evolucionar en su significado hasta llegar a designar cosas por completo distintas.

Un ejemplo llamativo y muy ilustrador lo constituye la palabra «conciencia», que etimológicamente significa algo así como «ciencia o saber compartido»; es decir, un juicio interior que realizamos a partir de un conocimiento común de la realidad de las cosas. Todos seguimos usando esta palabra de forma habitual: decimos, para afirmar una decisión personal, que «hemos obrado en conciencia»; y cuando queremos afear la conducta de alguien, lo conminamos: «Allá tú y tu conciencia». Todas estas expresiones, al apelar a la conciencia, denotan que nos estamos refiriendo a una actitud o decisión que los demás puedan entender, pues aunque es un juicio interiorizado se funda en un «saber compartido». Y así ocurrió, en efecto, durante mucho tiempo.

Y ocurría porque considerábamos que bien y mal, verdad y error eran categorías que todos podíamos discernir. La conciencia podía definirse entonces como «el juicio de la razón práctica que dictamina el valor moral de los propios actos». Pero llegó un momento en que ocurrió lo que George Orwell nos cuenta en *1984*: se hizo creer a las personas que «tanto el pasado como el mundo externo existen sólo en la mente»; y que la realidad de las cosas dependía de la idea que de ellas nos hiciésemos, porque era imposible conocer su verdadera naturaleza. De este modo, ya no se podía establecer dónde se halla la verdad y dónde el error. Al no existir una realidad objetiva, no podía haber «ciencia o saber compartido»; y la conciencia tenía que decidir a su libre arbitrio sobre el bien y sobre el mal. En un principio, ante la falta de esas realidades sobre las que existía un conocimiento común, la conciencia se identificó con la convención creada en determinadas circunstancias históricas o culturales. «¿Adónde vas, Vicente? Al ruido de la gente». Era el estadio intermedio que prefiguraba la completa metamorfosis del significado de «conciencia».

Ya que se nos había hecho creer que el mundo externo sólo existía en la mente, como señalaba Orwell, la conciencia dejó de seguir en sus juicios la costumbre o la convención aceptada en cada momento histórico, para recluirse en la pura subjetividad. E inevitablemente se convirtió en una expresión de sinceridad, de autenticidad, de «conformidad con uno mismo». La conciencia pasó a ser, en definitiva, un «sentimiento individual», una especie de mecanismo exculpatorio a través del cual justificamos el

ejercicio de nuestra voluntad; una especie de «derecho a actuar según nuestra propia conveniencia».

Así se llegó a una nueva definición de conciencia que es exactamente el antónimo de lo que antaño fue. Rousseau lo expresó mejor que nadie al afirmar que la conciencia «es al alma lo que el instinto es al cuerpo»: es decir, una suerte de automatismo que nos impulsa a hacer lo que nos conviene, aunque lo disfracemos de motivaciones altruistas (como también disfrazamos los impulsos de nuestro instinto de parecidas farfollas). Puesto que ya no existe el bien como categoría objetiva, el bien se convierte en la mera realización de nuestra voluntad individual; y toda realización de la voluntad individual se vuelve necesariamente buena. La conciencia se convierte así en el salvoconducto para el subjetivismo relativista más radical.

Pero este caramelito que nos permite obrar según nuestra conveniencia habría de tener, inevitablemente, una contrapartida. Y tal contrapartida ha sido la más feroz y tiránica que uno imaginarse pueda. Puesto que la conciencia de cada ser humano va a emitir juicios egoístas según su conveniencia, puesto que es un «instinto» que ya no se amolda a realidades externas objetivas, que ya no reconoce las categorías de bien y mal, verdad y error, se tienen que imponer leyes que impidan que la vida social degenere en un pandemónium de voluntades personales encontradas. Y tales leyes ya no estarán al servicio del bien y de la verdad, sino al servicio de quienes tienen el poder coercitivo para imponer su voluntad.

Así la conciencia, al convertirse en conveniencia, se rindió sin armas a un poder sin conciencia, sin saber compartido, que es puro ejercicio de la fuerza. En lo que se prueba que no se cambia el significado de las palabras impunemente.

SINCERIDAD E HIPOCRESÍA

Un amigo me reprochaba el otro día mi «exceso de sinceridad». Y me aconsejaba jovialmente que aprendiese a «nadar y guardar la ropa, que es lo que ahora se estila y conviene». Mi amigo, en fin, me recomendaba que fuese hipócrita, que emboscara o disimulara mis opiniones.

Pero creo que mi amigo estaba errado en su juicio. Sobre todo, porque atribuía a la palabra «sinceridad» un sentido que hoy no tiene. Yo siempre he mirado con reticencias a quienes se proclaman «sinceros»; pues la

sinceridad (con su hermanita gemela, la «autenticidad») es con frecuencia la coartada emotiva, el traje de los domingos que adoptan los instintos más egoístas para hacerse respetables. Es una idea comúnmente aceptada (proveniente del psicoanálisis, pero extendida por doquier) que la represión de las tendencias instintivas produce neurosis y que sólo la sinceridad (entendida como liberación de los instintos) devuelve al hombre la salud. Y, si reparamos en el ámbito artístico, descubriremos que al artista se le demanda hoy, por encima de todo, espontaneidad. A este afloramiento de los sentimientos y apetitos naturales es a lo que nuestra época denomina sinceridad.

Esta sinceridad que nuestra época proclama se me antoja aborrecible, pues suele ser excusa y cobijo del energumenismo más rudimentario, de la fantochería más testicular y la teatralidad más pinturera. Por lo demás, no creo que esta sinceridad resulte molesta al hombre contemporáneo; al contrario, no hay más que asomar los ojos un poco a los programas televisivos basurientos para comprobar que es aplaudida y agasajada, incluso aguijoneada en caso de que el pudor o la mesura la dificulten. La sinceridad, tal como la concibe nuestra época, es exhibicionismo y charlatanería.

Y, sin embargo, una época tan rabiosamente sincera es a la vez una época profundamente hipócrita. Nunca como en nuestro tiempo se habían proclamado con tanto énfasis las ansias infinitas de paz; pero nunca tampoco se habían desatado tantos conflictos (y no me refiero tan sólo a conflictos bélicos) en todos los órdenes de la vida. Nunca como en nuestro tiempo había florecido una inquietud ecologista tan maniática; pero nunca tampoco se habían cultivado formas de vida tan radicalmente adversas al equilibrio natural. Son muchos los que se quejan del cambio climático y consumen a destajo; son muchos los que se proclaman pacifistas y jalean todas las formas de violencia a su alcance (que suele ser un alcance doméstico). Y, como sucede siempre cuando la hipocresía convive con la sinceridad (alimentándose recíprocamente), los hombres de nuestra época se distinguen por cargar sobre las espaldas del contrario la responsabilidad de las calamidades que nos afligen, reservándose para sí el papel de víctimas. ¿Quién dijo que no pudiéramos ser sinceros e hipócritas a la vez? Nuestra época ha ideado el modo de que podamos ser ambas cosas de forma muy intensa, de tal modo que nuestra sinceridad exaltada y vociferante,

nuestra sinceridad pornográfica, oculte por completo y permita pasar inadvertida nuestra complaciente y pudibunda hipocresía.

El peligro mayor del hipócrita, de hecho, es que se puede enmascarar admirablemente de hombre sincero. Tal vez no lograra hacerlo en una época en que la sinceridad fuese adhesión a la verdad de las cosas y la hipocresía un homenaje que el vicio le rendía a la virtud; pero puede lograrlo plenamente en una época en la que la sinceridad es exaltación sentimental, grandilocuencia emotiva, buenrollismo compulsivo; y en la que la hipocresía no es otra cosa sino el vicio encumbrado como virtud de obligado cumplimiento. A fin de cuentas, la hipocresía maneja como nadie la palabra suasoria, sabe plegarse a todo, recurre a la adulación sutil y los procedimientos seudomísticos que tanto encandilan a nuestro mundo sin mística, rehúye las posturas acres o extremistas, se esfuerza por halagar siempre a quien lo escucha… Y, ¿no es esto, exactamente esto, lo que nuestra época denomina sinceridad?

En contra de lo que pensaba mi amigo, sinceridad e hipocresía no son en nuestra época extremos opuestos, sino dos caras de la misma moneda, dos falsificaciones cosméticas de la verdad. Es la verdad de las cosas la que al hombre contemporáneo le resulta cruda e insoportable; es la verdad la que no sabe nadar (como hace la sinceridad, siempre tan expansiva) y guardar la ropa (como hace la hipocresía, siempre tan reservona). ¡Pobre verdad, ahogada entre tantas opiniones sinceras o hipócritas!

EXHIBICIONISMO

Uno de los fenómenos más obscenos y característicos de nuestra época lo constituye, sin duda, el exhibicionismo de sentimientos y emociones que tradicionalmente se habían mantenido alejados del escrutinio público; y cuya manifestación ostentosa se hubiese considerado hasta hace poco degradante. Así, vemos a famosetes de la más diversa índole airear sus podredumbres de alcoba en los programas de máxima audiencia; vemos a los politicastros soltar lagrimillas en las ruedas de prensa; vemos a gentes anónimas proclamar en sus muros de feisbu sus desgracias más vergonzantes. ¿Cómo se explica este fenómeno indigno?

El individualismo aciago destruyó las formas de vida auténticamente comunitarias, que eran las que garantizaban que las expansiones de la intimidad hallasen el cauce adecuado. Pues, en efecto, nada necesita tanto el

ser humano como hacer partícipe de su intimidad a otro: necesita que el amigo conozca sus secretos, necesita que el consejero conozca sus congojas, necesita que la persona amada conozca sus defectos, necesita que Dios conozca sus pecados. El ser humano necesita, en fin, que alguien descienda con él hasta las profundidades de sí mismo, alumbrándolas, apaciguándolas, abrigándolas en medio de la noche. Para compartir su intimidad los hombres se reunieron en torno al fuego; para compartir su intimidad entablaron coloquio; para compartir su intimidad acudieron al confesionario. Pero el individualismo infundió al hombre la insensata y quimérica convicción de que su intimidad le pertenecía en exclusiva, que él sólo se bastaba para «gestionar» sus emociones, para domeñar sus sentimientos, para perdonar sus pecados; y que del fermento de ese individualismo brotaría un hombre más fuerte y confiado, como el vino brota del fermento del mosto.

Naturalmente, se trataba de una patraña monstruosa. Todo hombre necesita liberar su corazón, encontrando para cada confidencia al destinatario idóneo. Pero, encerrado en la concha de su individualismo, monarca absoluto de su intimidad, el hombre se asfixió pronto con los vapores mefíticos que desprenden las emociones que fermentan, los sentimientos que se pudren, los pecados que se gangrenan. Y entonces esa intimidad que ya no encontraba los cauces de desahogo sano y discreto que propiciaba la vida comunitaria se tornó patológica: primero buscó expansiones caricaturescas que supliesen la figura del amigo, el consejero o el confesor, sentándose en el diván del psicoanalista; después, cuando comprobó que el psicoanalista no bastaba para sanar su herida, perdió por completo el decoro y necesitó exhibirse ante propios y extraños, en un ejercicio grosero de afirmación. Perdida la esperanza de sanar su herida, el hombre contemporáneo no puede reprimir el anhelo indigno de mostrar los humores fétidos que destila, la purulencia y gangrena que lo corrompen. Y puesto que ya nadie puede curarle, puesto que su dolor se ha tornado inconsolable, el hombre contemporáneo busca al menos que alguien que pasaba por allí lo aplauda y jalee, lo haga «sentirse» acompañado. Y hemos entrecomillado «sentirse» porque, naturalmente, ese sentimiento será un puro espejismo: puesto que la verdadera compañía la perdimos al aceptar los halagos del individualismo y renunciar a la vida comunitaria.

Y, allá donde ya no hay vida comunitaria que encauce nuestra intimidad

hacia las personas que sabrán curarla cariñosamente, es inevitable que el exhibicionismo se convierta en regla. Ya nadie nos puede redimir de aquella quimera individualista que nos aseguraba que podríamos ser monarcas absolutos de nuestra intimidad. Y, entre síntomas de asfixia vital, necesitamos exhibir de forma cada vez más desmesurada y extravagante nuestros sentimientos, necesitamos exponer de forma cada vez más vehemente y ruidosa nuestros pecados, necesitamos airear de forma cada vez más histérica y estridente nuestro desconsuelo. Al abrazar el caramelito envenenado del individualismo, renunciamos al prójimo que podía hacer inteligible nuestra intimidad; y ahora ya sólo nos resta ladrar como perros rabiosos en la plaza pública, proclamando a los cuatros vientos nuestras miserias, esperando la limosnilla de una palmadita en la espalda o un emoticono en feisbu.

Pero estas expansiones grotescas, como las limosnillas que recibimos, no curarán nuestra herida, que seguirá gangrenándose, porque ya nadie osa descender con nosotros a las profundidades de nuestra intimidad.

LA DINÁMICA DEL ODIO

En un pasaje especialmente iluminador de *Mero cristianismo*, C. S. Lewis trata de combatir la comprensión equivocada de la caridad cristiana, que con frecuencia se confunde con una emoción caprichosa y compulsiva —puro sentimentalismo— que nos «obliga» a sentir amor por tal o cual persona. Lewis observa que el auténtico amor (al menos, en el sentido cristiano) no es una pasión ingobernable, sino un acto volitivo que implica todas nuestras potencias conscientes: «Cuando nos comportamos como si amásemos a alguien —escribe el autor inglés—, al cabo del tiempo llegaremos a amarlo». Pero, a continuación, Lewis añade que lo mismo sucede con el odio: «Si le hacemos daño a alguien que nos disgusta, descubriremos que nos disgusta aún más que antes». Y lo ilustra con un ejemplo muy próximo para los lectores de su época del que luego hemos abusado hasta la náusea (para evitar confrontarnos con la dinámica del odio actuante en nuestra época): «Los nazis, al principio, tal vez maltratasen a los judíos porque los odiaban; más tarde los odiaron mucho más porque los habían maltratado».

Existe, sin embargo, una diferencia evidente entre la dinámica del amor y la dinámica del odio. Cuando nos comportamos «como si» amásemos a

alguien, este esfuerzo suplementario acaba obligándonos a conocer mejor a esa persona: nos obliga a confrontarnos con sus miserias y defectos, que poco a poco logramos «comprender» o asimilar, anegándolos en la sustancia de nuestro amor (lo cual, naturalmente, no significa que lleguemos a amar esos defectos). Así, por ejemplo, ocurre entre personas que han decidido comprometerse: el aliento fétido o la propensión iracunda son aspectos desagradables de la naturaleza humana y disuasorios para esa emoción caprichosa y compulsiva que con frecuencia confundimos con el amor; pero quien ama comprometidamente a una persona que exhala un aliento fétido o propende a la ira se comporta «como si» esos defectos no le importasen demasiado y acaba logrando —mediante la paciencia amorosa, con delicadeza y mano izquierda— que la persona amada adopte hábitos que los corrigen. Siempre habrá, por supuesto, momentos en que la persona amada —por no enjuagarse la boca debidamente— exhale un aliento desagradable, o en que —dejándose llevar por su naturaleza sanguínea— se emberrinche; pero, para entonces, el conocimiento profundo que tenemos de esa persona nos permitirá contemplar esos «descuidos» con benevolencia. Y llegará incluso el momento en que tales «descuidos» (siempre que sean pasajeros y no se conviertan otra vez en hábitos orgullosos) nos pasen inadvertidos; porque han quedado anegados por nuestro conocimiento amoroso.

La dinámica del odio, por el contrario, se fortalece en la ignorancia del otro. Odiamos a una persona porque, al acercarnos someramente a ella, percibimos que desprende un aliento fétido; o porque, contemplada desde lejos, la vemos manotear acaloradamente. Y, desde ese momento, la persona odiada se convierte, en nuestra imaginación, en un hálito apestoso que lo invade todo, a modo de nube de gas mefítico; o en una masa amorfa que desprende rabia sulfurosa por doquier. De nada servirá que quienes conocen más íntimamente a esa persona nos indiquen que sólo le huele mal el aliento antes de desayunar, o que sólo se enfada cuando le aprietan los zapatos. Nuestro odio furibundo concebirá, incluso, mecanismos justificativos delirantes que disfracen la razón verdadera de nuestro odio (que tal vez sea la envidia que esa persona nos provoca, por comer frugalmente o calzar elegantemente); y sostendremos, incluso, que la persona odiada mantiene un sempiterno ayuno que la convierte en una perenne cloaca, o que cultiva la desquiciada manía de comprarse siempre

zapatos de una talla inferior a la que precisa. Porque el odio, para azuzar su llama, exige cerrar los ojos ante la verdad de la persona odiada; necesita simplificarla, convertirla en caricatura.

El amante se nutre de conocimiento paciente; el odiador, por el contrario, se nutre de ignorancia nerviosa. El amante se «empodera» asimilando los defectos de la persona amada, que acepta a la vez que corrige; pero tal cosa sólo puede hacerla abrazándola más comprometidamente. El odiador se «empodera» agigantando los defectos de la persona odiada, cosificándola hasta desvirtuarla y convertirla en un pelele al que puede vapulear descomprometidamente. Para ejemplificar la dinámica del odio que se nutre de sí mismo, Lewis todavía necesitaba recurrir a lo que luego hemos denominado «ley de Goodwin». Nosotros ya sabemos que no tenemos que ir tan lejos; pues el fermento en el que la demogresca partitocrática ha fundado su hegemonía no es otro sino la dinámica del odio.

PALABRAS DESFIGURADAS

En el episodio bíblico de la torre de Babel, Dios castigaba con la dispersión de lenguas la soberbia de los hombres que soñaban con alcanzar el cielo elevando una gran torre, símbolo de su endiosamiento. Tal vez porque desde niño tuve gran amor a las palabras, aquel castigo divino dejó en mi alma una huella muy honda, mucho más que el diluvio universal o las siete plagas de Egipto; pues siempre he creído que no hay calamidad más grande que la calamidad de no poder entenderse, la calamidad de que nuestras palabras dejen de explicar el mundo, la calamidad todavía más inquietante de que las palabras sean utilizadas para falsificar las cosas.

Y como el hombre, pese al castigo de Babel, no ha dejado desde entonces de endiosarse, seguimos sufriendo la misma calamidad. A nadie se le escapa que cada vez usamos menos palabras para expresarnos. Antaño (no hay más que leer a nuestros clásicos) la lengua era un ameno paisaje en el cual nos deleitábamos, persiguiendo la mariposa de un epíteto, aspirando el perfume de tal o cual palabra sonora, retozando en el prado lujuriante de la sintaxis. Poco a poco, sin embargo, la lengua se fue convirtiendo en el paisaje raudo que dejamos atrás, sin reparar siquiera en él, cuando viajamos en tren. Las palabras que antes nos gustaban como nos gustan las joyas o las caricias ahora las empleamos de un modo puramente utilitario, para que nos

lleven en cuanto antes a nuestro destino. Este uso «funcional» de las palabras parece, a simple vista, inocente y hasta benéfico (y al que se resiste a emplear las palabras como si fuesen una bayeta de cocina se le llama «pedante»); pero en el fondo encubre una realidad pavorosa, que es el agostamiento de nuestro vocabulario. Las razones de este agostamiento son muy diversas: el alejamiento de la naturaleza, donde estábamos obligados a designar los árboles y los pájaros; la destructiva omnipresencia de los *mass media*, que imponen un lenguaje esquemático y regado de tópicos; la sumisión a la tecnología, que ciega las fuentes del conocimiento (desde la contemplación a la transmisión oral, pasando por la lectura y el estudio) y las sustituye por un acopio de informaciones mostrencas a las que podemos acceder apretando una tecla, etcétera.

Que nadie piense que este agostamiento del lenguaje es inocuo: la palabra es vehículo del pensamiento; y cuando nos faltan las palabras nuestro pensamiento se torna vago y se agrieta, permitiendo la entrada de los más peligrosos asaltantes. Las ideas se tienen que expresar mediante palabras; y cuando las palabras escasean las ideas pierden solidez y claridad, o bien son sustituidas por tópicos y consignas que repetimos como loritos, creyendo que formulamos ideas originalísimas. Despojado de las palabras que nos sirven para expresarnos en plenitud, nuestro pensamiento queda secuestrado y nuestra razón se va adelgazando hasta tornarse de alfeñique, hasta ser zarandeada por el ventarrón de la emotividad más grosera, hasta acogerse al cobijo del gregarismo. Y así, poco a poco, casi sin darnos cuenta, nos vamos convirtiendo en bestias; porque, sin palabras, hasta el amor es un puro intercambio de fluidos.

Pero pecaríamos de ingenuidad si creyéramos que el empobrecimiento del lenguaje es el único medio que los modernos tiranos emplean para confundirnos. Otra forma extraordinariamente eficaz consiste en difuminar el sentido de las palabras con acepciones imprecisas y equívocas, consecuencia en cierta medida de la ligereza con que las empleamos, pero sobre todo del empeño deliberado de que las palabras oscurezcan la realidad: cuando se llama «muerte digna» a la eutanasia, una vida sufriente se convierte tácitamente en una «vida indigna»; cuando se llama «consenso» al contubernio de la gente sin principios, quien se mantiene fiel a ellos se convierte inevitablemente en un «fanático». Si la mentira es la prostitución de la verdad, existe una forma de falsedad más peligrosa que la

mentira redonda, que es la expresión de la verdad a medias, el empleo equívoco de las palabras con la pretensión de diluir realidades que, designadas sin eufemismos, nos sobrecogerían: llamar «educación sexual» a la posibilidad de que nuestros hijos sean pervertidos en la escuela; o llamar «democracia» a presentar, mediante aritmética parlamentaria, la iniquidad como justicia.

La palabra, en fin, desfigurada y convertida en una máscara virtuosa para esconder una realidad siniestra, para ir cambiando poco a poco la realidad de las cosas y así moldear más fácilmente a las masas que ya ni siquiera pueden pensar, porque se han quedado sin palabras. En ésas estamos.

UNA SALUDABLE DESESPERACIÓN

En las sociedades paganas la gente no se preocupaba por la salvación de su alma. Era una actitud desesperada, pero al menos el pagano tenía la gallardía de entregarse a un vitalismo despepitado que se condensaba en aquel célebre consejo de Menandro: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos». En las sociedades neopaganas de nuestra época, la gente tampoco se preocupa por la salvación de su alma, pero la desesperación se ha cambiado de ropajes, ha dejado de tocar a rebato bajo el grito comilón y borrachín de «sálvese quien pueda» y ha ofrecido al hombre desesperado (ya que no puede ofrecerle una razón para vivir) otras anestesias muy diversas que le hagan más llevadera su desesperación. Le ha ofrecido morfina para acallar su dolor, píldoras para embravecer su bálano, bisturís para borrar sus arrugas, proteínas sintéticas para endurecer sus músculos, dietas para alargar su vida. La desesperación, de este modo, ha acabado convirtiéndose en nuestro hábitat natural; un hábitat con aire acondicionado en verano, calefacción central en invierno e hilo musical las cuatro estaciones del año.

Y así, mitigada por estas anestesias, la desesperación ha conseguido que el hombre neopagano acepte todo tipo de mortificaciones que dejan chiquitas las penitencias cuaresmales que ayudaban al hombre a salvar su alma. Para participar de la desesperación de nuestra época ya no es posible comer y beber sin tasa, como proponía la invitación hedonista de Menandro, sino que a cada instante debemos recordar que, por cada comilona que nos embaulamos, por cada sobremesa regada de alcohol que

alargamos, por cada cigarrillo que fumamos, agotamos un minuto, una hora, un día de vida. La desesperación neopagana, en su afán por salvar la salud del cuerpo, ha amargado nuestra vida con las privaciones más ímprobas, al estilo de aquel doctor Pedro Recio de Tirteafuera al que encargaron vigilar la alimentación de Sancho Panza, mientras fue gobernador de la ínsula Barataria. Aquel mamarracho, armado de una varilla de ballena, señalaba las viandas que consideraba poco saludables, condenando al buen Sancho al ayuno más aciago; y esto mismo hace con nosotros la desesperación neopagana, donde la tiránica Salud desempeña el mismo papel (en versión paródica y degradada, como corresponde a todo sucedáneo idolátrico) que en las sociedades religiosas representaba la Virtud. Con la diferencia de que, mientras el hombre virtuoso miraba la eternidad, el hombre saludable de hogaño mira… el cronómetro, computando los minutos, las horas, los días que gana con su saludable y pestilente vida. Sancho Panza, al menos, pudo darse el gustazo de despedir con cajas destempladas al doctor Pedro Recio de Tirteafuera. A nosotros, la desesperación neopagana nos impone vivir saludablemente hasta nuestro fallecimiento, para llegar a ser un saludable cadáver que alimente saludablemente a los muy saludables gusanos que habrán de devorarnos (¡o al fuego de la incineradora, más saludable todavía!).

Y es que, en las sociedades neopaganas, la tiranía omnímoda de la Salud se ejerce sobre una masa esclavizada que sólo cree en el Paraíso en la Tierra instaurado por el Estado Leviatán, que le otorga graciosamente «derechos» y «libertades». Y Papá Estado, en su afán por proteger nuestros «derechos» y «libertades», y bajo los afeites de la «tolerancia», ha erizado nuestra vida de muy protectoras empalizadas. Y así, armados de los «derechos» y las «libertades» que nos brinda el Estado Leviatán, que no son sino armas arrojadizas que arrojamos contra el prójimo (en quien sólo vemos un enemigo potencial), nos entregamos a las más ímprobas privaciones, confiados grotescamente en que por cada cigarrillo que no prendamos, por cada manjar que rechacemos, por cada exceso que no cometamos, obtendremos a cambio un minuto, una hora, un día más de vida. No está probado que esta saludable desesperación vaya a obtener recompensa; más bien está requeteprobado que seguiremos muriéndonos, después de convertir nuestra existencia terrena (y quién sabe si también la ultraterrena) en un infierno.

Todo sea por alcanzar una magnífica «calidad de vida», que es como nuestra época denomina sarcásticamente a la vida llena de ímprobas privaciones que ni siquiera son medios de nada; ímprobas privaciones convertidas en sí mismas en fines vacuos y dementes. A ninguno de aquellos juguetones dioses del Olimpo inventados por los paganos se le hubiese ocurrido una forma de tortura tan alienante y aburrida. Pero, ¿quién dijo que las idolatrías fuesen divertidas?

LA ABOLICIÓN DEL SENTIDO COMÚN

Uno de los rasgos más estremecedores de nuestra época es la abolición del sentido común. Aquella fábula del rey desnudo, en la que un niño intrépido se atrevía a decir lo que todos callaban, ha alcanzado hoy su paroxismo; sólo que el desenlace de esa fábula sería hoy trágico, pues el rey de inmediato privaría de la patria potestad a los padres de ese niño, que entregaría a una parejita chunga, para que lo «reeducase».

El desprestigio del sentido común no es un fenómeno reciente. Todos los sistemas filosóficos prometeicos que han querido negar la naturaleza de las cosas se han preocupado de vituperarlo. Así, por ejemplo, Hegel (el antiaristóteles por excelencia) arremete en el prólogo de su *Fenomenología del espíritu* contra «el sentido común y la inmediata revelación de la divinidad, que no se preocupan de cultivarse con la filosofía» y que son «la grosería sin forma ni gusto». Resulta, en verdad, muy revelador que Hegel vitupere en la misma frase la Revelación divina y el sentido común humano; prueba inequívoca de que sabe misteriosamente —como sólo saben quienes creen y tiemblan— que ambos se amamantan de la misma luz.

Y es que, en efecto, el sentido común no es un amontonamiento informe de opiniones cazurras o tópicas sobre esto, eso y aquello. El sentido común es el juicio sano que permite el conocimiento de la verdad de las cosas; y es un sentido que tiene toda persona, con independencia de que sea creyente o incrédula, si no ha sido ofuscada por visiones culturales o ideológicas deformantes. Toda la historia de la filosofía moderna ha sido un combate —a veces soterrado, a veces furioso— contra el sentido común y contra los filósofos que lo sostuvieron, empezando por Aristóteles. Y en nuestra época ese combate se ha trasladado a la política, que nos impone construcciones abstractas y utopías mórbidas o aberrantes con escaso o nulo anclaje en el

orden real de las cosas. Las ideologías modernas han logrado instaurar de este modo una nueva barbarie (como siempre ocurre cuando se pierde contacto con la realidad), sólo que esta vez se trata de una barbarie más incitante y golosona, porque nos hace creer que somos soberanos.

No pensemos bobaliconamente que esta abolición del sentido común propone a cambio diversas «versiones» de la realidad. Por el contrario, aunque disfrazadas con aderezos variados, lo cierto es que las ideologías en liza ofrecen las mismas definiciones dogmáticas; y tales definiciones son, por supuesto, la negación del sentido común, la subversión del orden real de las cosas. Sus premisas no pueden ser discutidas; y quienes se atreven a hacerlo son de inmediato señalados, desprestigiados, estigmatizados, incluso civilmente eliminados. Y, entretanto, las definiciones dogmáticas contrarias al orden real de las cosas son proclamadas por los «iluminados» —distribuidos en sus negociados progresistas o liberales—, con todos los medios propagandísticos puestos a su servicio, hasta la abolición completa del sentido común, hasta la conversión de los hombres en bestias esclavizadas que, además, se creen grotescamente soberanas.

En estos días asistimos a la última ofensiva contra el sentido común, con la imposición de leyes que atentan contra la naturaleza humana, que la rectifican hasta convertirla en una parodia (no en vano los clásicos llamaban al demonio «el simio de Dios») y que consagran la muerte civil de quienes osen rechistar. Sin embargo, más acongojante que estas leyes es el remoloneo inane de la Iglesia, la única institución que, por ser depositaria de la Revelación divina, podría reavivar el sentido común entre los hombres esclavizados. Ese remoloneo resulta aún más preternatural que la lectura de Hegel.

RAZÓN TEÓRICA, RAZÓN PRÁCTICA

Resulta muy interesante analizar los desbarajustes y contradicciones insalvables que se producen en el juicio humano cuando se rompe la relación existente entre razón teórica y razón práctica. Por razón teórica se entiende la capacidad humana para alcanzar principios y verdades universales; por razón práctica, la capacidad para aplicar tales principios en la materia mudable de la vida. El mayor drama de nuestra época consiste en negar la existencia de principios y verdades universales (o bien en proclamar que, si existen, la razón humana no puede alcanzarlos). En una

situación así, la razón práctica tiene dos posibilidades: sucumbir al caos, entregándose plácidamente al más puro relativismo; o bien esforzarse por llenar el hueco que ha dejado la inacción de la razón teórica y por reparar a la desesperada las calamidades que tal inacción ha provocado. Inevitablemente, esta razón práctica obligada a «sobreactuar» aparca la prudencia, la mesura, la templanza y demás virtudes propias de su ámbito; lo que inevitablemente se traduce en actitudes obcecadas, energúmenas o incluso odiosas. Voy a ilustrar lo que trato de explicar con dos asuntos de «candente» actualidad.

Observemos la cuestión de la independencia de Cataluña. La razón teórica nos enseña que la supervivencia de una comunidad política digna de tal nombre es imposible si admite que una parte de sus miembros defienda su destrucción. Pero nuestra época se niega a reconocer esta verdad universal y pretende que la comunidad política albergue en su seno formaciones políticas que hagan proselitismo a favor de su destrucción, que reciban subvenciones públicas y tengan sitio en las instituciones. Esta dimisión de la razón teórica se trata luego de remediar grotescamente mediante una acción desquiciada de la razón práctica, estableciendo aritméticas legales que impidan la realización de las ideas independentistas que previamente se han desenvuelto sin cortapisas (incluso con acicates y estímulos). O, llegado el caso, se pretende condenar a quienes han intentado realizar tales ideas con penas muy severas, forzando la calificación jurídica de sus actos, o aplicándoles correctivos provisionales a todas luces desmesurados. Toda esta «sobreactuación» de la razón práctica es una consecuencia penosa de la abdicación de la razón teórica, que por negarse a reconocer un principio universal para la supervivencia de cualquier comunidad política provoca un caos que la razón práctica tiene que parchear *in extremis*, exagerando la nota.

En el caso aberrante protagonizado por los bicharracos de «La manada» también se prueban las consecuencias nefastas de esta abdicación de la razón teórica. Nuestra época pretende que toda relación sexual consentida entre personas adultas sea lícita; de ahí que, para poder condenar una conducta sexual aberrante como la que esos bicharracos perpetraron, se trate a toda costa de imponer que la mujer no consintió. Pero lo cierto es que, si la mujer hubiese consentido, se trataría de una mujer con el consentimiento viciado, bien porque estuviese bajo los efectos de sustancias

que nublaban su juicio, bien porque estaba anímica y espiritualmente devastada. La razón teórica nos enseña que hay conductas sexuales sanas y conductas sexuales aberrantes, pero se niega a dictaminar sobre ellas por sumisión a dictaduras ideológicas abyectas que se han impuesto para acallar su juicio y así poder promover las formas más variopintas de degeneración, llegando incluso a incentivarlas mediante la plaga de la propaganda pornográfica o la libre disponibilidad de aplicaciones para teléfonos móviles que facilitan las coyundas más sórdidas y animalescas. Ante esta «dejación» de la razón teórica, la razón práctica tiene que intervenir aspaventeramente, tratando de imponer a toda costa que no medió ningún tipo de consentimiento. Pero lo cierto es que hay actos sexuales aberrantes, con independencia de que hayan sido consentidos o no, que la razón teórica debe calificar como tales y condenar, para que luego la razón práctica pueda dictaminar si en su comisión medió o no consentimiento de la víctima, agravando o atenuando, según el caso, la condena de la razón teórica.

Mientras no sea restablecida la razón teórica y reconocidos los principios y verdades universales que guían su acción, la razón práctica estará obligada —por mala conciencia, por puro afán de supervivencia— a «sobreactuar» para impedir el definitivo advenimiento del caos. Pero, a la larga, todos sus afanes serán inútiles, porque allá donde declinan los principios y abdica la razón teórica acaba infaliblemente imponiéndose la más inicua ley de la selva, disfrazada de sentimentalismo y consenso.

CAMBIO

Cualquier persona con una mínima capacidad de análisis de la Historia descubrirá que el rasgo más característico (constitutivo, en realidad) de nuestra época es el afán de «cambio»; y también que se trata de un «cambio» que actúa siempre en la misma dirección. Bastaría analizar, por ejemplo, la evolución política de los treinta o cuarenta últimos años para descubrir, por ejemplo, que los llamados «conservadores» han hecho propias y defienden con orgullo tesis que hace unas pocas décadas los «progresistas» apenas se atrevían a defender vergonzantemente. Este fenómeno nos confirma que los conservadores son tan sólo quienes se encargan de conservar y consolidar los «avances» progresistas; y nos revela un designio muy profundo que, por miedo, no acertamos a explicar; o que explicamos ingenuamente como un «signo de los tiempos» que —repetimos

como loritos— exigen «renovarse o morir», adecuarnos a nuevas ideas como quien se adecua a nuevas modas indumentarias.

Pero lo cierto es que lo propio del ser humano no es andar cambiando de ideas a cada poco, o sometiéndolas a un constante proceso evolutivo, más allá de los cambios de percepción que nos procura la experiencia de la vida y la acumulación de sabiduría (y estos cambios de percepción, para la mentalidad moderna, son de naturaleza más bien «involutiva»). Escribía San Agustín en sus *Confesiones* que el alma no halla descanso en las cosas que no son firmes; y, sin embargo, el alma del hombre de nuestra época está siendo constantemente hostigada para que abandone las convicciones firmes y se entregue al desasosiego de los pareceres voltarios, como si la ley del pensamiento no fuese la verdad, sino la opinión fluctuante. Aquel «todo fluye» que enunció Heráclito, para referirse a los cambios biológicos y naturales, se ha convertido en un «devenir» que afecta también al pensamiento, sometido a un constante proceso de mutación. Todavía el sentido común le dicta a las gentes sencillas que quien anda cambiando constantemente de ideas, o amoldándolas a la coyuntura, es un «chaquetero»; pero entre las llamadas «élites» (que son las oligarquías encargadas de matar el sentido común de las gentes sencillas) este cambio constante es mostrado como la forma suprema de sabiduría y la prueba máxima de «inteligencia emocional». Quien, por el contrario, se mantiene leal a sus convicciones es mostrado como un retrógrado peligroso, un inmovilista al que conviene dejar aparcado en la cuneta, para que no actúe a modo de lastre en los procesos de cambio que se siguen produciendo sin cesar.

Por supuesto, todo cambio tiene una dirección, un «hacia dónde»; pero nuestra época esconde tal elemento, que en todo caso disfrazará con los oropeles del «progreso». Pues lo que a nuestra época le interesa es, ante todo, que las masas avancen en pos de «nuevos horizontes», sin saber cuál es la meta, sin plantearse siquiera si tal meta es en realidad un precipicio o un vertedero, un cementerio o un patíbulo. Como si una fuerza ciega y mecánica nos estuviese dirigiendo constantemente hacia una suerte de tierra prometida (¿por quién?) donde disfrutaremos de una vida más plena, coronada por el disfrute de nuevos «derechos». Por supuesto, tal tierra prometida nunca se alcanza, como ocurría con la tortuga en la paradoja de Zenón de Elea; pero su persecución quimérica permite que los hombres no

se adhieran a ninguna convicción definitiva, y así puedan extraviarse más fácilmente.

En cierta ocasión, Chesterton se refirió a un progresismo nefasto que consiste en «alterar el alma humana para que se adapte a sus condiciones, en lugar de alterar las condiciones para que se adapten al alma humana»; y que, en su desalmada labor, siempre se apoya en el mecanismo del precedente: «Como nos hemos metido en un lío, tenemos que meternos en otro aún mayor para adaptarnos; como hemos dado un giro equivocado hace algún tiempo, tenemos que ir hacia delante y no hacia atrás; como hemos extraviado el camino, debemos también extraviar el mapa; y, como no hemos realizado nuestro ideal, debemos olvidarlo». Todo menos arrepentirnos y retroceder, que es una herejía que nuestra época no admite; pues, al arrepentirnos y retroceder, descubriríamos que hay certezas inamovibles, verdades inmutables y palabras perennes. ¡Y hasta podríamos pararnos a escuchar al que dijo: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»! Y esto es lo que el afán de cambio no puede permitir en modo alguno; pues, al fin y a la postre, toda esta maquinaria que hemos descrito fue concebida para combatir a quien pronunció esas insultantes palabras.

CRIMEN Y CASTIGO

Allá en la «oscura Edad Media» —que diría un analfabeto—, se ocultaban las circunstancias del crimen, por respeto reverencial a los muertos, y se hacía público el castigo, para escarmiento de criminales y enseñanza del pueblo. En nuestra época tan civilizada se oculta el castigo y se publicitan las circunstancias del crimen desde los púlpitos mediáticos. Y así, los crímenes más sórdidos y horrendos, más atroces y ensañados, se convierten en espectáculo grosero, en ruidosa farsa macabra, con sus puntillitas de intriga chabacana, con sus faralaes de especulaciones rocambolescas, con su cenefita de detalles aberrantes o meramente chuscos. Un enjambre de sofistas y cantamañanas —psiquiatras a la violeta, juristas diletantes, criminólogos licenciados por Osuna y otras faunas limítrofes— destripa las circunstancias del crimen, expone los menudillos más sangrientos, lanza doctrinas absurdas sobre su autoría y evacua declaraciones contra el buen sentido (de buen gusto ni hablamos), hasta crear un batiburrillo de indecencia y curiosidad malsana.

Lo hemos comprobado, por enésima vez, con el caso de la desgraciada Diana Quer, cuya desaparición se quiso explicar de las maneras más inverosímiles y malévolas. Así su cuerpo y su alma fueron ultrajados y la paz de su familia desbaratada, mientras el decoro nacional era arrastrado por el fango. Pero todo este sensacionalismo no sería ni siquiera concebible si el pueblo español no hubiese perdido el sentido religioso, o si no se lo hubiesen hecho perder; y, allá donde se pierde el sentido religioso, los muertos (o premuertos, como Diana lo fue durante año y medio) dejan de infundir ese respeto reverencial que acalla las comidillas. Pues, como nos recordaba Dostoievski, si Dios no existe, todo está permitido; y los muertos (o premuertos) se convierten, inevitablemente, en carne fiambre de la que conviene sacar tajada e higadillo, antes de que se la coman los gusanos. Que es lo que hicieron los periódicos convertidos en pasquines, las televisiones convertidas en mentideros, las redes sociales convertidas en vomitorio donde se difundían y exhibían las carnazas más putrefactas.

Pero estas carnazas no sólo ultrajan los cuerpos y las almas de muchachas como Diana Quer, no sólo desbaratan la paz de sus familias y arrastran por el fango el decoro nacional. También crean una atmósfera criminal. Pues, alimentándose con esas inmundicias, quienes tienen alguna inclinación hacia lo aberrante o anormal acaban sintiendo fascinación hacia el crimen. A cambio, quienes más tajada sacan son los politiquillos, que pueden encauzar y manipular la «emotividad» de las masas ahítas de carnazas, lo mismo para suscitar vilmente debates «en caliente» (que luego, según convenga, se vuelven a meter en la nevera, como periódicamente hacen con la «prisión permanente revisable») que para tapar la flagrante incompetencia policial, incluso para presentarla como un rutilante éxito, como hicieron en el caso de Diana Quer. Y es que el crimen, en alas de una publicidad macabra, se convierte en una imagen obsesivamente atractiva para el pueblo, o bien provoca en él un revoltijo de indignación; pasiones ciegas que no hacen sino convertir la sociedad en un manicomio, para provecho del desorden y el engaño en todas sus formas. En cambio, cuando se ocultan las circunstancias del crimen y se publicita el castigo, el pueblo recibe una lección de humanidad y justicia. Pero, puestos a castigar a los criminales, habría que empezar por la chusma que ocupa púlpitos mediáticos y tribunas politiquillas; así, sofocada la atmósfera que le brinda aliento, el crimen decaería.

LAS REDES DEL ODIO

Muchos desaprensivos han convertido interné —y muy especialmente las sarcásticamente denominadas «redes sociales»— en una mezcla de vomitorio y patíbulo en el que escupen su odio, propagan calumnias y dan rienda a sus más abyectos instintos. Cada vez con mayor asiduidad, conocemos casos de personas convertidas en alimañas que desde interné se regocijan con la desgracia ajena, profieren las amenazas más canallescas y las injurias más sórdidas. También son frecuentes los casos de personalidades públicas que denuncian sufrir acoso a través de las redes sociales, o persecución de tarados que los vituperan de los modos más furiosos.

Este fenómeno nos enfrenta con el aspecto más depravado de la naturaleza humana. Si para amar necesitamos conocer a la persona amada, para odiar tan sólo necesitamos cosificar a la persona odiada, convertirla en una abstracción, reducirla a una caricatura, a un pelele, a un garabato. Si el amor demanda paciencia y dedicación, el odio precisa urgencia y juicio sumarísimo. El amor es exigente y abnegado, porque abraza la miseria y el dolor ajenos; porque exige que nos fundamos con el cuerpo del prójimo y nos zambullamos en su alma, hasta amalgamarnos por completo con él. El amor tiene una visión ensimismada y microscópica del prójimo que se fija en los detalles más menudos hasta llegar a comprenderlos; el odio, en cambio, tiene una visión panorámica y cenital que prescinde de los matices y se conforma con las simplificaciones. El odio puede ignorar tan campante a la persona concreta sobre la que se proyecta, así como sus circunstancias, puede despedazar su carne y triturar su alma hasta convertirlos en un gurruño o en una entelequia. Sin duda, el odio es una pasión mucho menos «humana» que el amor; pero, por ello mismo, más «natural», más sencilla y espontánea. Y, en una época tan apresurada como la nuestra, infinitamente más gratificante: mientras quien ama necesita no sólo ser justo, sino también compasivo (pues sólo así se pueden aceptar las miserias y flaquezas del prójimo), quien odia puede permitirse el lujo de no ser ni siquiera justo, sino tan sólo justiciero.

Para expresar nuestro amor necesitaríamos escribir una enciclopedia; para expresar nuestro odio nos basta con ciento cuarenta caracteres. Es verdad que en ese limitado espacio podríamos también escribir un aforismo

radiante de afecto o un haiku pletórico de ternura. Pero para escribir un aforismo o un haiku amorosos tendríamos que quintaesenciar; para escribir una amenaza, un improperio o una calumnia nos basta con escupir. Y, además, para amar necesitamos estar acompañados; mientras que para odiar podemos estar solos, y cuanto más solos estemos más arrebatadamente podremos odiar. Ama quien es persona; mientras que, para odiar, sólo se necesita ser individuo. Decía Maritain que toda civilización homicida se caracteriza por sacrificar la persona al individuo: concede al individuo multitud de derechos y libertades (empezando, por supuesto, por la libertad de expresión y opinión); y a cambio aísla, despoja, debilita a la persona, privándola de las armaduras comunitarias que la sostienen y abrigan, arrojándola al torbellino de las fuerzas devoradoras que amenazan la vida del alma, a la turbamulta de los intereses y de los apetitos en pugna, a un incesante alud de excitaciones sensuales y errores deslumbrantes. Y, una vez que ha despersonalizado al hombre, le dice: «Eres un individuo libre. Defiéndete y sálvate tú solo».

Allá donde hay personas, la libertad se enraíza y vincula, se encarna en otras almas y otros cuerpos, haciéndose comprensiva, humilde y responsable; allá donde sólo hay individuos, la libertad se desata y desencarna, se torna impúdica y soberbia, se vuelve frívola y altiva, ambiciosa y frenética, enamorada de sí misma e implacable con el prójimo al que ni siquiera se molesta en conocer. Esa libertad ensoberbecida, sin embargo, acaba descubriendo su profunda, irrevocable soledad; y entonces se revuelve como una alimaña, sedienta de venganza, en busca de un culpable que aplaque su rabia, un payaso de las bofetadas sobre el que escupir su frustración.

Así se explica el odio rezumante de espumarajos que hallamos en las redes sociales, que fueron creadas para que las personas sacrificadas al individuo pudieran disfrutar de un simulacro grotesco de vida comunitaria. Redes siempre prestas a convertirse en vomitorio y patíbulo en el que un hormiguero de individuos pueden hacer quedadas y montar aquelarres, para destruir vidas de personas a las que nunca podrán amar, porque no las conocen.

HIPOCRESÍA TECNOLÓGICA

Nos ha impresionado mucho el aquelarre hipócrita que se desató en toda

España ante el luctuoso caso de Verónica, la joven que se suicidó tras propagarse entre sus compañeros de trabajo un vídeo escabroso que ella misma protagonizaba (y que, al parecer, ella misma grabó y difundió en el círculo íntimo de sus amistades). De repente, los compañeros de Verónica que habían compartido el vídeo de marras y habían hecho escarnio de su protagonista se convirtieron a los ojos de la sociedad española en unos tipejos de la peor calaña capaces de las vilezas mayores. Con un desparpajo sobrecogedor, la sociedad española fingió cínicamente que esa conducta le parecía una aberración inimaginable. Pero lo cierto es que el noventa por ciento de los españoles comparten constantemente vídeos escabrosos o vilipendiadores a través de guasap y otras redes sociales; lo cierto es que si ese vídeo de Verónica hubiese llegado al móvil del noventa por ciento de los españoles (y Verónica hubiese sido su compañera de trabajo) lo habrían compartido de inmediato, acompañado de leyendas escarnecedoras que se habrían ensañado con la protagonista.

Y esto ocurre porque la tecnología ha usurpado nuestra conciencia; porque aquellas «reacciones reflejas» que estudiaba la antigua fisiología se producen ahora a través de las redes sociales, que alimentamos compulsivamente, a través de gestos mecánicos (un vídeo compartido, una consigna retuiteada) en los que nuestra conciencia apenas interviene, o interviene sin ningún tipo de mediación del juicio moral; pues la tecnología ha conseguido que nuestra conciencia se convierta en un «instinto del alma», según la definición proterva de Rousseau. Aunque no queramos aceptarlo (o nos conformemos con lamentar que la adicción tecnológica hace mucho daño… ¡a nuestros hijos!), lo cierto es que la tecnología está introduciendo cambios decisivos en nuestras vidas; y no sólo cambios en nuestra conducta o en nuestros hábitos, sino cambios antropológicos decisivos que, lejos de potenciar nuestras facultades racionales, nos están devolviendo a un estadio de primitivismo gregario, como prueban todas las bazofias y frivolidades que nos intercambiamos con gran despliegue de emoticonos a través de las redes sociales. Y es que, aunque sus rapsodas y apóstoles pretendan lo contrario, la tecnología no es una mera «herramienta» o «instrumento» al servicio de nuestras necesidades, al modo en que lo es, por ejemplo, una batidora. Recurrimos a la batidora para hacer mayonesa; pero si no vamos a hacer mayonesa, no se nos ocurre sacar la batidora del armario. Un teléfono móvil con guasap o un ordenador con

conexión wifi no está, en cambio, al servicio de nuestras necesidades, no es una herramienta de la que echamos mano cuando la necesitamos, sino que se ha convertido en un apéndice orgánico que nos acompaña allá adonde vamos, aunque no lo necesitemos (como nos acompaña el riñón aunque no vayamos a beber agua o la vesícula biliar aunque no vayamos a ingerir grasas). Sólo que el teléfono móvil, a diferencia del riñón o la vesícula biliar (que no nos incitan a comer o beber), nos incita al uso compulsivo con mil reclamos, haciéndonos llegar una avalancha de mensajes zascandiles, memes memos o faltones, bulos chorras o calumniosos, vídeos chuscos o directamente sórdidos… a los que tenemos que reaccionar de inmediato, para no quedar descolgados del flujo de «hiperconectividad» en el que nos hallamos inmersos, para no ser expulsados del redil gustoso que la tecnología nos ha fabricado (lo que nos provocaría una ansiedad insoportable).

Y esa reacción que la tecnología nos demanda es, inevitablemente, una reacción instantánea que exige (por efecto de la propia facilidad tecnológica) abreviar nuestras decisiones, hasta casi automatizarlas, despojándolas de dilaciones y también de discernimientos morales dignos de tal nombre. La tecnología, en fin, está instaurando el infierno de la «libertad sin mediaciones», en el que las vilezas más diversas —la calumnia y la denigración, pero también el fanatismo— se reproducen sin cortapisas, de manera exponencial e instantánea, hasta anular por completo nuestra conciencia. Esto es lo que les ocurrió a los compañeros de trabajo de Verónica; y esto es lo que cada día les ocurre al noventa por ciento de las personas que hipócritamente se escandalizaron de lo que los compañeros de Verónica hicieron con su vídeo escabroso, que es lo mismo que hubiese hecho cualquier rehén de la tecnología (o sea, el noventa por ciento de la población): compartirlo con sus amistades, acompañándolo con comentarios chuscos y escarnecedores.

EL HUEVO DE LA SERPIENTE

Vivimos una época paradójica. Nunca en las sociedades occidentales se había alcanzado un grado de repulsa hacia la violencia tan abrumadoramente mayoritario: se abomina de la guerra, se postula el consenso como vía de entendimiento, se avanza en humanitarismo y solidaridad… Y, sin embargo, los titulares de la prensa apenas dan abasto

para describir la avalancha de violencia social que sobresalta nuestros días: mujeres maltratadas, abusos y agresiones sexuales, niños abandonados a su suerte, muchachos en edad escolar que se divierten propinando palizas a sus compañeros más inermes… por no hablar de otras formas de violencia industrial que se silencian, desde el aborto a la eutanasia. Y, paradójicamente, estas conductas florecen en una época que ha alcanzado un grado de repulsa hacia la violencia mayor que cualquier otra época anterior: una época que se adhiere a las tesis pacifistas, que postula el diálogo como vía de entendimiento entre los pueblos; una época, en fin, hipercivilizada, en la que las condiciones ambientales de miseria material han sido reducidas al máximo, sobre todo si las comparamos con las condiciones que regían en épocas anteriores.

¿Qué está sucediendo, pues, para que los impulsos violentos no hagan sino crecer? Para entender este mal cada vez más extendido deberíamos esforzarnos por dilucidar sus orígenes. El fenómeno de la violencia cada vez más extendida en nuestras sociedades pacifistas e hipercivilizadas no puede entenderse plenamente si no lo englobamos en otro fenómeno más amplio que hemos aceptado como si tal cosa y que es el auténtico huevo de la serpiente. Este fenómeno se llama despersonalización y se manifiesta mediante la ruptura de los vínculos humanos. La creación de vínculos genera relaciones de respeto y comprensión mutua; la creación de vínculos nos impulsa a mirar al otro con un afecto nuevo, pues descubrimos que en él hay algo sublime y misterioso: de repente, descubrimos en ese otro una grandeza nueva de la que anhelamos participar, a la vez que surge en nosotros la preocupación de ser indignos de tanta grandeza. Los vínculos que los hombres establecen entre sí generan comprensión; y el principio de toda comprensión reside en que uno conceda al otro lo que es: que le reconozca autoridad, que ame sus cualidades, que deje de considerarlo con los ojos del utilitarismo egoísta, buscando un beneficio o provecho en su trato. Y ese deseo de comprensión genera, a la vez, compromisos fuertes: ya no consideramos al otro un cuerpo extraño que se usa y se tira, sino una persona con una ordenación vital fecunda de la que deseamos participar y aprender. Y ese deseo de conocimiento nos obliga a desprendernos del propio yo, nos obliga a entregarnos al otro, nos obliga a participar de su dignidad, de su libertad, de su nobleza.

Pero en todo anhelo auténtico de comprensión y conocimiento del

prójimo, en todo vínculo verdadero, tiene que haber sacrificio (que será mutuo, si el prójimo nos corresponde), tiene que haber renuncia a uno mismo, tiene que haber paciencia abnegada y constante. Sólo así uno se siente ligado al otro e invadido por su destino. Cuando falta esta noción de sacrificio paciente, sólo amamos en el otro un brillo superficial que no tarda en desgastarse (porque no es más que la proyección de nuestro orgullo narcisista y nuestro afán de dominio). Y estas relaciones sin vínculos verdaderos tarde o temprano se convierten en un duelo de egoísmos en donde no tardan en aflorar las susceptibilidades, las desconfianzas, los recelos, las irritaciones y, finalmente, la animadversión y el aborrecimiento (que son la antesala de la violencia). La creación de vínculos convierte al otro en una patria que se cultiva y se cuida, que se hace grata y fecunda a través de nuestra dedicación y nuestro desvelo; cuando las relaciones se tornan utilitarias el otro se convierte en una triste colonia, una tierra que se expolia y ordeña, que se pisotea y escupe, para después abandonarla.

Nuestra sociedad desvinculada rehúye los compromisos fuertes porque requieren sacrificio y paciencia; y, a cambio, fomenta las relaciones quebradizas y efímeras, cada vez más deshumanizadas, que sólo reconocen en el otro un medio para la obtención de un fin interesado, cuando no un obstáculo para su consecución. La violencia de nuestra época es el fruto directo de esta desvinculación, que inevitablemente se traduce en incapacidad para comprender al otro. Es la violencia paradójica de una época despersonalizada que se finge pacifista, humanista y supercivilizada, mientras incuba el huevo de la serpiente.

REMEDIOS MALTRATADORES

Los remedios con que nuestra época pretende combatir la calamidad del maltrato a la mujer sólo contribuirán a exacerbarla, como ocurre siempre que se desarrollan remedios contra las calamidades sin querer renegar de la filosofía que las inspira. Al fondo de esta calamidad hay una antropología nefasta que se afirma en principios tan aborrecibles como el narcisismo, la codicia de mando, la divinización de la sensualidad, la búsqueda egoísta y utilitaria del goce inmediato, la sed vulgar de una felicidad impermeable al compromiso y al deber. Pero, en lugar de combatir esta antropología nefasta que convierte a muchos hombres en maltratadores, se pretende que las mujeres afirmen también los mismos principios aborrecibles, lo que

inevitablemente redundará en mayor número de mujeres maltratadas; pues, allá donde dos bandos defienden los mismos principios erróneos, se impone el que tiene mayor fuerza bruta.

Para combatir la calamidad del maltrato habría que empezar por combatir lo que nuestra época diviniza: una felicidad que se logra a través de la satisfacción inmediata del propio deseo y la exaltación del yo. Es grotesco que una época que aplaude la infestación pornográfica y la sexualidad más pluriforme —a la vez que persigue y escarnece las virtudes domésticas— pretenda al mismo tiempo que los hombres vean en las mujeres seres dignos de respeto. Es por completo demente que una época que glorifica el utilitarismo, la soberanía de la pasión y la búsqueda constante de goces inmediatos y novedosos pretenda al mismo tiempo castigar las violencias que brotan de las aberraciones que glorifica.

Para combatir el maltrato a la mujer hay que asumir primeramente que toda relación humana digna del tal nombre se funda sobre la noción de sacrificio. No hay vida feliz sin sacrificio mutuo, sin renuncia a uno mismo, sin paciencia abnegada y constante. Los seres viles se afanan por imponer su voluntad y su deseo; los seres nobles se esfuerzan por cumplir con su deber, por aprender a donarse, por dejar de pertenecerse. Sólo así uno se siente ligado al otro e invadido por su destino, incluso cuando se extingue la pasión, incluso cuando acecha el tedio vital; de lo contrario, el tedio vital y la extinción de la pasión hacen odioso a quien nos acompaña.

Decía Thibon que cuando falta el sacrificio uno sólo puede amar en el otro un brillo superficial que no tarda en desgastarse; y cuando ese brillo se desgasta, el amor se convierte en aversión y desprecio. Y a las cosas que despreciamos terminamos tratándolas, inevitablemente, a patadas. Allá donde no hay sacrificio, el amor se convierte en orgullo narcisista de poseer y dominar. Así las relaciones entre hombres y mujeres se convierten en un duelo de egoísmos en donde no tardan en aflorar las susceptibilidades, las desconfianzas, los recelos, las irritaciones y, finalmente, la animadversión y el aborrecimiento. Cuando en las relaciones entre los dos sexos media el sacrificio, el amor es una ofrenda; y el ser amado se convierte en una auténtica patria: una tierra que se cultiva y se cuida, que se hace grata y fecunda a través de nuestros desvelos. Cuando en las relaciones entre los dos sexos media la exaltación del yo, el amor es codicia y afán de anexión; y el ser amado se convierte en una triste colonia: una tierra que se expolia y

ordeña, que se pisotea y escupe, para después abandonarla.

En lugar de hacer de la mujer una auténtica patria, mediante una antropología fundada en la entrega y el sacrificio, nuestra época pretende hacer de hombres y mujeres odiosos colonizadores. Así sólo lograrán exacerbar la calamidad que dicen combatir.

SUPREMACISMO

Las matanzas recientes perpetradas en Estados Unidos han provocado un alud de sandeces en torno a lo que ahora llaman «supremacismo», que no es sino el determinismo racial de toda la vida, para el cual existen razas superiores e inferiores. Este determinismo racial no es una idea salida del caletre de Hitler, Trump o cualquiera de los sucesivos ogros que los demócratas fetén eligen como chivos expiatorios de sus culpas, ni de las hordas que esos ogros acaudillan, sino que es una idea constitutiva de la modernidad.

En realidad, este determinismo racial no es más que la consecuencia inevitable de la aplicación del mecanismo de la «selección natural» a las sociedades humanas. Darwin hablaba sin rebozo de «razas superiores» y de «razas inferiores»; y consideraba que la propagación de las razas inferiores causaría un «grave detrimento a la especie humana». Y Renan, el gran apóstol de la tolerancia, en sus *Diálogos filosóficos*, afirma que, mediante el sacrificio de las razas inferiores, llegará la humanidad a instaurar un reinado de sabiduría y virtud universales. No olvidemos que Renan es el autor de una influyentísima *Vida de Jesús* en la que, a la vez que se presentan de forma merengosa las virtudes humanas de Cristo, se niega muy sibilinamente su divinidad.

Tanto Renan como Darwin parten de la premisa —necesaria para que pueda actuar el mecanismo de la selección natural— del poligenismo (que, a la vez que se carga el pecado original, se carga la Redención). O sea, la existencia de infinidad de comunidades de homínidos que a lo largo de los milenios se van convirtiendo en seres humanos plenos, aunque —desde luego— con diversos grados de «evolución» o «progreso» (o sea, en román paladino, pertenecientes a razas inferiores o superiores). En el poligenismo se fundan lo mismo las hipótesis darwinistas (dogmas de fe para el hombre moderno) que la filosofía etnicista de Renan; y se fundan también todas las abyecciones que han triunfado en las democracias modernas, desde las más

radicales, como la eugenesia (que no fue un invento de Hitler, como piensan los cretinos), hasta las más buenistas, como el enjambre de seudoteorías paparruchescas sobre la influencia fatal del medio, según las cuales la voluntad humana no está regida por una ley moral inmutable que el libre albedrío acata o infringe, sino por «condicionantes» del medio (climático, geográfico, social, económico, etcétera) en el que cada hombre se desenvuelve. Seudoteorías paparruchescas que adjudican a las personas rasgos de carácter o comportamientos diversos según su «procedencia geográfica», lo cual no es más que una forma edulcorada de racismo.

El determinismo racial, en fin, es una consecuencia lógica del poligenismo, una de las ideas medulares de la ciencia y filosofía modernas, que se puede proclamar por las bravas, disparando balas (como hace el energúmeno «supremacista»), o se puede maquillar, disparando ideas melifluas. Pero el único remedio verdadero contra este determinismo racial es afirmar (como hace el pensamiento tradicional) la unidad de procedencia de la especie humana, la comunidad de origen y de sangre de todos los hombres, su fraternidad constitutiva. Y predicar, sobre esa fraternidad constitutiva, el amor al enemigo, como se hizo en el Sermón de la Montaña; pero esta forma extrema de amor requiere la acción de la gracia divina. Y el hombre moderno reniega del auxilio de la gracia divina, porque —Verlaine *dixit*— se conforma con poco. Así, inevitablemente, será cada vez más racista, a la vez que más cretino; y, siendo más cretino, se consolará creyendo que el «supremacismo» es un invento de Hitler, Trump o cualquiera de los sucesivos ogros que los demócratas fetén eligen como chivos expiatorios de sus culpas.

OPINIÓN PÚBLICA

Recientemente, en su programa televisivo nocturno, al humorista Jimmy Fallon se le ocurrió una broma sumamente aleccionadora e inquietante. Consistía en enviar a la calle a un reportero con un micrófono que, en un tono exultante, se acercaba a los transeúntes, informándoles de que Corea del Norte acababa de realizar una prueba atómica e invitándoles a que celebrasen tal éxito, como si celebrasen el descubrimiento de la penicilina. Y, en efecto, muchos panolis abordados en la calle, ante las muestras de júbilo del reportero, se sumaban como zombis risueños a la celebración y mostraban su dicha ante el acontecimiento. El bromazo de Jimmy Fallon

servía, en fin, para demostrarnos cómo se puede inducir en las masas cretinizadas el comportamiento que el manipulador desee; cómo se les puede hacer repetir como loritos las ocurrencias más lastimosas y aberrantes; y cómo, además, se puede lograr que crean orgullosamente que sus acciones y pensamientos inducidos son distintivos, cómo se les puede infundir la creencia irrisoria de que piensan y actúan «por libre», de que todas las majaderías que salen de su caletre son opiniones libres, cuando en realidad no son más que el regüeldo patético de opiniones preconcebidas que otros les han implantado, a modo de chips.

Y el caso es que a este regüeldo patético es a lo que pomposamente denominamos «opinión pública», que no es sino sumisión de las masas a las manipulaciones del mundialismo. Naturalmente, para lograr que la llamada sarcásticamente «opinión pública» exprese las aberraciones que interesan al mundialismo conviene crear previamente lo que Marcuse llamaba «una dimensión única de pensamiento», imponiendo en los cerebros arrasados aquellos criterios que las encuestas nos aseguran que son mayoritarios. Y como las masas (que previamente han sido desarraigadas de los asideros familiares y sociales que antaño les prestaban cobijo en su desvalimiento) tienen auténtico pavor a desafiar los criterios de la mayoría, los acatan con entusiasmo, como los panolis del programa de Jimmy Fallon accedían a felicitar alborozados al dictador coreano por el éxito de sus pruebas atómicas. Por supuesto, si el sistema se tropieza con excesivas resistencias en la imposición de la «opinión pública» que le conviene, de inmediato diseñará «campañas de concienciación» y otras virguerías de la ingeniería social para erradicar definitivamente de la sociedad «conductas indeseables», que se presentarán como subsistencias desfasadas de un tiempo felizmente superado. Y es que el engendro de la «opinión pública» exige incondicional obediencia; pues sólo quien comulga con las ruedas de molino impuestas por la «opinión pública» se convierte en un ciudadano respetable.

Este empeño en modelar el sentido común popular hasta formar una «opinión pública» es un producto del despotismo ilustrado del siglo XVIII. Rousseau, en su celebérrimo *Contrato social*, se refiere sin empacho a la necesidad de conformar la «opinión pública» de forma inducida: «¿Cómo una multitud ciega, que con frecuencia no sabe lo que quiere porque raramente sabe lo que es bueno para ella, ejecutaría por sí misma una

empresa tan grande, tan difícil como un sistema de legislación? La voluntad es siempre recta pero el juicio que la guía no siempre es esclarecido. Hay que hacerle ver los objetos tal cual son... Todos tienen igualmente necesidad de guías: hay que obligar a unos a conformar sus voluntades a su razón; hay que enseñar a otros a reconocer lo que quieren». Al lector avisado no le habrá pasado inadvertido el monstruoso paternalismo del pasaje, el desprecio que Rousseau profesa al pueblo, al que considera una masa amorfa y manipulable a la que se puede cambiar a capricho con tan sólo cambiar lo que piensa. Esta misma idea la reitera en otro pasaje especialmente abyecto del mismo libro: «Así como la declaración de la voluntad general se hace por ley, la declaración de juicio público se hace por la censura; la opinión pública es la especie de ley de la que el censor es el ministro, y que él no hace más que aplicar a los casos particulares a ejemplo del príncipe. [...] Corregid las opiniones de los hombres y sus costumbres se depurarán por sí mismas».

La llamada «opinión pública», como nos enseña el sórdido Rousseau, no es más que un hábil y refinado engranaje de censuras urdido para legitimar las ingenierías sociales más ominosas. Y al servicio de esta «opinión pública» están los políticos cipayos y los *mass media*, a los que el mundialismo sabe cómo recompensar los servicios prestados. Que suele ser a costa de nuestra sangre y de nuestra alma.

UN TIRANO GIGANTESCO

DINERO APÁTRIDA

Allá por 1931, en su encíclica, *Quadragesimo Anno*, Pío XI describía con gran clarividencia las transformaciones del capitalismo, por aquel entonces inmerso en una crisis a la que muchos ilusos pensaron que no podría sobrevivir. Pío XI se percató entonces de que aquella crisis era tan sólo la cortina de humo que permitiría al capitalismo consumar una metamorfosis horrenda, para convertirse en un monstruo cada vez más acaparador y desencarnado, infractor de la libre concurrencia y de todo tipo de trabas legales. En algún pasaje de aquella encíclica profética, Pío XI lamentaba que esta metamorfosis del capitalismo estuviese aplastando el papel del Estado, que «debería ocupar el elevado puesto de rector y supremo árbitro de las cosas», para relegarlo a la condición de mero lacayo de las fuerzas económicas, «entregado y vendido a la pasión y a las ambiciones humanas». En otro pasaje, se atrevía a aludir a la condición amoral de este «imperialismo internacional del dinero» sin arraigo, que allá donde halla su provecho funda su patria (*ubi bene, ibi patria est*).

La clarividencia que Pío XI mostraba en la denuncia de aquella metamorfosis que entonces estaba cobrando forma no tuvo, por desgracia, continuidad en sus sucesores. Y, mientras tanto, el nuevo capitalismo global, desligado de la riqueza natural de las naciones y convertido en una «niebla de las finanzas» inaprehensible, consiguió concentrar el dinero apátrida en unas pocas manos, reduciendo al común de la Humanidad a la condición de mera comparsa: un mogollón informe o papilla de gentes despojadas de propiedad, obligadas a un trabajo asalariado cada vez más precario, forzadas a emigrar y, ya por último, ensimismadas en sus derechos de bragueta y en sus entretenimientos plebeyos. Y todo este estropicio antropológico pudo hacerlo el dinero apátrida con la complicidad de las nuevas izquierdas, reconvertidas en mamporreros del capitalismo más desenfrenado, a las que se encargó la tarea de apacentar a los trabajadores hacia los rediles de la «libertad sexual» y las «políticas de identidad», tal como denunciaron algunos marxistas resistentes, desde Pasolini a Hobsbawm.

Así hemos llegado a la situación presente, en la que la hegemonía del dinero apátrida ha logrado cuajar la forma de dominación más férrea de la Historia. Y todo ello ha ocurrido mientras los ilusos disfrutan de los

derechos de bragueta y los entretenimientos plebeyos que les brinda una opípara democracia; y algunos, incluso, apelan en el colmo de la credulidad a irrisorios «derechos de autodeterminación», creyendo que pueden fundar nuevas naciones, como fundan nuevas «identidades de género» (sin saber, los pobres diablos, que sólo se fundan las naciones y las «identidades de género» que convienen al dinero apátrida). Y, mientras todo esto sucede, una pequeña camarilla de multimillonarios, capaces de derrocar gobiernos y de arruinar Estados con tan sólo desplazar su dinero apátrida por una madeja inextricable de terminales informáticos, han elaborado planes que garantizan definitivamente su supremacía. No están atados a ningún territorio, carecen de lealtades, se carcajean de todos los patriotismos, no tienen otra religión sino la acumulación de capital (aunque, para debilitar a las masas a las que ordeñan, se preocupan de que ellas se mantengan fieles a esa religión erótica que, a la vez que exalta la lujuria, prohíbe la fecundidad). Consideran que aún no han concentrado suficiente cantidad de dinero y que nosotros aún podemos resistir una vida más subalterna, consideran que nuestra resistencia a la adversidad no se ha colmado y que nuestras clases medias aún no han sido suficientemente expoliadas. Así que, con el apoyo de los Estados convertidos en lacayos de sus ambiciones, se disponen a lanzar la última ofensiva: depauperación de aquellos oficios que no redundan en su beneficio, imposición del comercio *on-line*, aniquilación de cualquier residuo de garantía laboral, introducción de monopolios disfrazados que arrasarán los últimos vestigios del pequeño comercio autóctono, robotización de trabajo y *(last but not least*) creación de un salario de subsistencia que mantenga a las multitudes desocupadas en un nivel de pobreza sostenible (y bragueta sostenida), pagado —por supuesto — por los Estados lacayos.

Para lograr su designio, el dinero apátrida necesita líderes políticos que convenzan a las masas cretinizadas de que este horizonte infrahumano constituye su salvación. Y esos líderes políticos ya están entre nosotros.

LA VIDA DE LOS ANIMALES

He estado releyendo *El fin de la historia y el último hombre* (1992), de Francis Fukuyama, uno de los libros más influyentes y perversos de las últimas décadas, recibido en su día como una suerte de evangelio negro por las élites del mundialismo. La tesis central del libro es sobradamente

conocida: derrotadas las ideologías que en otro tiempo se atrevieron a disputarle la supremacía, la democracia liberal está llamada irreversiblemente a convertirse en la única forma de gobierno posible. A juicio de Fukuyama, el capitalismo liberal ha demostrado ser más eficiente y dinámico que cualquier otro sistema político y económico; y, sobre todo, ha demostrado que la actividad económica puede convertirse en la actividad primordial del hombre, en volandas del desarrollo técnico y científico, que para Fukuyama es una base moral capaz de sustituir a la religión. La ausencia de conflictos bélicos o ideológicos nos conducirá, en fin, a una globalización inevitable que convertirá a los Estados en reminiscencias de otra época, tal vez subsistentes en un plano nominal, pero amalgamados en cualquier caso en un Nuevo Orden Mundial.

Hasta aquí la tesis política propuesta por Fukuyama. Pero detrás de toda tesis política subyace una concepción antropológica; y la de Fukuyama es, en verdad, aberrante. Imagina a un hombre amputado de necesidades espirituales, un hombre sin metafísica, satisfecho con los logros técnicos y científicos y sólo preocupado por saciar sus deseos; un hombre que, habiendo abandonado las grandes causas que en otras épocas provocaron guerras y revoluciones, ya no tendrá motivo alguno por el que arriesgar su vida. Un hombre, en fin, muy semejante al que avizorase Tocqueville en su magna obra *La democracia en América*, obsesionado con procurarse placeres ruines y vulgares y sobre el cual se yergue un poder tutelar que lo pastorea paternalmente, como miembro de un rebaño de animales. Fukuyama no tiene la altura de pensamiento de Tocqueville y mucho menos su sana concepción antropológica; pero no se recata de describir, en un alarde de sinceridad, a los hombres del final de la historia: «En otras palabras, volverán a ser animales, como lo eran antes del combate sangriento con que comenzó la historia. Un perro se siente satisfecho con dormir todo el día al sol con tal de que lo alimenten, porque no está insatisfecho con lo que es. No le preocupa que otros perros lo pasen mejor que él o que su carrera como perro se haya estancado, o que en distintos lugares del mundo se oprima a los perros. Si el hombre alcanza una sociedad en la cual se haya conseguido abolir la injusticia, su vida llegará a parecerse a la del perro».

Esta vida animal que Fukuyama avizora como destino final del hombre está expuesta, sin embargo, a peligros. «Cabe sospechar —continúa— que

algunos [hombres] no se sentirán satisfechos hasta que se pongan a prueba a sí mismos con el mismo acto que afirmó su humanidad al principio de la historia: desearán arriesgar la vida en un combate violento y con ello demostrar que son libres. Buscarán deliberadamente la incomodidad y el sacrificio, porque el dolor será el único modo que tendrán para demostrar definitivamente que pueden pensar bien de sí mismos, que siguen siendo seres humanos». Fukuyama no entiende que detrás de esa búsqueda deliberada de la incomodidad y el sacrificio puede haber necesidades espirituales mucho más necesarias para vivir que las satisfacciones materiales que su divinizada democracia liberal ofrece para animalizar a los hombres; pero de algún brumoso y enmarañado modo intuye que la vida de perros satisfechos y despreocupados que nos augura no acabe de gustarnos del todo.

Cabe preguntarse, sin embargo, si esa vida animalesca que Fukuyama avizora no es ya nuestra propia vida. ¿No somos acaso nosotros mismos animales satisfechos en los que la propaganda ha inculcado una serie de reflejos condicionados? ¿No somos acaso nosotros mismos un rebaño plenamente sumiso a todo tipo de manipulaciones, incapaz de reflexiones profundas que nos permitan taladrar el velo de los pensamientos condicionados? ¿No somos acaso nosotros mismos loritos que, creyendo expresar su opinión, no hacen sino repetir las opiniones prefabricadas por los medios de adoctrinamiento de masas? ¿No somos nosotros mismos perros satisfechos que ya no se plantean preguntas metafísicas, que ya ni siquiera las conciben, que miran con escándalo y aversión al que se atreve a concebirlas y plantearlas? ¿No somos nosotros mismos, en fin, la humanidad animalizada y dúctil soñada por el Nuevo Orden Mundial?

DECADENCIA

Progreso material y civilización son conceptos que nada tienen que ver entre sí; y que a veces, incluso, pueden resultar antípodas, si el progreso material no se subordina a las necesidades de orden moral y espiritual que fundan y sostienen una civilización. Cuando ocurre lo contrario (cuando el progreso se antepone a las necesidades morales y espirituales, llegando a sepultarlas, o manteniéndolas a modo de perifollos retóricos), la decadencia de esa civilización ya ha comenzado. He aquí una verdad infalible que, misteriosamente, los hombres de todas las épocas se obstinan en ignorar,

pretendiendo que la civilización que los cobija está inmunizada contra el mal que a otras anteriores las corrompió, hasta aniquilarlas. Se trata, sin duda, del engaño más trágico y reiterado de cuantos recorren, a modo de estribillo aciago, la historia de la Humanidad.

A este engaño contribuye, en gran medida, otro hecho paradójico. Con frecuencia, las civilizaciones que han iniciado su decadencia muestran un aspecto falsamente saludable, como el del comensal que sonríe ahíto un segundo antes de que lo fulmine una apoplejía. En efecto, casi todas las civilizaciones que han sucumbido lo han hecho en un momento que, aparentemente, era el de su mayor esplendor; un esplendor con pies de barro, sostenido sobre un progreso puramente material, pero muy resultón y aparente, tan resultón y aparente que provoca engreimiento en quien lo padece. Hemos escrito «padece» porque tal esplendor aparente es la enfermedad más nociva de cuantas pueden aquejar a una colectividad humana: a veces se reviste de prosperidad económica, a veces de avances científicos y técnicos, a veces de formas políticas primorosas, a veces de todos estos oropeles juntos, en apoteosis que preludia un aparatoso derrumbamiento. A estas civilizaciones revestidas de esplendores de pacotilla les sucede como a las momias, cuyo aire hierático puede evocar un aire mayestático, cuyo aspecto amojamado se puede confundir con sobriedad y nobleza, cuya mirada fija y taladrante nos impide determinar si son jóvenes o viejas (aunque determinar tal cosa carece de importancia, pues ante todo están fiambres).

El progreso material, cuando no está animado por un impulso espiritual, arrastra a la decadencia. Y es una decadencia que nace del hastío, del cansancio, de un malestar sin forma, una gangrena que se va apoderando imperceptible, casi voluptuosamente, de personas e instituciones, un agostamiento paulatino e indoloro que las va enfermando de escepticismo y desesperanza. La etiología de esta enfermedad es muy sencilla, pues es la misma que la de la planta que ha sido arrancada del suelo que le daba sustento. Las civilizaciones siempre se agostan y pudren cuando son arrancadas de la fuente de su alegría y vigor, que en último extremo es religiosa; pero, absurdamente, piensan que podrán suplir esa fuente de alegría y vigor mediante ídolos diversos. El ídolo sucedáneo más socorrido a lo largo de los siglos ha sido el Dinero; en esta fase de la Historia, el Dinero se amalgama con una serie de fetiches políticos muy rimbombantes,

todos ellos presentados con traje cívico y solidario, aunque en realidad inventados para satisfacer egoísmos particulares. Pero tales ídolos son alimentos que no nutren, medicinas que no curan, bendiciones que no bendicen; son placebos que, tarde o temprano, revelan su inoperancia ante las necesidades más sinceras y duraderas del ser humano, que son de índole espiritual. Entonces las sociedades, mientras avanza la gangrena del cansancio en sus organismos, se percatan de que tales ídolos son placebos inanes; pero como la fuente de la alegría les ha sido arrebatada, sólo pueden consolarse buscando otro placebo más «intenso» y «estimulante» (más destructivo, en realidad). Decía Chesterton que los hombres, una vez que han pecado, buscan siempre pecados más complejos que estimulen sus hastiados sentidos. El pornógrafo hastiado de contemplar imágenes sórdidas protagonizadas por adultos buscará imágenes sórdidas protagonizadas por niños; el drogadicto hastiado de los paraísos artificiales de la marihuana buscará los paraísos artificiales de la heroína; el hombre hastiado de los subsidios rácanos y entretenimientos plebeyos suministrados por la democracia buscará los subsidios más rumbosos del latrocinio y los entretenimientos más excitantes de la anarquía.

La decadencia siempre surge del hastío provocado por un progreso material desembridado de exigencias morales. Ha ocurrido en todos los crepúsculos de la Historia; está ocurriendo también en este, aunque nos neguemos a aceptarlo.

CIVILIZACIÓN

En una alocución ante el parlamento francés tras los viles atentados yihadistas de París, el presidente François Hollande afirmó: «Francia no está participando en una guerra de civilizaciones, pues estos asesinos no representan a ninguna civilización». La frase fue reproducida en titulares de prensa, glosada enfáticamente en las tertulias de encefalograma plano y suministrada como alfalfa a las masas; pero nadie se atrevió a señalar que se trataba de una falacia lógica de libro, pues emplea una premisa cierta para desembocar en una explicación falsa con la secreta intención de ocultar que la certeza de la premisa se funda en razones muy distintas a las que se enuncian.

Francia, en efecto, no está participando en una guerra de civilizaciones, porque para que se produzca una guerra de este tipo tiene que haber dos

civilizaciones en liza; pero la dura verdad es que los asesinos que atentaron en París sí representan una civilización, extremo que no puede afirmarse de Francia. La falacia lógica de Hollande jugaba con la credulidad del oyente, tomando la palabra «civilización» en el sentido que se ha extendido en Occidente, como sinónimo de «progreso» democrático. Pero una «civilización» nada tiene que ver con este concepto de fantasía, inventado con el propósito de engañar a las masas, que de este modo piensan que existe una «civilización occidental», como existió una «civilización cristiana». Una civilización es «un conjunto de creencias y valores compartidos que conforman una comunidad»: de ahí que todas las civilizaciones que en el mundo han sido, son y serán hayan sido fundadas por religiones; de ahí que todas las civilizaciones, cuando las religiones que las fundaron se debilitan y oscurecen, se desintegren paulatinamente, hasta claudicar. No es posible conformar una comunidad sin una religión compartida, por la sencilla razón de que cuando no se reconoce una paternidad común, toda unión humana se torna imposible. En la mal llamada «civilización occidental», que no está fundada sobre una religión sino sobre una apostasía y una posterior idolatría (la del progreso democrático), las uniones son en el mejor de los casos quebradizas, pues se basan en lo que Unamuno llamaba «la liga aparente de los intereses»; y, como los intereses suelen ser egoístas y cambiantes, la demogresca campea por doquier.

Sólo puede haber civilización allá donde hay una religión compartida; y cuando se esfuma el fundente religioso, o cuando tal fundente se hace añicos, la civilización desaparece lentamente, hasta ser sustituida por otra. Así ocurrió, por ejemplo, con Roma, que al perder la fe en sus dioses dejó de cultivar las virtudes que la habían hecho fuerte, para luego entregarse en su decrepitud a un hormiguero de sectas asiáticas devoradoras, del que la salvó el cristianismo. Pero que no haya posibilidad de civilización sin religión no quiere decir que toda forma de civilización sea buena o digna de consideración: ahí tenemos en la Antigüedad a los cartagineses, que fundaron una civilización aberrante e infanticida, venturosamente aniquilada por los romanos; y tenemos, como un turbio río de sombra recorriendo la Historia, la civilización islámica, que desde sus mismos orígenes se expandió a través de la violencia, lanzando una formidable ofensiva contra una Cristiandad pululante de herejías que detuvo Carlos

Martel en Poitiers, para que luego Pelayo iniciara una difícil reconquista de la Hispania visigótica. Y esta civilización islámica siguió dando muestras de su carácter expansivo y violentísimo con los turcos, que tomaron con masacres Constantinopla para ser luego frenados primero en Lepanto y después a las puertas de Viena. Esta civilización islámica es la que ahora vuelve a atacar (después de que la avaricia democrática haya jugado insensatamente a exasperarla, todo sea dicho); sólo que enfrente ya no tiene una civilización cristiana dispuesta a hacerle frente, unida en torno a una fe común que actúa a modo de antídoto y reconstituyente, sino que sólo tiene a una multitud apóstata, feble y amorfa de gentes incapacitadas para el sacrificio que piensan ilusamente que defecando cuatro bombitas por control remoto van a conjurar el peligro.

Pero los pueblos que han renegado de su civilización siempre pierden a la larga las guerras contra los pueblos que conservan la suya. Y acaban siendo sus esclavos, porque sus gobernantes sin fe siempre los traicionan, primero dejando que el enemigo se cuele en sus tierras cual caballo multicultural de Troya, después haciendo lo mismo que el cobarde obispo Oppas, cuando el emir Muza entró en Toledo: entregando una lista con las cabezas que hay que cortar.

CAVANDO NUESTRA PROPIA TUMBA

Allá por 1950, Agustín de Foxá escribía una tercera clarividente en *ABC*, en la que alertaba sobre el «error de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial» al pretender implantar artificialmente «pacíficas repúblicas democráticas» entre pueblos que repudiaban tal forma de gobierno. «Las culturas —escribía Foxá— tienen su tiempo, como el crecimiento de los vegetales. Y nadie puede acelerar el ritmo botánico de una selva». Como ejemplo de los peligros de esta obsesión democrática, Foxá citaba (tal vez a modo de *captatio benevolentiae*) el ejemplo de la América española, que separada de su madre «se constituyó en múltiples repúblicas democráticas», para luego resignarse a vivir «bajo el cetro de sus dictadores». Pero lo cierto es que la América española había sido previamente civilizada y evangelizada; y su repudio de las repúblicas democráticas se puede explicar en razón de su filiación hispánica, que luego sus dictadores malversaron en beneficio propio. La crítica de Foxá, sin embargo, se dirigía específicamente contra las potencias vencedoras de la Segunda Guerra

Mundial, que «en lugar de cristianizar» a los pueblos, los habían enseñado «a manejar las ametralladoras». Y remataba su artículo con una premonición: «Estos pueblos se aprovecharán de nuestra penicilina y nuestra democracia, y desdeñarán nuestra alma escéptica […]. Es muy posible que por este error estemos los occidentales cavando nuestra propia tumba».

Aquella premonición de Foxá se ha cumplido plenamente. Los occidentales, en efecto, hemos cavado nuestra propia tumba, pretendiendo implantar por doquier «pacíficas repúblicas democráticas». Sólo que este empeño de llevar hasta los confines del atlas la libertad, la democracia y la sociedad abierta escondía tras su fachada grandilocuente sórdidos propósitos expoliadores; pues lo que en verdad se oculta tras esa trinidad de eufónicas palabras es el Dinero, dios al que se rinden los sacrificios más cruentos. El hambre de dinero, todavía disfrazada con una cínica pátina de cristianismo, guió la creación de «pacíficas repúblicas democráticas» tras la Segunda Guerra Mundial; el hambre de dinero guió los procesos abiertos tras el colapso del comunismo en los países que padecieron su tiranía (a los que, a cambio de ingresar en la «sociedad abierta», se les exige que renieguen de su tradición cristiana); y el hambre de dinero guió los procesos que se han pretendido realizar en los países islámicos, donde el Nuevo Orden Mundial, con tal de llevar a cabo su designio, no ha vacilado en liberar los demonios encadenados por aquellos tiranuelos a los que previamente entronizó; y ahora, con los demonios desatados, pretendemos conjurar el peligro invocando un quimérico «Islam moderado» frente al yihadismo y otras memeces con olor a diarrea.

En el artículo que citábamos arriba, Foxá auguraba que «la palanca que un día descuelgue la bomba atómica sobre Roma» sería movida «por un brazo oscuro, recién salido de la Prehistoria». Pero ese brazo oscuro no necesitará descolgar bombas atómicas sobre Roma: le bastará con degollar muy de vez en cuando a algún solitario carca recalcitrante, mientras profana tranquilamente los templos de Roma, con el beneplácito de los mamporreros del Nuevo Orden Mundial, que le harán pasillo y lo jalearán con el mismo entusiasmo con el que antes jaleaban la constitución por las buenas o por las malas de «pacíficas repúblicas democráticas» entre pueblos que repudian tal forma de gobierno. La Historia nos demuestra repetidamente que quienes se llenan la boca de palabras grandilocuentes

son los primeros en hacer gárgaras con ellas.

ULTRADERECHA

En los últimos años todos los lacayos del periodismo sistémico dan mucho la tabarra con el ascenso de la «ultraderecha», un fantasma muy socorrido cuyos contornos no logran, sin embargo, definir con precisión, aunque siempre tratan de caracterizarlo como una especie de metástasis del fascismo histórico. Pero el fascismo fue, ante todo, un totalitarismo, que como su propio nombre indica impone una «explicación totalizadora y articulada del mundo» al modo hegeliano. Pretender que la llamada «ultraderecha» italiana o francesa tienen esta visión hegeliana resulta, desde luego, una hipérbole un tanto tremebunda; pensar que la tiene la llamada «ultraderecha» española resulta directamente una paranoia. Por lo demás, todas estas «ultraderechas» con las que los lacayos sistémicos amedrentan a las masas, para modelar a su antojo la llamada «opinión pública» y orientar el voto, poco tienen que ver entre sí.

Pero, mientras los lacayos sistémicos nos meten miedo con estas «ultraderechas», se ha impuesto y consolidado un totalitarismo auténtico, que no es otro sino el del mercado global, el del sometimiento de las economías nacionales al Dinero apátrida, los fondos de inversión y los valores bursátiles especulativos. Y este totalitarismo rampante al que los lacayos sistémicos nunca señalan (sino que, por el contrario, aplauden fervorosamente o maquillan taimadamente, mientras se reparten las migajillas de su banquete) no se limita a imponer las «leyes del mercado», sino que tiene una visión totalizadora y articulada del mundo que —como explicaba Walter Lippmann—exige un «reajuste necesario en el género de vida» de las masas y un cambio de «las costumbres, las leyes, las instituciones y las políticas», hasta llegar incluso a transformar «la noción que tiene el hombre de su destino en la Tierra y sus ideas acerca de su alma». Este totalitarismo realmente vigente, para engañar a las masas a las que oprime y enzarzarlas en una demogresca agotadora, abre franquicias de derechas, de izquierdas y de centro; todas ellas, sin embargo, conformes en la defensa del mercado global en la economía, la partitocracia en la política doméstica, el europeísmo en la política internacional, el atlantismo en la política geoestratégica y los derechos de bragueta en la política social. Cualquiera que se atreva a disentir (aunque sea timidísimamente) de este

corpus será de inmediato tildado de «ultraderechista».

El objeto fundamental de este totalitarismo hegemónico no es otro sino la imposición de los intereses del Dinero apátrida sobre el bien de los pueblos. De ahí que conceda tanta importancia a la disgregación o envilecimiento de todas las formas de comunidad (familia, sindicato, escuela, universidad…); pues pretende formar una sociedad amorfa de individuos desvinculados, ensimismados en disfrutes materiales y egoístas. O dicho más sucintamente, una sociedad de consumidores compulsivos a los que constantemente se abastece de los llamados «derechos civiles», que no son otra cosa sino instrumentos para halagar la bragueta y provocar divisiones sociales. Y, a la vez que el totalitarismo vigente abastece sin cesar a las masas con estos «derechos civiles» y aplaude los movimientos que surgen a su estela, estrangula los derechos sociales (ligados a la familia, al trabajo, a la vida comunitaria en la *polis*), sin que nadie rechiste, mientras los lacayos sistémicos nos siguen metiendo miedo con la «ultraderecha». Así, el totalitarismo hegemónico, a la vez que aplaude con ardor las huelgas feministas y otros orgullos neocapitalistas, erosiona y mina las resistencias familiares, laborales, educativas… asociativas, en definitiva. Pues el *pack* de este nuevo totalitarismo engloba por igual la exaltación de la sexualidad plurimorfa, la precariedad laboral, el Plan de Bolonia, etcétera.

Y en la consolidación de este totalitarismo hegemónico colaboran lo mismo las facciones de derechas (que no han vacilado en subirse al carro y a las carrozas del orgullo neocapitalista) que las izquierdas (que han sustituido el internacionalismo proletario por las «políticas de la diferencia»). Y, cuando las facciones de derechas e izquierdas no se bastan con los mecanismos de la demogresca para imponerse, se alían entre sí. Pero la hegemonía aplastante de este nuevo totalitarismo no se habría logrado sin el apoyo de los lacayos sistémicos que meten miedo a las masas con la «ultraderecha», mientras la apisonadora del mercado global destruye a los pueblos. Algún día, todos los lacayos del periodismo sistémico, encargados de pastorear a las masas hacia el redil del dominio, tendrán que responder por sus graves responsabilidades.

UN MUNDO SIN CENSURA

Entre los especímenes más irrisorios de cretinismo contemporáneo se cuenta el cretino que, para exaltar la supuesta libertad de expresión que

disfrutamos en nuestra época, la contrasta con las cortapisas existentes en épocas pretéritas. Pero lo cierto es que nunca ha habido más censura que hoy: han cambiado, por supuesto, los métodos, que ya no emplean los recursos antediluvianos de antaño, tachando aquellas ideas que le disgustan; pero la eficacia de la nuevas formas de censura es infinitamente mayor, más inmediata y aséptica, y a la vez más indolora y gratificante.

Suele ocurrir que los cretinos que exaltan la supuesta libertad de expresión que disfrutamos en nuestra época, en contraste con épocas pasadas, sean a la vez tecnólatras frenéticos que divinizan interné, presentándolo como un invento donde no existen centinelas que criben lo que puede y no puede decirse, donde cualquiera puede expresar sus ideas, que además podrán divulgarse sin trabas de forma instantánea, alcanzando audiencias multitudinarias. Pero lo que ocurre es exactamente lo contrario. El disidente que soltaba sus ideas subversivas en el casino de su pueblo o repartía octavillas entre los tenderos de su barrio aún podía, con un poco de suerte, aspirar a que lo escuchasen o leyesen sus vecinos. Lo que interné nos ha procurado, bajo una apariencia de universalidad, es una sociedad infinitamente fragmentada, dividida en grupúsculos endogámicos, en la que sólo escuchamos o leemos opiniones que fortalecen y reafirman lo que ilusoriamente creemos que son nuestras convicciones; y que, a la postre, no son sino las opiniones que otros nos han instilado muy sibilinamente. Pues interné —como siempre ocurre con la tecnología— no es un instrumento neutral puesto a nuestro servicio, sino un instrumento que nos pone al servicio de quienes lo manejan. Y quienes lo manejan saben cómo seleccionar, entre el mogollón informe de opiniones que se vierten en interné, aquéllas que les conviene destacar y divulgar, para colonizar ideológicamente a quienes lo usan. A nadie se le escapa, salvo a los cretinos, que los buscadores de interné, como las redes sociales, utilizan algoritmos que, a la vez que propagan universalmente las opiniones sistémicas, complacen a los ilusos disidentes, permitiéndoles vivir dentro de un microclima donde sólo leen o escuchan las opiniones que les gustan, infundiéndoles el espejismo de que tales opiniones han sido divulgadas universalmente. De este modo, mediante la visibilidad restringida de aquellas opiniones que se consideran impertinentes o subversivas, se logra la fragmentación y aislamiento de los disidentes.

Y, entretanto, las opiniones que verdaderamente alcanzan audiencias

multitudinarias son las que no constituyen ningún desafío a las ideas establecidas, las opiniones plenamente sistémicas que a los amos del cotarro les interesa divulgar. En nuestra época no hay censura por la sencilla razón de que los amos del cotarro disponen de recursos para impedir que las opiniones críticas se propaguen. Mucho más eficaz que suprimir la opinión de los disidentes es lograr su confinamiento dentro de unos límites muy estrechos; y lograr que tal confinamiento sea, además, complaciente y gustoso, pues los confinados ni siquiera se enteran, y pueden gritar como posesos sin apenas repercusión. Y mientras ellos se desgañitan ante su reducidísima parroquia, sin cortapisas ni censuras, los amos del cotarro pueden dedicarse tranquilamente a divulgar su bazofia sistémica, sus intoxicaciones funestas, sus medias verdades venenosas, sus superficialidades entontecedoras, que suministran a su inmensa y universal parroquia la ilusión de tener un acceso sin trabas a las opiniones más dispares (que serán, sin embargo, concordes en lo esencial, con su aderezo de discrepancias barulleras e inanes en lo accesorio). Así, bajo una apariencia engañosa de tolerancia, logran hacernos creer que vivimos en un mundo sin censura; pero bajo esa fachada permisiva y libérrima se esconde una implacable restricción que, sin embargo, no crea alarma ni perturbación, sino por el contrario una satisfecha complacencia, incluso en el disidente.

O sobre todo en el disidente, cuyo descontento ha sido hábilmente reconducido hacia canales suburbiales donde pueda desfogarse, sin que nadie se entere. Así el disidente se convierte en una voz que grita en el desierto a la que ya no es necesario amordazar con la censura, porque puede desgañitarse sin que nadie le haga ni puñetero caso, sin que sus opiniones subversivas rocen siquiera el tumulto de voces que los amos del cotarro amplifican, para hacer más invulnerable su dominio.

EFECTO LLAMADA

El error más característico del hombre moderno es la negación de la realidad, la pretensión fatua de que las cosas no existen en sí mismas, sino tan sólo como proyección de nuestra subjetividad. Sobre esta premisa desquiciada, el racionalismo idealista pudo postular tan pichi que el mundo se formaba, reformaba y transformaba mediante meras «ideas»: así nacieron las ideologías, constructos (o, en la versión terminal que hoy padecemos,

meros repertorios de consignas para masas cretinizadas) que niegan la realidad de las cosas y la someten a la voluntad humana, que se cree capaz de moldearla a su antojo, para establecer un quimérico paraíso en la tierra. Pero la realidad es testaruda y no se inmuta ante los desvaríos humanos, sino que se queda tan tranquila en su sitio, dejando que los hombres desvaríen hasta llegar al barranco. Sólo que las ideologías, entretanto, han logrado moldear hombres fanáticos que no tienen reparo alguno en arrojarse al barranco, pensando grotescamente que allá al fondo los espera un mullido colchón.

El otro día descubrí con pasmo, escuchando una tertulia radiofónica, que los gurús progresistas niegan la existencia del denominado «efecto llamada». No se conforman con negar, como correspondería a unos aplicados mamporreros sistémicos, que el «efecto llamada» sea provocado por la insensatez gubernativa, o por la lenidad de los burócratas del pudridero europeo, o por los cálculos protervos de la agenda mundialista, o por las tensiones que generan las diferencias económicas entre países, o por cualquier otra razón discutible. Los gurús progres no entran siquiera a discutir cuál es el agente provocador de ese «efecto llamada», sino que niegan la existencia misma de tal efecto; niegan, en definitiva, las más elementales verdades antropológicas, que nos enseñan que los hombres acuden allá donde se les lanza un reclamo promisorio, allá donde avistan una vida menos áspera o más regalada. Ni siquiera hace falta que los hombres a los que se brinda tal señuelo sean truhanes o desesperados; pues está en la naturaleza humana elegir el camino que nos lleva hasta la tierra prometida. Negar el «efecto llamada» es tanto como negar la naturaleza humana; pero los gurús progresistas no se arredran ante nada, y menos que nada ante la realidad. Pues saben bien que los fanáticos que los siguen están dispuestos a aceptar cualquier realidad paralela, sobre todo si se sirve convenientemente rebozadita de corrección política.

No existe ninguna esperanza para una generación que se nutre con la farfolla suministrada por estos gurús, que no son sino ciegos guiando a otros ciegos. Empachados de farfollas que niegan la realidad, acabaremos inclinando la testuz, para que los bárbaros nos puedan degollar más fácilmente, como hace el manso Asterión de Borges, ante la espada de Teseo. Porque la muerte, para quienes se han empeñado en negar la realidad puede ser, en efecto, la única forma posible de liberación.

POBRES REFUGIADOS

Siempre he pensado que el sacerdote y el levita de la parábola del Buen Samaritano eran unos filántropos como la copa de un pino. Recordemos la escena: ambos pasan al lado del viajero que yace desnudo y molido a palos por los ladrones en mitad del camino; pero, en lugar de detenerse a auxiliarlo, dan un rodeo y se alejan presurosos. ¿Es que eran unos hijos de puta sin entrañas? ¡Por supuesto que no! Pero ese día se organizaba en Jerusalén una manifestación multitudinaria y tenían que sostener una pancarta y lanzar eslóganes por un megáfono; o tal vez debían participar en un programa televisivo, para denunciar los abusos contra los refugiados. El sacerdote y el levita eran unos hombres comprometidos con las causas filantrópicas, unos grandes idealistas deseosos de lanzar prédicas en las que mostrasen su inmenso amor a la Humanidad, ansiosos de dirigir soflamas contra los tiranos que cierran las fronteras y levantan muros contra los refugiados.

Chesterton denunciaba hace un siglo que el mundo se había llenado de virtudes cristianas que se habían vuelto locas. Y las virtudes se vuelven locas desencarnándose, convirtiéndose en eufóricas (y eufónicas) entelequias que dejan de interpelarnos personalmente, para convertirse en apelaciones genéricas y pomposas exhortaciones, en un grandilocuente «llamarse a andana» en el que, a la vez que pasamos de largo ante el viajero que yace postrado en el camino, exigimos que otro (un «otro» omnipotente y abstracto en el que delegamos nuestro compromiso) se ocupe de socorrerlo. Así, las anticuadas obras de misericordia (dar de comer el hambriento, dar posada al peregrino, etcétera) se han convertido en filantrópicos brindis al sol: que el Estado dé posada al peregrino, que los comedores municipales den comida al hambriento, etcétera. A fin de cuentas, esos comedores y posadas se financian con nuestros impuestos; y, mientras tanto, nosotros podemos seguir participando en manifestaciones tan ricamente.

La filantropía ha encontrado una causa de relumbrón en los refugiados, una brumosa categoría que se adapta como anillo al dedo a la prosa campanuda de los manifiestos. Escribía Tocqueville en *La democracia en América* que el verdadero amor «no tiene ninguna necesidad de ideas generales, no siente la necesidad de encerrar un gran número de seres

análogos bajo una misma forma, a fin de pensar en ellos más cómodamente». Pero la filantropía, que es comodona, actúa exactamente al contrario que el verdadero amor: necesita ideas generales, categorías abstractas, seres análogos que disfracen su impasibilidad. La filantropía es tan impasible como la xenofobia; pero, mucho más taimadamente, la disfraza y adecenta convirtiendo ideológicamente esas ideas generales y categorías abstractas en entelequias fácilmente manipulables sobre los que podemos derramar nuestra lloriqueante y comodona blandenguería. Por supuesto, esta filantropía desalmada que ha encontrado en los «refugiados» la categoría brumosa que necesitaba para vendernos su mercancía averiada no hará sino alimentar la xenofobia. Cada vez que un filántropo desalmado convoca una nueva manifestación en apoyo de los «refugiados», cada vez que lanza una prédica desde la televisión, cada vez que lanza una soflama contra los tiranos que cierran fronteras y levantan muros, los xenófobos desalmados encuentran una nueva coartada para convertir a su causa a los vacilantes que aún guardan un rescoldo de misericordia en sus corazones. Pues lo que para el filántropo desalmado es una categoría brumosa con la que puede pavonearse ante la galería, para el vacilante —que aún no ha perdido el sentido de la realidad— se convierte en un hormiguero incontable, en una plaga de langosta que viene a expulsarlo de su barrio, a quitarle el trabajo, a violar a sus hijas; y, automáticamente, reniega del último vestigio de misericordia que guardaba en su corazón y acepta la causa xenófoba, que no le permite compadecerse del dolor del prójimo, pero al menos le defiende contra la invasión de las categorías brumosas.

En los próximos años, nuestros filántropos seguirán lanzando proclamas y organizando manifestaciones; y la xenofobia no hará sino extenderse. Y filántropos y xenófobos lograrán, cada uno por su lado, matar los últimos vestigios de misericordia, que es la virtud que mira con amor a cada persona en concreto, como a un auténtico prójimo venido de lejanas tierras, esforzándose por procurarle una vida digna sin provocar daños al bien común, sin desbaratar la vida de sus prójimos más próximos. Al filántropo, como al xenófobo, les vienen años de pitanza.

INMIGRACIÓN Y CUESTIÓN RELIGIOSA

El papa Francisco afirmó, poniéndose más cursi que un repollo con lacitos, que «el mundo se olvidó de llorar», para evitarse la molestia de brindar una

respuesta ponderada y concienzuda al problema espinoso de la inmigración. Pero lo cierto es que la gente llora cada vez con más facilidad; llora con tanta profusión y desparpajo que el llanto se ha convertido en una burda artimaña a la que constantemente recurren los demagogos. Más atinado sería decir, por ejemplo, que «el mundo se olvidó de razonar»; y, refiriéndonos al declinante mundo católico, podríamos añadir que se olvidó de leer a Santo Tomás de Aquino (pero leer a Santo Tomás y razonar van de la mano). Si lo volviese a leer, al menos los mitrados dejarían de darnos la tabarra con sus pamplinas emotivistas, que mezclan el deber que tienen los gobernantes de asegurar el bien común en sus naciones con las exigencias que la misericordia nos impone hacia quien nos demanda auxilio. Pero el auxilio que nos demanda quien sufre no debe confundirse con su acogida incondicionada, como hacen quienes sólo se acuerdan de llorar, dejando que la razón sestee.

Una correcta doctrina católica empezaría por repetir las palabras de Pío XII en la constitución apostólica *Exsul Familia*: «Todos los hombres tienen derecho a un espacio vital familiar en su lugar de origen; en caso de que aquel se frustre, tienen derecho a emigrar y ser acogidos en cualquiera otra nación que tenga espacios libres». Donde se establece claramente que el derecho a emigrar es subsidiario; esto es, un derecho que suple o sustituye el derecho principal a tener un espacio vital familiar en el lugar de origen, cuando éste último no se pueda cumplir. Las razones por las que, en muchos casos, ese derecho principal no se puede cumplir son diversas; y en cada caso deben ser discernidas. No tiene mucho sentido, por ejemplo, acoger sin tasa personas de naciones cuyos gobernantes corruptos o malvados las obligan a abandonar su lugar de origen, infligiéndoles hambrunas o persecución, si al mismo tiempo no se trata de impedir el comportamiento malvado de estos gobernantes. Mucho menos sentido tiene todavía acoger sin tasa personas de naciones que han sido arrasadas por la rapacidad económica y los apetitos bélicos del Dinero apátrida que, a la vez que esquilma países y provoca flujos migratorios de mano de obra barata, fomenta el multiculturalismo. Cualquier Estado que no sea una mera colonia tiene que denunciar y combatir con todos los medios a su alcance los designios del Dinero apátrida; pues servir de recipiente a los flujos migratorios que provoca sin denunciar ni combatir su estrategia es tanto como actuar de mamporrero de quienes niegan a los hombres el derecho a

un espacio vital en su lugar de origen.

Una vez sentada la premisa de que el derecho a emigrar es subsidiario, convendría leer con atención a Santo Tomás de Aquino, que en su *Suma Teológica* (*Prima Secundae*, cuestión 105, artículo 3) nos brinda soluciones clarividentes al problema de la inmigración, estableciendo nítidamente las obligaciones de la hospitalidad, pero también sus límites. Empieza Santo Tomás recordando algo tan elemental como que «las relaciones con los extranjeros pueden ser de paz o de guerra». Y es que, en efecto, las intenciones de los inmigrantes pueden ser pacíficas u hostiles; y es legítimo que la nación que los recibe las investigue, y también que rechace, como medida de legítima defensa, a aquellos inmigrantes que considera hostiles, entendiendo como tales no solamente a quienes tengan como propósito perpetrar crímenes o violencias, sino en general a quienes alberguen intenciones contrarias al bien común de la nación que los recibe.

Naturalmente, este derecho a rechazar emigrantes hostiles no debe ser excusa para actuaciones arbitrarias, que disfracen de legítima defensa lo que no es más que una aversión irracional hacia personas, por ejemplo, de distinta raza. Pero cuando los Estados se han convertido en colonias de poderes extranjeros y sus pobladores están invadidos por sórdidas ideologías y turbios intereses (o, todavía peor, por las ideologías e intereses de sus amos), resulta muy sencillo instilar estas aversiones irracionales, fundadas en el miedo y en la ausencia de discernimiento. De este modo, podemos llegar a atribuir intenciones pacíficas a nuestros enemigos más ensañados; o, por el contrario, intenciones hostiles a quienes nos han probado su amistad. Así ocurre, por ejemplo, en España, donde por mandato del Dinero apátrida se consideran naciones amigas las que muestran sin rebozo las intenciones más hostiles (y les vendemos armas y fragatas, con las que luego estas naciones abastecen a los yihadistas o desatan guerras que provocan avalanchas migratorias incontenibles). Y, mientras tanto, otras naciones que combaten el yihadismo, o protegen a los cristianos que viven en su territorio, son sancionadas y estigmatizadas como enemigas, también por mandato del Dinero apátrida. Resulta, en verdad, sobrecogedor que Occidente haya declarado su hostilidad a aquellos países islámicos que podrían ser nuestros amigos, mientras brinda su amistad a naciones criminales que, a la vez que sirven a los intereses del Dinero apátrida, financian el yihadismo y persiguen ensañadamente a los cristianos.

Una política inmigratoria seria tiene que negarse a seguir las consignas plutocráticas. Y, a continuación, debe discernir las intenciones de las naciones extranjeras, robusteciendo con intercambios comerciales y laborales su relación bilateral con aquellas que hayan probado su intención amistosa; e imponiendo sanciones y medidas disuasorias contra aquellas otras que hayan demostrado intenciones hostiles (cuyos súbditos no deben ser en ningún caso admitidos, salvo cuando prueben fehacientemente su condición de refugiados).

Una vez hecha esta distinción fundamental entre inmigración amistosa y hostil, Santo Tomás se refiere a tres posibles tipos de inmigrante pacífico: quien pasa por nuestra tierra en tránsito hacia otro lugar; quien viene a establecerse en ella como forastero; y quien quiere incorporarse por completo a la nación que lo recibe, «abrazando su religión» (luego nos referiremos a la complicación que el vacío religioso introduce en el problema inmigratorio). Para los dos primeros grupos, Santo Tomás considera que debe usarse la misericordia, siempre que asuman las obligaciones y responsabilidades que les corresponden; pero no se les debe permitir poseer la ciudadanía. Para quienes desean incorporarse plenamente a la nación que los recibe, Santo Tomás —aunque no fija taxativamente ningún criterio— se inclina por no hacerlo hasta la tercera generación, como propone Aristóteles, pues «no estando arraigados en el amor del bien común, podrían atentar contra el pueblo».

Vemos cómo Santo Tomás antepone siempre la noción de bien común, que exige un deseo no meramente instrumental de integrarse en la vida del país de acogida. Por último, Santo Tomás observa que no todos los extranjeros deben ser tratados de igual manera, sino que debe examinarse su grado de «afinidad» con la nación que los recibe. Para establecer ese grado de «afinidad» que determina la integración plena de los extranjeros, Santo Tomás repara en las costumbres de los hebreos, que integraban a la tercera generación a los egipcios —en cuya tierra habían vivido en el pasado— o a los idumeos, con quienes los unían vínculos de sangre (pues eran hijos de Esaú, el hermano de Jacob). En cambio, Santo Tomás observa que los miembros de otros pueblos de clara intención hostil, como los amonitas y moabitas, nunca fueron integrados plenamente en el pueblo de Israel. Este criterio de «afinidad» tendría fácil aplicación en el caso español: los inmigrantes de pueblos con quienes los españoles tenemos vínculos de

sangre (muy especialmente los pueblos hermanos de la América hispánica) deben ser incorporados en plenitud más fácilmente; y también aquellos inmigrantes procedentes de pueblos que nos hayan brindado su ayuda o acogido benignamente en circunstancias difíciles. En cambio, los inmigrantes procedentes de pueblos que nos hayan guerreado o nos hayan infligido calamidades deberían cumplir con requisitos mucho más exigentes, o incluso ver denegada su incorporación plena. Especialmente importante debe resultar este criterio de «afinidad» con inmigrantes procedentes de otras culturas, en donde deberá valorarse muy especialmente el trato que en sus naciones se dispensa a nuestros compatriotas, o a los cristianos que viven en su territorio.

Aunque, por supuesto, como añade el Aquinate, incluso los inmigrantes procedentes de naciones enemigas, «podrían ser admitidos en la asamblea del pueblo, por dispensa y en premio de algún acto virtuoso, como los israelitas hicieron con el general Aquior, jefe de los amonitas que intervino ante Holofernes en apoyo a los judíos, o con la moabita Ruth». Pero, salvo estos casos de virtud probada, debe aplicarse el criterio de «afinidad», con la vista siempre clavada en el horizonte del bien común, que exige una inmigración dirigida a la integración auténtica (lo que exige que no se permita la creación de guetos o «pequeñas naciones» en el seno del país). De ahí que deban considerarse modelos equivocados tanto el francés (que construye una falsa unidad en torno a entelequias pomposas y vacuas, llámense la República, la Democracia o el Sistema Métrico Decimal) como el modelo inglés y estadounidense, que construye una sociedad multicultural donde la verdadera comunidad política se hace inviable, por más que se fomente un archipiélago de comunitarismos fragmentarios.

¿Y cómo se crea una auténtica comunidad política? Unamuno nos lo explica maravillosamente: «¿Qué hace la comunidad del pueblo, sino la religión? ¿Qué lo une por debajo de la historia, en el curso oscuro de sus humildes labores cotidianas? Los intereses no son más que la liga aparente de la aglomeración, el espíritu común lo da la religión. La religión hace la patria y es la patria del espíritu». La liga aparente de la aglomeración la pueden mantener artificialmente durante algún tiempo los intereses económicos, o la fuerza coactiva de las leyes; pero esta liga tiende siempre a la disgregación. Y, desde luego, las avalanchas inmigratorias la erosionan, generando tensiones que, tarde o temprano, la hacen saltar en mil pedazos.

Sólo en las naciones donde hay un espíritu común fundado en la religión cuaja la comunidad del pueblo, pues la religión actúa a la vez como puente expedito y como muro insalvable para los inmigrantes, sin necesidad de «efectos llamada» ni de concertinas.

Y este «espíritu común» que brinda la religión, convirtiendo a los pueblos en auténticas comunidades, como afirmaba Unamuno, no requiere que todos los miembros de la comunidad sean fervorosos creyentes. Requiere, en cambio, que creyentes y no creyentes se reconozcan en una misma tradición religiosa, en unas instituciones nacidas de esa tradición, en unos principios morales alimentados por ella, en una cosmovisión compartida. No hay comunidad auténtica donde no hay un *ethos* común; y ese *ethos* que conforma y vincula a los pueblos, capacitándolos para los esfuerzos colectivos, tiene siempre un sustrato religioso. No en vano todas las civilizaciones que en el mundo han sido han nacido de una religión; y han perecido cuando la religión que les brindaba sustento se marchitó. El empeño de Occidente por sostenerse sobre el indiferentismo religioso, convirtiendo la Democracia o la República o el Sistema Métrico Decimal en idolatría sustitutoria, es un empeño tan quimérico como suicida.

Por lo demás, sólo ese espíritu común que brinda la religión, a la vez que rechaza los espíritus adversos, permite la integración de elementos de otros espíritus compatibles. Los musulmanes creyentes y pacíficos, por ejemplo, encontrarían mucho más atractiva una sociedad cohesionada por normas morales e inquietudes espirituales; y los musulmanes fanatizados por doctrinas criminales sentirían, por el contrario, una repugnancia invencible que los mantendría alejados. En cambio, las sociedades irreligiosas, donde triunfan el individualismo y el libertinaje, provocan repugnancia en los musulmanes creyentes y pacíficos y los arrojan en brazos del fanatismo, que al menos les ofrece vínculos, aunque sean perversos. Una civilización cristiana, en fin, sería tolerante con el creyente auténtico de otra religión; y resultaría intolerable para el fanático criminal. Exactamente lo contrario que una sociedad irreligiosa.

Y en esa comunidad con «espíritu común» habría caridad auténtica, pues anfitrión y huésped se reconocerían como hermanos, por ser hijos del mismo Padre. Todo lo contrario que ocurre en las sociedades irreligiosas, donde no se acoge al inmigrante por amor al prójimo, sino por postureo político coyuntural; o por suscitar —según la receta de Laclau— en el seno

de la sociedad «antagonismos» que faciliten la dinámica revolucionaria (una vez que la «clase obrera» ya no se considera agente provocador); o incluso por odio sibilino pero irreprimible hacia la religión que constituyó nuestra civilización. Y quienes rechazan al inmigrante no lo hacen tampoco por amor a su patria, sino para explotar electoralmente el odio al extranjero, o para sembrar el miedo egoísta a la pérdida del bienestar material.

En las sociedades irreligiosas, en fin, hasta la Iglesia se desnaturaliza, dedicándose a las obras de misericordia… corporales, a la vez que renuncia a las espirituales, olvidando la encomienda para la que fue fundada. Así puede llegar a convertirse en un capataz al servicio del multiculturalismo, el laicismo y la apostasía. Si Europa desea brindar una respuesta a la vez disuasoria y acogedora al problema de la inmigración tendrá primero que restaurar su *ethos* y ofrecerse lealmente a otras culturas, dejándoles claro que no piensa dimitir de su identidad ni rendirse a los intereses del Dinero apátrida. Mientras esto no ocurra, mientras Europa reniegue o no tenga conciencia de su identidad, mientras el escepticismo y la indiferencia religiosa dominen las almas, todo está perdido. Como nos recordaba Will Durant, «una gran civilización no es conquistada desde fuera hasta que no se ha destruido a sí misma desde dentro».

TEOLOGÍA DEL CIRCO

Señalaba Ramón Gómez de la Serna, al que tanto gustaba dar conferencias a lomos de elefantes, que el circo siempre nos parece grande como el paraíso terrenal, «del que tiene toda la ingenuidad, la claridad y la gracia primitiva y edénica». Pero quienes dan esta gracia primitiva y edénica al circo son los animales, que vuelven a hacer amistad con los hombres y se pasean a su lado, como lo hicieron con Adán y Eva. Solemos decir, con tópico muy manoseado, que el circo nos retrotrae a la infancia; pero donde en realidad nos retrotrae es a aquella paradisíaca candidez anterior a la hoja de parra en que nuestra naturaleza aún no estaba averiada y nos revolcábamos sobre la hierba con los animales, buscándoles las pulgas o las cosquillas, mientras sus rugidos y barritos y graznidos —pentecostés de lenguas paradisíacas— sonaban como un ronroneo risueño y agradecido.

Los niños captan enseguida esa gracia primitiva y edénica del circo, porque aún no tienen conciencia de la avería irreparable que nos expulsó del paraíso. Y, mientras dura el espectáculo, vislumbran en ese repertorio de

maravillas que se despliega sobre la arena de la pista un mundo que los mayores les han escamoteado, por morder el fruto del árbol prohibido: un mundo de amazonas exuberantes que, como Eva, han enamorado a los caballos con el calor de sus muslos agrestes; un mundo de domadores intrépidos que, como Adán, llaman a los leones por su nombre y meten la cabeza entre sus fauces tan ricamente, como si quisieran contarles las caries. Los niños, mientras dura el espectáculo del circo, viven en el segundo capítulo del Génesis; y los adultos que los acompañan salen del circo con una melancolía muy honda, casi con una rabieta inconsolable, como Adán y Eva cuando fueron expulsados del paraíso y perdieron todos sus privilegios, porque acaban de recibir una inolvidable lección de teología.

Pero no hay teólogo más tramposo que el demonio, que a la postre fue quien se las arregló para que Adán y Eva dejaran de disfrutar de aquel circo perpetuo que era el paraíso terrenal. Ahora el demonio recurre a otras teologías tramposas para que los niños dejen de disfrutar de los animales del circo, invocando (las mayúsculas que no falten) la Declaración Universal de los Derechos del Animal. El demonio prometió a nuestros primeros padres que serían como dioses, engañifa delirante que con los años sólo ha acarreado a los hombres berrinches de impotencia; pues ya se sabe que todo intento de «asaltar los cielos» acaba por los suelos, como los escombros de la torre de Babel. Y como aquella trampa teológica ya no se la traga nadie, el demonio se ha inventado otra trampa inversa, pero igual de delirante (y más acorde a nuestra época bajuna), que consiste en prometer que los animales serán como los hombres. Aquella promesa antigua de divinización humana era al menos apta para una generación de hombres prometeicos empachados de lecturas de Nietzsche; esta promesa moderna de humanización del animal es tan sólo apta para memos empachados de películas de Walt Disney. Ambas teologías tramposas persiguen un mismo fin, sin embargo, que es alterar el lugar que al hombre le fue asignado en la Creación: subalterno a Dios, a quien debe adoración; superior a los animales, sobre los que debe ejercer un dominio justo. Y, después de haberlo humillado con aquella promesa fatua de endiosamiento, el demonio humilla doblemente al hombre poniéndolo a adorar a los animales.

Y para que la humillación sea más ensañada, ni siquiera le permite disfrutar de toda la ingenuidad, la claridad y la gracia primitiva y edénica de

un circo con animales.

NAVIDAD ANIMALISTA

Leo que en Barcelona se ha celebrado una feroz manifestación, con destrozos vandálicos y cargas policiales, en la que se protestaba por la muerte («asesinato», según la jerga de los manifestantes) de una perra llamada Sota, compañera fiel de un mendigo que duerme a la intemperie en las calles de Barcelona, al parecer abatida por el disparo de un guardia urbano.

Esta historia de la perra Sota, deificada por los animalistas que le dedican el amor que jamás le dedicaron a su dueño mendigo, nos permite hacer una reflexión sobre la Navidad. Alberto Savinio escribe en su *Nueva Enciclopedia* que Grecia y Egipto se distinguen por la naturaleza de sus dioses: Egipto se rinde a las fuerzas oscuras de la naturaleza, imaginando un panteón que es en realidad un zoológico amedrentador, poblado por perros, cocodrilos y chacales; Grecia, por el contrario, se rebela contra esas fuerzas oscuras, imaginando un Olimpo de dioses antropomorfos. Hay, en efecto, un paganismo sombrío que se rinde a las pulsiones animales y convierte en dioses a las bestias a las que no se puede rezar sino tan sólo apaciguar mediante sacrificios humanos; y hay un paganismo luminoso que imagina dioses humanizados, a veces furibundos y asaltacamas, a veces dulces y compasivos, a los que los hombres pueden encomendarse, en un esfuerzo común por vencer las fuerzas oscuras de la naturaleza.

Del paganismo de Egipto al paganismo de Grecia hay un progreso civilizatorio que dará su salto definitivo con la Navidad. La mitología humanizada de los griegos, que se sublevaba contra la mitología animalesca de los egipcios, era en realidad una búsqueda; y esa búsqueda se concluye, al fin, cuando los pastores que se habían adentrado en el bosque buscando al dios Pan se encontraron con un Niño que gimoteaba en el interior de una cueva. La mitología de los griegos seguramente contuviese muchos errores; pero, como nos recuerda Chesterton, no se había equivocado al ser tan carnal como la Encarnación. Los griegos habían entendido que las fuerzas oscuras de la naturaleza sólo podían ser vencidas si los dioses se humanizaban; pero no habían conseguido que sus dioses bajasen del Olimpo, salvo para desvirgar doncellas. En cambio, con el Niño que encontraron los pastores en una cueva, el cielo al fin bajaba a la tierra;

incluso se metía dentro de la tierra (pues el Niño había nacido en una cueva), dispuesto a batallar y vencer a las fuerzas oscuras que allí dentro anidaban.

Si la perfección civilizatoria se alcanza mediante la fusión de Dios con el hombre a través de la Encarnación, la vuelta a la barbarie se alcanza mediante la confusión entre el hombre y el animal. El animalismo, bajo su disfraz de refinamiento civilizatorio, esconde el fin de la civilización. Es la vuelta al panteón egipcio, poblado de dioses oscuros a los que no se puede rezar, sino tan sólo apaciguar con sacrificios humanos. Pues, tras el ideal de tratar a los animales como si fuesen hombres, se esconde el anhelo de tratar a los hombres como si fuesen animales. Nos lo enseña Joseph Roth en *La cripta de los capuchinos*: «Los hombres que aman demasiado a los animales emplean en ellos una parte del amor que debieran dar a los seres humanos; y me di cuenta de lo justa que era esta apreciación cuando comprobé casualmente que los alemanes del Tercer Reich amaban a los perros lobos, a los pastores alemanes. «¡Pobres ovejas!», me dije».

FANÁTICOS E HIPÓCRITAS

El doctor Sánchez, en el discursito de apertura de la Cumbre del Clima (las mayúsculas que no falten) afirmó que sólo un «puñado de fanáticos» niega la evidencia del cambio climático. Pero si en verdad sólo son un puñado los fanáticos que niegan tal evidencia, tienen en cambio que ser muchos los hipócritas que no la niegan (o incluso que la afirman hasta desgañitarse), aunque descrean de ella.

Sólo así se explica que el fin de semana previo a la Cumbre del Clima se celebrase con inmenso éxito el aquelarre consumista llamado Black Friday. Todos los medios de adoctrinamiento de masas que insertaban montañas de publicidad incitando a sus seguidores a comprar sin tasa en esta celebración oligofrénica, se ponían al día siguiente muy campanudos, denunciando el calentamiento global. Y las hordas de compradores bulímicos que el día anterior llenaron los centros comerciales, para disputarse como cerdos que hociquean en la pocilga las baratijas que los centros comerciales les vendían a precio rebajado, hoy lloriquean farisaicamente, y se manifiestan contra el «negacionismo» del cambio climático, y exigen el cumplimiento de no sé qué protocolos medioambientales y la disminución de los gases de efecto invernadero. Aspavientos y postureos con los que distraen su mala

conciencia.

Así que, para hablar con propiedad, habría que especificar que, junto al «puñado de fanáticos» que niegan el cambio climático, hay un mogollón de hipócritas que lo afirman, aunque sus obras lo desmientan. Y todo este mogollón de hipócritas repartido por el mundo es pastoreado por unas élites que saben perfectamente que la hipocresía social, bien encauzada y administrada, con censores y vigías que señalen y estigmaticen a los infractores de la ortodoxia, es uno de los más eficaces métodos de control social. Pues el control social ya no se ejerce, como en las tiranías antañonas, mediante la cachiporra, sino moldeando las conciencias en aquellos paradigmas ideológicos que conviene promocionar, sirviéndose siempre de los complejos de culpa de las masas. En las naciones desarrolladas, quizá no exista un complejo de culpa más extendido que el derivado de nuestros hábitos consumistas (que, sin embargo, a las élites no les conviene que abandonemos); y para que ese complejo de culpa no acabe derivando en conversión profunda, el sistema bendice nuestra hipocresía, proporcionándonos a un tiempo la posibilidad de entregarnos al consumismo más desaforado (y a la vez discreto, casi vergonzante, de ahí que se promocione tanto el comercio electrónico) y la de disfrutar de los aspavientos y postureos más grandilocuentes contra el cambio climático.

Pero, ¿qué pretenden las élites que pastorean a ese mogollón de hipócritas que afirman el cambio climático, aunque su forma de vida lo alimente? En un reciente manifiesto encabezado por la niña Greta Thunberg, leíamos: «La crisis climática no tiene que ver sólo con el medio ambiente. […] Los sistemas coloniales, racistas y patriarcales de opresión la han creado y alimentado». Para no formar parte de ese «puñado de fanáticos» a los que se refería el doctor Sánchez no basta con afirmar la evidencia de un cambio climático; hay que afirmar también las tesis del indigenismo, la multiculturalidad o la cuarta ola feminista, porque todo este conglomerado forma parte del mismo *pack* ideológico. Las élites que manejan el tinglado quieren hipócritas que proclamen siquiera de boquilla todos los paradigmas culturales que interesan al globalismo; pues de este modo lograrán más plenamente la finalidad de todo control social, que es la de reforzar en las sociedades la tendencia a la conformidad y lograr que los comportamientos «desviados» sean automáticamente reprimidos por el propio cuerpo social, que hace sentir a quien osa comportarse o pensar de

forma distinta como una suerte de apestado, hasta que «toda contradicción parezca irracional y toda oposición imposible», tal como establecía Herbert Marcuse en *El hombre unidimensional*. Y se considerará parte de ese «puñado de fanáticos» no sólo a quienes nieguen el cambio climático, sino también a quienes no se adhieran a cualquiera de los postulados del *pack* ideológico. Así, por ejemplo, un conservacionista partidario acérrimo del decrecimiento económico será incluido igualmente en ese «puñado de fanáticos» si, además, no proclama su adhesión a los postulados de género; y podrá ser señalado y estigmatizado, para regocijo de un mogollón de hipócritas, por todos esos medios de adoctrinamiento de masas que publicitan el Black Friday y al día siguiente saludan campanudos la celebración de la Cumbre del Clima.

CARNE

No creo que hallemos ninguna forma de civilización que no exhorte a cierta abstinencia de la carne. Lo hacen, desde luego, todas las tradiciones religiosas; y encontramos este mismo consejo en las escuelas filosóficas dignas de tal nombre. Tales exhortaciones y consejos se fundan siempre en un deseo de perfeccionamiento o ascenso: puesto que la carne es gustosa, probamos nuestra fortaleza —nuestra virtud— limitando su consumo. Es una regla ascética elemental que, purgando los apegos instintivos que provienen del cuerpo, el alma se siente más limpia y más libre para acometer empresas virtuosas. No existe vida virtuosa sin conciencia de los límites, sin capacidad para privarnos de aquellas cosas que nos gustan.

Pero el problema comienza cuando se borra de los hombres la aspiración de la virtud; pues entonces también se borra de nuestras vidas la conciencia de los límites. Nuestra vida se convierte entonces en un catoblepas de voracidad insomne, en un apetito desbordado y compulsivo que exige «consumir» todos los placeres; no sólo los placeres más naturales —como comer carne—, sino también los más artificiosos y patológicos. Y allá donde los hombres han perdido la conciencia de los límites, en esa incalculable bulimia volitiva del «consumo» desaforado de placeres, resulta mucho más sencillo establecer imposiciones también desaforadas. Allá donde no se acepta una cuaresma hecha a la medida del hombre que nos aleje del infierno, la vida entera termina convirtiéndose en una sucesión ilimitada de infiernos. Allá donde no existe conciencia de límites humanos,

las imposiciones tienden a hacerse sobrehumanas; dejan de fundarse en aspiraciones tan modestas como una vida virtuosa para fundarse en aspiraciones descomunales y quiméricas como salvar el planeta.

Por supuesto, quienes ahora quieren imponernos esas aspiraciones descomunales son los mismos que primero nos invitaron a perder la conciencia de los límites. No desean salvar el planeta ni parecidas quimeras, sino crear las condiciones que favorecen el reinado plutocrático, exactamente igual que cuando nos exhortaron a renegar de las virtudes y nos convirtieron en «consumidores» de todos los placeres. Quieren despojar de su propiedad y arruinar a quienes se ganan el sustento con la ganadería (a cambio de una limosna en forma de subvenciones, por supuesto), quieren liberalizar el suelo rural y entregárselo a las corporaciones transnacionales, quieren que «consumamos» (también desaforadamente) comida sintética, que es el negocio en el que invierten sus amos. Pero emboscan sus verdaderas intenciones con altisonantes propósitos filantrópicos o ecologistas porque saben que, una vez extraviada la conciencia de los límites que exigía una vida virtuosa —límites hechos a la medida del hombre—podemos aceptar límites sobrehumanos, de una vastedad irrealizable. Saben que, una vez que hemos renegado de la verdad humana, seremos capaces de aceptar las mentiras más inhumanas. Siempre quien acepta un soborno termina convertido en rehén de quienes lo sobornaron.

En realidad, el reinado plutocrático que ahora pretende que dejemos de comer carne bajo coartadas saludables o ecologistas no hace sino alimentar la lógica funesta del «consumo» de placeres al que previamente nos exhortó. Sabe que el consumo de placeres genera inevitablemente hastío y búsqueda de placeres nuevos; sabe que una vida sin cuaresmas acaba convirtiendo cualquier placer en una cuaresma infernal de la que tarde o temprano necesitamos deshacernos, para saciar nuestra bulimia con cualquier otro placer sustitutorio. Del mismo modo que borraron de nuestra conciencia los límites que nos invitaban a privarnos de carne para alcanzar una vida virtuosa, podrán borrar nuestro apetito por la carne y sustituirlo por el apetito de carne sintética, o de saltamontes, o de escarabajos peloteros, o de cualquier otra asquerosidad que los enriquezca; pues la búsqueda desaforada de placeres termina arrinconando los placeres naturales y ansiando los placeres artificiosos o patológicos. Terminaremos comiendo las asquerosidades que nos ofrezcan, porque ya no podemos

concebir otra forma de vida que no se funde en el consumo bulímico. No ponen limite a nuestros placeres, tan sólo los cambian de objeto, dejándonos que «disfrutemos» ilimitadamente de ellos. Aceptar placeres siempre más bajunos es el sino que persigue a los hombres que han renunciado a una vida virtuosa; y mientras nos imponen un cambio en nuestros placeres, ellos pueden dedicarse tranquilamente al suyo, que es acrecentar el reinado plutocrático. Un reinado que, para realizarse plenamente, necesita hombres sin virtud.

NOOSFERA TECNOLÓGICA

Cuando viajo en metro, me fijo en los pasajeros de mi vagón; casi todos están prendidos de sus cacharritos de pantalla táctil, con gesto absorto y a veces un poco zombificado, como si los cacharritos les susurrasen a todos la misma canción, una emisión alienígena que los obligase a actuar al unísono. Una de las frases más fofas y características de nuestra época consiste en repetir machaconamente que la tecnología no es en sí misma buena o mala, sino tan sólo un instrumento al que se puede dar el uso que queremos. Se trata, naturalmente, de un argumento grotesco que pretende hacer de la debilidad virtud: tal vez una rueda o un cuchillo sean, en efecto, artefactos neutros, pero todos sabemos que la sofisticada tecnología que hoy nos rodea no lo es. Escribía Marcuse en *El hombre unidimensional* que «la tecnología sirve para instituir formas de control y de cohesión social que resulten más efectivas y agradables». Y, rebelándose contra la resobada «neutralidad» de la tecnología, afirmaba que «la sociedad tecnológica es un sistema de dominación» cuyo fin último no es otro sino «determinar la vida» de la gente.

No hace falta ser marxista como Marcuse para advertirlo. En toda época, la tecnología ha sido con frecuencia una fuerza de abrumadora fascinación y muy difícil control; pero en ninguna época como la nuestra se ha convertido de forma tan descarada en un medio idóneo para la manipulación social, política y psicológica. Hubo un tiempo —allá en la lejana revolución industrial— en que los hombres soñaron ingenuamente que el poder sobre los artefactos disminuiría el poder sobre las personas; hoy ya sabemos que el poder sobre los artefactos multiplica exponencialmente el poder sobre las personas. Los avances vertiginosos de la tecnología han creado un desarraigo mayor que en ninguna otra época,

paradójicamente bajo una ilusoria apariencia de mayor vinculación: un desarraigo que afecta a nuestras relaciones familiares, que nos aleja de las generaciones que nos precedieron, que nos aísla intelectualmente (porque perdemos sentido de lo real) y nos invita golosamente a vivir al margen del misterio y la trascendencia. Y, a la vez que nos desarraiga, la tecnología nos homogeniza; pues la pérdida de interioridad y del sentido de lo real acaba formando mentalidades estandarizadas y fácilmente manipulables que confunden la propaganda, las consignas y los pensamientos inducidos que reciben a través de sus artefactos con lucubraciones propias. Quizá la magia más peligrosa de la tecnología sea el espejismo de liberación de las viejas ataduras que nos produce; cuando lo cierto es que no hace sino cargarnos con nuevas cadenas, a la vez que nos aísla de aquellas realidades que nos constituyen y vertebran, para llevarnos por los canales que convienen a sus fines, como las cintas transportadoras nos llevan, inertes y estólidos como fardos, por los aeropuertos. Con razón decía Huxley que la dictadura perfecta tendría la apariencia de una cárcel sin muros donde los prisioneros no soñarían con evadirse, donde los esclavos llegarían a sentir amor por su esclavitud, gracias al consumo y el entretenimiento.

Y en nuestra época esta homogeneización disfrazada de liberación de las viejas ataduras se ha vuelto mundialista, logrando una «humanidad nueva» golpeada por la misma propaganda, moldeada por los mismos paradigmas culturales, cuyos anhelos e ilusiones, miedos y recelos son en realidad reflejos condicionados provocados por su dependencia tecnológica. Aquel anhelo protervo de lograr una «mente colmena» en la que los seres humanos fuesen deglutidos y convertidos en átomos o insectos intercambiables, de racionalidad puramente funcional, empieza a hacerse realidad, tal vez a mayor velocidad de lo que nunca hubiésemos imaginado. No deja de tener su gracia siniestra que esta «humanidad nueva» producida por la tecnología se parezca monstruosamente a la «noosfera» del teólogo visionario Teilhard de Chardin, que imaginó (lo suyo era ciencia-ficción, más que teología) una época futura en la que un vasto tejido nervioso o «envoltura pensante» uniría el pensamiento de todos los hombres, hasta lograr la «planetización humana». Teilhard pensaba que esta «noosfera» era el paso previo a la delirante fusión de una Humanidad de superhombres con Cristo en el Punto Omega (que así imaginaba este jesuita genialoide y lisérgico la Parusía). Hoy ya sabemos que la noosfera tecnológica nos

conduce a otra parusía muy distinta, en la que una humanidad de infrahombres, ya para entonces un enjambre o nube de insectos, se funden con el Señor de las Moscas.

LA ABOLICIÓN DEL HOMBRE (Y DE LA MUJER)

PSICÓPATAS

Son muchas las películas y novelas de diverso fuste y pelaje que han popularizado la figura del psicópata, convirtiéndolo en un emblema de nuestra época; y, en ocasiones, en el héroe o antihéroe de un tiempo oscuro que, a la vez que se horroriza, se regodea en su figura, con una fascinación creciente (hasta el extremo de que, en muchas series televisivas, los psicópatas se convierten en personajes diseñados para provocar la «empatía» de las audiencias cretinizadas). Por otro lado, a través de los medios de comunicación, es cada vez más frecuente tropezarnos con casos que hielen la sangre en las venas de psicópatas que perpetran los crímenes más abominables, con pasmosa frialdad, con ensañada premeditación y absoluta falta de remordimiento.

La psicopatía no es un trastorno mental (como lo es, por ejemplo, la esquizofrenia), sino un trastorno de la personalidad que no implica necesariamente incurrir en un comportamiento criminal. A los psicópatas la psiquiatría los describe como individuos pragmáticos, manipuladores, mentirosos, egocéntricos, antisociales (pese a gozar con frecuencia de un magnetismo innegable), impulsivos por naturaleza (pero en ningún caso nerviosos), carentes de empatía, irregulares en sus estados de ánimo, con una vida sexual deshilachada y deshumanizada y unas relaciones sentimentales inconsistentes que —en caso de existir— son un cúmulo de fingimientos. El psiquiatra alemán Kurt Scheneider, que se dedicó a diseccionar y clasificar las diversas personalidades psicopáticas, destacó que existen psicópatas hipertímicos (es decir, eufóricos e hiperactivos), depresivos, inseguros, fanáticos, necesitados de estima, abúlicos, asténicos.... Aunque el elemento unificador de su conducta sea siempre la ausencia completa de sentimiento de culpa o de remordimiento.

El análisis de los rasgos de carácter y la descripción de los modelos de conducta propios de la psicopatía nos confronta con una realidad pavorosa. ¿No son, acaso, los rasgos de carácter y los modelos de conducta que nuestra época ha consagrado? ¿No podríamos, acaso, describir a muchos de nuestros políticos y a nuestros ídolos mediáticos (los que mayor aclamación popular provocan) como individuos manipuladores, mentirosos compulsivos y egomaníacos furibundos que disfrazan su odio al género humano con un magnetismo acaramelado? ¿No son las relaciones sexuales

despersonalizadas y la falta de vínculos afectivos las propias de la era Tinder? ¿Acaso la hipertimia y la depresión, la inseguridad y el fanatismo, la abulia y la astenia, no son afecciones propias de un tiempo hipertecnologizado en el que la vida ha perdido sustancia y trascendencia? Y, sobre todo, la ausencia completa de culpa o de remordimiento, ¿no se ha convertido en la característica más notoria del *homo democraticus*, incapaz de hacer un discernimiento moral de sus acciones? El Gran Inquisidor de Dostoievski lo explicaba maravillosamente bien: «Les permitiremos pecar, ya que son débiles, y por esta concesión nos profesarán un amor infantil. Les diremos que todos los pecados se redimen si se cometen con nuestro permiso. Y ellos nos mirarán como bienhechores, al ver que nos hacemos responsables de sus pecados ante Dios».

Hasta el momento no se ha encontrado una cura para el trastorno psicopático, ni tampoco rehabilitación posible. Y, entretanto, los crímenes de naturaleza psicopática son cada vez más frecuentes. Nadie, sin embargo, se atreve a explicar las causas de su proliferación. Y tampoco nos atrevemos a explicar las razones por las que esos crímenes sombríos nos despiertan tanta fascinación. No tenemos valor para designar la enfermedad moral que anida detrás de esa fascinación, ni la causa de la proliferación de las conductas psicopáticas, porque íntimamente sabemos que nuestra época es el vivero perfecto para este tipo de trastorno; porque íntimamente sabemos que tales monstruos —aunque nos repitan hasta la extenuación que están determinados por un código genético que los configura fatalmente— son hijos de un determinado clima social y espiritual. Y ese clima que contribuye a la floración de caracteres psicopáticos es el que promueve nuestra época, con sus nuevas formas de vida desvinculadas y artificiosas, con su abandono de Dios, con su negación de los frenos morales, con su dependencia tecnológica, con su solipsismo incapaz de ver en el prójimo otra cosa que no sea un instrumento para la satisfacción de sus intereses egoístas. Los psicópatas —como el lector hipócrita de Baudelaire—son nuestros semejantes, nuestros hermanos, hijos de las fuentes envenenadas de las que todos bebemos con fruición. Hijos de un tiempo podrido que es el nuestro.

EL EXTERMINIO DE LOS CAMPEONES

Entre los éxitos más restallantes del reciente cine español se cuenta

Campeones, la película dirigida por Javier Fesser, en la que un entrenador de baloncesto interpretado por Javier Gutiérrez, inmerso en un desbarajuste vital, encuentra una redención personal dirigiendo un equipo de chicos con algún tipo de deficiencia psíquica. La película ha gustado sobremanera a la sociedad española, en la que sin embargo este tipo de personas lo tienen cada vez más crudo… para nacer. Pues lo cierto es que en España —como, por lo demás, ocurre en todos los «países de nuestro entorno» eugenésico— normalmente liquidamos a este tipo de personas durante el embarazo.

Podríamos probar a preguntarnos —más allá de las virtudes cinematográficas de *Campeones*—cuál será la razón «sociológica» de su éxito. ¿Será que nuestra conciencia moral se siente interpelada y nos invita a reflexionar sobre el exterminio sigiloso de estas personas? ¿O será más bien que en ella hallamos un desahogo sentimental que nos permite olvidar más fácilmente este exterminio? Y lo mismo podríamos preguntarnos sobre esas campañas publicitarias presuntamente «sensibilizadoras» (y en realidad obscenamente ternuristas) que nos muestran cuán maravillosas y risueñas son las personas con síndrome de Down. Lo cierto es que, mientras se estrenan estas películas y se sufragan estas campañas, en España son masacrados casi todos los niños gestantes que padecen algún tipo de deficiencia psíquica; y que los pocos que se salvan de la escabechina lo consiguen mayormente porque los diagnósticos prenatales no aciertan a detectar su discapacidad. Especialmente sobrecogedoras resultan las cifras de nacimientos de niños con síndrome de Down, que han llegado a ser «testimoniales» y por lo general fruto de errores en el diagnóstico médico.

La desaparición progresiva de las personas con deficiencias psíquicas es una lacra social acongojante, una clara muestra del debilitamiento de nuestra humanidad. Pero este exterminio sigiloso resulta todavía más abyecto porque lo acompañamos de una bochornosa sublimación de las deficiencias psíquicas, con campañas publicitarias y mediáticas en las que los niños y jóvenes que las sufren parecen reyes del mambo en un mundo de algodón de azúcar. Mientras hacemos postureo emotivista ante la galería con los niños deficientes, los estamos descuartizando en el sótano oscuro. Y escribo «deficientes» porque considero que no lograremos combatir esta lacra mientras nos aferremos al postureo emotivista. Es una evidencia incontestable que el maquillaje o embellecimiento de las deficiencias psíquicas con eufemismos ñoños ha discurrido paralelo al exterminio de los

niños que las padecen. Las palabras sirven para confrontarnos con las realidades; y cuando las palabras se retuercen para mitigar la realidad, resulta mucho más sencillo escamotear la realidad y tirarla al cubo de la basura. Y lo que decimos del lenguaje sirve también para otras formas de edulcoramiento. Puede sonar sarcástico, pero lo cierto es que los niños deficientes están siendo tachados del libro de la vida entre almibarados homenajes y seráficas jergas políticamente correctas, para desahogo sentimental de quienes los masacran.

Para combatir este exterminio sigiloso, en lugar de barnizar la deficiencia mental con eufemismos merengosos, deberíamos empezar por afrontar la cruda realidad. Así tal vez lograríamos despertar el dormido heroísmo que es preciso para recibir amorosamente a estos niños que ahora tachamos tan campantes del libro de la vida, mientras lagrimeamos en el cine. Es mentira que estos niños sean «como nosotros»; es bazofia sentimental afirmar que son «tan capaces» como el resto. Alumbrar y cuidar a un niño deficiente puede procurar infinitas recompensas y remuneraciones espirituales; pero para alcanzarlas antes hay que acatar los sacrificios más abnegados y las más dolorosas renuncias; hay, en fin, que aceptar una forma de vida entregada que nuestra época detesta. Para alumbrar y cuidar a un niño deficiente hay que tener el cuajo de abjurar de la libertad que nuestra época celebra, que es la libertad entendida como exaltación del deseo, y abrazarse a la libertad que nuestra época proscribe, que es la libertad entendida como responsabilidad y exigencia. Para alumbrar y cuidar a un niño deficiente hay que atreverse a amar y a recibir amor con una intensidad desmedida que intimida a nuestra generación podrida por emotivismos fofos. Es natural que una generación así no tenga valor para tener niños deficientes; y que luego necesite anegar su hipócrita conciencia eugenésica con desahogos sentimentales.

ELOGIO DEL INFANTICIDIO

Durante las últimas semanas varios casos de infanticidios frustrados o consumados han levantado gran escándalo entre los medios de cretinización de masas, siempre prestos a sugestionar con aspavientos a las gentes sencillas. En tal escándalo subyace un fondo de hipocresía y cinismo de la peor ralea; pues los mismos medios de cretinización de masas que juzgan dementes a las mujeres que arrojan a su hijo al cubo de la basura, o que lo

degüellan en un cementerio, juzgan perfectamente cuerdas a las mujeres que se dejan raspar el útero para que a su hijo lo arrojen a una picadora de carne, o (porque del niño gestante, como del marrano, se aprovecha todo) para que sus tejidos y órganos sean vendidos a precio de oro para fabricar cosméticos o «vacunas». Cualquier persona que no esté ofuscada del todo ha de concluir que la madre que degüella a su hijo recién nacido y la madre que manda arrojar a su hijo gestante a la picadora de carne están igualmente dementes o cuerdas; y que sólo las distingue el cuajo de la primera, que se atreve a hacer por sí misma lo que la otra prefiere que le hagan por encargo y de forma más aséptica (ojos que no ven, corazón que no siente).

En una de sus paradojas más sobrecogedoras, Chesterton encomiaba a los infanticidas como «pioneros progresistas» dispuestos a consumar de forma plena y sin tapujos lo que otros progresistas más remilgados o pusilánimes sólo se atreven a realizar de forma sibilina y pazguata. «Si lo que la cristiandad ha considerado moral no tiene sentido», escribía Chesterton, «deberíamos entonces sentirnos libres para ignorar toda diferencia entre los hombres y los animales». Nadie le rasparía el útero a una gata o a una coneja; se deja, simplemente, que alumbre a su camada; y, si la camada es en exceso numerosa u onerosa, o si incluye gatitos o conejitos enfermos o contrahechos, se les retuerce el cuello, o se les ahoga en una palangana, y santas pascuas. «¿Por qué no hemos de hacer con los niños lo mismo que con los gatos?», se preguntaba Chesterton. Resultaría mucho más lógico dejar que se concluyese su gestación; y, una vez alumbrados, se podría proceder a su exterminio con un criterio mucho más lógico. «Tal comportamiento —concluía Chesterton— sería propia y razonablemente eugenésico, porque podríamos seleccionar tranquilamente a los mejores, o al menos a los más saludables, y sacrificar a aquellos a quienes juzguemos inadaptados». Y esto, que en la época de Chesterton había que hacerlo a ojo de buen cubero, hoy se podría determinar científicamente: un análisis genético del niño recién nacido nos permitiría saber si va a ser un hombre perspicaz o ceporro, un adonis o un quasimodo, un sansón o un enclenque. Y podríamos desprendernos tan ricamente del ceporro, del quasimodo, del alfeñique, contribuyendo a mejorar la especie. El infanticida, en efecto, es infinitamente más racional que el abortero; y si no se castiga al que mata a un niño gestante, tal vez deberíamos premiar al que mata a un niño recién nacido: porque el aborto es matar a voleo,

mientras que el infanticidio es matar con precisión y certeza.

Y, por supuesto, el infanticida es infinitamente más digno que el abortero. Pues, aunque es cierto que el niño recién nacido no puede defenderse de su matador, al menos puede mirarlo a los ojos mientras lo abandona en el cubo de la basura; y si el infanticida degüella al niño recién nacido, habrá de empaparse las manos en su sangre acre y caliente. Del mismo modo que el asesino que mata de frente demuestra ser más valeroso que el asesino que mata de espaldas, el infanticida demuestra ser un progresista intrépido y cabal, frente al abortero, que es un progresista cobardón y miramelindo.

VARILLAS DE COHETE

Se anuncia a bombo y platillo la creación de una piel sintética, una especie de membrana adhesiva que tapa las arrugas, manchas y flacideces de la piel deteriorada por la edad; y que, según sus inventores, se puede llevar puesta sin que nadie lo advierta (ya será menos). Aquí podríamos rescatar aquella jocosa letrilla de Quevedo, dedicada a una vieja que a toda costa quería parecer joven: «No vistas el gusano de confite / pues eres ya varilla de cohete». Pero, desde que Quevedo escribiera aquellos versos vitriólicos, la ciencia ha avanzado una barbaridad; y las varillas de cohete pueden ahora pasarse por el quirófano y dejar allí su lastre de honrosas arrugas, para salir recauchutadas y estiradas, y desde hoy empapeladas con esta piel sintética, a modo de tirita tamaño sábana, que repara todos sus desperfectos.

El mito de Fausto ya nos advertía de las calamidades que se esconden detrás de ese afán tan penosamente humano de rehuir las asechanzas de la vejez, que a la postre se resumen en la pérdida del alma. Y el hombre moderno, como Fausto, sigue vendiendo su alma a un Mefistófeles vestido de Ciencia, a cambio de la juventud, aquel «divino tesoro» que cantaba Rubén Darío. Aquí alguien dirá enseguida: «¡Qué exageración! ¡Cómo alguien va a perder el alma por aliviarse de arrugas en el quirófano!». Y, desde luego, no la perderá al modo en que lo hacía Fausto, firmando un contrato y consciente del trueque; pues la inteligencia (y el peligro) de este nuevo Mefistófeles consiste, precisamente, en hacernos creer que el alma no existe (como tampoco el diablo, por supuesto), de tal modo que la pérdida se hace más indolora, o se rodea de extraños síntomas que, a la postre, se resumen en una desazón aniquilante. Pues sólo la desazón resta a

quienes anhelan un esquivo paraíso en vida (identificado con una perenne juventud), renunciando a un paraíso ultratrerreno.

En efecto, en las sociedades religiosas, los hombres aceptaban que estaban hechos de un barro que con el tiempo se iba resquebrajando; aunque, como sabían que era un barro animado por un hálito divino, tenían garantizada la eternidad. Y esta certeza les permitía mirar con amor hacia el pasado, aprendiendo de los muertos que los habían precedido, para crecer a través de su ejemplo y su legado en sabiduría y virtud; y también mirar con esperanza hacia el porvenir, dejando como recuerdo de su paso por la tierra una descendencia que mantuviera viva su memoria. En cambio, en las sociedades idolátricas, los hombres olvidan que están hechos de un barro que con el tiempo se resquebraja (y mucho más de que ese barro está animado por un hálito divino) y se aferran desesperadamente a una juventud conservada en formol. Y así, desconectan del legado de los muertos, creyendo que la Ciencia que les ha prometido una juventud fiambre les regalará también sabiduría y virtud; y, por otro lado, fijos en su presente, obsesionados por disfrutar de su falsa juventud, limitan la natalidad, pues nada recuerda tanto al hombre que tiene que morir como su descendencia. Y así, encapsulados en su narcisismo, sin ayer y sin mañana, los hombres de las sociedades idolátricas se agostan y perecen, rodeados de esterilidad.

Por lo demás, toda la búsqueda del elixir de la eterna juventud característica de las sociedades idolátricas se ha saldado con un estrepitoso fracaso. Pues la dura realidad es que todos los recursos químicos o quirúrgicos que el nuevo Mefistófeles ha puesto a nuestra disposición no han logrado devolvernos la ansiada primavera perpetua, sino tan sólo prolongar un lánguido otoño; no han conseguido reconquistar la fresca «alba de oro», sino tan sólo alargar el crepúsculo. El cohete arde sólo una vez; y por mucho chisporroteo postizo que le pongamos a la varilla, nunca lograremos recuperar su vuelo originario. Y aun suponiendo que lográramos restituirle la pólvora (¡que es mucho suponer!), su vuelo ya no sería el mismo. Pues el vuelo originario de la juventud está lleno de sorpresas y de maravillas inaugurales, propias de quienes arden por primera y única vez; y el vuelo repetido y crepuscular de quien ha vestido el gusano de confite está lleno de resabios y amarguras claudicantes, propios de quienes están ya quemados.

Agustín de Foxá imaginaba, «en un perpetuo atardecer del mundo, a

unos vigorosos ancianos de trescientos años, dialogando con amarga sonrisa socrática en un parque sin niños». Ese atardecer, empapelado en piel sintética, ya está entre nosotros. Y es que el crepúsculo que Mefistófeles nos vende, disfrazado de alba dorada, ha cubierto con la luz fúnebre de un eclipse moral a un mundo que se ha quedado sin alma.

VIEJOS

Yo mantuve una relación muy estrecha con mis abuelos maternos, de manera que todavía cultivo un concepto reverencial de la vejez por completo anacrónico. Pero tal vez porque gocé de un trato cotidiano y continuo con mis abuelos —con los que conviví bajo un mismo techo durante años— no cultivo la imagen almibarada que hoy se suele ofrecer de la vejez, que en realidad es un barniz dulzón con el que se disimula hipócritamente una realidad pavorosa que la plaga coronavírica ha dejado expuesta.

Escribía Cicerón en su célebre tratado *De Senectute* que los viejos suelen ser quisquillosos, pues «piensan que los desprecian, que los tienen en poco, que se burlan de ellos». Sin duda en tiempos de Cicerón habría gentes que despreciaban o escarnecían a los viejos; sin embargo, los viejos eran también venerados como fuente de sabiduría e incorporados a la vida pública, en muy diversas magistraturas, o siquiera como consejeros de los gobernantes. En nuestra época, por el contrario, el desprecio y la burla de los viejos están casi vedados públicamente; pero se trata de una argucia farisaica que esconde un repudio inconcebible en la época de Cicerón. No el repudio ocasional que en todas las épocas se ha producido (pues siempre han existido hijos descastados que abandonaban a sus padres, como padres desnaturalizados que abandonaban a sus hijos), sino un repudio generalizado, colectivo, incluso institucional; un confinamiento o extrañamiento de la llamada «tercera edad» en un gueto o arrabal de desguace, al modo de chatarra humana relegada a la irrelevancia pública, con frecuencia también a la soledad. Por supuesto, tal relegamiento se edulcora con diversos placebos y aspavientos emotivistas; pero la plaga coronavírica lo ha hecho más evidente que nunca.

Detrás de este maltrato a la vejez se halla, por supuesto, el miedo invencible a la muerte que gangrena a las sociedades desesperadas (sin fe en la vida de ultratumba), que necesitan esconder los signos más evidentes

de su proximidad. Y se halla la destrucción concienzuda de la institución familiar, que no es sino la consecuencia lógica del odio a la tradición que florece, a modo de moho, en las sociedades desesperadas. Se ha borrado de la conciencia de nuestra época la concepción de las sucesivas generaciones humanas como eslabones unidos de una cadena que se brindan mutuamente apoyo y fortaleza. Para ayudar a los viejos a sobrellevar los padecimientos propios de su edad, las sociedades todavía regidas por la tradición contaban con una auténtica comunidad familiar que cuidaba de ellos y los confortaba. Pero los hombres (¡y las mujeres, oiga!) de nuestra generación consideran que su vida será más plena si rompen las cadenas de la tradición y se convierten en eslabones sueltos y desvinculados. Así, nuestra generación maldita se ha «independizado» de la familia que reprime el libre desarrollo de su personalidad, para convertirse cada individuo en una mónada satisfechísima que ya no tiene que cargar con la rémora de sus viejos, a los que aparca en uno de esos modernos morideros llamados «residencias», que durante la plaga del coronavirus se han convertido en una ratonera tan eficaz al menos como Stalingrado.

Y para que esta generación que ha abandonado a sus viejos en los morideros, declinando las obligaciones de la sangre, pueda dormir tranquila se ha impuesto una visión de la vejez como edad excedente, sobrante, superflua. Una etapa de la vida odiosa, porque en ella hace mucho frío y las pasiones que brindan color a la vida (a la vida bulímica propia de las sociedades desesperadas) se apagan y los achaques se multiplican, hasta amargar por completo los días, que así se convierten en un cúmulo prescindible que conviene abreviar (sobre todo porque la soledad a la que condenamos a los viejos torna los días y los achaques más insufribles). Y para que esta consideración de la vejez como edad excedente triunfe (tanto en los viejos que se resignan a languidecer como en los jóvenes que los aparcan en un moridero), hay que borrar de las almas la noción cristiana de la vida como drama, en la que la escena final es siempre la más importante, porque dota de sentido todas las anteriores.

Y, una vez convertida definitivamente en edad excedente, será más fácil llevar el desprecio a los viejos hasta el límite (aunque, por supuesto, convenientemente embadurnadito de compasión). Ya que la vejez no puede ser «curada» mediante la medicina, la medicina se debe encargar de apacentar a los viejos hasta los rediles de la muerte, para que dejen de dar la

murga. Porque, aparte de los morideros, esta generación depravada también puede brindar a sus viejos el «derecho» a la eutanasia.

SUICIDAS

Aunque muy someramente, ha empezado a hablarse sobre el suicidio, que al parecer se ha convertido ya en la segunda causa de mortandad entre los jóvenes; y que en España es la primera causa de mortandad no natural entre gentes de toda edad y condición desde hace mucho tiempo, muy por encima —por ejemplo— de los accidentes de tráfico. Pero los enfoques que la prensa sistémica hace del suicidio son siempre un completo dislate, muy propios de las sociedades que ponen tronos a las causas y cadalsos a las consecuencias. Y así, se presenta el suicidio como un problema de salud pública provocado por trastornos emocionales contra el que se pretenden oponer medidas «educativas» y de «prevención de factores de riesgo». En breve, tendremos a cuatro espabilados haciéndose de oro, vendiendo terapias milagrosas, poniendo redes en todos los rascacielos de España. Pero la gente, por supuesto, seguirá suicidándose.

Para afrontar el problema del suicidio, hay que empezar aceptando que se trata de un problema filosófico; y, por cierto, el único problema filosófico «verdaderamente serio», según afirma Albert Camus al comienzo de su ensayo *El mito de Sísifo.* Y, como problema filosófico verdaderamente serio, el suicidio nos obliga a enfrentarnos a las cuestiones filosóficas primordiales, que nuestra época se empeña en arrumbar en el desván de los cachivaches obsoletos, empezando por la realidad sustancial del alma. Y es que la negación de la existencia del alma se ha convertido en un dogma inatacable de la ciencia materialista; de ahí que todos sus diagnósticos resulten por completo insatisfactorios, convirtiendo el alma en un zurriburri o polvareda de «accidentes» psíquicos. Pero todos esos trastornos que conducen al suicidio (depresiones, frustraciones, traumas, neurosis, bipolaridad, ansiedad, estrés, etcétera) son consecuencias de una causa común, que es lo que Belloc denominó el «aislamiento del alma» y describió como «una pérdida del sustento colectivo, del sano equilibrio producido por la vida comunitaria».

Ese aislamiento del alma ha alcanzado en las sociedades contemporáneas cotas insoportables. Se han roto los vínculos comunitarios y se ha favorecido un individualismo feroz que, a la postre, nos ha arrojado

a un arrabal de soledad; así se han «creado» generaciones solipsistas, ensimismadas en el consumo tecnológico, con lazos familiares y afectivos cada vez más inconsistentes y difusos. Se han roto también los vínculos con la realidad y se ha exaltado un idealismo atroz, que nos incita a concebir delirios de grandeza, sueños imposibles o anhelos irrealizables que, cuando se desmoronan, no hacen sino agigantar nuestra sensación de fracaso. Se han roto, desde luego, los vínculos con la tradición (aunque el hueco dejado por la tradición se rellene con un supermercado de parodias abyectas que fomentan la proliferación de friquis, todos ellos encerraditos en la burbuja de sus manías, lo que se traduce en mayor aislamiento de las almas) y se ha fomentado un escepticismo que pone en duda toda forma heredada de conocimiento. Y se han roto, en fin, los vínculos de índole sobrenatural, aislando a los seres humanos de su origen y de su fin trascendentes, con el efecto inevitable de la pérdida de fe en una vida ultraterrena. Y el efecto de cegar en las almas la fe en la vida ultraterrena es la desesperación; pues los dolores que padecemos en nuestra vida terrena, que antaño se consideraban penitencias llevaderas en comparación con la dicha eterna que las borraría de un plumazo, se convierten de repente en dolores insoportables y sin sentido que sólo pueden ser borrados mediante nuestra extinción física, cuanto más indolora y rápida y abrupta, mejor.

El aislamiento del alma, en fin, modela hombres solos ante la inmensidad del universo, cada vez más individualistas y solitarios, cada vez más desgajados del prójimo y más huérfanos de un Dios en el que hemos dejado de creer, un Dios al que hemos matado para poder endiosarnos y ocupar su lugar. Pero, al matar a Dios, hemos convertido nuestra vida en una ausencia, en una fisura en la noción del ser, en un infierno. Entonces descubrimos que en nuestro derredor se extiende un vacío cuyo perímetro es del mismo radio infinito que Dios. Y ante semejante *horror vacui* sin principio ni fin, ¿qué más da vivir que morir? Al hombre contemporáneo no le queda entonces otro remedio que matarse, para igualarse con el Dios que previamente mató.

Sólo cuando aceptemos que el suicidio es el único problema filosófico que verdaderamente importa podremos combatirlo seriamente.

LA EUTANASIA DE LA RAZÓN

Uno de los espectáculos más horrendos a los que puede asistir el hombre

contemporáneo es el derrumbe generalizado de la razón. Se percibe en el debate (o falta de debate, más bien) sobre la eutanasia, en donde gentes ignaras con tribuna mediática o política han establecido que cualquier persona que se pronuncie en contra de este supuesto «derecho» debe ser señalada, por estar en contra de la «libertad humana». Sobrecoge que tamañas simplezas puedan proclamarse orgullosamente sin que nadie ose rechistar, por temor al anatema.

En primer lugar, habría que señalar que el concepto de «libertad» no es unívoco, por mucho que así lo pretendan los ignaros. Existe una libertad aristotélica que nos ayuda a discernir moralmente en la búsqueda de la verdad; y existe una libertad degradada que permite al hombre deshacerse de todo cuanto lo limita y lo molesta, exaltando las pasiones más torpes y las ambiciones más egoístas, en aras de una individualidad soberana, autónoma, independiente de todo, excepto de sí misma. Es este segundo concepto degradado de libertad el que se suele enarbolar en el debate de la eutanasia; pero quienes lo enarbolan lo destruyen, incurriendo en una aporía insalvable.

Para demostrarlo, recurriremos a la autoridad de autores de la tradición liberal, para que no se diga que barremos para casa. Escribía John Stuart Mill en *Sobre la libertad* que «el principio de libertad no puede requerir que uno pueda ser libre de no ser libre». En efecto, salvo que hayamos decidido abrazarnos a la irracionalidad, habremos de reconocer (por mucho que defendamos el concepto más degradado de libertad) que ningún principio puede esgrimirse como fundamento de su destrucción. Y, al quitarnos la vida, estamos destruyendo la libertad que enarbolamos. A una conclusión similar llega Kant en su *Fundamentación de la metafísica de la moral*, donde recurre al ejemplo del suicidio para ilustrar el método que debe utilizarse para diagnosticar si una conducta subjetiva se ajusta al imperativo categórico. Aunque Kant defiende la libertad individual, considera que el hombre sólo debe obrar «según aquella regla de conducta que pueda convertirse en ley universal». Una persona en circunstancias difíciles puede desear acortar una vida que le augura más calamidades y sufrimientos que placeres y satisfacciones. Pero, ¿puede este principio convertirse en ley universal de naturaleza? Kant sabe perfectamente que la ley universal de naturaleza nos indica —según señala Aristóteles— que el amor a uno mismo impulsa al hombre a conservar la vida y a resistir hasta el límite todo

lo que pueda destruirle. Por lo que concluye que una ley universal que desease destruir la vida propia amparándose en el mismo impulso que nos obliga a conservarla —el amor a uno mismo—no resiste la prueba del imperativo categórico.

En efecto, es una natural propensión humana querer conservar la existencia, presupuesto ontológico para el ejercicio de la libertad humana. Así que desear la propia muerte se convertiría en un acto contrario a la libertad humana; o, en todo caso, fruto de una libertad viciada, una libertad ofuscada por algún sufrimiento físico o moral, o por el miedo a padecerlo: dolores atroces, decadencia penosa, soledad, abandono, incluso la mera conciencia de convertirnos en un estorbo para los demás. No se trataría de una expresión de la «libertad humana», sino de una falta de libertad, o siquiera de una libertad constreñida, menoscabada y oscurecida (en algunos casos, incluso, una libertad manipulada por intereses externos turbios, por ejemplo de un descendiente deseoso de heredar, o de un Estado que desea disminuir el gasto sanitario). Si mañana alguien reclamase su derecho a convertirse en esclavo, pensaríamos —con recto juicio—que lo aqueja algún trastorno que ha ofuscado su libertad; pues el principio de libertad no puede ser esgrimido para su destrucción. Pero en el esclavo aún subsisten reductos de libertad interior que no pueden ser anulados, mientras que quien se quita la vida anula por completo su libertad. Sin embargo, no aceptamos que quien desea la muerte padece una ofuscación que vicia su libertad, sino que pensamos absurdamente que está realizando un ejercicio supremamente libre. Y promulgamos leyes que amparan el ejercicio de esta libertad viciada; lo cual es, pura y simplemente, un completo dislate filosófico, una irracionalidad grosera fundada en coartadas emotivas. Tal vez la calamidad mayor de nuestra época consiste en negar la existencia de principios y verdades universales, lo que anula el juicio de la razón teórica; de este modo, desprendida de la savia que le da sustento, la razón práctica sucumbe al caos y chapotea en el lodazal del más burdo y pringoso emotivismo.

La razón teórica nos enseña también que la eutanasia es un dislate jurídico. Pues todo derecho se configura mediante la existencia de una obligación correlativa. Si hablamos, por ejemplo, de un «derecho a la educación» es porque hay alguien obligado a educar; si hablamos de un «derecho a la vida» es porque hay un deber de no matar; y así sucesivamente. Si afirmamos la existencia de un «derecho» al suicidio

asistido estamos afirmando que hay alguien obligado a matarnos. Pero esto es una completa aberración: no hay nadie obligado a matarnos, mucho menos un familiar o un médico, que están obligados a cuidarnos (y tampoco, desde luego, el Estado, cuya obligación es velar por la vida y la salud de sus súbditos). A la postre, al reparar en la naturaleza de ese sedicente «derecho a la eutanasia», descubrimos que no es un ejercicio de la voluntad propia, sino la imposición de una voluntad sobre otra. O bien el enfermo impone su voluntad sobre un médico o familiar; o bien el familiar o médico imponen su voluntad sobre un enfermo que ya no puede ejercerla, o la tiene viciada por el sufrimiento.

Con frecuencia, quienes defienden la eutanasia conciben grotescamente a sus detractores como una suerte de retrasados mentales, por considerar que su vida es propiedad de una fantasmagoría delirante a la que llaman Dios. Y proclaman, a renglón seguido, que el único dueño de nuestra vida es uno mismo. Pero, al hacer esta proclama, están incurriendo en una fantasmagoría infinitamente más delirante. Pues, aun suponiendo que Dios no exista, quien lo considera dueño de su vida al menos está respetando el sentido real de la «propiedad», que para existir presupone dos realidades sustantivas y separadas. Somos dueños de una casa, de una tierra o de la obra salida de nuestras manos; pero no podemos ser dueños de nosotros mismos. Lo explica José María Vaquero en un libro muy perspicaz de reciente publicación, *Eutanasia: de la buena muerte y sus aristas* (Editorial Verbum), en el que aborda este controvertido asunto desde el más puro materialismo filosófico. Y Vaquero observa muy atinadamente que, al proclamarnos dueños de nuestro cuerpo, estamos incurriendo en una disociación esquizoide de nuestra integridad personal. ¿Quién es dueño de nuestro cuerpo? ¿El alma? ¿Pero no era el alma un principio vital infundido por Dios? ¿Puede creer en la existencia del alma alguien que no cree en Dios? El alma —para cualquier creyente que no esté infectado de espiritualismos grotescos— es indisociable del cuerpo, mientras dura nuestra vida terrenal; no puede «salirse» del cuerpo para formar una realidad separada que proclama su propiedad sobre el cuerpo. Así pues, quien afirma ser dueño de su cuerpo incurre en una parodia grotesca y locoide de las creencias religiosas.

¿O tal vez, al hacer esta afirmación, está reconociendo la existencia de la «conciencia»? Una conciencia que, por supuesto, ya no sería el juicio de

la razón práctica que dictamina el valor moral de los propios actos, conforme a una ley universal de naturaleza, según establece la filosofía aristotélica (y también la kantiana, por cierto). Se trataría, más bien, de una conciencia entendida como fuerza compulsiva que decide a su libre arbitrio sobre el bien y sobre el mal, y que considera que tal juicio es verdadero por un criterio puramente emotivista de «conformidad con uno mismo»; o sea, la conciencia entendida como justificación de nuestra propia subjetividad. Pero afirmar tal cosa equivale a decir que la conciencia no es libre. Pues, como también observa José María Vaquero, la conciencia no puede ser una entidad desconectada y flotante en el vacío. Si no está conectada a una ley universal, tiene que estar necesariamente conectada a la coyuntura en la que vivimos; es decir, tiene que estar determinada —como afirmaba Marx— por el «ser social», por el proceso histórico-cultural en que estamos inmersos. Al negar una ley universal de naturaleza, la conciencia se convierte en un pelele del clima cultural en el que nos desenvolvemos. Apelar a una supuesta libertad de conciencia según la cual es el individuo el que determina su decisión, se convierte en algo ridículo: son siempre las «circunstancias» las que determinan nuestra acción.

Y las «circunstancias» que moldean la conciencia del enfermo que reclama la eutanasia son antípodas de un ejercicio de auténtica libertad. En un estudio que acaba de publicarse en Canadá, leemos que una de cada tres personas que solicitan la eutanasia alegan «la percepción de ser una carga para la familia, los amigos o los cuidadores»; y a ellas se suma una de cada ocho que alegan padecer «aislamiento o soledad». No son personas, pues, «dueñas» de su vida, ni «libres» para concluirla; son personas cuya conciencia ha sido moldeada por circunstancias penosas, que en muchos casos no se limitan siquiera a los padecimientos propios, sino que incluyen los padecimientos que otras personas les infligen, abandonándolas o haciéndoles percibir como una carga.

«Quien tiene un porqué para vivir puede soportar cualquier cómo», afirmaba Nietzsche. Y, ciertamente, hay «cómos» muy aflictivos; pero esa aflicción es directamente proporcional a la falta de «porqués» para conservar la vida. Y esos «porqués» que dan sentido a nuestra vida no son fantasmagorías, sino realidades sustantivas y separadas de nosotros mismos. Realidades que nos pertenecen y a las que podemos pertenecer, porque no somos seres soberanos y autónomos, sino dependientes y vinculados. Y

esos vínculos y dependencias son los que nos hacen verdaderamente libres y alumbran nuestra razón para conservarnos vivos. La conducta ética consiste en restaurar esos «porqués» que los enfermos han perdido; aceptar su ausencia, para después solucionar el vacío administrándoles la muerte, es una eutanasia de la razón.

INEVITABLE EUTANASIA

Cierta derecha quiere hacer creer a sus adeptos que el llamado «marxismo cultural» está imponiendo una agenda contraria a la familia y la vida, con el evidente propósito de evitar que reparen en la auténtica filiación de esta agenda. Pues el llamado «marxismo cultural» no es, en realidad, más que liberalismo consecuente; y si los progresistas se muestran más voluntariosos y pugnaces a la hora de ejecutar esta agenda que los melindrosos y timoratos conservadores es porque las dinámicas propias de la revolución así lo exigen. Los progresistas son la vanguardia que avanza abriendo brecha; los conservadores la retaguardia que consolida los avances.

Reparemos, por ejemplo, en el caso de la eutanasia impuesta por ley. Nuestros antepasados soportaban con mayor o menor resignación el sufrimiento causado por la enfermedad porque creían que, además de completar los sufrimientos del Dios que se hizo hombre por su salvación, ese sufrimiento era una fruslería, comparado con la bienaventuranza que les había sido prometida tras la muerte. Y, para ayudarles a sobrellevar el sufrimiento, nuestros antepasados contaban con una comunidad que cuidaba de ellos y les brindaba consuelo. Pero el liberalismo impuso la premisa de que somos más plenamente humanos cuanto más nos liberamos de toda tradición y comunidad; o, en todo caso, cuando elegimos la «tradición» y la «comunidad» que nos apetecen, desde una posición de completa autonomía. Inevitablemente, en este nuevo contexto el sufrimiento es algo por completo absurdo que, además, se erige en una amenaza flagrante a nuestra autonomía personal. El hombre autónomo (¡autodeterminado!) que nace con el liberalismo se rebela contra el sufrimiento que regía en el viejo mundo gobernado por Dios; pero para ello debe reemplazar él mismo a Dios, tomando el control del destino humano. La confianza en la voluntad de Dios propia de nuestros antepasados se transforma en confianza en el conocimiento humano y en los avances científicos y tecnológicos que tal conocimiento procura.

Así, la medicina deja de desempeñar el papel que durante siglos o milenios se le encomendó, que fue la «cura» (en el sentido de «cuidado») de las personas enfermas; y se le asigna la misión de «cura» (en el sentido de «eliminación») de la enfermedad. El hombre moderno ya no necesita una comunidad que lo cuide cuando está enfermo (y, cuando la necesita, descubre que no la tiene); y exige avances científicos y tecnológicos que le confirmen que la enfermedad puede ser eliminada, para poder tener el control de su destino. La enfermedad, para el hombre moderno, se convierte en un sinsentido que debe ser erradicado por nuestra racionalidad plasmada en los avances médicos. Pero, ¡ay!, resulta que todos nuestros avances médicos se muestran impotentes ante muchas enfermedades; resulta que todos nuestros remedios se muestran ineficaces ante el sufrimiento. ¡Pero no podemos permitir que la ciencia se declare impotente! ¡Tenemos que hacerla potente al precio que sea! Nuestros antepasados sabían que llegaba un momento en que los médicos ya nada podían hacer por nosotros; y entonces había que esperar la muerte o el milagro. Nosotros exigimos a los médicos que actúen, para demostrar que la ciencia no es impotente ante nuestro sufrimiento. Puesto que lo hemos confiado todo al poder ilimitado de los avances científicos y tecnológicos alcanzados por el conocimiento humano, debemos someter nuestra vida a estos avances. Y si la medicina no puede procurarnos una cura, al menos debe procurarnos la muerte. Si la ciencia y la tecnología no pueden eliminar nuestro sufrimiento, ¡exigimos que nos eliminen con él! Antaño, cuando existía comunidad, la compasión exigía a quienes contemplaban el sufrimiento compartirlo de algún modo, aunque fuera desvelándose por el sufriente; en el mundo instaurado por el liberalismo, la compasión exige eliminar el sufrimiento, aunque sea matando al sufriente, para demostrar que ejercemos un control absoluto sobre nuestro destino, para demostrar que podemos elegir libremente el momento y las circunstancias de nuestra muerte. Y así, además, a la vez que eliminamos el sufrimiento eliminando a los sujetos que lo padecen, logramos olvidar que nuestra pretensión de eliminar la enfermedad era quimérica.

La eutanasia es la respuesta lógica e inevitable del hombre moderno, cuando descubre que su pretensión de controlar su destino es un fracaso, cuando comprueba que la ciencia no lo ha liberado del sufrimiento y, en cambio, lo ha dejado más tirado que un perro, sin autoridad y sin tradición,

sin Dios y sin comunidad. La eutanasia, en fin, es la estación final del hombre endiosado por el liberalismo.

YA SOMOS MATERIA INERTE

Con la aprobación de la ley de eutanasia ya puede decirse sin exageración que hemos dimitido de todas las inclinaciones propias de los seres vivos. Decía Santo Tomas que existen tres inclinaciones naturales en el ser humano que la ley debe proteger: una específica del hombre, que es la inclinación a vivir en comunidad y conocer a Dios; otra que el hombre comparte con los animales, que es la procreación; una tercera, que el hombre comparte con todo lo que existe, que es la conservación del su ser. Primero hicieron leyes que disolvían la comunidad política y mataban el anhelo de conocer a Dios, después hicieron leyes contra la procreación y ahora —con irreprochable lógica—hacen una ley contra la conservación del ser. Ya puede decirse con propiedad que hemos alcanzado el estado de la materia inerte, ese nirvana democrático.

Detrás de esta involución hacia la materia inerte, anida el concepto corrosivo de autodeterminación, la libertad que no acepta el orden del ser, la libertad que no se atiene a la verdad de la realidad humana y se cree capaz de reconfigurarla a su gusto. Una libertad que promete endiosar al hombre (aunque sólo lo animaliza, hasta convertirlo finalmente en materia inerte) y le concede instrumentos jurídicos para deshacerse de todo cuanto lo «limita» o «coarta» (o sea, todo cuanto lo mantiene en el orden del ser), exaltando sus pasiones más torpes y sus ambiciones más egoístas, en aras de alcanzar una individualidad soberana, autónoma, independiente de todo, incluso de sí misma. Esta autodeterminación (que no es, como los panolis que ponen tronos a las causas y cadalsos a las consecuencias piensan, un problema catalán) concede el derecho a liberarse de los vínculos familiares, concede el derecho a liberarnos de la vida gestante que portamos en nuestras entrañas, concede el derecho a liberarnos de nuestro propio cuerpo, haciendo realidad nuestras fantasías penevulvares más aberrantes. ¿Cómo no iba a concedernos el derecho a liberarnos de nuestra propia vida? La eutanasia es la estación final de la libertad autodeterminada, que primero despoja al hombre de Dios, después lo priva de su naturaleza, para arrastrarlo hasta un vacío perfumado por el disfrute de placeres plebeyos; y, cuando aparece en escena el sufrimiento y esos placeres se convierten en

desesperación y angustia, le concede la eutanasia. Las ideas tienen consecuencias.

Y contra las ideas cuya estación final es la eutanasia no valen soluciones «conservadoras» o «progresistas», «liberales» o «totalitarias». Porque todas las ideologías modernas comparten un meollo de premisas filosóficas, que se resume en la aceptación del concepto de autodeterminación, de libertad que no acepta el orden del ser. Contra las ideas cuya estación final es la eutanasia sólo existe un antídoto, que es el pensamiento tradicional. Todo lo demás son querellas intestinas de facciones que disfrazan su ansia de poder de un «carácter cósmico», para engañar a los panolis, mientras los convierten en materia inerte.

OTRA TEORÍA DE GÉNERO

Desde la noche de los tiempos, los seres humanos hemos querido salirnos de la casilla que la naturaleza nos ha adjudicado, anticipando el destino glorioso que nos ha sido prometido. Hay en la naturaleza humana una nostalgia de divinidad, un ansia de una existencia eterna y «transhumanada»; de ahí que los seres humanos, a la vez que nos «autoafirmamos» (a la vez que reforzamos la conciencia de lo que somos), deseemos ser algo más. Tenemos el anhelo de abandonar la casilla que la naturaleza nos ha adjudicado, queremos «salir» de nosotros mismos, rebasando los límites dentro de los cuales hemos sido confinados.

En algunos casos, este deseo de trascendencia que nos invade se funde y refuerza con el deseo de escapar al dolor (físico o moral) que nos aflige, convirtiéndose en una vía de escape a través de la que sublimamos nuestros sufrimientos. Pero, en muchos otros casos, el deseo de trascendencia puede existir sin que concurran padecimientos físicos o psíquicos. También las personas sanas y afortunadas sienten el anhelo de ir más allá de sí mismas, sienten un profundo disgusto hacia su propia personalidad, sienten una ardiente ansia de liberarse de esa insatisfactoria identidad que perciben como una jaula (aunque se trate de una jaula dorada, aunque dentro de ella disfruten de perfecta salud y de todo tipo de dichas). Cualquier hombre o mujer, tanto el ser más feliz como el más desgraciado, puede sentir, repentina o paulatinamente, este «desacuerdo» con su propio ser. Y esta conciencia de «desacuerdo» puede engendrar un agónico y perentorio deseo de abandonar la cárcel del yo, para volar libre de ataduras.

Ser lo que somos es, en efecto, muy fatigoso; y es natural que estemos ansiosos por desbordar nuestras limitaciones. Esta conciencia afligida de la condena que constituye nuestra vida cotidiana nos la brinda nuestra naturaleza caída. Y es una pesadumbre que sentimos todos los seres humanos, con mayor o menor intensidad según el grado de conciencia que tengamos de lo que somos. Si sentimos el impulso de salir de la casilla que la naturaleza nos asignó es porque sabemos quiénes somos realmente; porque íntimamente conocemos (aunque no sepamos formularlo) el fin último, el propósito y meta de nuestra existencia, que no es otro sino fundirnos con el fundamento de nuestra vida, de tal manera que ese fundamento inunde nuestra conciencia, como le ocurre a San Pablo cuando escribe a los gálatas: «Estoy crucificado con Cristo y, sin embargo, vivo: mas no soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí».

Cuando logramos trascender nuestro yo caduco, nuestro yo eterno es libre de hacer efectiva esa fusión. Aunque todavía atrapados en un cuerpo perecedero, sabemos que formamos parte de lo eterno. En algunos seres privilegiados, esta fusión puede llegar a ser plena en esta vida, mediante la unión mística. El común de los mortales, en cambio, tenemos que conformarnos con morir para que esa fusión se produzca; y, entretanto, mientras dura esta vida, sólo podemos preparar el camino ascendente hacia esa liberación, predisponiéndonos a recibir la gracia que nos ayuda a olvidarnos de la honda insatisfacción de ser caducos y «sentirnos» eternos. A preparar este camino de liberación se dedica la religión, que torcidamente asimilada puede convertirse también en un obstáculo, degenerando en un «activismo» desnortado, o bien en fantasías y visiones autoinducidas.

Pero, ¿qué ocurre en aquellas sociedades y fases de la Historia en que la religión no acompaña nuestro apasionado deseo de sobrepasar los límites de nuestro yo caduco y prisionero? Entonces el camino hacia la liberación deja de ser ascendente. Y el ansia humana de trascender la casilla que la naturaleza le ha asignado se convierte en una evasión hacia abajo (mediante sustitutos groseros de la gracia, como el alcohol o las drogas), hacia un estadio de animalidad y desvarío mental; o bien se desplaza horizontalmente en algo más vasto que el yo, pero no más alto ni esencialmente otro, tratando de abarcar bulímicamente experiencias humanas diversas. Entre estos desplazamientos horizontales se hallan las llamadas teorías de género, que prometen a los seres humanos salirse de sus

casillas, con tan sólo «sentir» que son otro. Inevitablemente, estos sustitutos del camino ascendente, estos sucedáneos grotescos de la gracia, son insatisfactorios en el mejor de los casos y casi siempre desastrosos, porque lejos de apaciguar el disgusto humano no hacen sino agigantarlo, hasta convertirlo en desdicha irrevocable.

PORNOGRAFÍA INFANTIL

Aparecen a cada poco en la prensa noticias sobre el desmantelamiento de redes de pornografía infantil que intercambian imágenes en las que niños de muy corta edad, casi bebés, son sometidos a abusos y torturas aberrantes. Pero todo freno policial, por eficaz y disuasorio que sea, se revela inútil si no lo precede un freno moral: las sociedades sanas robustecen los frenos morales que inhiben las conductas criminales; las sociedades podridas debilitan tales frenos morales y, una vez que todos los demonios del crimen han sido liberados, se dedican a perseguirlos. Resulta muy sintomático que aceptemos con naturalidad, por ejemplo, que en Estados Unidos se perpetran matanzas porque allí las armas se han convertido en una mercancía que cualquiera puede adquirir fácilmente; y que, en cambio, rechacemos que en nuestra época abundan los degenerados sexuales porque padecemos una invasión de sensualismo y pornografía accesible a golpe de tecla o de pantalla táctil. No olvidemos que el presidente del Partido Popular europeo ha proclamado con orgullo que el acceso libre a la pornografía es uno de los mayores logros de la Unión Europea.

Pero esta invasión de sensualismo y pornografía no es una conquista de la libertad humana, sino una forma atroz de sumisión a los instintos más esclavizantes. El naturalismo instintivo, hoy convertido en ideología, pretende que la sexualidad humana es benéfica y multiforme, y que nada hay de malo en someterla a constantes estímulos. Pero lo cierto es que la sexualidad humana es como el agua: benéfica cuando se encauza; destructiva cuando los cauces se desbordan y se rompen los diques. Una sexualidad sometida a constantes estímulos morbosos destruye nuestra humanidad y nos convierte en esclavos de nuestros instintos. Pero, cuando se liberan, los instintos humanos —a diferencia de los instintos del animal — no se satisfacen con la mera repetición, por la sencilla razón de que el hombre, a diferencia del animal, es un ser imaginativo y un buscador de novedades. Un hombre entregado al sensualismo desatado necesita

imaginar variantes que traigan novedad a su hastío. Y así, el consumidor de pornografía convencional acabará consumiendo pornografía alternativa, hasta que llega el día en que desea también consumir pornografía en la que aparezcan niños.

Chesterton ya nos lo advertía: «El mundo se ha teñido de pasiones peligrosas y rápidamente putrescentes; de pasiones naturales convertidas en pasiones contra natura. Así el efecto de tratar la sexualidad como cosa inocente y natural es que todas las demás cosas inocentes y naturales se empapan y manchan de sexualidad. Porque no se puede conceder a la sexualidad una mera igualdad con emociones o experiencias elementales como el comer o el dormir. En el momento en que deja de ser sierva se convierte en tirana». Cuando la sexualidad se desembrida se convierte en una pasión putrescente, ansiosa de conquistar nuevas perversidades; y no debe extrañarnos que, después de probar todos los sabores, quiera hincarle el diente a la fruta prohibida de la infancia. La pornografía infantil no es expresión, como se pretende, de una perturbación que aflige a cuatro monstruos; es fruto del clima moral creado por una ideología criminal que ha impuesto el naturalismo instintivo como forma de plenitud humana y que considera que el acceso libre a la pornografía es una de las grandes conquistas humanas. Estas pasiones putrescentes sólo se podrán combatir mediante frenos morales efectivos e impidiendo el acceso a la pornografía. Exactamente lo contrario de lo que nuestra época postula, para sostener el andamiaje de su tiranía.

LA ABOLICIÓN DEL HOMBRE

En su opúsculo *La abolición del hombre* (1943), C. S. Lewis defiende la existencia de un orden moral objetivo que los hombres —en cualquier época y en cualquier civilización, bajo las más diversas tradiciones religiosas o filosóficas—pueden aprehender a través de la razón. Un orden en el que, desde luego, el ser humano puede profundizar, logrando nuevos discernimientos, pero al que no puede aportar invenciones, del mismo modo que no puede «imaginar un nuevo color primario o crear un nuevo sol y un nuevo firmamento que lo contenga».

C. S. Lewis advierte sobre la emergencia de unos «innovadores sociales» —a quienes denomina «Manipuladores»—que, enarbolando la bandera del subjetivismo, postulan que este orden objetivo puede ser

transformado, renovado y sustituido de manera arbitraria. Cuando tales Manipuladores, «armados con los poderes de un estado omnímodo y una irresistible tecnología científica», logren moldear a una generación, el ser humano habrá dejado de existir. El origen último de toda acción humana dejará de ser algo dado (un *datum* que nos brinda la Naturaleza), para convertirse en algo que puede manipularse. De este modo, «bueno» y «malo» se convertirán en palabras vacuas, pues el contenido de las mismas se derivará, en adelante, de lo que los Manipuladores establezcan arbitrariamente. Y cuando estas categorías dejan de tener sentido, prevalece el que afirma: «Yo quiero».

Sic volo, sic iubeo. Los Manipuladores lograrán que las acciones humanas se guíen por el deseo, por el capricho, por la más pura apetencia disfrazada de fuerzas sentimentales. Y desde ese momento lograrán que los manipulados sean patéticos títeres en sus manos; y podrán moldear la posteridad a su antojo. En estos días, ante una ley en ciernes que niega el orden moral objetivo, los tertulianeses de derechas advierten del problema que se planteará cuando señores con toda la barba entren en baños de mujeres, o compitan en disciplinas deportivas femeninas; o, en todo caso, señalan que los padres podrán perder la custodia si se niegan a acceder a los deseos de un hijo menor que desea hormonarse o amputarse un miembro. Pero no advierten realidades infinitamente más pavorosas. Por ejemplo, que el «transgenerismo», al pretender que menores que no han alcanzado un desarrollo orgánico ni intelectual tengan en cambio conciencia de su «identidad» sexual, está sentando las bases para «normalizar» los demonios más oscuros. Si se considera que los menores viven una plenitud sexual desde la infancia, ¿por qué no habrían de tener relaciones consentidas con adultos? Por supuesto, esta bestialidad los Manipuladores todavía no la formulan abiertamente, pero está inscrita en la lógica del nuevo paradigma que están imponiendo, ante el silencio de los corderos.

Sorprende que, mientras tantos corderos callan en estos días, o se limitan a hablar de baños públicos y competiciones deportivas, sean las feministas las que claman contra estas leyes. «Si estos callan, gritarán las piedras», leemos en el Evangelio.

LA ÚLTIMA BATALLA

Una revista al servicio del mundialismo ha llevado a su portada a un niño

transexual que posaba con orgullo y miraba desafiantemente a la cámara. En su orgullo y desafío se compendiaba la exultación de quienes lo habían moldeado, que después de ganar todas las batallas (primero en el orden político, luego en el orden social, después en el orden familiar) se disponen a librar la última batalla en el último reducto que les restaba por conquistar, que es la propia naturaleza humana, nuestra misma mismidad. Y, hollando ese último reducto que es a la vez la cúspide de la labor creadora de Dios, coronan su labor destructiva.

Pero esta batalla última que ahora se va a librar en los cuerpos inermes de nuestros hijos, en sus almas trémulas y atónitas, jamás se habría declarado sin nuestra paulatina claudicación. Esta batalla última no sería ni siquiera imaginable si antes no hubiésemos entregado poco a poco, de forma indolora, el orden político, social y familiar, hasta la plena disolución de todos los frenos morales. Y así —como profetizó Chesterton—, el mundo se ha teñido de pasiones peligrosas y putrescentes, de pasiones naturales convertidas en pasiones contra natura; pues cuando la sexualidad se trata como cosa inocente ocurre inevitablemente que todas las cosas inocentes se empapan de sexualidad. Empezando, naturalmente, por la propia infancia.

Y ahora nuestros hijos van a ser víctimas cruentas de esa batalla, gracias a las leyes que progresistas y conservaduros al servicio del mundialismo han promulgado. Pero si hoy nuestros hijos van a ser triturados es porque antes permitimos que se instaurase un orden político que promovió la ruptura de los vínculos humanos y fomentó una libertad depravada que no era otra cosa sino satisfacción egoísta de los instintos. Porque permitimos que la familia se convirtiese en un campo de Agramante, que el amor de los esposos se ensuciase de competencia sexual, que los hijos se revolvieran contra los padres, que se anulase el concepto de autoridad familiar, para que el Leviatán viniera a suplirla. Porque antes permitimos que, desde la propia escuela, se incitase a «vivir en plenitud la libertad sexual»; porque aceptamos una propaganda mediática que escamotea las realidades más nobles de la condición humana y las sustituye por reclamos sexuales. Porque antes dejamos pasivamente —muy preocupados de conservar nuestros duros, o de hacerlos progresar— que envileciesen la inocencia de nuestros hijos, que les arrebatasen todo vestigio de pudor, que desnaturalizaran su sexualidad balbuciente, que los liberasen de tabúes e

inhibiciones, ante nuestra pasividad de peleles progresistas, ante nuestro aplauso de alfeñiques conservaduros.

Y ahora los van a apacentar hasta el baño unisex y les van a suministrar tratamiento hormonal con leyes aprobadas por los lacayos del mundialismo a los que hemos votado tan felices durante todos estos años. Y como panolis cretinizados nos consolaremos, diciendo: «Pobrecito hijo mío, si es lo que él quiere…». Pero no es lo que nuestros hijos quieren, sino lo que les hemos hecho querer; porque, para formar los caracteres —como para deformarlos— primeramente hay que crear un clima moral. Y una vez creado ese clima moral, nuestros hijos respiran en él sin darse cuenta de que los está envenenando. Y el ambiente moral que los ha envenenado lo hemos creado nosotros, votando a los lacayos del mundialismo que prometían conservarnos los duros, o hacerlos progresar. Sólo pido a Dios que, cuando al fin venga alguien a desmantelar toda esta podredumbre, deje sin duros a los que la propiciaron.

DE TEJAS ARRIBA

EL LEGADO DE LUTERO

I

Han transcurrido algo más de quinientos años desde el día en que Lutero clavó sus célebres 95 tesis en la puerta de una iglesia de Wittemberg. Aquellas tesis, que romperían la unidad de la fe, cambiarían también traumáticamente las concepciones filosóficas, políticas, económicas y culturales vigentes, hasta el punto de convertir la protesta luterana en uno de los hechos más importantes de la Historia. La llamada Reforma, a diferencia del cisma de Oriente, no fue una mera controversia eclesiástica, sino que supuso un expreso rechazo del Dogma y la Tradición, así como una negación del valor de los sacramentos. Y los dogmas religiosos no son, como el ingenuo (creyente o incrédulo) piensa, meras entelequias sin consecuencias sobre la realidad, sino condensación de verdades sobrenaturales que ejercen un influjo muy hondo sobre nuestra vida. No se puede cortar el tallo de un rosal y pretender que los pétalos de la rosa no se marchiten.

Ciertamente, la Reforma de Lutero llegó cuando la decadencia de la Iglesia (minada por el concubinato del clero, la rapacidad y avaricia de muchos religiosos y la simonía institucionalizada) alcanzaba cotas lastimosas. Pero no se pone remedio a los errores cayendo en uno más grande; y la parábola evangélica del trigo y la cizaña ya nos advierte contra el peligro de arrancar la cizaña antes de tiempo (que fue, exactamente, lo que quiso hacer Lutero, logrando tan sólo desperdigarla). Al fondo de aquel furor reformista de Lutero palpitaba el fracaso espiritual de un hombre que había hecho esfuerzos ímprobos por alcanzar la unión con Dios. Pero todos sus sacrificios, penitencias y abnegaciones habían sido en vano; y seguían abrasándolo las concupiscencias más torpes (en cuya descripción, por pudor, no entraremos), que le causaban enorme angustia y ansiedad. Lutero consideró entonces (haciendo una proyección teológica de sus propias debilidades) que el hombre pecador nada podía hacer por alcanzar la salvación. Así fue como concluyó que Cristo ya había sufrido por nuestros pecados; y que, por lo tanto, ya estábamos perdonados. De modo que, para salvarnos, bastaba con que se nos aplicasen los méritos de Jesús por medio de la fe.

Esta justificación a través exclusivamente de la fe se funda en una

concepción pesimista de la naturaleza humana, que niega la libertad para vencer las tentaciones y también la gracia de los sacramentos. El hombre luterano, sin capacidad para sobreponerse al pecado y alumbrado por la *sola fide,* suprime la mediación de la Iglesia; y será su conciencia, iluminada por el Espíritu Santo, la que ordene su propia vida religiosa e interprete libremente las Escrituras. Y, como escribió el gran Leonardo Castellani con su habitual gracejo, «desde que Lutero aseguró a cada lector de la Biblia la asistencia del Espíritu Santo, esta persona de la Santísima Trinidad empezó a decir unas macanas espantosas». El libre examen luterano desató la enfermedad de la inteligencia denominada diletantismo, que luego ha contagiado, por proceso virulento de metástasis, toda la cultura occidental, primeramente con los ropajes del fatuo endiosamiento intelectual, por último con los harapos lastimosos del deseo de saber sin estudiar y la soberbia de la ignorancia. Las consecuencias de la Reforma luterana en el plano filosófico y moral no se harían esperar.

II

Al afirmar el principio del libre examen, que atribuye al hombre una facultad omnímoda para ordenar su vida religiosa, Lutero anticipa el imperativo categórico de Kant, que proclamaría la suficiencia absoluta de la voluntad humana para emanar normas de conducta, erigiéndose así el hombre en único legislador y árbitro de su vida moral. A la vez, con su tesis del *servo arbitrio*, que juzga al hombre incapaz de elegir el bien, Lutero se convierte involuntariamente en promotor del nihilismo filosófico y ético.

Lutero, discípulo de los nominalistas Wesel y Biel, injertó en el pensamiento de sus maestros un asfixiante pesimismo antropológico. Juzgaba que la inteligencia humana, tarada por el pecado original, estaba incapacitada para abstraer lo universal y pensar las cosas del espíritu; pero, al mismo tiempo, consideraba que era muy apta para desenvolverse con pragmatismo en el mundo. Inevitablemente, un hombre dispensado de discernir un orden moral objetivo puede refugiarse en su conciencia subjetiva. El bien ya no será una categoría que el hombre discierne a través de la razón, sino lo que en cada momento determine que es bueno (o, dicho más descarnadamente, lo que le convenga), y el mal lo que entienda que es malo (o sea, lo que le perjudique). Danilo Castellano observa con perspicacia que esta consideración de la conciencia permitirá luego a

Rousseau afirmar en el *Emilio* que «la conciencia es la voz del alma, como las pasiones lo son del cuerpo». Esta conciencia, reducida a mera pulsión subjetiva, acabará conformando al hombre de nuestra época, un amasijo instintivo sin guía ni freno, huérfano de razón y responsabilidad. Un hombre que guía sus decisiones (que, inevitablemente, ya no serán morales) por la pura espontaneidad, que es la que le permite afirmarse y ser «auténtico», y hasta creer (*risum teneatis*) que es libre como el viento, aunque sólo sea esclavo de sus pasiones. Y de la conciencia instintiva al subconsciente freudiano hay un solo paso.

Inevitablemente, esta concepción luterana del hombre, incapacitado para abstraer lo universal, impondrá el abandono de la metafísica, que posteriores corrientes filosóficas declararán inaccesible (y, con el tiempo, inútil). Como luego afirmaría Hegel, «la verdadera figura en que existe la verdad no puede ser sino el sistema científico de ella». Es decir, cada escuela filosófica debe crear un sistema que se erija en la verdad (por supuesto, refutada por la siguiente escuela); y toda escuela filosófica posterior, para hacerse un hueco, deberá refutar la «verdad» de la escuela anterior y poner otra alternativa en su lugar. Así, se concluye en la extravagancia de pensar que la razón humana es suficiente para dar fundamento a toda la vida del hombre, quedando excluido el orden sobrenatural. Y, con el tiempo (porque los sistemas filosóficos, al faltarles el sustento de una verdad universal, se tornan pendulares), se concluye en la extravagancia contraria, según la cual la razón humana carece de autoridad para fundamentar la vida, lo que desembocará en los sucesivos escepticismos, relativismos y nihilismos del pensamiento contemporáneo.

Así, la filosofía primero intentó crear un sistema desde dentro de sí misma (idealismo); luego dejó que cada quisque se montara por libre su propio sistema (subjetivismo); y por último se entregó a la pesadilla del vacío más atroz, a ese «nihilismo de la razón» que Unamuno consideraba la estación final del protestantismo. Belloc, aún menos benigno, avizoraba que toda esta descomposición acabaría desembocando en un hormiguero de supersticiones enloquecidas. Que es, en efecto, lo que está sucediendo.

Como sostiene Belloc en *Europa y la fe*, «al negarse la realidad y hasta el ser, se crean sistemas que se mueven en un vacío atroz, para asentarse finalmente en una negación y desafío universales lanzados contra toda institución y todo postulado». La desaparición del saber metafísico acaba

degenerando en la búsqueda de verdades «sociológicas», siempre coyunturales y cambiantes, carentes de fundamentación real. Y, tarde o temprano, propicia malformaciones y excrecencias irracionales; pues, allá donde falta la metafísica, afloran como setas un sinfín de supersticiones enloquecidas, fanáticas e imprevisibles. Y surgen entonces, inevitablemente, conceptos políticos morbosos. Porque el legado de Lutero tiene también, por supuesto, consecuencias políticas.

III

Si la inteligencia humana, tarada por el pecado original, está incapacitada para abstraer lo universal, no pude aspirar a entender las leyes de la política. De este modo, la doctrina de Lutero se convierte en legitimadora del Estado moderno, concebido como instrumento para ordenar la vida social y reprimir la intrínseca maldad humana, convirtiendo sus leyes positivas en norma ética. Frederick D. Wilhemsen nos hace reparar en la paradoja de que Lutero, que empezó azuzando la rebelión de los campesinos alemanes contra sus príncipes (pensando que los campesinos lo apoyarían en su lucha contra Roma), acabase exhortando a los príncipes a aplastar del modo más inmisericorde las revueltas campesinas (después de que los príncipes abrazasen su doctrina). «En último término —escribe Wilhemsen—, el luteranismo predica que el ciudadano tiene que obedecer al príncipe en todo, de una manera ciega, pues el cristiano sabe que la autoridad del príncipe viene de Dios, pero no sabe nada de la ley natural, debido a la corrupción de su razón, el único instrumento capaz de descubrir esa ley».

Por supuesto, la monarquía ya había tenido tentaciones de hacerse absoluta antes de Lutero. Pero los reyes estaban limitados por una ley humana, la costumbre, y por una ley divina que no podían conculcar. Ambas barreras serán anuladas por Lutero, que en su obsesión por combatir al papado convierte al rey en representante de Dios en la tierra, afirmando que todo auténtico cristiano está obligado a someterse incondicionalmente a él. La monarquía, antes de Lutero, se había acomodado a la sentencia de San Isidoro («*Rex eris si recte facias; si non facias, non eris*»); y así había llegado a ser, en palabras de Donoso, «el más perfecto de todos los gobiernos posibles, por ser uno, perpetuo y limitado». Al apartar esos límites que constreñían al monarca, Lutero instaura la deificación del poder civil. El monarca se convierte en objeto de adoración ciega; su poder ya

nunca más se asentará en la *auctoritas* ni en la *potestas*, sino que será puro ejercicio de la fuerza sin restricciones (o sin más restricciones que los reglamentos que él mismo evacua, sometidos a su conveniencia y capricho).

Así se corrompe el principio de autoridad, hasta su confusión con la mera fuerza despótica. Este quebrantamiento del orden político —afirma Belloc— iba a tener un efecto explosivo: el poder que mantenía las cosas unidas se convertirá a partir de ese momento en un poder que separa cada una de las partes componentes. En efecto, el poder absoluto mostrará pronto, bajo una falsa fachada unificadora, su íntima vocación disgregadora, haciendo de la disputa por el poder, la tensión social y la guerra constante el clima natural de una Europa dividida. Por supuesto, la doctrina luterana sobre la soberanía absoluta de los reyes será la que luego, convenientemente desplazada de sujeto, fundamentará el principio de la soberanía popular. La omnipotencia del príncipe se convierte en voluntad popular soberana, cuya esencia sigue siendo la fuerza despótica, capaz de determinar mediante mayorías el bien y la verdad según su conveniencia y capricho.

Wilhemsen sostiene que «la pasividad del alemán frente a su gobierno, sea éste monárquico, imperial, republicano o nazi, refleja una teología y una religión cuya negación de la ley natural exige que el hombre obedezca pasivamente, sin preguntar el porqué». Sospecho que esta reflexión que Wilhemsen circunscribe al alemán podría extenderse en general al hombre contemporáneo, que creyéndose más soberano que nunca está en realidad sometido pasivamente a poderes ilimitados que ya no controla. Empezando por el poder del Dinero, que el protestantismo liberó.

IV

La rebelión de Lutero daría alas a otro clérigo levantisco, Calvino, que como él afirmó la depravación de la naturaleza humana y negó que el hombre tuviera libre albedrío. Calvino añadió, sin embargo, una dimensión nueva a la doctrina luterana, afirmando la monstruosa doctrina de la predestinación. Pero, aunque el hombre nada pueda hacer por salvarse, puede —según Calvino— saber anticipadamente cuál es su destino, pues la prosperidad material se erige en signo de afecto divino. Esta doctrina abominable desataría la avaricia de los pudientes, que empezaron a agitar a las masas contra el Papado; y, mientras las masas estaban entretenidas

agitándose y disfrutando de la anarquía moral generada por la ruptura con Roma, los ricos las despojaron de sus tierras. «Siempre resulta ventajoso para el rico —afirma Belloc— negar los conceptos del bien y del mal, objetar las conclusiones de la filosofía popular y debilitar el fuerte poder de la comunidad. Siempre está en la naturaleza de la gran riqueza […] obtener una dominación cada vez mayor sobre el cuerpo de los hombres. Y una de las mejores tácticas para ello es atacar las restricciones sociales establecidas». A los hacendados y poseedores de grandes fortunas les había llegado, en efecto, una gran oportunidad con la Reforma. En todos los lugares donde la riqueza se había acumulado en unas pocas manos, la ruptura con las antiguas costumbres fue para los ricos un poderoso incentivo. Hicieron como si su objetivo fuese la renovación religiosa; pero su verdadero fin era el Dinero. Y así lograron que su desmesurado afán de lucro resultase menos insoportable a los ojos de los pobres, entretenidos con el caramelito de la renovación religiosa. La doctrina católica habría combatido el industrialismo y la acumulación de riqueza; pero el protestantismo hizo del afán de lucro un signo de salvación.

Y, mientras crecía el afán de lucro, se consumó el «aislamiento del alma», que Belloc considera con razón el más nefasto legado de la Reforma y define como una «pérdida del sustento colectivo, del sano equilibrio producido por la vida comunitaria». En efecto, el protestantismo introdujo un aislamiento de las almas que, además de gangrenar la teología, la filosofía, la política, la economía y la vida social, destruyó la comunión entre los hombres y quebró la unidad psíquica de la persona. Pues, al cuestionar toda institución humana y toda forma de conocimiento, abocó a los seres humanos a un desarraigo creciente y a una exaltación del individualismo cuya estación final es la desesperación, como comprobamos en las sociedades modernas, integradas por individuos enfermos de solipsismo y, a la vez, estandarizados y amorfos. Y la disolución de la religión colectiva facilitaría, en fin, el encumbramiento de sucesivas idolatrías sustitutivas, llamadas pomposamente ideologías, cuyo cáliz amargo seguimos hoy apurando hasta las heces.

Y, para terminar —*last, but not least*—, no podemos dejar de referirnos, entre las consecuencias del luteranismo, a su iconoclasia furibunda, que generaría un arte inane y acabaría desembocando en el feísmo más exasperado, puro vómito de una esterilidad engreída, que denominamos

eufemísticamente «arte contemporáneo». Detrás de la iconoclasia protestante —como detrás de la supresión del culto a la Virgen y a los santos— había odio a la expresión sensible de la divinidad. Si la naturaleza humana está corrompida, toda pretensión de plasmar plásticamente la Belleza se torna insatisfactoria; y toda mediación inútil. Exactamente lo contrario postulaba el arte católico, que pintando a María había certificado la unión de Dios con el mundo material: pues María, que es la gota más pura salida del lagar de la humanidad, es también la gota de cuya destilación ha salido el mismo Dios. Pintando a María, el arte cristiano había sellado de forma sublime la alianza entre Creador y criatura, había logrado no sólo vislumbrar la Belleza sino también gestarla en su propio vientre y nutrirla con su propia leche. Lutero, al negar que María fuese madre de Dios, negó al hombre la posibilidad de criar a Dios en su regazo. Así, el arte dejó de beber en su fuente originaria; y tuvo que conformarse con beber de fuentes afluentes cada vez más turbias. Se hizo primero naturalista en un empeño por captar lo puramente material, después abstracto en un esfuerzo más patético por captar lo inmaterial (pero carente de espíritu), hasta llegar a la estación última, que si en el pensamiento es el nihilismo y la superstición, en el arte es el feísmo exasperado y la pacotilla inane.

Agustín de Foxá escribió que, con el triunfo de Lutero, «se secaron todos los lirios simbólicos de la Edad Media». No se puede cortar el tallo de un rosal y pretender que los pétalos de la rosa no se marchiten.

UN SÍMBOLO

Hay un pasaje muy revelador en *La filosofía en el tocador*, del Marqués de Sade, sobre el que a menudo reflexiono: «No propongo matanzas ni deportaciones; todos esos horrores están demasiado lejos de mi alma para concebirlos ni un minuto siquiera. No, no asesinéis ni desterréis. […] Basta con emplear la fuerza contra los símbolos; basta con ridiculizar a quienes los sirven».

Siempre me ha sobrecogido la aversión que algunos destinan al símbolo de la Cruz. Antaño tal aversión se expresaba de forma clandestina; hoy se puede expresar a la luz del día y con amparo legal. ¿Y por qué ese símbolo provoca tanta aversión? Si saliésemos a la calle a preguntarlo, mucha gente nos respondería: «¡Porque en nombre de la Cruz se han cometido muchos

crímenes!». Y no negaremos que algunos, o incluso muchos, se hayan cometido. Pero también se han perpetrado muchos sacrificios humanos multitudinarios en nombre del sol; también se han bombardeado ciudades y países enteros en nombre de la paz. Sin embargo, casi nadie piensa que el sol o la paz deban ser odiados porque los criminales más sangrientos hayan matado en su nombre. Por otro lado, a nadie se le ocurriría imputar al sol o a la paz todos los crímenes que se han perpetrado bajo su resplandor o imperio; tal cosa, en cambio, se hace con frecuencia cuando se trata de imputar crímenes a la Cruz. Y, por supuesto, también se le imputan como crímenes cosas que no lo fueron, o que fueron exactamente lo contrario: como si al sol, por ejemplo, se le imputara como crimen dar luz y calor a los hombres.

En realidad, estas justificaciones nos hablan de un odio que necesita expresarse indirectamente, avergonzado —o tal vez demasiado orgulloso— de mostrar su verdadera naturaleza. Ernest Hello señalaba que jamás se había tropezado con un ateo militante que detestase por igual todas las religiones; y se sorprendía al descubrir que la mayoría de quienes se confesaban ateos militantes profesaban indiferencia, y hasta condescendiente simpatía, por los más variopintos cultos, concentrando su aversión de forma exclusiva en la religión representada por la Cruz. Esto mismo que observaba Hello hace más de cien años se puede seguir observando hoy. Confesaré que este hecho tenebroso me ha iluminado en alguna ocasión, cuando a punto estaba de desfallecer: «Si todo esto en lo que creo es una falacia —me he preguntado—, ¿por qué provoca tanto furor entre algunos? Si mis creencias son trasnochadas y pueriles, ¿por qué se empeñan tanto en desprestigiarlas?». Nunca he visto a nadie dedicar sus furores a la quiromancia o a los horóscopos, ni esforzarse por desprestigiar a la diosa Minerva; por la sencilla razón de que son cultos falaces y trasnochados y, por ello mismo, inofensivos. Sin embargo, resulta habitual tropezarse con personas que profesan un odio exclusivo y específico a la religión representada por la Cruz, a la que consideran muy ofensiva; pero a la vez sostienen incongruentemente que es una religión tan falaz como la astrología y tan trasnochada como el culto a la diosa Minerva. ¡Menudo disparate lógico!

Pero, aun entre los improbables aborrecedores de la astrología o del culto a la diosa Minerva, no encontraríamos a ninguno que se enfadase si

nos colgáramos del cuello un amuleto representativo de cualquier constelación de estrellas; tampoco si colgáramos de una pared una escultura del búho minervino. Sin embargo, hay gentes que se soliviantan si ven una cruz colgada de la pared o de cualquier cuello; gentes que, incluso, han recurrido a los tribunales, para que les aparten de su vista ese símbolo. Y a veces los tribunales han ordenado hacerlo. ¿Alguien puede encontrar una explicación racional a tan misteriosos fenómenos? Yo la he buscado en vano.

Si alguien me hubiese brindado una respuesta convincente habría podido abominar de la Cruz y liberar de paso a las tres o cuatro lectoras que todavía me soportan del suplicio de leer sobre asuntos tan incómodos, para arrullarlas con frivolidades en boga y baratijas politiquillas. Pero esa respuesta convincente nunca me la brindó nadie; así que he tenido que aceptar humildemente que la furibunda hostilidad que algunos profesan a ese símbolo en el que se cruzan dos simples líneas (más corta la horizontal, en abrazo hacia la tierra; más larga la vertical, disparándose hacia el cielo) se explica porque representa una verdad universal y eterna; mientras que la complaciente hospitalidad que se brinda a cualquier otro símbolo se explica porque todos ellos representan multiformes, efímeras e intercambiables mentiras. Aunque parezca increíble, también hay hechos tenebrosos muy iluminadores.

EL CIELO EN LA TIERRA

Cuando leemos los Evangelios con atención descubrimos que Jesús siempre se resiste a hacer milagros, pues no quiere que lo confundan con uno de aquellos taumaturgos chiflados que embaucaban a la plebe con sus prestidigitaciones. Así que, cuando finalmente accede a las peticiones de lisiados, ciegos o leprosos, rehúye los métodos de los taumaturgos y los toca y ensaliva, los acaricia o cachetea, para que adviertan que no los está curando un espíritu, ni un capataz de espíritus, sino un hombre de carne y hueso como ellos que, sin embargo, tiene a Dios metido en el cuerpo y, al tocarlos, les mete un chute de divinidad en su magullada carne.

Este mismo chute de divinidad, logrado a través del contacto con nuestra carne también magullada por el pecado, introducen los sacramentos en la vida del cristiano. Como los milagros de Jesús, los sacramentos desdeñan las prestidigitaciones de los taumaturgos, para buscar el contacto

carnal con quienes los reclaman: una imposición de manos, una unción con aceite, una mojadura o aspersión de agua. Y, cuando Jesús quiere quedarse con sus amigos, trayendo el cielo a la tierra (según la expresión utilizada por Reig Pla, un obispo a la contra del pancismo episcopal), lo hace también de la forma más carnal posible, buscando no ya el contacto, sino la deglución. Esta «carnalidad» sanadora del cristianismo, que desafiaba el espiritualismo pagano y también el epicureísmo que veía en el cuerpo un mero lugar de delectación, fue la razón principal de su rápida propagación entre gentes hartas de fanfarrias esotéricas. De repente, entre tantas religiones mistéricas, surgía una religión que abrigaba del frio, que enjugaba el llanto, que sanaba las heridas corporales y espirituales mediante la caricia, el abrazo y el beso. Y que, en lugar de expulsar del templo a los leprosos y a los pecadores, llevaba el templo hasta el arrabal o periferia de marginación al que habían sido expulsados. Aquella religión contaba con un Dios que se metía en las llagas del pecado y de la lepra; y los hombres que la predicaban no temían acariciar al leproso, abrazar a la adúltera, besar al apestado, como tampoco su Dios temía entrar en sus cuerpos abrasados por la fiebre y en sus almas envenenadas por el pecado. Mientras los emperadores se amurallaban frente al contagio y cerraban sus templos fastuosos, aquellos cristianos locos de amor salían extramuros con Dios metido en un cuenco de barro, para darlo de comida a los enfermos; y les hablaban con pasmosa naturalidad de la muerte que a todos nos aguarda a la vuelta del camino, y también de la vida gloriosa que viene después de la muerte. Y así aquel Dios humildísimo, agazapado en un pan ácimo, barrió del mapa a todos los dioses encumbrados en pedestales de mármol.

Naturalmente, esta locura de amor no debe confundirse con insensatez temeraria propia de taumaturgos chiflados. San Agustín nos enseñó que el cristiano no puede rehuir el martirio, pero tampoco arrojarse imprudentemente a él. Del mismo modo, la Iglesia no puede renunciar a llevar los sacramentos, pero tampoco causar daño a quienes los lleva; pues Dios tiene otras maneras alternativas de salvar las almas de quienes lo aman, aunque sean jornaleros de ultimísima hora. Sin embargo, descartar traer el cielo a la tierra cuando ni siquiera el Estado Leviatán lo ha exigido, o renunciar a llevar la caricia, el abrazo y el beso de Dios a quienes lo necesitan, recomendándoles a cambio que se conformen con una taumaturgia (la televisión), me parecen actitudes más propias de burócratas

indolentes y pancistas que de sucesores de los apóstoles. Y ya sabemos para qué sirve la sal que se vuelve sosa.

LA MIRADA PATRIARCAL DEL ARTE

Nos advertía Chesterton que nuestra época denomina «ideas novedosas» a las viejas herejías de siempre, disfrazadas con la jerga del momento. Podemos comprobar la veracidad de este aserto, con tan sólo reparar en el nuevo furor censorio que la ideología de género destina a las obras de arte en las que —reproducimos la jerga del momento— «el ideal de belleza femenina ha sido construido por la mirada patriarcal». Este furor censorio, en volandas de la caza de brujas montada a partir de los abusos sexuales de Weinstein, ha impulsado a los botarates que regentan la Galería de Arte de Manchester a quitar de sus paredes una bellísima pintura del prerrafaelita Waterhouse.

Resulta, en verdad, irrisorio que los adalides de la «liberación sexual» de la mujer hayan acabado postulando el más desquiciado puritanismo. Pero, ¿qué se oculta detrás de esta nueva pretensión que pretende combatir la «mirada patriarcal» del arte? Porque sólo los tontos de capirote pueden creerse que retirando obras de arte de los museos se esté «protegiendo la salud pública y la integridad de las mujeres» (no conozco a ningún violador que se estimule en sus crímenes viendo cuadros de ninfas prerrafaelitas). Afirmaba Proudhon que detrás de todas las cuestiones políticas nos tropezamos siempre con la teología. Y detrás de este furor censorio de la ideología de género nos hallamos con la herejía iconoclasta, que en distintos crepúsculos de la Historia (lo mismo entre los bizantinos que entre los puritanos protestantes) ha buscado siempre lo mismo: negar la unión del Creador y la criatura, negar el abrazo de Dios al ser corporal del hombre logrado a través de la Redención. Como nos enseñaba Soloviеf, pretender que la divinidad no puede tener expresión sensible, pretender que la fuerza divina no puede emplear para su acción medios visibles y representativos, es quitar a la encarnación divina toda realidad; es negar la realización material de lo divino; es —en fin— negar la Redención.

El arte se dedica a celebrar el abrazo entre lo humano y lo divino. Y ese abrazo halla su expresión más íntima y gozosa en el vientre de una mujer, donde Dios se encarna. Esta unión entre Creador y criatura lograda en una mujer que es a la vez virgen y madre constituye el motivo más excelso del

arte. Y un eco o reverberación de esa unión se ha dado, a lo largo de los siglos, en multitud de artistas, que mirando a la mujer con maravillada gratitud celebran —acaso sin saberlo— aquel acontecimiento que transformó la historia de la Humanidad y del Arte. Pues bien, a esta mirada agradecida y maravillada que contempla con rendida gratitud a la mujer es a lo que la ideología de género llama «mirada patriarcal». Y no le falta razón; porque fue, en efecto, la mirada de un patriarca divino la que anticipó que la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente.

Que es lo que, a la postre, llena de furor a la serpentina ideología de género. El furor censorio contra el arte que retrata la belleza femenina no es en último extremo sino odio teológico, disfrazado de una jerga que lo hace parecer una idea novedosa a los panolis de nuestra época. La ideología de género sabe que en las mujeres enaltecidas por la «mirada patriarcal» del artista se renueva la mirada de aquel Dios que «ha mirado la humildad de su esclava» y ha hecho «obras grandes» en ella, convirtiéndola en expresión sublime de Belleza. Que la ha convertido, como dijo el poeta, en un «lujo de inocencia que apaga el furor de nuestros sentidos». A las herejías de antaño, como a las ideas novedosas de hogaño, siempre les ha resultado mucho más rentable la mujer que escatima la inocencia y enciende el furor de los sentidos.

UN VÓMITO SIN ESPERANZA

Antaño, en el día de Difuntos, un escritor podía probar el tono elegíaco y narrar una visita a los cementerios románticos, con luz enlutada o macilenta, para recitar entre las tumbas aquellos hermosos versos de Foxá: «Acaso entre vosotros / estará la mujer que hubiera sido / mi novia azul, acaso entre este polvo / tengo un amigo —ya imposible— yerto. / Os amo, dulces muertos, mujeres que me hubierais comprendido, / compañeros lejanos, / niños antiguos…». Si fallaba la veta elegíaca, el escritor podía probar un artículo costumbrista en el que cortejase a la florista tísica que le vende crisantemos o a la repostera oronda que lo atiborra de buñuelos. También podía ensartar una divagación moral sobre el personaje de don Juan, o incluso probar a hacer un poco de humorismo macabro. Pero todos estos asuntos posibles presuponían un mundo cristiano que ya no existe; y escribirlos hoy parecería ejercicio de arqueología.

Me hacía esta reflexión melancólica mientras veía vomitar y patinar

después en su vómito a una muchacha disfrazada de adefesio de Giliween, con los pintarrajos derretidos y la vista nublada por las pastillas y el alcohol. Mientras la veía patalear en el suelo como una cucaracha panza arriba y berrear improperios y blasfemias, pensé que tampoco nos hallamos (como quiere el clericalismo modosito) en un mundo pagano. El paganismo pasó para no volver jamás; y lo que hoy se ha poseído del pudridero europeo es otra cosa muy distinta, como una copa vacía es algo muy distinto a una copa en la que hubo vino, pues entre el paganismo precristiano y esta muchacha que patalea en el suelo como una cucaracha y se reboza en su pálido vómito pasó por el mundo el vino que alegra y conforta a los hombres. Como señalaba Castellani, la desesperación de los hombres contemporáneos es mil veces más acre y sacrílega que entre los paganos precristianos, «pues entre éstos y aquéllos ha pasado nada menos por el mundo la Esperanza hecha Carne». Y no es lo mismo no conocer la Esperanza, vivir ignorándola o sólo atisbándola entre tinieblas, que vivir después de haberla rechazado, después de haberla escarnecido, después de haber renegado de ella con orgullo y delectación.

Ya no se puede regresar al paganismo, como no se puede regresar al Paraíso terrenal; y decir que nuestro mundo es pagano, como decir que es paradisíaco, es un modo de hablar puramente retórico o gilipollesco (o bien un intento ilusorio de engañar a las masas cretinizadas). Durante muchos siglos, el cristianismo tomó aspectos del mundo pagano y los asimiló naturalmente a la verdad cristiana: tomó a Aristóteles y lo tornó filosofía perenne, tomó las églogas de Virgilio y las tornó profecía, tomó el moralismo de Séneca y lo tornó ascética. Luego, con la modernidad, vivimos un tiempo de cristianismos desfigurados que se esforzaban por bautizar corrientes de pensamiento que ya no eran paganas, sino decididamente apóstatas. Así hasta llegar a nuestra época acre y sacrílega, que se refocila con las escurrajas nihilistas de aquellas corrientes de pensamiento, como la muchacha disfrazada de adefesio de Giliween se refocila en su propio vómito y patalea como una cucaracha, incapaz de erguirse.

No es la nuestra una época pagana (si lo fuera, al menos tendría la alegría aparente de las fiestas anacreónticas), sino una época apóstata que patalea rabiosa y chapotea en su vómito terminal, mientras chilla como el cerdo en el matadero. Los cuadros de Valdés Leal o las danzas de la muerte

medievales son una juerga flamenca al lado de su angustia claustrofóbica. Mientras me alejo por la calle, la muchacha ha dejado de chillar y patalear. Tal vez se haya ahogado en su vómito sin esperanza.

EN DEFENSA DE LA DEBILIDAD

Escribía Chesterton, tan aficionado a las paradojas, que Jesús «no eligió como piedra fundamental al místico Juan, sino a un pillastre, un fanfarrón, un cobarde. Todos los imperios y los reinos han perecido a causa de su debilidad inherente y continua, a pesar de haber sido fundados sobre hombres fuertes y sobre hombros vigorosos. Sólo la Iglesia fue fundada sobre un hombre débil, y por esa razón es indestructible». Los epítetos que emplea Chesterton para referirse a Pedro pueden parecernos excesivos, sobre todo si los comparamos con el epíteto laudatorio que dedica a Juan. Pero, en realidad, tampoco el «místico Juan» era un dechado de virtudes: sabemos que era de carácter iracundo (como demuestra su apodo de «hijo del trueno») y también un punto vanidoso, como demuestra el hecho de que solicitara sin rubor (¡y utilizando a su madre como correveidile!) un lugar de privilegio en el cielo. Pero Chesterton carga las tintas al describirnos a Pedro para que reparemos en una realidad escandalosa: Jesús fundó su Iglesia sobre hombres débiles; o, dicho más exactamente, fundó su Iglesia contando con la debilidad de los hombres. En esto se distingue de casi todas las instituciones humanas, que han sido fundadas sin contar con esta debilidad; y que, al no contar con ella, están condenadas inexorablemente a la extinción.

Observemos, por ejemplo, el funcionamiento de los partidos políticos, que tratan de ser sucedáneos religiosos, sectas organizadas siguiendo el modelo de organización eclesiástica. Resulta, en verdad, irrisorio que cada vez que aparece un nuevo partido político, sus líderes pretendan —en un rasgo de puritanismo presuntuoso— posar ante los ojos de las masas cretinizadas como hombres sin tacha, impolutos y dispuestos —cual Hércules redivivos— a limpiar los establos de Augias de la corrupción que los viejos partidos ampararon y promovieron. Naturalmente, cuando estos presuntos hombres impecables alcanzan el poder, no tardan en mostrarse tan vulnerables a las lacras que antes denunciaban como sus predecesores, o incluso más. Sólo el hombre que se reconoce débil, que se sabe herido por las flaquezas propias de la naturaleza humana, puede aspirar a vencerlas;

pues sólo quien humildemente se reconoce hecho de barro puede aspirar a alzarse de su abyección, con ayuda de sus semejantes y con el auxilio de la gracia divina. El hombre que se cree impecable no confía en la ayuda de sus semejantes (pues, por lo común, es un individualista que trata a los demás como a subalternos); y mucho menos reclama el auxilio divino, pues considera que Dios es una creación de débiles mentales. Y, cuanto más encumbrado está, más hundido termina en el barro: así hemos visto desmoronarse muchos falsos prestigios, muchas ambiciones desnortadas, muchos imperios triunfantes.

Hay un pasaje muy hermoso en el Evangelio de Juan, en el que Jesús resucitado se aparece a Pedro, a orillas del lago Tiberíades. Es un encuentro sumamente embarazoso para Pedro, que ha traicionado a su amigo apenas unos días antes, por cobardía o afán de supervivencia, negándolo hasta tres veces después de prometerle lealtad incondicional. Y Jesús, por su parte, sabe que esa traición ha sido consecuencia de la debilidad de su amigo; y sabe también que su amigo está más corrido que una mona y mohíno por su falta de coraje, y dispuesto a que esa debilidad no se repita nunca. Entonces Jesús, dispuesto a olvidar pasados deslices, pregunta a bocajarro a su amigo: «¿Me amas?». Se lo pregunta empleando el verbo *agapáo*, que significa amar sin reservas, con una donación completa, exclusiva, tal vez sobrehumana. Y Pedro le responde afirmativamente, pero con el más modesto verbo *filéo*, que expresa el amor tierno y entregado, pero a la postre frágil y defectuoso propio de los hombres débiles. Jesús interpela tres veces a Pedro, como tres habían sido las veces que su amigo le había negado anteriormente, pero en la tercera se pone a su altura y emplea el verbo *filéo*, porque se da cuenta de que no puede exigir a su amigo más de lo que su frágil naturaleza puede brindarle, porque entiende que en su amor humano, que tropieza y cae y sin embargo se vuelve a levantar dispuesto a proseguir sin titubeos hay mayor abnegación que en el amor que se cree vacunado contra todos los tropiezos.

Sobre esa debilidad —la debilidad de un pillastre, un fanfarrón, un cobarde—se fundó la institución más indestructible que vieron los siglos. En cambio, todos los imperios fundados sobre la fortaleza y la soberbia de los puritanos se revelaron —como diría Jorge Manrique—»verduras de las eras».

LA CARIDAD LOCA

Nos advertía Chesterton que el mundo moderno está invadido por las viejas virtudes cristianas que se han vuelto locas. ¿Y cómo se vuelven locas las virtudes? Se vuelven locas cuando son aisladas unas de otras. Así, por ejemplo, la caridad se convierte en una virtud loca cuando se separa de la verdad; o, dicho más gráficamente, cuando las obras de misericordia corporales se anteponen a las obras de misericordia espirituales. Sobre este peligro ya nos alertaba Donoso Cortés, quien profetizó que una Iglesia que se conformase con atender las necesidades corporales de los pobres acabaría siendo un instrumento al servicio del mundo, que a la vez que presume de procurar bienestar a sus súbditos se preocupa fundamentalmente de destruir sus almas. Una Iglesia que se desviviera por las necesidades materiales de los hombres (dándoles alimento o asilo, por ejemplo) y se despreocupara de asegurar la salvación de sus almas inmortales habría dejado de ser Iglesia, para convertirse en instrumento del mundo, que por supuesto aplaudiría a rabiar este activismo desnortado.

Para entender gráficamente los efectos de esta caridad loca que aplaude el mundo conviene recurrir, antes que a ciertos teólogos meapilas (que nos ofrecerán una versión almibarada de la caridad por completo ajena al sentido último de esta virtud teologal) a la película *Viridiana*, del comecuras Luis Buñuel, pues los comecuras son a su pesar mejores teólogos que los meapilas. En la película de Buñuel, la protagonista —sintiéndose culpable de la muerte de su tío— renuncia a ser monja de clausura y, en su lugar, decide acoger en su casa a un grupo de mendigos y vagabundos, a quienes brinda refugio y alimento (obras de misericordia corporales), descuidando la salvación de sus almas (obras de misericordia espirituales, que tal vez hubiese asegurado mucho más eficazmente con su oración, en el convento de clausura). Inevitablemente, los mendigos y vagabundos fingirán farisaicamente que la caridad loca y activista de la mentecata Viridiana los ha hecho buenecitos, pero en cuanto se les ofrezca la oportunidad, agredirán y robarán a su benefactora; y, a la vez que perpetran diversos vandalismos, se encargarán también de burlarse sacrílegamente de su fe, improvisando una cuchipanda orgiástica en la que parodian la Última Cena.

Que es lo mínimo que se merece quien hace de la caridad un activismo desnortado, metiendo al enemigo en casa. Y eso que Viridiana, en su cultivo

de una caridad loca, ni siquiera llega el pecado del exhibicionismo, que hoy es el aderezo preferido de la caridad loca. Exhibicionismo que se realiza ante las cámaras, en estremecedora y sacrílega burla de lo que Cristo predicó en el Sermón de la Montaña: «Estad atentos a no hacer vuestra justicia delante de los hombres para que os vean»; «Cuando des limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha», etcétera. Y es que toda la predicación de Jesús es un combate sin tregua contra la ostentación de las virtudes (que, cuando se ostentan, dejan de ser tales) y contra aquellos que han hecho de su ostentación farisaica un *modus vivendi*.

La auténtica caridad cristiana mira primero por la salvación del alma del necesitado; y una vez asegurada ésta, atiende sus necesidades corporales. Es lo que hace San Pablo con Onésimo, el esclavo pagano al que primero se encarga de convertir al cristianismo y bautizar; y al que, una vez asegurada la salvación de su alma, envía a Filemón, para que lo acoja en su casa. Invertir este proceso (o postergar *sine die* lo que San Pablo se preocupó de hacer en primer lugar y sin dilación) es caridad loca que, por supuesto, el mundo aplaudirá a rabiar.

FRATELLI TUTTI

Nunca una encíclica papal había sido acogida con tanta olímpica indiferencia por la llamada «opinión pública» como la reciente *Fratelli tutti* de Francisco. Y resulta un hecho muy poderosamente llamativo, pues Francisco no elige como destinatarios de su encíclica a los fieles católicos, sino a «todas las personas de buena voluntad».

Cuando uno lee las grandes encíclicas, se queda pasmado ante la potente mirada de águila —abarcadora y perspicaz— de una mente arquitectónica. Lamentablemente, esta mente arquitectónica y esta mirada de águila —que sólo proporciona la filosofía perenne—se hallan ausentes de la mayoría de encíclicas papales de las últimas décadas, caracterizadas unas por el fárrago y el aluvión, otras por un cierto ensimismamiento fragmentario que no acierta a dilucidar la multiforme realidad. Nadie podrá acusar a Francisco de «ensimismamiento», pues desde luego es hombre al que nada humano le es ajeno; pero, a la postre, esa infinita curiosidad por la multiforme realidad propende peligrosamente al batiburrillo, a veces incluso al lugar común.

La encíclica está escrita bajo la advocación de San Francisco de Asís. Pero incurre en el error que denunciaba Chesterton, consistente en

presentarlo como un «adelantado a su tiempo», como un pionero de la democracia, como un apóstol del ecologismo, como un hombre de exquisita sensibilidad social o un execrador de la riqueza… En fin, como un precursor de cualquier moda ideológica moderna. Y todo ello a la vez que lo verdaderamente constitutivo de su personalidad queda eludido. Así ocurre, por ejemplo, cuando Francisco caracteriza la visita de San Francisco de Asís al sultán de Egipto como un anhelo de «abrazar a todos»; pero se le olvida añadir «en la fe de Cristo»; pues lo que el Poverello en verdad anhelaba era que el sultán abjurase de su herejía. Y, finalmente, fracasó; pero su fracaso engrandece a nuestros ojos su figura.

A Francisco, en cambio, lo empequeñece el miedo al fracaso; de ahí que asuma como propio un lenguaje que halaga la mentalidad de la época, llegando en algunos casos a propalar consignas mundialistas (como cuando renuncia a una lectura sobrenatural del coronavirus). Acierta cuando execra los «planteamientos económicos» y las «visiones» antropológicas liberales; pero su execración, al renunciar a explicar los errores teológicos y filosóficos subyacentes en tales visiones y planteamientos, sólo sirve para que rabien los neocones y exulten los progres (que, por lo demás, han asumido todos los errores teológicos y filosóficos del liberalismo). Y, a la postre, el propio Francisco asume esos errores, al fundar la fraternidad universal en conceptos extraños a la tradición católica como los «derechos humanos», la «libertad religiosa» y demás flores pútridas del jardín liberal (las mismas, dicho sea de paso, que han regado sus inmediatos predecesores). De este modo, la encíclica se desliza hacia la cháchara sociológica, cuando no hacia un cierto utopismo ruborizante, que desgrana casuismos tal vez pertinentes en una catequesis parroquial, pero chocantes en una encíclica.

Fratelli tutti, a la postre, nos confirma que, mientras la Iglesia no recupere aquella mente arquitectónica y aquella mirada de águila que sólo proporciona la filosofía perenne, su destino no será otro que la irrelevancia, con algún ocasional momento de participación a modo de comparsa en el rifirrafe ideológico, en el que hará exultar o rabiar a progres o neocones, dependiendo de la «sensibilidad» del pontífice de turno. Que será utilizado como mascota de unos u otros, mientras alegremente retozan (y de paso se ciscan) entre las ruinas de lo que antaño fue una prodigiosa arquitectura.

FONDO Y FORMA

A los pocos días de que Bergoglio pretendiera cargarse —o siquiera relegar a la clandestinidad— la misa tradicional, mantuve una cena con un grupo misceláneo, en el que se mezclaban católicos y ateos. Me resulto sumamente aleccionador descubrir que a los ateos esta decisión porteña se les antojaba una horrenda calamidad, tan horrenda como decretar la demolición de las catedrales; pues, aunque no creían en la existencia de Dios (y mucho menos en el sentido sacrificial de la misa), reconocían el valor de un rito que ha inspirado logros estéticos de valor incalculable. En cambio, a los católicos presentes en la reunión —todos ellos de la rama *pompier*—, la decisión porteña se les antojaba una cuestión menor, pues —como dijo uno de ellos— «el rito no deja de ser una mera cuestión de forma». Lo importante, para este memo, era «lo que en la misa se celebra, no las galas verbales con las que se celebra».

Aquel católico *pompier* no hizo sino ensartar tópicos —todos ellos muy manidos y mentecatos— que me recordaron los que otras veces he escuchado a gafapastas inanes en discusiones sobre cuestiones artísticas o literarias. El católico *pompier*, como el gafapasta inane, cultiva unos dualismos simplistas que distinguen entre «forma» y «fondo», como quien distingue entre cáscara y meollo. Consideran que la «forma» es una hojarasca prescindible, una envoltura externa perfectamente accesoria que, cuando es apartada, permite distinguir más nítidamente el «fondo», donde para el católico *pompier* o el gafapasta inane se halla lo verdaderamente jugoso. Y es que la distinción maniquea entre «fondo» y «forma» ha producido inevitablemente una alabanza del «fondo» y un menosprecio de la «forma» propios de gente ignara que —por constituir infinita mayoría— ha impuesto su criterio, estableciendo que la «forma» —lo mismo en el arte que en la misa—es un aderezo superfluo, un alarde esteticista, un tirabuzón retórico que nada aporta al «fondo».

¿Estarán en lo cierto los gafapastas inanes y los católicos *pompier* cuando exaltan el «fondo» sobre la «forma»? ¿Seremos los defensores de la «forma» unos frívolos y amanerados tiquismiquis? Nada más alejado de la realidad. Ocurre, sin embargo, que no somos lacayos de las tendencias en boga; y, por no serlo, sabemos que el dualismo de «fondo» y «forma» es una logomaquia inconsistente que oculta el dualismo verdadero entre

«materia» y «forma».

La forma no es una cáscara ínfima. Un escritor que, a la hora de plasmar sobre el papel una idea, no supiese si expresarlo en prosa o en verso nos parecería un zascandil; pues la obra inspirada nace conjuntamente y no puede percibirse la idea sin percibirse su realización. La forma no es algo adjetivo que se agrega a la obra de arte, sino algo que la informa desde dentro, que la configura y hace distintiva, que le brinda su entraña más honda. En *Ideas sobre la novela*, Ortega y Gasset señala: «La materia no salva nunca a una obra de arte, y el oro de que está hecha no consagra nunca a la estatua. […] Todo el que posee delicada sensibilidad estética presentirá un signo de filisteísmo en que, ante un cuadro o una producción poética, señale alguien como lo decisivo el *asunto*. Claro es que sin éste no existe obra de arte, como no hay vida sin procesos químicos. Pero lo mismo que la vida no se reduce a éstos, sino que empieza a ser vida cuando a la ley química agrega su original complicación de nuevo orden, así la obra de arte lo es merced a la forma que se impone a la materia o al asunto».

En efecto, el término con el que se contrasta «forma» no es «fondo», sino «materia». Pensar que la «forma» es indiferente, en la obra de arte o en la misa, es propio de imbéciles; pues todas las cosas humanas y divinas son vivificadas a través de su «forma». La «materia» es informe, mientras que la «forma» es el principio de determinación de la materia, el sello divino que le permite *ser*. La forma —afirmaba Ramon Llull—es «lo que da el ser a las cosas, como alma es lo que da el ser al cuerpo». El David de Miguel Ángel no nos parecería más sublime si, en lugar de esculpido en mármol, hubiese sido fundido en oro; en cambio, no habría podido *ser* si el genio de Miguel Ángel no lo hubiese esculpido en la «forma» en que lo hizo. La «forma», la verdadera «forma», no es adjetiva, sino sustantiva. Es el contacto creador de la «forma» lo que brinda su sustancia a las cosas que, huérfanas de ella, se convierten en meros simulacros, en morrallas informes, en materia inerte.

RECULAR PARA COGER IMPULSO

Un amable lector me reprocha que, como cito mucho a Chesterton, no se acaba de saber lo que yo pienso. Para que se me note más lo que pienso, voy a dejar de citar a Chesterton y empezar a citar a Léon Bloy, un escritor místico y panfletario que murió hace poco más de un siglo, aunque por

supuesto nadie lo recordó en su centenario. En vida, Bloy no hizo sino concitar con sus ladridos el odio de ateos furibundos y católicos moderaditos; y, un siglo después, la lectura de Bloy sigue siendo una revulsiva (o repulsiva, según para quién) piedra de toque.

En un pasaje especialmente clarividente de su *Exégesis de los lugares comunes*, Bloy se burlaba de la actitud de los católicos moderaditos, que para combatir el ambiente de su época (o tal vez para preservar su posición burguesa) habían adoptado una actitud consistente en recular para coger impulso. «Se recula valientemente —escribía Bloy, con su característico y corrosivo sarcasmo—, abandonando al enemigo todo aquello que quiera tomar; incluso, si es preciso, cuando vemos flaquear su línea de combate, se le envían generosamente armas, municiones y desertores». Así, reculando valientemente, los católicos blandujos fueron evitando todas las batallas que surgían en su retirada, fueron cediendo terreno para coger mayor impulso. A fin de cuentas, como señala también Bloy, «siempre queda el recurso de capitular honrosamente y saltar desde lo alto de las murallas al límpido y tranquilo río de la conciencia, tras una abundante cosecha de patadas en el trasero».

Así, poniendo el culo para que se lo patearan, los católicos abandonaron la política, confiando en que existía una sociedad cristiana (¡oh, el nunca bien ponderado «catolicismo sociológico»!) que se encargaría de llevar la contraria a sus gobernantes. Pero resulta que las leyes promulgadas por esos gobernantes, que en principio parecían aberrantes, lograron moldear la sociedad. Entonces los católicos moderaditos decidieron recular un poquito más, para refugiarse en el ámbito de la familia, desde donde podrían tomar un impulso todavía mayor; pero descubrieron que la imagen idílica de la familia (¡oh, nostalgia de aquella carpintería de Nazaret!) en nada se parecía al campo de Agramante en que los hijos se revolvían contra los padres y la mujer contra el marido, donde ya no había autoridad que obedecer ni fidelidad que guardar ni piedad que protegiese a ancianos y gestantes, donde todos vivían desparramados y sin sacramentos. ¡Pero no había que preocuparse, pues aún se podía recular un poquito más y así tomar un impulso imparable, refugiándonos en el «límpido y tranquilo río de la conciencia»!

Pero, ¡oh sorpresa!, resulta que para entonces la conciencia ya no estaba dispuesta a afearnos lo que habíamos admitido políticamente, lo que

habíamos acatado socialmente, lo que habíamos acogido familiarmente. Resulta que, para entonces, la conciencia ya no era más ese río límpido y tranquilo que habíamos soñado, sino un río enturbiado desde su mismo manantial, un río de aguas fangosas y arremolinadas del que nuestros hijos bebían sin inmutarse y en el que chapoteaban gozosamente, porque consideraban —¡con razón!— que ese río era el único disponible; y la invocación de un idílico río de aguas límpidas era una apelación trasnochada e irrisoria a un mundo inexistente. Claro que, perdida también la batalla de la conciencia, el católico reculante puede consolarse pensando que al menos ha preservado su posición burguesa.

Pero se equivoca, porque al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. Al final, hemos acabado citando el Evangelio, por si la cita de Bloy no era del todo clara.

IGLESIA Y OPINIÓN PÚBLICA

Escribió Kierkegaard que «Lutero fue el hombre más plebeyo que jamás haya existido; pues, sacando al Papa de su trono, puso en su lugar a la opinión pública». Esta distinción irreconciliable entre el Papa y la opinión pública la apreciamos en el pasaje de la Confesión de Pedro, en donde descubrimos que la verdad es una, a la vez que las opiniones de los hombres son múltiples y confusas. Jesús pregunta a su discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?». Y constata que esa opinión pública es un zurriburri de majaderías arbitrarias y discordantes; constata que la humanidad y Dios no pueden entenderse a través del sufragio universal; constata que la Iglesia que desea establecer no puede fundarse sobre la democracia. A continuación, Jesús pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Pero no es la asamblea de los apóstoles la que responde la verdad pura y simple; responde sólo Pedro, hablando por su propia cuenta, sin consultar a los otros ni esperar su asentimiento, sin importarle que sus palabras sean contrarias a las de la opinión pública.

Esta es la base constitutiva de la Iglesia, escandalosa para el mundo contemporáneo, que quiere sacar al Papa de su trono y poner en su lugar a la opinión pública; o bien, conseguir que el Papa sea el ventrílocuo de la opinión pública. Esta es la razón por la que cualquier actuación o palabra del Papa que se someta a la opinión pública es aplaudida a rabiar por los enemigos de la Iglesia, que pueden llegar incluso a convertirlo en su

mascota predilecta, poniéndolo a casar azafatas en los aviones. Pero, a la vez que la Iglesia se somete a la opinión pública, pierde brillo a los ojos de los creyentes, que para seguir a un líder de masas aupado por el sufragio universal ya tienen a los líderes y lideresas de los negociados de izquierdas y derechas, que además están mucho más macizos.

Pero, ¿quién se atreve hoy, en esta fase democrática de la Historia, a alzarse contra el zurriburri de majaderías arbitrarias y discordantes de la opinión pública, para proclamar la verdad, como hizo Pedro en el pasaje evangélico? En la serie de Sorrentino, *The Young Pope*, sale un papa imaginario al que le importa un comino la opinión pública; pero una papa así resulta hoy por completo inimaginable, fuera de la ficción. ¡Un papa que rescata la tiara y restablece la disposición *Non Expedit*, por la que Pío IX desaconsejó a los católicos participar en las elecciones! ¡Un papa que combate los casos de pedofilia que infestan la Iglesia apartando de su ministerio a todos los sacerdotes homosexuales, pues considera que la pedofilia y la homosexualidad están íntimamente relacionadas! Aunque Sorrentino sea un descreído y su serie tenga una intención procaz y satírica, se nota que siente nostalgia de una Iglesia que no contemporiza con la opinión del mundo, sino que la combate sin remilgos. Sorrentino sabe íntimamente (pues el descreído inteligente tiene mejor teología que el meapilas) que esa es la única Iglesia atractiva; pero hoy sería, desde luego, una Iglesia mártir.

En cambio, una Iglesia que entroniza la opinión pública evita el martirio; pero no interesa a nadie: en el creyente crea desafección y en el descreído irrisión. Como me dijo cierto amigo misionero: «Nos piden que hablemos a los fieles de asuntos que «les tocan de cerca», como la corrupción política o el cambio climático; y los fieles se nos pasan a las sectas evangélicas, donde les hablan del infierno y de la segunda venida de Cristo». Y es que las personas religiosas desean que les hablen de cosas que «les tocan de lejos»; o sea, de cosas que atañen a la salvación de su alma. Para hablar de sociología plebeya ya tenemos a los líderes de masas aupados por el sufragio universal.

LA ÚLTIMA LUZ

Son muchos los lectores que me escriben inquietos, algunos muy lastimados en sus creencias, otros en un estado de angustia próximo a la pérdida de la

fe, suplicándome que me pronuncie sobre tal o cual desvarío eclesiástico. Durante muchos años ofrecí mi jeta desnuda para que me la partieran los enemigos de la fe; hasta que, cierto día, empezaron a partírmela también (¡y con qué saña!) sus presuntos guardianes. Hoy atravieso una noche oscura del alma de incierta salida; por lo que, sintiéndolo mucho, no puedo atender las solicitudes de mis lectores angustiados, sino en todo caso sumarme a su tribulación. En cambio, les recordaré un pasaje de las Escrituras que, en momentos tenebrosos, conviene tener presente, para que no muera la esperanza. Y estas líneas serán las últimas que dedique a esta cuestión desgarradora.

En una de las visiones del Apocalipsis se nos habla de la Gran Ramera, que «fornica con los reyes de la tierra» y «embriaga a las gentes con el vino de su inmoralidad». Esta Gran Ramera es la religión adulterada, falsificada, prostituida, entregada a los poderes de este mundo; y es la antítesis de la otra Mujer que aparece en el Apocalipsis, la parturienta vestida de sol y coronada de estrellas que tiene que huir al desierto, perseguida por la Bestia. Si la Gran Ramera simboliza la religión genuflexa ante los «reyes de la tierra», la parturienta representa la religión fiel y mártir. Estas dos facetas de la religión, que para Dios son perfectamente distinguibles, no lo son siempre para los hombres, que con frecuencia confunden a la una con la otra (a veces por candor, a veces por perfidia); y sólo serán plenamente distinguibles en el día de la siega, cuando se separen el trigo y la cizaña. Entretanto, para tratar de distinguir esta religión prostituida hemos de guiarnos por los indicios que nos brindó Cristo: es la religión convertida en sal sosa, es la religión que calla para que griten las piedras, es la religión que permite la «abominación de la desolación», adulterando, ocultando y hasta persiguiendo la verdad. «Os expulsarán de la sinagoga —profetizó Cristo, en un último aviso a navegantes—. Y, cuando os maten, pensarán que están haciendo un servicio a Dios». Evidentemente, no se estaba refiriendo a la persecución decretada por los reyes de la tierra, sino a la persecución mucho más pavorosa impulsada por la Gran Ramera.

¿Cómo fornica la Gran Ramera con los reyes de la tierra? Allanándose ante sus leyes, transigiendo ante su dictadura ideológica, callando ante sus iniquidades, codiciando sus riquezas y honores, aferrándose a los privilegios y brillos con que la han sobornado, para tenerla a sus pies; en resumen, poniendo los poderes de este mundo en el lugar que le

corresponde a Dios. ¿Y cómo embriaga a las gentes con el vino de su inmoralidad? Adulterando el Evangelio, reduciéndolo a una lastimosa papilla buenista, enturbiando la doctrina milenaria de la Iglesia, cortejando a los enemigos de la fe, disfrazando de misericordia la sumisión al error, sembrando la confusión entre los sencillos, condenando al desconcierto y a la angustia a los fieles, a los que incluso señalará como enemigos ante las masas cretinizadas, que así podrán lincharlos más fácilmente. Al final esos fieles serán muy pocos; pero, a cambio, serán terriblemente visibles, provocando el odio de la religión prostituida, que los perseguirá hasta el desierto: «Y seréis odiados por causa de mi nombre, pero el que persevere hasta el fin, ése será salvo».

Entretanto, Dios mantendrá sus promesas sobre la permanencia e infalibilidad de sus palabras: «Cielo y tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán». Y esa última luz será nuestro único consuelo, mientras nos invade la noche oscura del alma.

MIENTRAS ARRECIA LA PLAGA

HABLA EL GRAN INQUISIDOR

Os explicaré, ¡oh pequeñuelos míos!, cómo habéis llegado a amar la servidumbre, aceptando llevar puesto un bozal las veinticuatro horas del día, acatando el toque de queda perpetuo, resignándoos a vivir alejados de vuestros familiares, permitiendo que os vacunen como ganado.

El procedimiento para convertiros en bestias que aman su servidumbre ya os lo expliqué en cierta novela de Dostoievski: «Les permitiremos pecar, ya que son débiles, y por esta concesión nos profesarán un amor infantil. Les diremos que todos los pecados se redimen si se cometen con nuestro permiso. Y ellos nos mirarán como bienhechores, al ver que nos hacemos responsables de sus pecados ante Dios. Y ya nunca tendrán secretos para nosotros. Según su grado de obediencia, nosotros les permitiremos o les prohibiremos vivir con sus mujeres o con sus amantes, tener o no tener hijos, y ellos nos obedecerán con alegría». Os hemos dejado abandonar a vuestras familias, os hemos dejado asesinar a vuestros hijos, os hemos dejado explorar todos vuestros orificios, os hemos dejado chapotear en todos los vicios, como la piara chapotea en el albañal. Y, a cambio, vosotros nos habéis entregado todas las prerrogativas de vuestra condición humana.

Así, aceptando las concesiones que hicimos a vuestra debilidad, os habéis convertido en bestias sumisas, dispuestas a aceptar los mandatos más irracionales. Quienes pertenecéis a las generaciones mayores, acatasteis la alteración de vuestro ser natural a cambio de liberar cobardemente vuestra conciencia. Y vuestros hijos nos sirven con entusiasmo de jenízaros, pues para ellos no existe ya otra forma de vida. Así, los jóvenes hacen voluntariamente lo que sus predecesores hicieron mediante halagos y engaños; así han llegado a concebir la servidumbre voluntaria como parte de su naturaleza. Y así, mayores y pequeños, desnaturalizados todos, aceptáis con alegría pánfila las imposiciones más peregrinas y aberrantes (pero no más peregrinas ni aberrantes que los vicios que reclamáis como «derechos»). Sin daros cuenta, os habéis convertido —como explica Étienne de la Boétie— en gentes de «corazón bajo y endeble», incapaces de todas las grandes acciones. Y nosotros, para sostener nuestro dominio, no tenemos que hacer otra cosa sino fomentar vuestra debilidad, regalándoos nuevas vilezas disfrazadas de «derechos» que os mantengan distraídos y genuflexos. Y, a cambio de poder disfrutar de estas dádivas, no os importará

poneros la mascarilla incluso mientras dormís, y vacunaros todas las semanas, y renunciar a las celebraciones que antaño congregaban a vuestras familias en torno a Dios. Y acabaréis vuestros días suplicándonos la eutanasia, que por supuesto os concederemos gustosamente; aunque, por humillaros un poco más, os haremos antes pruebas de coronavirus por vía rectal, porque sabemos —¡ay, picaruelos!— que os gusta disfrutar de la *petite mort* por todos los orificios, antes de condenar vuestras almas a la muerte perpetua. Disfrutad de lo que habéis conseguido, pequeñuelos míos.

ANGUSTIA CORONOVÍRICA

Hace mucho tiempo que la ciencia abandonó su cometido natural —el conocimiento de la naturaleza—, para convertirse en una idolatría que expulsa la fe religiosa al lazareto de las supersticiones, brindando explicaciones «científicas» (en realidad, completamente supersticiosas) a lo que antaño se consideraban realidades sobrenaturales. Así, por ejemplo, la idolatría científica niega la existencia del alma o del acto creador de Dios, para hacer creer a las masas cretinizadas que la naturaleza puede ser dominada en sus causas primeras por la ciencia (y para que las masas cretinizadas, a la vista de estos adelantos «científicos», puedan creerse diosecillos). De tal modo esta idolatría de la ciencia ha logrado embaucar a las masas cretinizadas que ya nadie se pregunta por qué, por ejemplo, hay científicos capullos que «saben» que el alma no existe o que Dios no creó el mundo, pero en cambio no saben cómo matar el bichito de la caries.

De vez en cuando, sin embargo, sobreviene un cataclismo que hace añicos todos estos embelecos. Así ocurre ahora con la plaga del coronavirus. El espejismo del dominio de la naturaleza se hace añicos; y surge el fantasma de la angustia. El hombre religioso no tenía una solución «práctica» para el problema del mal, pero contaba con una explicación teológica esperanzadora; y contaba, además, con una comunidad que cuidaba amorosamente de él, absorbiendo el terror destructivo del mal. Las masas cretinizadas se han quedado sin una explicación teológica para el problema del mal, fiándolo todo a las soluciones «prácticas» que brindaba la ciencia; y se han quedado también sin comunidad, pues ahora cada miembro de la masa cretinizada se cree Dios. Pero llega entonces el bichito del coronavirus contra el que la ciencia no tiene solución «práctica» alguna (como tampoco, por cierto, contra el bichito de la caries); y entonces se

rompe en mil añicos aquella fantasía supersticiosa de dominio sobre la naturaleza que la idolatría científica había conseguido imponer. Inevitablemente, surge entonces la angustia, que —como señalaba Max Scheler— es un fenómeno típicamente moderno, nacido de un afán engreído de control sobre la naturaleza que acaba generando pavor ante lo incontrolable. Las masas cretinizadas descubren con horror que las soluciones «prácticas» de la ciencia no bastan; y descubren también que carecen de explicaciones teológicas y de una comunidad que las sostenga, porque entretanto han desaparecido los vínculos comunitarios entretejidos por la religión.

La angustia llena entonces el vacío que ha dejado la idolatría; y la angustia crece todavía más ante la expectativa de sufrimientos que no podremos soportar (porque, entretanto, la idolatría científica ha rebajado considerablemente nuestra capacidad para soportar el dolor). Pero la idolatría científica, que no puede permitirse parecer impotente, tiene también una solución para nuestra angustia. Ya que no puede eliminarla (como tampoco el bichito del coronavirus, del catarro o de la caries), puede eliminar a los hombres angustiados, evitando al mundo el espectáculo de sus lamentos solitarios (pues no tienen quien les cuide) y, sobre todo, el espectáculo demoledor del fracaso de la ciencia. Puesto que las masas cretinizadas lo han fiado todo al poder ilimitado de los avances científicos, deben también entregar su vida a estos avances. ¡Si la ciencia no puede procurarnos una cura, al menos debe procurarnos una muerte dulce que nos libere de la angustia! ¡Ven, eutanasia liberadora, y aparta de nosotros la angustia de saber que la idolatría de la ciencia es una quimera irrisoria!

POLÍTICOS Y CIENTÍFICOS

Recientemente, más de cincuenta sociedades científicas emitían un manifiesto conjunto que reclamaba a nuestros gobernantes abandonar el enfrentamiento político y actuar contra el coronavirus con una estrategia «basada exclusivamente en criterios científicos claros, comunes y transparentes». Por supuesto, el manifiesto ha cosechado elogios y aplausos por una sociedad harta de que los políticos utilicen también la plaga para enfangarse en sus rifirrafes partidistas. Sin embargo, el manifiesto contiene una visión de la ciencia y de la política completamente delirante que nadie se ha preocupado de denunciar.

Aristóteles distinguía tres órdenes de vida: una vida superior o contemplativa; una vida media o de acción; y una vida inferior, que es la regida por las pasiones. Según esta jerarquía aristotélica, el sabio (hombre de vida superior o contemplativa) debe inspirar la labor del gobernante (hombre de vida media o de acción), quien a su vez debe procurar que sus gobernados dominen sus pasiones. Pero en nuestra época los gobernantes se dedican más bien a enardecer las pasiones de sus gobernados, para poder tiranizarlos más fácilmente, a la vez que tratan de someter a los sabios, hasta convertirlos en peleles a su servicio. Esta subversión y adulteración de las jerarquías aristotélicas, que desde que declaró la plaga ha adquirido dimensiones sobrecogedoras, parece dar la razón a las sociedades científicas firmantes del manifiesto.

Sin embargo, habría que aclarar que, por mucho que pretendan aparecer como tales ante las masas, los científicos no son por lo común auténticos sabios. Decía Leonardo Castellani que sabio es quien «abarca todas ciencias armadas en sabiduría, convirtiéndolas en hábito vital»; pero los científicos, por lo común, son más bien personas ensimismadas en el dominio de una técnica o rama del saber desgajada del árbol de la sabiduría. Y, con frecuencia, cuanto más «expertos» son en la rama que cultivan, más alejados se hallan de una auténtica sabiduría abarcadora. Por lo demás, el científico con frecuencia se mueve en un terreno movedizo, pues su conocimiento, al ser fragmentario (como fragmentaria es nuestra exploración de la naturaleza), incurre en confusiones, en contradicciones, incluso en errores, muy alejado de esa «claridad» y «transparencia» que las sociedades firmantes del manifiesto atribuyen a los «criterios científicos». Durante esta plaga coronavírica hemos tenido ocasión de comprobarlo hasta la saciedad: los científicos nos han dicho sucesivamente que las mascarillas eran inútiles e imprescindibles, nos han dicho que el virus se contagiaba por el contacto directo y por el aire, nos han dicho que los «asintomáticos» no contagiaban y que eran quienes más contagiaban… Nos han dicho una cosa y la contraria, demostrando que los «criterios científicos» son bastante mudables. Por no mencionar que muchos científicos están tan contaminados por la ideología como los propios políticos, a quienes sirven de manera lacayuna y descarada, poniendo a su servicio su falsa sabiduría: la mayoría de las decisiones equivocadas que han adoptado los políticos durante los últimos meses estaban avaladas por «comités de expertos» científicos, que

luego se esfumaron como por arte de birlibirloque; y en las televisiones constantemente salen médicos adscritos a diversas facciones políticas, que sueltan un cargamento de morralla ideológica, disfrazado de «criterio científico».

Pero imaginemos (hoy nos hemos levantado optimistas) que los científicos tienen un conocimiento pleno de su técnica o de la rama del saber que cultivan. Ni siquiera en este caso el gobernante debe guiarse «exclusivamente» por los criterios que ellos establezcan. Pues los criterios científicos tienden a ignorar o despreciar realidades de las que no puede prescindir el gobernante. Y no sólo realidades puramente económicas, que los demagogos gustan tanto de confrontar con los «criterios científicos»; también otras realidades de orden material y espiritual que garantizan la supervivencia de la comunidad política. El gobernante debe dejarse, por supuesto, aconsejar por científicos y considerar prudencialmente su criterio, a la hora de tomar decisiones; pero la finalidad de su acción no es la misma que la de un científico, que ignora otros muchos elementos que el gobernante debe tomar en consideración.

Nuestros gobernantes, en efecto, han incumplido con sus obligaciones durante esta plaga. A veces, por entregarse al rifirrafe partidista; otras veces, por aplicar supersticiosamente criterios científicos, sin ponderarlos a través de la prudencia política.

VACUNAS Y CIENTIFICISMO

La idolatría cientificista es un sucedáneo de la fe religiosa. Ha sustituido la religiosidad entre las masas cretinizadas; o, como señala Castellani, la ha destruido, porque «sólo se destruye lo que se sustituye». Esta idolatría cientificista causa estragos entre lo que Unamuno llamaba la «mesocracia intelectual»; y, ahora que las clases medias —tanto económicas como intelectuales— están desapareciendo, causa mayores estragos todavía, porque la idolatría es tanto mayor cuanto menor es la ciencia de los que la profesan, convertidos en loritos que —volvemos a citar a Unamuno— «apenas sospechan el mar desconocido que se extiende por todas partes en torno al islote de la ciencia, ni sospechan que a medida que ascendemos por la montaña que corona al islote, ese mar crece y se ensancha a nuestros ojos, que por cada problema resuelto surgen veinte problemas por resolver».

Esta ignorancia del inmenso mar que rodea el islote, lejos de amilanar al

lorito cientificista, lo envanece todavía más, porque le hace creer que puede enseñorearse de toda su infinita extensión. Y es que la idolatría cientificista es por definición eufórica, fatua, con mucho más de magia —y magia negra, por cierto— que ciencia propiamente dicha. Y entre sus adeptos genera también una suerte de pensamiento mágico, una vana y con frecuencia suicida impresión de seguridad. En el fondo de esta idolatría hay siempre un horizonte de deshumanización: como no hay nada en su objeto que el corazón del hombre pueda amar, el hombre se acaba automatizando. Si el hombre religioso, al ponerse en manos de Dios, se humanizaba (se volvía más sufrido y humilde), el hombre idólatra, al ponerse en manos de la ciencia, se convierte en máquina, como el motor de combustión que se pone en manos de la gasolina. Sin cuestionar su origen ni sus métodos, en la seguridad de que la ciencia no falla. Y esa seguridad, como apuntábamos antes, además de vana, es con frecuencia suicida.

Así está ocurriendo con las vacunas que florecen como hongos, presentándose como la purga de Benito contra el coronavirus, mientras se disparan las cotizaciones bursátiles de las multinacionales farmacéuticas que las fabrican. Sobre su eficacia sólo sabemos lo que las propias multinacionales pregonan; y, por supuesto, ignoramos por completo sus efectos secundarios, un mar desconocido que los idólatras prefieren ignorar, olvidando que «por cada problema resuelto surgen veinte problemas por resolver». Basta examinar, por ejemplo, los antecedentes de la farmacéutica Pfizer, para que se hiele la sangre en las venas: multas millonarias por sobornar a médicos y funcionarios públicos, sanciones muy graves por publicidad engañosa o fraudulenta, prácticas ilícitas en la comercialización de sus fármacos y tratamientos… Pero nada de esto importa al deshumanizado hombre idólatra, que se pone la vacuna, como el motor de explosión la gasolina, mientras contempla fatuo el inmenso mar de su ignorancia, creyendo que se enseñorea de él.

BULOS Y VERSIONES OFICIALES

Resulta vana e incongruente esa pretensión de «perseguir los bulos» que proclaman los jenízaros sistémicos. La democracia, como nos enseña Hans Kelsen, es por naturaleza escéptica y relativista y, por lo tanto, descree de la posibilidad de hallar la verdad (es decir, descree de que el intelecto pueda adecuarse al ser de las cosas). Su objeto no es determinar lo que es mejor

para los individuos, sino «lo que una mayoría de individuos cree, con razón o sin ella, que es lo mejor». Así que la democracia, al considerar —seguimos citando a Kelsen—que el conocimiento de la verdad es imposible, tiene que conformarse con aliñar «consensos» entre gentes que, después de negarse a adecuar el intelecto a la realidad de las cosas, elaboran «lucubraciones» sobre la realidad.

Pero las «lucubraciones» sobre la realidad (o sea, lo que vulgarmente denominamos ideologías) acaban generando simulacros de verdad opuestos entre sí en multitud de cuestiones, que hacen cada vez más frágiles los «consensos». Cada facción ideológica «lucubra» una versión distinta de la realidad y nutre a sus adeptos con una propaganda que trata de imponer; una propaganda compuesta de bulos que entran en liza con los bulos de las facciones adversas, en su afán por erigirse como versión hegemónica (oficial) de las cosas. Una versión oficial que deberá preocuparse de halagar las preferencias, los anhelos, los caprichos de las masas; y también, por cierto, de ser fácilmente inteligible y hasta simplista. Además, como toda «lucubración» que aspira a suplir la realidad de las cosas, estas versiones tratan de teñir de ideología cualquier ámbito, incluido el científico (o sobre todo el científico, cuyo método exige el estudio de la naturaleza).

Así que, cuando los jenízaros sistémicos persiguen los bulos lo que en realidad pretenden es hacer hegemónica su versión de las cosas y debilitar la versión ajena, para que cualquier posibilidad de «consenso» futuro tenga que armarse en torno a sus ideaciones (que así se convierten en postulados indiscutibles). Para lograr que sus bulos se conviertan en versión oficial, los jenízaros sistémicos necesitan, sin embargo, conceder mucho protagonismo a los chiflados más variopintos y a sus delirios más estrambóticos; de tal modo que luego puedan identificar como bulo cualquier otra versión de la realidad que desafíe su hegemonía. Así, por ejemplo, los jenízaros sistémicos ridiculizan a quienes defienden una lectura literal del primer capítulo del Génesis para después poder desacreditar a quienes se atrevan a mencionar la intervención divina en el origen y desarrollo de la vida. La misma técnica se emplea utilizando como señuelo a los llamados «terraplanistas» o a los llamados «conspiracionistas». Una vez desacreditadas estas desviaciones chirriantes, la calificación como bulo de cualquier tesis que se aparte de la versión oficial resulta sencillísima.

Este procedimiento se ha utilizado a mansalva durante la crisis desatada

por la plaga coronavírica. Bastó con estigmatizar como «conspiracionistas» a quienes afirmaban que el virus había sido creado artificialmente con la pretensión de diezmar a la Humanidad para que los jenízaros sistémicos pudieran colar tranquilamente la estrafalaria versión del pangolín. Y este mismo procedimiento se sigue en la actualidad con las llamadas «vacunas»: se ridiculiza a quienes sostienen que las cucharillas se les pegan al brazo después de vacunarse para estigmatizar más fácilmente cualquier voz discrepante o sólo reticente. Así, imponiendo su versión oficial, los jenízaros sistémicos han logrado evitar el debate sobre la naturaleza de las llamadas «vacunas» (que en realidad, son terapias génicas), sobre los efectos que una vacunación masiva en una población altamente expuesta al virus pueda tener en el surgimiento de nuevas variantes más virulentas o contagiosas, sobre las consecuencias cardiovasculares de introducir ácido ribonucleico patógeno en nuestro organismo, sobre el riesgo (por mínimo que sea) de integración del ácido ribonucleico viral en el genoma humano, etcétera. Cualquier científico que se atreva a plantear estas espinosas cuestiones será de inmediato comparado con los chiflados que afirman que las cucharillas se les pegan al brazo después de vacunarse. Así, mediante la estigmatización de toda disidencia, las versiones oficiales se convierten en instrumentos infinitamente más peligrosos que los bulos; pues, a la vez que se extienden, provocan el silencio de los corderos y ciegan la búsqueda de la verdad.

HASTÍO CORONAVÍRICO

A medida que se prolonga la plaga del coronavirus, se suceden conductas que los sociólogos tratan de explicar con categorías completamente erróneas. Nos advertía Chesterton que, cuando despojamos cualquier realidad de su dimensión sobrenatural, no lograremos nunca entenderla; pues las realidades despojadas de su dimensión sobrenatural no se convierten en naturales, sino en «antinaturales». Así ocurre cuando se tratan de explicar los estados de ánimo colectivos, cada vez más propensos a la indiferencia o el hastío, mientras el coronavirus sigue arrebatando vidas. Tras la congoja de los primeros meses, se sucedió una mezcla de ansiedad y alivio que ahora se tiñe de apatía e indiferencia que a muchos los empuja a flojear en su vigilancia, a relajar las medidas de precaución, incluso a rebelarse contra las restricciones.

Los sociólogos constatan que las noticias referidas al coronavirus interesan cada vez menos, que los consejos médicos son cada vez menos atendidos y que la gente se vuelve insensible a las cifras de la diaria hecatombe. La sociología explica esta creciente indiferencia o hastío como un efecto de la «saturación informativa», que provoca un creciente desinterés, agravado por la naturaleza cambiante, confusa y hasta contradictoria de las medidas restrictivas. Pero lo cierto es que esa misma «saturación informativa» puede ser un fenómeno que, lejos de difuminar el interés de las masas, lo acrecienta, no importa cuán cambiantes, confusas y aun contradictorias resulten sus circunstancias: así ocurre, por ejemplo, con las noticias referidas a las competiciones y fichajes futboleros (un galimatías que sus exegetas comentan sin desmayo, para deleite de las hordas de forofos) o con las noticias referidas al batiburrillo sentimental de los famosetes (un légamo venéreo en el que las masas cretinizadas chapotean encantadísimas). La «saturación informativa» sólo actúa disuasoriamente cuando aquello que leemos o escuchamos no queremos que exista.

También los comportamientos «negacionistas» o subversivos que han aflorado durante los últimos meses son explicados por la sociología como una consecuencia «natural» de lo que llaman «fatiga pandémica». Al juicio erróneo de los sociólogos, la indiferencia creciente habría convertido los «comportamientos solidarios» de la «primera ola» en «comportamientos egoístas» de la más diversa naturaleza. Pero lo cierto es que nunca existió ningún comportamiento en verdad solidario durante la absurdamente llamada «primera ola» de la plaga, sino tan sólo postureos emotivistas que se plasmaron en gestos tan vacuos e hipocritones como el aplausito en los balcones, mientras los viejos morían (exactamente igual que hoy) abandonados como perros en los morideros llamados residencias, sin que nadie les hiciese ni puto caso. Tales gestos vacuos e hipocritones tenían exactamente la misma etiología egoísta que los berrinches y pataletas de los manifestantes de hogaño, o que la impaciencia de esos alguacilillos que se cuelan para que les pongan la vacuna, prevaliéndose de su mando en plaza. Y todas estas actitudes aparentemente diversas (unas más falsorras, otras más descarnadas) pero íntimamente idénticas, son consecuencia natural del miedo a la muerte.

El miedo a la muerte es connatural al ser humano. Pero en los pueblos

en donde florece la fe, ese miedo es vencido, o siquiera mantenido a raya, por consuelos sobrenaturales que permiten arrostrarlo con entereza; y la conciencia común de la muerte genera conductas verdaderamente solidarias con el vulnerable, con el enfermo, con el moribundo y con el muerto (al que no se deja morir como a un perro sarnoso). En cambio, en los pueblos donde la fe ha perecido o se ha marchitado, el miedo a la muerte se exacerba, propiciando actitudes pánicas y angustiadas, que al principio se disfrazan de un emotivismo aspaventero, para luego volverse desesperadamente indolentes (recordemos el célebre poema «Esperando a los bárbaros» de Kavafis). El hastío que hoy nos corrompe no es sino la estación terminal de la desesperación pagana. A veces esta desesperación se expresa rabiosamente (los pueblos que no salen en procesión rogativa salen tarde o temprano a quemar contenedores), como la cucaracha que patalea en su agonía; y a veces se expresa medrosamente, como el gusano que se encoge hecho un ovillo. Y todo por rehuir la muerte, que para el hombre descreído es siempre una condena; y que para el hombre con fe es, sobre todo, una promesa.

UNA NUEVA TIRANÍA

A nadie se la escapa que la plaga del coronavirus está facilitando la instauración de lo que Michel Foucault llamaba «biopolítica», una nueva forma de tiranía que no se impone con cachiporras, sino con instrumentos mucho más sofisticados que alcanzan el dominio sobre las personas mediante el control de los espacios que habitan, de sus relaciones personales, de sus conductas y afectos y hasta de sus pensamientos y anhelos más secretos. Los «estados de alarma», «toques de queda» y demás «restricciones de la movilidad» que tanto inquietan a los espíritus más toscos sólo son maniobras de despiste. Mucho más sutiles (y eficaces) son, por ejemplo, las tecnologías de vigilancia masiva que rastrean nuestros movimientos y manipulan nuestras decisiones, llegando incluso a predecirlas; tecnologías que una mayoría social acata mansamente, mientras trastea con sus teléfonos móviles, convencida de que el poder las utiliza para garantizar nuestra seguridad personal y proteger nuestra salud.

Pero, paralelamente, se produce otro fenómeno no menos evidente, que casi nadie detecta, pues nuestra generación, ahíta de ideologías a la greña, ha sido amputada por completo de preocupaciones espirituales. Y tal

fenómeno es la supresión de la inquietud religiosa, que desde que estallase la plaga del coronavirus se ha mostrado en todo su apabullante esplendor. Cuando leemos cualquier crónica sobre las plagas que en épocas pasadas han diezmado a la humanidad descubrimos que la inquietud religiosa de las sociedades que las han padecido se agudizaba enormemente; pues, confrontadas con la omnipresencia de la muerte, volvían a hacerse las preguntas que la bonanza y el disfrute de los placeres materiales tienden a silenciar. Pero esta plaga se está distinguiendo, precisamente, por una orgullosa falta de inquietud religiosa, que se palpa incluso en las situaciones más extremas (por ejemplo, la tranquilidad con que hemos aceptado que nuestros viejos mueran abandonados, sin atención espiritual de ningún tipo), pero sobre todo en el clima social imperante, en los medios de comunicación, en el debate intelectual, en la expresión artística, que lejos de confrontarse con el misterio de la muerte, lo soslayan u ocultan, empleando las más diversas triquiñuelas escapistas.

Y, aunque nadie se atreva a decirlo, ambos fenómenos están íntimamente ligados. En su *Discurso sobre la dictadura*, Donoso Cortés explica una ley de la Historia infalible, que vincula el descenso de la religiosidad con el ascenso de la tiranía. La religión brinda a los hombres una «represión interior» que ordena su vida moral; y, a medida que esa «represión interior» desciende, aumenta inevitablemente la «represión exterior» o política. Donoso repasa las distintas fases de la Humanidad, desde una sociedad plenamente religiosa —la que formaban Jesús y sus discípulos— en la que la libertad era completa (pues no existía otra ley que la del amor), hasta las formas cada vez más evolucionadas de represión política, que permiten a los gobiernos dotarse de un millón de brazos —los ejércitos—, de un millón de ojos —la policía—, de un millón de oídos —la burocracia administrativa—, hasta llegar a un punto en que necesitan también «hallarse a un mismo tiempo en todas partes». Un apetito de ubicuidad que Donoso ejemplifica —pronuncia su discurso en 1849— en la invención del telégrafo; pero que los avances de la tecnología han perfeccionado hasta extremos vertiginosos. Donoso hace aquí una pausa trémula, amedrentado ante la expectativa de una sociedad en la que el termómetro religioso continúe bajando hasta situarse «por bajo de cero»; pero finalmente se atreve a augurar el surgimiento de «un tirano gigantesco, colosal, universal, inmenso» que ya no se enfrentará a resistencias físicas ni

morales, porque para entonces todos los ánimos estarán divididos y todos los patriotismos muertos.

Y contra esta nueva forma de tiranía que entonces se empezaba a consolidar, Donoso considera que no hay otro antídoto que una «reacción religiosa». Pero, a continuación, lanza esta perturbadora reflexión que el paso del tiempo no ha hecho sino confirmar: «¿Es posible esta reacción? Posible lo es; pero, ¿es probable? Señores, aquí hablo con la más profunda tristeza: no la creo probable. Yo he visto, señores, y conocido a muchos individuos que salieron de la fe y han vuelto a ella; por desgracia, señores, no he visto jamás a ningún pueblo que haya vuelto a la fe después de haberla perdido». Lo que está sucediendo ante nuestros ojos, con la plaga del coronavirus al fondo, no hace sino confirmar los augurios funestos de Donoso. Los nuevos tiranos ya pueden hacer con nosotros albóndigas.

LA MARCA DE LA BESTIA

Un amable lector nos lanza una pregunta inquietante: «En alguna ocasión le he leído que, para enterarnos de las últimas noticias, debemos leer el Apocalipsis. ¿No le parece que en las presentes circunstancias, cuando amenazan con imponernos un carné de vacunación para poder viajar o ir de compras, cobra una nueva significación la llamada «marca de la Bestia?». Vamos a intentar atender la curiosidad de nuestro lector.

En el Apocalipsis (13, 17-18), en efecto, se nos habla de un distintivo que los hombres —«pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos»— se ponen «en su mano derecha, o en sus frentes, de manera que ninguno pudiese comprar o vender, sino el que tuviera la señal». Esta marca de la Bestia se inspira en los certificados que algunos emperadores romanos expedían a quienes realizaban sacrificios a los dioses; certificados que, en las persecuciones decretadas contra los cristianos, desempeñaron un papel importantísimo, permitiendo su rápida identificación. En tiempos de Diocleciano se llegaron a expedir téseras que testimoniaban que su poseedor había rendido culto al César, impidiendo comerciar o incluso viajar a quienes no pudieran exhibirlas.

Todos los intérpretes del Apocalipsis de los primeros siglos coinciden en imaginar la marca de la Bestia a modo de tésera o salvoconducto, aunque no faltan los que la imaginan a modo de tatuaje o marchamo en la piel. Mucho más recientemente se ha especulado que esta marca de la Bestia

podría ser una identificación electrónica (al modo de un código GQ), o bien un implante injertado en el propio cuerpo, al estilo de un microchip, en el cual estarían registrados todos los datos —civiles, médicos, laborales, bancarios y hasta genéticos— del portador. No han faltado quienes han advertido que esta marca de la Bestia podría interferir en el sistema neurológico humano, manipulando la personalidad de sus portadores y controlando sus movimientos, como si fueran autómatas o zombis. Pero para convertir a las personas en masa cretinizada no hace falta intervenir con un microchip en sus cerebros; basta con moldear sus conciencias mediante una ubicua propaganda sistémica.

La apariencia material de la marca de la Bestia podemos imaginarla de mil maneras, según los adelantos tecnológicos de cada época. Pero esto no nos servirá para penetrar en su auténtica naturaleza. Pues, según se nos narra en el Apocalipsis, esta marca de la Bestia no la imprime la Bestia del Mar, sino la Bestia de la Tierra. Todos los exegetas del Apocalipsis coinciden en identificar la Bestia del Mar (con sus siete cabezas que simbolizan una coalición mundialista) con un Anticristo de naturaleza política; y coinciden en identificar a la Bestia de la Tierra (que tiene «dos cuernos como de cordero», remedando a Cristo, pero habla «como una serpiente») con un poder religioso corrompido que falsifica la religión y la pone al servicio del Anticristo político, empujando a los hombres suave y melosamente (como lo haría un corderito) a la apostasía. Así que esta marca de la Bestia, independientemente de su naturaleza material, debe incorporar una profesión de apostasía religiosa. Dicha profesión puede ser neta y expresa (abjurando de Dios) o bien mediante la participación (a sabiendas) en acciones horrendas que la denotan (una misa negra o ceremonia en la que se descuarticen fetos, por ejemplo). Y esta «marca de la Bestia» se llevará en la frente y en las manos (donde la frente simboliza el modo de pensar y las manos el modo de obrar); es decir, incorporada a nuestra propia vida, a nuestro propio cuerpo, con publicidad y descaro, libre y voluntariamente, con orgulloso afán de proselitismo.

La Bestia del Mar animará a los hombres a dejarse imprimir esta «marca», convenciéndolos de que hacerlo es un acto benéfico para el bien común; y quienes no accedan a imprimírsela no podrán «comprar ni vender»; esto es, se verán señalados con desprecio y burla al principio, después con odio furioso, viéndose excomulgados (apestados) de todo

linaje humano, incluso de sus amigos y parientes (que pueden convertirse en sus mayores enemigos). No debe olvidarse, sin embargo, que luego el Apocalipsis (16, 2) indica que quienes han recibido la «marca de la Bestia» perecerán de una «úlcera repugnante y maligna» (una enfermedad arrasadora) cuando el primer ángel derrame su copa, desatando una plaga que anuncia la derrota del Anticristo.

Hasta aquí lo que una exégesis no fantasiosa del Apocalipsis nos dice de la «marca de la Bestia». Esperamos que a nuestro amable y curioso lector le haya servido para enterarse de las últimas noticias.

EPÍLOGO

Antes de derribar a don Quijote sobre la arena de la playa de Barcelona, el bachiller Sansón Carrasco (disfrazado para la ocasión de Caballero de la Blanca Luna) fija expresamente las reglas del desafío. Si don Quijote resulta vencido, tendrá que retirarse en su aldea durante un año; pero antes tendrá que declarar que Dulcinea del Toboso no es la dama más hermosa del orbe. Haciéndolo abjurar de la dama de sus pensamientos, Sansón Carrasco pretende, en realidad, que el retiro de don Quijote sea definitivo; pues un caballero que dimite de su causa se convierte en un hombre sin misión.

Pero, una vez derribado y a merced de su vencedor, con la lanza apuntando a su garganta, don Quijote, «como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma», se niega a renegar de su amada: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo —afirma—, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra». Don Quijote se ha entregado a Dulcinea sin condiciones, sin pedir nada a cambio, sin hacer depender su lealtad de que Dulcinea le corresponda. ¿Por qué habría de depender, pues, la grandeza de Dulcinea de la flaqueza de su brazo? No es la fortaleza de don Quijote la que ha encumbrado a Dulcinea como la más hermosa dama del orbe, no es la opinión cambiante de los hombres lo que cambia la sustancia de la verdad. La lealtad de don Quijote a Dulcinea no se ha inmutado ni siquiera cuando la ha visto convertida en una zafia labradora; así que tampoco se inmutará cuando la lanza del Caballero de la Blanca Luna le aprieta la gorja. Y es tan hermosa la determinación de don Quijote que hasta el bellaco de Sansón Carrasco se rinde ante ella: «Viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que sólo me contento con que el gran don Quijote se retire a su lugar un año».

Unamuno señalaba con razón que en esta escena se condensa la filosofía quijotesca. No importa si, peleando en defensa de la verdad, nos derrotan y humillan; no importa que nuestro yo caduco sea vencido, porque la verdad, donde vive nuestro yo eterno, no puede ser vencida. Y se da la paradoja de que, a través de nuestra derrota, esa verdad resplandece con mayor intensidad. Don Quijote acomete todas las empresas sin importarle la derrota, sabe aceptar serenamente el fracaso porque está plenamente convencido de la verdad que defiende. No lo mueve otro afán que actuar

como valedor de esa verdad, por eso no admite transacciones sobre la misma, no adopta prevenciones ni urde cálculos, no tiembla ni se retrae. Aunque sabe que esa verdad se la discutirán todos los malandrines, aunque sabe que por sostenerla contra viento y marea será vilipendiado y escarnecido, no está dispuesto a declinar en su defensa; porque la adhesión a esa verdad en la que anida su yo eterno lo ha despojado de amor propio y de respetos humanos. Quien se guía por el amor propio y los respetos humanos acaba urdiendo medias verdades, acaba temiendo más su propia suerte —el rechazo de sus contemporáneos, la pérdida del prestigio, etcétera— que el oscurecimiento de esa verdad que ilumina sus días.

La filosofía quijotesca se resume en luchar contra el espíritu de nuestra época, aun sin esperanzas de victoria. Y para ello tenemos que estar dispuestos a llevarnos muchos coscorrones y a ponernos en ridículo, no sólo ante los hombres moldeados por la mentalidad de la época, sino incluso ante nosotros mismos. Unamuno señala muy certeramente que esta filosofía quijotesca es «hija de la locura de la cruz», donde en efecto Cristo se pone en ridículo, no sólo ante los sayones que lo escarnecen pidiéndole entre risotadas que descienda del madero, sino ante sí mismo, que podría haber accedido a esa petición con tan sólo «entrar en razón»; es decir, desprendiéndose de la naturaleza mortal que lo mantiene clavado a la cruz. También don Quijote podría haber evitado muchos revolcones y pesadumbres con tan sólo «entrar en razón»; pues, como muchas veces percibimos a lo largo de la novela, es hombre que discurre muy sutil y prudentemente y por lo tanto podría haber urdido cálculos para rehuir los peligros y las asechanzas, sin renegar plenamente de su verdad, aceptando tan sólo empañarla con diversos subterfugios. Pero no lo hace. Y, siendo vencido, don Quijote vence misteriosamente; convirtiéndose en el hazmerreír de sus detractores, triunfa sobre ellos.

Es una lección moral extraordinaria, pero hace falta un valor heroico para asumirla. Mirémonos en el espejo de don Quijote, aunque una lanza nos apriete la gorja, aunque tengamos que retirarnos derrotados a la aldea.